E. SIENKIEWICZ

A SANGRE Y FUEGO

A SANGRE Y FUEGO

E. SIENKIEWICZ

A SANGRE Y FUEGO

PRIMERA PARTE

DE LA TRILOGÍA NACIONAL POLACA

TRADUCCIÓN DE R. J. SLABY

TOMO TERCERO

BARCELONA
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES
Calle de Aragón, núm. 255


Fundacji im. J. J. Michalskich
Ze zbiorów

A SANGRE Y FUEGO

CAPÍTULO PRIMERO

Una noche de verano, serena y apacible, avanzaba por la ribera derecha del Valadinka un escuadrón de unos veinte jinetes en dirección al Dniéster.

Cabalgaban muy despacio, paso a paso, precedidos a corta distancia por dos jinetes. Parecían prestar servicio de vanguardia, pero no debían de tener motivo alguno para ejercer una cuidadosa vigilancia, pues en vez de explorar con precaución los lugares por donde pasaban, se distraían conversando.

De cuando en cuando los dos jinetes delanteros detenían los caballos y volvían la cabeza hacia el grueso del escuadrón.

—¡Eh! ¡Despacito! ¡Despacito!—exclamó uno de ellos, disminuyendo así la ya demasiado lenta marcha de su comitiva, que apenas parecía avanzar.

Por fin, dejada atrás una eminencia cuya sombra hasta entonces les había mantenido en la obscuridad, salieron a una planicie bañada por la luz de la luna, y cesó de ser un misterio el motivo de su cauteloso avance.

En el centro de la caravana, entre dos caballos que marchaban en la misma línea, y en una especie de hamaca grande suspendida de las sillas, iba tendido un cuerpo humano. Los argentados rayos de la luna iluminaban su pálido rostro, que iba con los ojos cerrados. Rodeaban aquellas extrañas angarillas diez caballeros armados. Por las lanzas sin banderas podían reconocerse como cosacos. Algunos lleva-

ban de la brida a sus acémilas, otros cabalgaban, y aunque los dos jinetes delanteros se mostraban enteramente tranquilos en cuanto al lugar que atravesaban, sus compañeros volvíanse de cuando en cuando y miraban con inquietud a todas partes. No obstante, la comarca parecía del todo desierta. Sólo turbaban el silencio las pisadas de los caballos y la voz de uno de los dos caballeros que iban a la cabeza, el cual no dejaba de repetir, a intervalos, su anterior advertencia.

—¡Cuidado! ¡Despacito!

Luego, dirigiéndose a su compañero, le preguntó:

—¿Falta mucho aún, Horpina?

El jinete a quien con este nombre designaba era una amazona de hercúlea estatura, vestida de cosaco, la cual alzó los ojos al cielo estrellado y repuso:

—Poco falta. Llegaremos antes de las doce. Nos quedan todavía por pasar el Collado de la Muerte y el Valle Tártaro, y después de pasar estos sitios, llegaremos a la Garganta del Diablo. ¡Oh! Sería muy peligroso atravesar esos lugares después de la media noche, antes de que el gallo cantara. Yo quizá podría pasar impunemente; pero vosotros... ¡Horror!

El primer jinete se encogió de hombros.

—Bien sé—respondió—que el diablo es hermano tuyo..., pero al mismo diablo se le puede hacer entrar en razón.

—El diablo es el diablo: no atiende a razones—replicó Horpina;—aunque dieras la vuelta al mundo, halcón mío, no hallarías mejor escondite para tu princesa... Nadie osaría aventurarse por semejantes andurriales después de media noche a no ser en mi compañía; ningún ser humano ha bajado nunca a la Garganta del Diablo... Si alguien viene a consultarme sobre lo porvenir, espera a la entrada del barranco hasta que vuelvo yo. No tengáis miedo alguno. Ni los lajes, ni los tártaros, ni nadie en el mundo pondrá el pie en esos lugares. Es horrenda la Garganta del Diablo, tú mismo te convencerás.

—Por horrenda que sea, te digo que pienso ir allí a la hora que me plazca.

—Lo más prudente es ir de día.

—Cuando me plazca, repito. Y si el diablo se atraviesa en mi camino, le detendré por la cornamenta.

—¡Ah! ¡Bogun!

—¡Ah! ¡Horpina Donzovna, Horpina mía!.. Por mí no te inquietes. Si me lleva el diablo o no me lleva, no es cuenta tuya. Pero oye bien lo que voy a decirte: arréglate con tus demonios como gustes, con tal de que no le suceda mal alguno a la princesa... Acuérdate de que ni diablos ni vampiros podrán librarte de mi mano, si sufre el más mínimo daño.

—Quisieron ahogarme en la época en que vivía con mi hermano en las orillas del Don; otra vez en Jampol el verdugo me había afeitado ya la cabeza para cortarme el cuello... y heme aquí en perfecta salud... Pero no hablemos ahora de eso. Oye: si yo velo por ella, será debido sólo a la amistad que te tengo. No caerá un solo cabello de su cabeza, nada conseguirán contra ella los poderes infernales, y en cuanto a los hombres, está ahora a buen recaudo bajo mi personal cuidado; te aseguro que esta vez no se te escapará.

—¡Ave de mal agüero! Si hablas así, ¿cómo se explica, pues, que hace poco graznaras en mis oídos adivinaciones funestas, nefastas: «¡El laj está junto a ella! ¡El laj la sigue!»

—No era yo; eran los espíritus. Pero se habrá mudado el sino. Mañana interrogaré al hado junto al torbellino de agua, bajo de la rueda del molino. Se ve todo muy bien en el espejo del agua, pero hay que contemplarla durante largo rato. Ya lo verás. Mas a ti, perro rabioso, no es posible decirte la verdad sin que al punto te enfurezcas y eches mano al zurriago.

Interrumpióse la conversación. A los ruidos que movían las pisadas de los caballos habíanse unido ciertos sonidos extraños, semejantes al canto de los grillos.

Bogun, sin prestar la menor atención a aquellos sonidos que tan extraña impresión causaban en plena noche, quedóse absorto en sus reflexiones, fijos los ojos en la luna.

—¡Horpina!—exclamó de pronto.

—¿Qué?

—Tú que eres hechicera debes saberlo: ¿Es verdad que existe una hierba cuyo jugo engendra el mal de amores?.. Es el amarilis, ¿no es cierto?

—Sí, el amarilis. Pero contra tu mal ni ese remedio sirve. Si la princesa no estuviera ya enamorada, bastaría hacerla tragar ese filtro de amor. Pero, estando enamorada..., ¿sabes lo que sucedería en tal caso?

—¿Qué?

—...Pues que amaría aún más; pero al otro, no a ti.

—¡Llévete el diablo con tu filtro! Sabes sólo predecir la desgracia, sin dar el consejo para remediarla.

—Escucha. Sé de una hierba que crece bajo de tierra... El que la bebe en infusión duerme como un tronco durante dos días y dos noches, sin saber nada de este mundo... Yo la haré beber ese filtro, y así tú...

El cosaco se estremeció en su silla; clavó en la bruja sus ojos, que brillaban en la obscuridad, y dijo:

—¿Qué graznas ahora?

—¡Uha-uho! —exclamó la hechicera prorrumpiendo en una espantosa carcajada, parecida al relincho de una yegua, cuyo eco repercutió siniestramente entre las gargantas de los barrancos.

—¡Perra!—profirió el caudillo cosaco.

Y el resplandor de sus ojos fué palideciendo, y el vataga volvió a quedarse pensativo.

—¡No! ¡No!—murmuró, como hablando consigo mismo. —Cuando nos apoderamos de Bar fuí yo el primero en precipitarme al monasterio para defenderla contra los borrachos de la soldadesca, dispuesto a partir el cráneo al que osara poner la mano en ella... Pero de improviso ella se hirió con un cuchillo, cayendo al suelo exánime, sin haber recobrado hasta ahora el conocimiento... Volvería a intentar matarse sólo con que yo alzase un dedo para rozarla, o bien se arrojaría al agua... ¡Ay de mí, desgraciado, que no pude evitarlo!

—Se ve que en el fondo de tu alma eres un laj y no un cosaco, cuando vacilas en doblar la voluntad de la muchacha a la cosaca.

—¡Ah, si fuera laj!—exclamó Bogun.—¡Ojalá fuera un laj!

Y se apretó la cabeza con ambas manos como si quisiera vencer su inmenso dolor.

—¿Es que te ha embrujado esa hija de lajes?—refunfuñó Horpina.

—¡Quién sabe!..—contestó Bogun con doloroso acento. ¡Ojalá la primera bala me abriese la frente! ¡Ojalá concluyera empalado esta vida de perro!.. ¡La única mujer a quien yo amo en el mundo, mi única ilusión, me rechaza!

—¡Insensato!.. ¡Si ahora la tienes, pardiez!

—¡Cierra el pico!—bramó el cosaco...—¿Y si se matara? Te despedazaría yo a ti y a mí también...; me rompería la cabeza contra las piedras...; mordería en torno mío como un perro rabioso. Daría por ella toda mi alma, mi fama cosaca, y huiría lejos de Jagórlik..., lejos de mis banderas, para vivir con ella, con ella sola, para morir a su lado... Pero ¡ay de mí! ¡Ha preferido clavarse un puñal en el pecho! ¿Y por qué? ¡Por mí! ¡Se ha apuñalado! ¿No lo oyes?

—La herida es poca cosa... No morirá de eso.

—Si muriese, te clavaría a la puerta de tu antro.

—Tú no tienes ningún poder sobre ella...

—No lo tengo, ya lo sé... Por esto preferiría que me hubiera herido a mí... aunque me hubiese matado... Mejor sería...

—Es una polaca insípida... Eso es todo... Lo más sensato hubiera sido que hubiese consentido de buena voluntad en darte su cariño... ¿Dónde encontrará un hombre como tú?

—Haz que consienta y te daré una olla colmada de ducados y otra de perlas. Añade a mis conquistas anteriores el botín que hemos tomado en Bar...

—Tú eres rico como el príncipe Jarema, a quien iguales en fama guerrera. Dicen que el mismo Krivonos te tiene miedo.

—¡Qué importa—dijo el cosaco, encogiéndose de hombros—cuando tengo el corazón sangrando!

Volvió a reinar el silencio. La orilla del río se presentaba cada vez más salvaje, desierta y estéril. La blanca luz de la luna daba contornos fantásticos a los árboles y a las rocas. Por fin gritó Horpina:

—¡Ese es el Collado de la Muerte! ¡Agrupémonos!

—¿Por qué?

—Es peligroso pasar por aquí.

Los dos jinetes delanteros detuvieron sus cabalgaduras hasta que les alcanzó la comitiva.

Bogun se inclinó y miró la hamaca.

—¿Duerme?—preguntó.

—Duerme tranquila como un niño—contestó un cosaco viejo.

—La he dado un buen narcótico—dijo la hechicera.

—¡Andando!.. ¡Cuidado!..—murmuró Bogun, sin despegar sus miradas de la durmiente...—Que no se despierte... ¡La luna la da en plena cara... a la palomita de mi corazón!

—*Brilla la luna, guarda su cuna*...—recitó un cosaco en tono soñador.

La comitiva continuó su camino, no tardando en llegar al Collado de la Muerte. Era éste una colina situada a la orilla del río y semejaba una gran convexidad esférica pegada al suelo. La luz de la luna parecía más pálida sobre los escombros y las blancas piedras dispersos por toda la extensión de la eminencia, ora aislados, ora formando grupos confusos, como ruinas de palacios, castillos y templos. Aquí y allá erguíanse pedazos de lápidas, semejantes a las de las tumbas de un cementerio. Toda la elevación era como un inmenso montón de ruínas. Quizá un día, en remota antigüedad, en tiempos de los reyes de Jagiel, palpitase allí la vida humana; ahora, tanto aquella altura como toda la campiña que la rodeaba, hasta los límites de Raski, no era más que una desolada estepa, donde las fieras se refocilaban y los espíritus malditos celebraban sus aquelarres.

Cuando el cortejo hubo avanzado hasta la mitad de la cuesta, el ligero soplo de la brisa se convirtió en un verdadero huracán que rugía en torno del collado con gritos siniestros y espeluznantes... Los soldados creían oir entre los escombros hondos suspiros exhalados por pechos oprimidos, plañideros gemidos, confusas carcajadas, lamentos y llanto de niños. El collado parecía hervir en una vida misteriosa, llena de extrañas voces. Por detrás de los montones de piedra se asomaban altas figuras negras; sombras de seres fantásticos deslizábanse, taciturnas, por entre los peñascos; a lo lejos, en la penumbra, fulguraban ciertos puntitos luminosos como ojos de lobo. En el extremo opuesto del montecillo, en una masa densísima de escombros, se oyó un grave aullido gutural, al que respondieron al punto varios ecos.

—¿Serán almas en pena?—balbuceó un joven cosaco, volviéndose al viejo esaul.

—No, son vampiros—respondió el veterano en voz aún más baja.

—¡Señor, tened piedad denosotros!—exclamaron aterrados los otros, descubriéndose y santiguándose devotamente.

Los caballos, con las orejas gachas, resoplaban inquietos... Horpina, que seguía al frente de la tropa, mascullaba con voz ininteligible alguna oración diabólica. Cuando estuvieron al pie de la vertiente opuesta, tornóse hacia sus compañeros:

—¡Por fin... ya se ha acabado! Con mis conjuros he logrado mantenerlos a distancia... Se ve que tienen mucha hambre...

Todos los pechos respiraron con libertad. Bogun y Horpina se adelantaron otra vez a la cabeza del destacamento, y los cosacos, que poco antes no se atrevían ni a respirar, comenzaron a cuchichear y a charlar entre ellos, recordando encuentros anteriores con los espíritus y con los vampiros.

—A no ser por Horpina, no hubiéramos pasado—dijo uno de ellos.

—Es una hechicera poderosa...

—Nuestro atamán no teme ni a los trasgos... No veía ni oía cosa alguna, pensando sólo en su adorada.

—Si le hubiera sucedido lo que a mí, no sería tan valiente...—murmuró el viejo esaul.

—¿Qué os sucedió, padrecito Ovsivuy?

—Atravesábamos una estepa de noche, yendo de Reimentarovka a Gulapola; casualmente pasábamos por delante de unas mogilas... Y he aquí que sale una cosa de una tumba y me salta a la grupa... Miro... y veo un niño pequeño... ¡Vaya!.. ¡Tan lívido..., tan pálido!.. Sin duda los tártaros que le llevaban cautivo le habían matado en el seno materno y el nene había muerto sin bautizar... Sus ojos brillaban como candelas, y gemía, gemía. He aquí que me salta de la silla al cuello, y siento, de repente, que me muerde la oreja... ¡Oh, señor! Un vampiro... En Valaquia, donde he servido mucho tiempo, los vampiros son más numerosos que los vivos; allí aprendí el medio de zafarme de ellos. Echo pie a

tierra, clavo en el suelo la punta del alfanje; grito «¡Muere! ¡Perece!..» Y el niño lanza un gemido, y cogiéndose del puño del arma, se desliza a lo largo de la hoja y desaparece bajo la hierba... Yo tracé una cruz en la tierra con la punta del alfanje, y proseguí mi camino.

—¿Tantos vampiros hay en Valaquia?

—Puede decirse que, de cada dos valacos, uno se vuelve vampiro después de la muerte. Los vampiros valacos son los más temibles de todos... Los llaman «tragavidas»

—¿Y quién puede más, padrecito, los trasgos o los vampiros?

--El trasgo es más poderoso; pero el vampiro más recio y violento... Si sabéis valeros del ardid, lográis que el trasgo se convierta en un esclavo...; pero los vampiros, si os descuidáis, os chupan la sangre, que olfatean desde lejos... Sin embargo, el trasgo es el atamán de todos los vampiros.

—¿Y Horpina manda sobre los trasgos?..

—Sin duda... Pero con su vida acabará su supremacía... Claro que, si no tuviera ese poder, nuestro jefe no la hubiese confiado a su palomita, porque los tragavidas apetecen más que nada la sangre de doncella.

—Pues yo he oído decir que no tienen ningún poder sobre las almas inocentes.

—Sobre las almas no, pero sí sobre los cuerpos.

—¡Oh! ¡Sería horrible! ¡Una belleza como ésa! ¡Nieve y rosa! ¡Oh, bien sabía nuestro padrecito lo que iba a conquistar en Bar!

Ovsivuy chasqueó la lengua.

—La verdad, ¡es oro puro esa hija de los lajes!

—¡Me da una lástima, padrecito!—dijo un jóven cosaco. —Cuando la llevábamos a las angarillas se retorcía las blancas manecitas, y rogaba, nos rogaba: «¡Dadme la muerte, no me lancéis a la perdición, a mí, pobre desdichada!»

—No la pasará nada malo.

Interrumpióse la conversación, pues en este momento se acercó Horpina.

—¡Eh, muchachos!—dijo la hechicera.—Ahí véis el Valle Tártaro; pero no tengáis miedo: sólo hay en él una noche de zarabanda al año. La Garganta del Diablo y mi morada están a dos pasos.

Y en efecto, pronto se oyeron ladridos. La pequeña tropa se internó en la garganta del barranco, perpendicular al río y tan estrecha, que apenas podían pasar cuatro caballos de frente. En el fondo de aquella zanja serpenteaba un arroyuelo, que a la claridad de la luna brillaba con argentados reflejos, precipitándose saltarín hacia el río. Al paso que iba avanzando el grupo, iba ensanchándose el paraje abrupto y cavernoso y trocándose en una espaciosa explanada, que se iba elevando poco a poco entre dos murallas de granito... Acá y allá alzábanse árboles gigantescos. No corría la menor... Los árboles proyectaban en el suelo sus largas sombras negras... En los espacios iluminados por los rayos de la luna blanqueaban distintamente ciertos objetos de forma redonda o prolongada; en ellos reconocieron los aterrados soldados tibias y cráneos humanos. Presa de siniestros presentimientos, miraban recelosos en torno suyo y se santiguaban de cuando en cuando. De pronto una luz perforó con una aguja de oro el denso ramaje de los árboles: al mismo tiempo acudieron, jadeantes, dos terribles perrazos negros, de ojos relucientes, lanzando fuertes ladridos y aullidos a la vista de hombres y caballos. Callaron por fin a la voz de la hechicera y pusiéronse a rondar en torno de los caballeros, gruñendo y resoplando entre fuertes jadeos.

—Perros encantados...—balbucearon los cosacos.

—No son perros—musitó con aire de profunda convicción el viejo Ovsivuy.

Por detrás de los árboles, entre tanto, asomó una cabaña, y tras ella un establo. Más allá esbozábanse en la obscuridad los contornos de otro edificio.

La cabaña parecía bastante espaciosa y bien arreglada. En la ventana brillaba una luz.

—He aquí mi morada—dijo la hechicera a Bogun,—y ahí está el molino: no muele más trigo que el nuestro. Al ruído de la muela, leo yo la suerte en las líneas que se forman en la superficie del agua... Te diré también la tuya... A tu palomita la instalaremos en la sala principal... Sin embargo, si quieres adornar antes un poco las paredes, tendré que alojar a la joven, entre tanto, en la otra ala de la choza... ¡Alto! ¡Apearse!

La tropa obedeció.

—¡Cheremis! ¡Huku, huku! ¡Cheremis!—gritó Horpina. Una figura surgió de la cabaña llevando en las manos un manojo de teas encendidas, y alzando la antorcha para ver mejor, se detuvo y miró con fijeza a los recién llegados. Era un anciano de una fealdad repugnante, bajito, casi enano, de rostro cuadrado y chato, de ojos oblicuos, semejantes a dos rajas abiertas bajo la frente.

—¿Quién diablos eres tú?—preguntó Bogun.

—En vano le interrogarás—respondió la amazona...—Tiene la lengua cortada...

—Acércate...

—Escucha: tal vez convendría trasladar a la hermosa al molino... Los mozos van a alborotar con los martillos al tapizar su cuarto... El ruído podría despertarla.

Los cosacos, bajando de sus corceles, desataban con precaución la cuna. Bogun lo vigilaba todo con suma solicitud, y no vaciló en alzar sobre su cabeza las angarillas cuando la transportaron al molino. Delante iba el enano alumbrando el camino con la tea. Elena, a quien la hechicera había suministrado una infusión de hierbas narcóticas, no se despertó, aunque sus párpados se movían en ligeras sacudidas al vivo resplandor de la luz. Su rostro parecía animarse bajo del resplandor rojizo de la llama. Sin duda la arrullaba en aquel momento algún sueño virginal... a juzgar por la dulce sonrisa que se dibujaba sobre sus labios durante aquella marcha, semejante a un cortejo fúnebre. Bogun, contemplándola, sentía que el corazón se le saltaba del pecho.

—¡Alma mía! ¡Palomita mía!—balbuceaba bajito.

Y sus facciones, terriblemente ásperas y bellas a la vez, se iban suavizando poco a poco, encendidas por el fuego poderoso del amor, que iba dominándole a grandes pasos, como una llama que algún viajero dejó encendida entre la hierba esparce el fuego por los salvajes campos de las estepas.

—Cuando despierte de este sueño letárgico—dijo Horpina, que marchaba a su lado,—estará curada. La herida pronto se cicatrizará.

—¡Alabado sea Dios! ¡Loado sea Dios!—respondió el joven caudillo.

En las inmediaciones de la choza los cosacos, en tanto,

se disponían a descargar voluminosos bultos de sus seis caballos de carga, desempaquetando el botín: preciosos tapices y alfombras, y otros mil objetos valiosos, saqueados en Bar.

Encendióse después un buen fuego en el cuarto destinado a la princesa.

Mientras unos llevaban al aposento colgaduras y tapices, otros cubrían con ellos las toscas paredes de madera. No sólo quería Bogun que fuera aquélla una jaula segura para su pajarillo, sino que además quería adornarla con esmero para que no le fuera a la joven tan duro el cautiverio. No tardó en volver del molino, entregándose en cuerpo y alma a dirigir el trabajo.

La noche tocaba a su fin y los pálidos rayos del astro nocturno habían muerto ya sobre las cimas de los peñascos, en tanto que en la habitación seguía resonando el sordo golpear de los martillos. La rústica estancia iba transformándose por momentos en una sala señorial, y cuando las paredes hubieron desaparecido totalmente bajo de las colgaduras, y cuando el pavimento estuvo alfombrado, los cosacos transportaron allí a la durmiente y la tendieron sobre mullidos cojines y almohadas.

Después todo quedó sumido en profundo silencio. Sólo lo turbaban de cuando en cuando, en el establo, fuertes carcajadas, semejantes a relinchos de yeguas... La joven hechicera se solazaba sobre el heno en compañía de los cosacos, agasajándoles con caricias y puñetazos.

CAPITULO II

Al día siguiente estaba ya alto el sol cuando Elena abrió los ojos. Su mirada se clavó en el techo de la estancia, permaneció fija largo rato y se deslizó luego por el resto de la habitación. La razón de la joven princesa luchaba todavía con los recientes sueños de delirio... Estupor, nerviosa inquietud pintábanse en su rostro... ¿Dónde estaba?... ¿Cómo había ido a parar allí? ¿En qué manos había caído?... ¿Qué significaba aquel lujo que la rodeaba? ¿Seguía soñando o se encontraba ante la realidad? ¿Qué había sido de ella hasta entonces?... En aquel momento volvió a la memoria el recuerdo de las terribles escenas de la toma de Bar. Recordó cuanto había ocurrido: la matanza de miles y miles de seres humanos, nobles, burgueses, sacerdotes, religiosas, niños... Parecíale estar viendo aún los rostros de los villanos embadurnados de sangre, los cuellos y cabezas con guirnaldas de humeantes intestinos humanos; parecíale estar aún oyendo gritos de los borrachos. No había olvidado nada de aquel verdadero día del juicio: la ciudad pasada a cuchillo, la aparición de Bogun, el rapto... Recordaba que en un momento de desesperación se había lanzado sobre un cuchillo y lo había vuelto contra sí. Un frío sudor bañó su frente. Sin duda el arma había resbalado a lo largo de su hombro, pues apenas sentía dolor y notaba que, poco a poco, iba recobrando las fuerzas. Recordaba, por fin, que luego la habían transportado en una especie de hamaca... lejos..., muy lejos... Pero ¿dónde se encontraba ahora? ¿En qué castillo estaría encerrada? ¿O quizá la había libertado alguien, salvándola de su cautiverio y llevándola a un lugar seguro?

Volvió a recorrer con la vista la habitación. Las ventanas parecían las de una cabaña de labradores, pequeñas, cuadradas, con telas translúcidas en vez de cristales. ¿Era en realidad aquella casa una cabaña campestre? El exage-

rado lujo de la estancia inducía a desechar tal suposición. Cubría el techo una enorme cortina de seda de color de púrpura, ornada de medias lunas y estrellas de oro; las exiguas paredes desaparecían bajo lujosos tapices; se extendía sobre el pavimento una florida alfombra de vivos y abigarrados colores. La campana de la chimenea estaba tapizada de brocado persa. Por todas partes un derroche de flecos de oro, seda y damasco, desde el techo y las paredes hasta las almohadas sobre que descansaba su cabeza. La claridad del día, amortiguada por las telas de las ventanas, se reflejaba sin vigor en las colgaduras de púrpura, en los brocados de violeta obscuro y en los cortinajes de matiz de zafiro, y la estancia yacía en una penumbra policroma de gruta encantada. La princesa no daba crédito a sus propios ojos. ¿Sería aquello algún hechizo? ¿No la habrían salvado los soldados del príncipe Jeremías de las manos del caudillo cosaco? ¿No se hallaría cobijada en alguno de los castillos del príncipe?

—¡Oh Virgen purísima!—musitó, juntando las manos.—¡Haz que el primer rostro que vea aparecer en la puerta sea el de un defensor o el de un amigo!

De pronto, a través de los pliegues de una pesada cortina de tejido de oro, llegáronla los lejanos sonidos de una tiorba y de una voz que canturriaba, al compás de los acordes, la conocida canción cosaca:

¡Oh, el amor, más cruel que el dolor!
El mal lo curaré, mañana sano estaré,
pero mi fiel amor vivirá en mí en eterno recuerdo.

La princesa se incorporó en el lecho. A medida que oía el canto, un profundo terror iba pintándose en sus dilatados ojos. Un grito desgarrador brotó, súbito, de su pecho, y su cuerpo se desplomó sobre los almohadones.

Había reconocido la voz de Bogun.

El grito, sin duda, atravesó también los pliegues de la espesa cortina, que se descorrió momentos después, apareciendo en el umbral el jefe cosaco.

Elena cubrióse el rostro con las manos, y sus lívidos y temblorosos labios murmuraban como si delirara:

—¡Jesús, María! ¡Jesús, María!

Y, con todo, aquella aparición que tanto la espantaba hubiera halagado la vista de más de una muchacha. El suntuoso atavío y el hermoso rostro del caudillo resplandecían como el fuego. Los botones, cuajados de diamantes, que adornaban su túnica, brillaban como estrellas en el firmamento; el puñal y la espada centelleaban de piedras preciosas. Su túnica de tela de plata y el purpúreo kontus que le cubría realzaban la belleza de su bronceada faz. Aquel joven, esbelto, moreno, altivo, que se había detenido ante ella, era quizás el mozo más gallardo de Ucrania.

Sus ojos estaban velados, como estrellas envueltas en niebla. Con sincera humildad la miró, y advirtiendo que el espanto no desaparecía de su rostro, empezó a hablar con voz sumisa y melancólica:

—No temáis, princesa...

—¿Dónde estoy?¿Dónde estoy?—preguntó ella, mirándole por entre sus dedos de nieve.

—En lugar seguro, lejos del bullicio de la guerra. No temáis nada, alma mía. Desde Bar os he traído aquí para que no se te haga agravio alguno. Allá los cosacos no han perdonado a nadie. Sólo tú has salido viva de Bar.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué me perseguís?

—¡Perseguirte yo!... ¡Gran Dios!...

Bogun abrió los brazos, agitando la cabeza, como el hombre que es víctima de una gran injusticia.

—¡Me causáis un terror horrible!—balbuceó Elena.

—¿Por qué? Ordenámelo y no me moveré de esta puerta. Soy tu esclavo. Me sentaré en el umbral y te miraré los ojos... ¡Yo no te deseo ningún mal! ¿Por qué me odias, pues? ¡Oh, Dios mío!.. En Bar quisiste apuñalarte al verme... y, no obstante, me conoces hace mucho tiempo y sabías que iba a defenderte... No soy un extraño, sino un amigo, un amigo sincero... ¡Y tú te clavaste un puñal, princesa!...¡Oh!

De pronto las pálidas mejillas de la princesa se tiñeron de una oleada de sangre.

—He preferido la muerte a la vergüenza—dijo,—y juro que al menor movimiento que hagáis hacia mí, me mato... aun cuando haya de perder mi alma.

Los ojos de la joven brillaban centelleantes. Bogun comprendió que aquella hija de los Kurcévich, por cuyas venas

corría sangre de príncipes, sería capaz de cumplir su amenaza y no errar, como antes, el golpe.

No respondió nada, avanzó sólo algunos pasos hacia la ventana, sentóse en un banco tapizado de brocado de oro, e inclinó la cabeza sobre el pecho.

Hubo un momento de silencio...

—Está tranquila—dijo el vataga.—Mientras sea sobrio y el padrecito vodka no encienda fuego en mi cabeza, serás para mí la imagen sagrada. Desde que te he hallado en Bar he abandonado la bebida..., y si antes me entregaba a ella era para ahogar mi dolor en los tragos de vodka... ¿Qué otro medio me quedaba? Pero en adelante no se acercarán a mis labios vino dulce ni aguardiente.

La princesa seguía silenciosa...

—Deja que te contemple—continuó Bogun;—ahora confortaré mis ojos con la visión de tu bello rostro... y me iré.

—Devolvedme la libertad—rogó la princesa.

—¿Acaso estás cautiva? ¿Tú que eres la reina? ¿Adónde irías? Tus hermanos, los príncipes de Kurcévich, han perecido; el incendio ha devorado ciudades y aldeas; el príncipe, que salió de Lubnie, va al encuentro de Kmielnizki; por todas partes hay guerra, derramamiento de sangre, masas de cosacos, tártaros, soldados... ¿Quién te respetaría, pues? ¿Quién tendría piedad de ti y quién te defendería sino yo?

La joven alzó los ojos al cielo; pensó que había en este mundo alguien que la hubiera tomado bajo su protección, defendido y compadecido; mas no quiso pronunciar el nombre por temor de irritar al fiero león cosaco... Pero al mismo tiempo profunda tristeza la encogió el corazón. ¿Viviría todavía aquel a quien añoraba su alma? Durante su permanencia en Bar sabía que estaba vivo; poco tiempo después de la salida de Zagloba, el nombre de Skretuski había sido pronunciado ante ella por los que referían los recientes triunfos del temido príncipe. Pero desde entonces ¡cuántos días y noches habían transcurrido! ¡Cuántas batallas se habrían librado! ¡Cuántos nuevos peligros le habrían acechado! Y ahora no podía tener noticias de él más que por Bogun, al que no quería ni podía preguntar.

Reflexionando así, dejó caer otra vez la cabeza en la almohada.

—¿Luego he de permanecer prisionera?—preguntó gimiendo.—¿Qué os he hecho yo para que me persigáis como la desgracia?

El cosaco levantó la cabeza y comenzó a hablar en voz baja, apenas perceptible:

—¿Qué es lo que me has hecho? ¡Lo ignoro! Sólo sé que, si yo con mi presencia te traigo la desgracia, tú también me traes la desventura. Si yo no te amase, sería libre como el viento de la pradera, sería libre en el corazón y en el alma, y mi fama volaría ahora por el mundo como la del célebre caudillo Konasévich Sagaidak. Tu bello rostro causa mi desventura, tus bellos ojos son mi perdición; y no me importan la libertad ni la gloria cosaca. ¿Qué eran para mí las más hermosas mozas del mundo, antes de que tú te trocases de niña en mujer? Un día capturé una galera llena de bellísimas huríes destinadas al sultán: ninguna me turbó el corazón; y cuando los hermanos cosacos jóvenes se hastíaron de solazarse con ellas, mandé que las arrojasen al agua, una tras otra, con sendas piedras atadas al cuello. No temía yo a nadie, de nada me preocupaba. Guerreaba contra el infiel; enriquecíame con el botín, y, cual un príncipe en su castillo, era yo el rey de la estepa. Y ahora... ve que me prosterno como un esclavo, que mendigo una palabra cariñosa de tus labios..., pero en vano, nunca la he oído, ni siquiera cuando tus hermanos y tu tía intervenían por mí para hacerte mi prometida... ¡Ay, niña de mi alma! Si hubieras sido otra conmigo, si no te hubieras portado así, no habría pasado lo que pasó, no habría matado a tus parientes, no me habría unido con los insurrectos, con la rebelión y con el pueblo... ¡Por ti, sólo por ti he perdido la razón!... Tú me hubieras llevado adonde se te hubiera antojado, y yo hubiera dado por ti mi sangre, mi alma entera... Ahora estoy todo manchado de sangre de nobles, pero antes yo no combatía más que a los tártaros para llevarte el botín, para que resplandecieses de oro y pedrería, como un querubín del cielo... ¿Por qué no me amaste entonces? ¡Oh, qué pena, qué pena, qué dolor aflige a mi corazón! No quiere el destino que viva contigo..., pero tampoco puedo yo vivir sin ti..., ni lejos, ni cerca..., ni en alturas, ni en llanuras... ¡No puedo, palomita de mi alma, pedazo de mi

corazón!... ¡Ah!, perdóname que fuera a buscarte a Razlogi, a la cosaca, a sangre y fuego... Estaba loco de furia contra los príncipes y ebrio del aguardiente que había bebido en el camino... Era un bandido desesperado en desgracia... Después, cuando te escapaste de mis manos, aullaba como un perro...; me dolían las heridas, pero ni siquiera llevé un bocado a mi boca, pidiéndole a la madrecita Muerte que me llevara... ¡Y después de todo eso me pides ahora que te deje libre sin más ni más...; que pierda yo, una vez más, a la palomita de mi alma, al pedazo de mi corazón!

El cosaco se interrumpió. Su voz se le había apagado en la garganta y sólo podía proferir gemidos.

El rostro de Elena tan pronto se coloreaba como palidecía. Cuanto más vibraba la desmesurada pasión en las palabras de Bogun, más profundo se le aparecía el abismo que se abría ante ella, sin fondo, sin esperanzas de salvación...

El cosaco permaneció un rato silencioso, y luego, dominándose, prosiguió:

—Pídeme lo que quieras... Mira cómo he adornado esta salita: todo esto es mío, es el botín cogido en Bar, que he traído para ti cargado sobre seis caballos... Pídeme lo que quieras...: oro, vestidos suntuosos, piedras fulgurantes, humildes esclavos... Yo soy rico, me bastan mis propias riquezas, y además Kmielnizki y Krivonos no serán avaros conmigo... Tú serás otra princesa Visnoviezki...; yo conquistaré para ti castillos, media Ucrania, para ofrecértelo todo. Soy cosaco, es verdad, no soy hidalgo, pero soy el atamán supremo de mis banderas. Diez mil bravos están a mis órdenes, un ejército más numeroso que el del príncipe Jarema. Pídeme lo que quieras y sigue en mi poder, quédate conmigo, consiente en amarme, palomita mía...

La princesa irguióse sobre las almohadas palidísima, pero su dulce rostro, radiante de inocencia, expresaba tan indomable voluntad, tal orgullo, que aquella mujer parecía haberse trocado de cándida paloma en gallardo aguilucho.

—Si esperáis mi respuesta—dijo,—sabed que, aunque hubiera de pasar un siglo entero en vuestra prisión, nunca jamás os amaré. ¡Os lo juro por la salvación de mi alma!

Bogun sostuvo una larga y silenciosa lucha interior.

—No me hables así—dijo al cabo, con voz enronquecida de emoción.

—Y vos no volváis a hablarme de vuestro amor, que me da vergüenza, rabia y asco. No soy para vos.

El caudillo se levantó.

—¿Pues para quién eres, princesa Kurcévich? ¿En qué manos hubieras caído en Bar, de no haberte protegido yo?

—El que me perdona la vida para imponerme la esclavitud y la ignominia no es mi amigo, sino mi mortal enemigo...

—¿Y crees que los cosacos se hubieran limitado a matarte? ¡Causa terror pensar lo que hubieran hecho de ti!

—Mi puñal me hubiera quitado la vida, y vos me lo arrebatasteis.

—Y no te lo devolveré; has de ser mía—dijo Bogun en un arranque de pasión.

—¡Nunca! ¡Antes morir!

—Es preciso, y serás mía...

—¡Nunca!

—Oye lo que voy a decirte: si no estuvieses herida, yo, a pesar de lo que acabas de escupirme al rostro, mandaría ahora mismo a mis bravos a Ráskov para que trajeran aquí, arrastrado por los pelos, a un monje, y mañana sería tu esposo... ¿Y qué? Entonces sería en ti un pecado no amar entrañablemente a tu marido... ¿A ti, noble doncella, te ofende e irrita el amor de un cosaco? ¿Pues quién eres tú misma para que me consideres un villano? ¿Dónde están tus castillos, tus bravos y tus ejércitos? ¿De qué te irritas, de qué te ofendes? En guerra te he conquistado y eres mi cautiva... Si yo fuera un villano, como tú crees, mi látigo ablandaría tus blancos hombros, te obligaría a ser razonable; y sin la bendición del pope, me hubiera saciado ya de tu belleza... si yo fuera un villano y no un caballero, ¿oyes?

—¡Angeles del cielo, salvadme!—musitó Elena.

Una furia bestial se pintaba en el rostro del cosaco; la rabia erizábale los cabellos.

—Ya sé—gritó—por qué te ofende mi amor, por qué me rechazas. Reservas para otro el encanto de ese pudor virginal. Pero será en vano, o dejaré de vivir, de ser cosaco.

Don Nadie, el falso laj, el cobarde ese, ¡morirá! Le ha bastado una mirada, una vuelta de baile que dió con ella, para quitármela de una vez. Y tú, pobre cosaco, padece, ábrete la cabeza contra la pared. ¡Ah!, le prenderé con mis propias manos, y le haré desollar vivo, le hundiré clavos en la carne... Kmielnizki marcha contra los lajes, con él iré... Volveré a encontrar a tu palomito, aun cuando se ocultase bajo de la tierra, y cuando vuelva te arrojaré su cabeza maldita a los pies.

Elena no oyó las últimas palabras del atamán. El dolor, la ira, sus heridas y el terror la habían arrebatado las fuerzas; una debilidad indecible paralizó todos sus miembros, sus ojos se apagaron, sus pensamientos se nublaron. Cayó desmayada.

El atamán permaneció durante unos instantes inmóvil, lívido de rabia, echando espuma por la boca... De repente clavó su mirada en aquella cabeza inanimada, echada hacia atrás, como muerta. Sus labios exhalaron un bramido sobrehumano.

—Se muere. ¡Horpina! ¡Horpina!

Y empezó a revolcarse por el suelo.

La hechicera acudió, jadeante, a la estancia.

—¿Qué sucede?

—¡Sálvala! ¡Socórrela!—gemía Bogun.—¡La he matado... a ella, mi alma, luz de mis ojos!

—¿Pero te has vuelto loco?

—¡La he matado! ¡La he matado!—repetía el cosaco, retorciéndose las manos.

Pero Horpina, acercándose a la princesa, vió que la joven no estaba muerta, sino desmayada, y, luego de hacer salir a Bogun, se dispuso a reanimarla.

Elena no tardó en abrir los ojos.

—Bah, no es nada, querida mía...—dijo Horpina.—Sin duda te ha asustado y has perdido el sentido... Pero te volverán en seguida los colores. Eres fuerte como un roble, y te quedan todavía muchos años de vida en este mundo para disfrutar de la felicidad.

—¿Quién sois?—preguntó con voz débil la princesa.

—¿Yo? Tu esclava, porque así lo quiere él.

—¿Dónde estoy?

—En la Garganta del Diablo. En un paraje desolado, donde no verás a nadie más que a él y a mí.

—¿Habitáis aquí también?

—Esta casa es mi hacienda. Yo soy Horpina Donzovna Mi hermano es coronel a las órdenes de Bogun, manda muchachos valientes; yo habito aquí... Velaré por ti en este aposento dorado. La cabaña parece trocada en un palacio... ¡Qué esplendor deslumbrante! ¡Para ti ha traído Bogun todo esto!

Elena miró a la joven. Su fresco rostro se le antojó lleno de sinceridad.

—¿Seréis buena para mí?

Los blancos dientes de la hechicera brillaron con una sonrisa.

—Sí—repuso.—¿Por qué no había de serlo?... Pero tú sé también buena para el atamán. Es un halcón, un guerrero célebre. El...

Inclinada al oído de Elena, balbuceó algunas palabras; luego prorrumpió en una carcajada salvaje.

—¡Atrás!—exclamó Elena horrorizada.



CAPÍTULO III

Dos días después, al amanecer, Horpina y Bogun hallábanse sentados bajo un sauce, siguiendo con los ojos el giro de la rueda del molino en las espumantes ondas.

—Ten mucho cuidado con ella, vigílala y no la pierdas de vista un solo instante—decía Bogun—para que jamás salga de la barranca.

—La barranca no tiene más que una estrecha salida al río; mándala llenar con piedras y nos encontraremos aquí como en el fondo de una olla... Cuando sea menester, no me faltará sitio por donde salir.

—¿Y de qué vivís aquí?

—El enano cultiva maíz y viñas al pie de las colinas, y caza con trampas. Con las provisiones que han traído tus hombres no le faltará a ella nada, a no ser que se le antoje apetecer leche de ave. No te preocupes... En cuanto a salir de la Garganta del Diablo, nunca lo logrará, y nadie sabrá su paradero, a no ser que a tu gente se le vaya la lengua.

—Les hice jurar que callarían... Son mis fieles bravos, y primero se dejarían hacer pedazos que traicionarme. Pero ¿no me has dicho que a veces viene gente a que le adivines la suerte?...

—Sí, viene, unas veces de Ráskov, otras Dios sabe de dónde, atraída por mi fama... Pero me espera a la orilla del río... Nadie entra nunca en la barranca... Tienen miedo... ¿No has visto osamentas por el suelo? Son los restos de los que han tenido la audacia de pasar adelante.

—¿Los has degollado?

—No sé quién los ha degollado... Los que quieren saber su suerte aguardan a la boca de la garganta... Yo consulto la rueda del molino y les digo lo que veo en las olas. Luego las consultaré también para ti. Pero, ¿querrá hablar el agua? No siempre puede leerse en ella.

—Con tal que no veas nada nefasto...

—Si apareciesen signos inquietantes, no partirías. De todas maneras, harías bien en no moverte de aquí...

—Es preciso que me vaya... He recibido en Bar una carta de Kmielnizki ordenándome que vuelva en seguida. También he recibido esa orden de Krivonos. Los lajes van a caer en masa sobre nosotros y es menester que también nosotros reunamos nuestras fuerzas.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé... Habrá una batalla como nunca la vieron los pueblos... O pereceremos nosotros, o los lajes... Si somos vencidos y sobrevivo, me refugiaré aquí; si salimos vencedores, volveré en busca de mi paloma para conducirla a Kiev.

—¿Y si sucumbes?

—Por algo eres hechicera, para decírmelo...

—Y si te lo digo...

—¡Sólo una vez se viene al mundo! ¡Qué hacer!

—¡Bah! ¿Pero qué haría yo entonces con la joven? ¿Retorcerle el pescuezo?

—Si levantas un solo dedo para tocarla, te haré empalar por una pareja de bueyes...

El caudillo sumióse en sombrías reflexiones.

—Si perezco..., ruégala que me perdone.

—¡Ah! ¡Ingrata hija de lajes, que te odia a pesar de tanto amor que le profesas!.. Si fuera yo, no resistiría un solo instante... ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!...

Y la moza le dió a Bogun dos cariñosos puñetazos en la cadera y le sonrió, mostrando su soberbia dentadura.

—¡Vete al demonio!—exclamó el cosaco.

—Ya, ya, harto sé que no eres para mí.

Bogun fijó los ojos en el agua espumante bajo de la rueda, como si quisiera leer su suerte en ella.

—¡Horpina!—dijo tras un largo silencio.

—¿Qué pasa?

—Cuando yo haya partido, ¿se acordará de mí?

—Si no quieres conquistarla a la cosaca, preferible es que te alejes...

—No quiero, no puedo, me lo prohibe la conciencia... Sé que se moriría.

—Entonces lo mejor será que te vayas. Cuando estás en su presencia no te puede sufrir, pero cuando haya pasado uno o dos meses sola conmigo y con Cheremis... acaso empieces a inspirarle un sentimiento más amistoso.

—Si no estuviera enferma, ya sabría yo lo que tendría que hacer. Mandaría venir un pope de Ráskov y le haría que nos desposara... Pero ahora temo que el terror y el espanto la maten... Ya has visto...

—¡Vaya una idea! ¿Para qué quieres el sacerdote y qué me hablas a mí de bodas? ¡Valiente cosaco estás hecho! No quiero clérigos por casa. ¿No sabes que están en Ráskov los tártaros de Dobrudja? ¿Serías capaz de enseñarles tú mismo el camino para que nos cogieran aquí como en una trampa? En tal caso, ya podrías despedirte para siempre de tu princesita... ¡Vamos, tú estás mal de la cabeza! Anda, vete y vuelve cuanto antes.

—Bueno, pero tú ahora mira el agua y dime lo que veas..., pero la verdad..., no me ocultes nada... ¡Aunque me veas muerto!

Horpina acercóse a la rueda del molino y abrió una de las esclusas que retenían la corriente del torrente de la montaña. La ligera columna de agua redobló su ímpetu e hizo girar con creciente rapidez la rueda, que quedó, por último, completamente envuelta en una nube de agua pulverizada. La blanca espuma bullía bajo de la rueda como agua que hierve en una olla.

La hechicera fijó sus negros ojos en aquellas burbujas espumantes y, agarrándose con ambas manos las trenzas del cabello que le caían sobre el pecho, empezó su conjuro:

—¡Huku! ¡Huku! ¡Aparece! En la rueda de encina, la blanca espuma, la niebla que se disipa, quienquiera que fueras, espíritu malo o bueno, ¡aparece!

Bogun se acercó, sentándose junto a ella, pintadas en el rostro ansiosa impaciencia y febril curiosidad.

—¡Veo!—exclamó la bruja.

—¿Qué ves?

—La muerte de mi hermano... Dos bueyes le arrastran al suplicio del palo...

—¡Llévese el diablo a tu hermano!—gruñó Bogun, que esperaba otra respuesta.

Durante un rato no se oyó más que el furioso chapoteo de la rueda.

—Su cabeza está lívida, pálida..., desgárranla los cuervos—continuó la maga.

—¿Qué más ves?

—Nada... ¡Oh!... ¡Cuáu descolorido está el desdichado! ¡Huku! ¡Huku! ¡En la rueda de la encina, en la blanca espuma, en la niebla que se disipa..., buenos o malos espíritus, mostraos! Veo...

—¿Qué?

—¡Una batalla! Los lajes huyen ante nuestros bravos.

—¿Y los persigo yo?

—Sí, también a ti te veo: te bates con un caballero enano... ¡Hur, hur, hur! ¡No te fíes de ese caballerete!

—¿Y la princesa?

—No está ahí. Sigo viéndote. A tu lado se halla alguien que te hará traición, un falso compañero.

Bogun parecía devorar la espuma y a la maga con sus dilatados ojos, y hacía un esfuerzo mental para aclarar la profecía.

—¿Qué compañero?

—No le veo bien... No sé si es joven o viejo.

—¡Viejo! ¡Probablemente viejo!

—Tal vez.

—Ya sé quién es. Una vez ya me ha hecho traición. Un hidalgo de barba gris con una nube en un ojo. ¡Muera el traidor! Pero no es compañero mío...

—Te acecha... Veo otra vez... Espera... Ahora está ahí la princesa; es ella, vestida de blanco, con una corona de mirto en la frente; sobre ella se cierne un gavilán.

—Soy yo.

—Quizá seas tú... ¿Un gavilán o un halcón? ¡Un gavilán!

—Yo soy.

—Espera. Ya no se ve nada. ¡En la rueda de encina, la blanca espuma! ¡Oh! ¡Oh! ¡Cuánto soldado! ¡Cuánto cosaco! Tantos como árboles en la selva, como cardos en la estepa. Tú vas al frente de todos... Delante de ti llevan tres estandartes de colas de caballo.

—¿Está cerca de mí la princesa?

—No, tú estás en el campamento.

Hubo otra pausa... La rueda giraba con estruendo, el molino temblaba.

—¡Oh! ¡Cuánta sangre! ¡Cuánta sangre! ¡Cuánto cadáver! ¡Lobos sobre ellos, cuervos encima, la peste alrededor! ¡Y siempre cadáveres y cadáveres! ¡Oh! Hasta donde la vista alcanza, no hay más que cadáveres, no se ve más que sangre.

Una ráfaga de viento dispersó de repente la espuma nebulosa. Al mismo tiempo apareció sobre la cuesta del molino el monstruoso Cheremis, llevando un haz de leña en los hombros.

—Baja la esclusa, Cheremis—gritó la hechicera.

Y ella fué a lavarse el rostro y las manos al saetín, en tanto que el enano bajaba la puerta de la esclusa.

Bogun pensaba... El regreso de Horpina le sacó de su abstracción.

—¿No has visto nada más?—preguntó.

—Lo que ha aparecido te lo he dicho; ahora ya no podría ver más.

—¿No mientes?

—¡Lo juro por la cabeza de mi hermano!... He dicho la verdad... Van a empalarlo; le arrastrarán atado por los pies a dos bueyes. ¡Qué dolor!... ¡Ah! Pero no es sólo a él a quien está reservada la muerte. ¡Cuántos cadáveres han aparecido! ¡Jamás vi tantos! Habrá una gran guerra por el mundo.

—¿Y ella? ¿La has visto? ¿Has visto un gavilán por encima de su cabeza?

—Sí.

—¿Y llevaba ella una corona de novia?

—Una coronita de mirto y una túnica blanca.

—¿Y cómo sabes que el gavilán soy yo? Te he hablado de ese joven aristócrata polaco..., acaso sea él...

La maga frunció el entrecejo, quedándose pensativa.

—No—respondió después de un rato, moviendo la cabeza.—Hubiera visto un águila si hubiera sido un laj.

—¡Loado sea Dios! ¡Alabado sea Dios! Voy a decirles a mis hombres al instante que preparen los caballos... Nos pondremos en marcha esta noche.

—Partes, por fin, ¿eh?

—Cumplo las órdenes de Kmielnizki y de Krivonos... Creo que no te has equivocado al predecir una gran guerra... Lo mismo predice Bogdan en una carta que me ha escrito hace poco. Yo lo he leído en ella como tú en el agua.

Bogun no sabía leer, pero le daba vergüenza confesarlo, porque no quería pasar por inculto.

—Parte entonces—dijo la hechicera.—Eres feliz: serás hetmán... He visto que llevaban tres colas de caballo delante de ti, como veo estos dedos en mi mano.

—Seré hetmán y me casaré con una princesa..., no son las labradoras para mí.

—Con una labradora te conducirías de otra manera... Pero con ella te da vergüenza... ¡Debieras ser laj!

—No soy en nada inferior a ellos...

El vataga se dirigió a la cuadra en busca de su gente, y Horpina se dispuso a guisar la cena.

Al cerrar la noche los caballos estaban preparados para la marcha; pero el jefe retrasaba la hora de la partida. Sentado en un montón de alfombras, en el cuarto de Elena, con la tiorba en la mano, no podía apartar su mirada de su princesita. Esta ya se había levantado; pero, retirándose al otro rincón de la estancia, se había puesto a rezar y desgranaba el rosario entre sus dedos sin hacer el menor caso del caudillo, como si no estuviera presente en la habitación. El, en cambio, desde su puesto junto a la pared, espiaba todos los movimientos de la joven, prestaba atento oído hasta a sus más leves suspiros, y no sabía qué hacer ni qué decir.

A veces movía los labios como si fuera a hablar, pero las palabras no querían salir de su boca. Las pálidas facciones de la joven, su silencio, la expresión severa de sus cejas fruncidas, sus labios contraídos, le acobardaban en extremo. Hasta entonces jamás había visto tal expresión en aquel rostro... Y recordaba vivamente las veladas de Razlogi: parecíale hallarse ante una mesa de encina en compañía de los príncipes de Kurcévich. La anciana princesa desgranaba semillas de mirasol, los príncipes jugaban a los dados, que echaban de un cubilete de cobre, y él contemplaba, transportado, a la bella princesa, como ahora... Pero ¡ah!,

¡qué feliz era entonces..., cuando refería sus campañas con los cosacos de Sich!... Ella escuchaba muy atenta, y sus negros ojos fijábanse a veces en él, y en sus purpúreos labios entreabiertos se pintaba el interés con que seguía el relato. Ahora ni le miraba siquiera. Antes, cuando tocaba su tiorba, ella escuchaba atenta las melodías, sin quitar sus ojos del tañedor, que sentía derretirse su corazón embelesado. ¡Qué extraño era lo que sucedía ahora! Ahora era su dueño absoluto, la había conquistado a mano armada, haciéndola su cautiva, podía mandarla como a su esclava, y, sin embargo, entonces se creía mucho menos alejado de ella y mucho más igual en condición...

Los príncipes de Kurcévich eran como sus hermanos, y ella, la hermana de ellos, no era para él sólo la palomita de su alma, su halcón predilecto, su morenita amada, sino que le parecía como una parienta cercana. Y ahora tenía ante sí, sentada, a una mujer altiva, sombría, silenciosa, sin misericordia ni clemencia. ¡Oh! ¡Cómo le agitaba la rabia, que apenas podía contener!

La habría demostrado lo que significaba despreciar a un cosaco, pero, ¡ay!, sentía que amaba con delirio a aquella mujer inclemente, que hubiera derramado por ella la sangre de sus venas... Siempre, cuando la ira comenzaba a agitar su pecho, parecía sentir una mano invisible que le sujetaba, tirándole por la coleta del cabello, al mismo tiempo que oía una voz misteriosa murmurar a su oído: «¡Detente!» Por fin su rabia estalló como una llama, y el vataga empezó a golpearse desesperadamente la cabeza contra el suelo... Así acababan sus luchas interiores... Revolcándose en convulsiones de dolor, el pobre cosaco se decía: «¡Le molesta mi presencia!» Sólo con que le hubiera dirigido una sonrisa, una palabra cariñosa, hubiera caído de hinojos a sus pies, para irse luego, aunque fuera al mismo infierno, para ahogar toda su pena, toda su ira de amante despreciado, en la sangre de los odiados lajes. Pero sentíase ante la princesa como un vil esclavo. Si no la hubiera conocido antes, se hubiera unido con alguna joven polaca raptada de cualquier casa noble y se sentiría más atrevido...; pero era nada menos que la princesa Elena, cuya mano había pedido encarecidamente a sus nobles hermanos, dispuesto a

sacrificar por ella todo Razlogi y todo cuanto poseía... Tanto más le avergonzaba ahora pasar por villano a sus ojos, tanto más tímido se sentía junto a ella.

El tiempo pasaba. A su oído llegaban las voces de los cosacos, sin duda ya montados en sus corceles y en espera de las órdenes de su jefe, de su atamán, que tantos martirios padecía...

La deslumbrante claridad de la antorcha iluminaba su rostro, su suntuoso kontus y su tiorba, y ella no se dignaba dirigirle ni una mirada... Su alma era presa de terrible amargura, de loca desesperación. Hubiera querido despedirse de ella con un adiós todo ternura, pero su adiós tendría que ser una queja desgarradora.

¡Ah! Si no fuese ella la princesa Elena, la princesa Elena herida por su propia mano, que amenazaba volver a herirse... y, no obstante, tanto más amada, tanto más adorada por él, tanto más cuanto más cruel y más altiva...

En aquel momento un caballo relinchó al pie de la ventana.

El cosaco hizo acopio de valor.

—Princesa, parto...

Elena guardaba silencio.

—¿No me dirás siquiera adiós?

—Que Él os acompañe—contestó Elena con voz grave.

El cosaco sintió encogérsele el corazón. Esperaba estas palabras, pero pronunciadas de otro modo.

—Oye, pues,—dijo:—harto seguro estoy de que me odias, que me desprecias, pero no olvides que otro cualquiera no te hubiera guardado los respetos que yo. Si te he traído aquí ha sido por no tener otro remedio; pero dime: ¿Te he hecho algún daño? ¿No te he tratado con todo miramiento, como a la hija de un rey? Tú misma tienes que confesarlo. ¿Es posible que a tus ojos sea yo tan bandido que no merezca una sola palabra de cariño? Sin embargo, recuerda que estás en mi poder...

—Estoy en poder de Dios—contestó la princesa con la misma gravedad.—Pero como os afanáis por dominaros en mi presencia, os agradezco ese afán.

—Está bien. Me voy, aunque sea sólo con esa palabra..., Tal vez te arrepentirás un día, tal vez sentirás un día añoranza de mí...

Elena guardaba silencio.

—El corazón se me parte ante la idea de dejarte sola—prosiguió Bogun.—Lo siento profundamente, pero es preciso que me vaya. Menos penoso sería para mí este momento si una sola sonrisa se dibujase en tus labios, si me hicieras una sola cruz de bendición para mi viaje con toda la sinceridad de tu corazón... ¿Qué debo hacer para conmoverte a la piedad?

—Devolvedme la libertad... y Dios os lo perdonará todo, y yo os perdonaré y bendeciré.

—Tal vez llegará el día en que lo haga—dijo el cosaco,—y entonces tal vez te pesará haberte mostrado tan dura conmigo.

Bogun lo hubiera sacrificado todo por una despedida dulce, cariñosa, aunque fuera a cuenta de la promesa ambigua que no pensaba cumplir... Y consiguió su objeto.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de la joven, haciendo desaparecer la austera expresión de su rostro. Cruzó sus manos sobre el pecho, fijando su límpida mirada en el joven caudillo, y dijo:

—¿Seréis acaso tan?...

—¡Oh! No sé..., no sé...—murmuró el cosaco en voz apagada, pues la vergüenza y la compasión le ahogaban.—Ahora no puedo...; los tártaros infectan ya los Campos Salvajes; los chambules penetran por todas partes... Los tártaros de Dobrudja llegan desde Ráskov... ¡No puedo! Te acaecería alguna desgracia; pero a mi regreso... Ya lo sabes... Yo soy un niño en tu presencia... Tú harás de mí cuanto te plazca... Pero ahora no sé... ¡no sé!

—Dios y la purísima Virgen os inspiren. ¡Idos en paz!

Y Elena le tendió la mano.

Bogun aplicó a ella los labios apasionadamente. Luego alzó la cabeza, y ante la serena mirada de la doncella dejó caer la nívea mano. Después, retrocediendo hacia la puerta, la saludó, doblándose, al estilo cosaco, hasta formar un ángulo recto.

En el umbral repitió el saludo y desapareció tras la cortina.

Oyóse poco después por las ventanas rumor de voces,

ahora más intenso, tintineo de armas y luego la copla de una canción, cantada por un grupo de voces:

Llegarán días de gloria y triunfo
para los cosacos,
leales compañeros.
Durará muchos años
hasta los siglos de los siglos.

Las voces y el ruido de los caballos fuéronse apagando en la distancia...

CAPÍTULO IV

—Ya una vez Dios ha hecho por ella un verdadero milagro—les decía Zagloba a Miguel y a Longinos en la tienda de Juan Skretuski.—¡Dios ha hecho un verdadero milagro, os repito, señores, permitiéndome arrancarla de las garras de aquellos perros y llevarla sana y salva a Bar! Es de esperar que la misericordia divina continuará velando por ella y por nosotros. Con tal que esté viva todavía... Pero tengo el presentimiento de que él habrá vuelto a raptarla. Porque convenceos, señores, de que, según el relato de los prisioneros, después de la desaparición de Pulian, él era el comandante que secundaba las órdenes de Krivonos—¡mal rayo le parta!—y debió de cooperar a la toma de Bar.

—Quizá no la haya encontrado entre aquella muchedumbre condenada a muerte—dijo Volodiovski.—Recordad que han matado más de veinte mil personas.

—¡Oh! No le conocéis. Yo me atrevería a jurar que él sabía que la princesa se hallaba en Bar. No cabe otra suposición fuera de que la haya salvado de la carnicería para raptarla y esconderla en algún sitio.

—¡Vaya un consuelo! Si yo estuviera en lugar de Skretuski, preferiría mil veces que hubiese perecido a saberla en esas inmundas manos.

—Ni ese consuelo nos queda, puesto que, si ha muerto, ha muerto profanada...

—¡Qué desesperación!—exclamó Miguel.

—¡Ay! ¡Qué desesperación!—repitió Longinos.

Zagloba empezó a mesarse la barba y el bigote. Al fin exclamó:

—¡Devore la sarna esa raza de perros infernales! ¡Sirvan sus inmundas tripas de cuerdas para los arcos de los infieles! Dios ha creado todas las naciones, pero ellos, sin duda,

son hechura del diablo, hijos de perros, sodomitas. ¡Que queden estériles todas las puercas de sus establos!

—No he conocido doncella más angelical—dijo Volodiovski en tono melancólico—y preferiría que la desgracia hubiese caído sobre mi cabeza y no sobre la suya.

—Yo no la he visto más que una sola vez en mi vida, y a su recuerdo se me desgarra el corazón de dolor—declaró Longinos.

—¿Y qué diré yo—exclamó Zagloba,—yo que la he consagrado paternal cariño, que la he salvado del más duro trance? ¿Qué diré yo?

—Y cuanto más sufrirá Skretuski...—añadió Miguel.

Así se lamentaban los caballeros.

Hubo un largo silencio.

—¿Y hay que renunciar a toda esperanza?—preguntó al fin Zagloba.

—Sí; a toda esperanza—repuso Volodiovski.— Sólo nos queda el consuelo de vengarla.

—¡Oh! ¡Quiera Dios que libremos lo antes posible una gran batalla!—suspiró Longinos.—Dicen que los tártaros han pasado ya el río y que acampan en la pradera...

—No es posible—terció el grueso hidalgo—abandonar a esa pobre niña a su suerte sin intentar algún medio para salvarla... Yo he paseado ya bastante mis podridos huesos por el mundo para tener ahora derecho al descanso y para tenderme junto a un horno al amor de la lumbre... Pues bien; aquí donde me veis, por encontrar a esa desgraciada sería capaz de ir hasta Estambul, aunque tuviera que ponerme de nuevo la tosca casaca de villano y de armarme de la tiorba, aunque sólo mirarla ya me da náuseas.

—Vuestra Gracia, que tiene espíritu tan cuerdo en inventivas—dijo Longinos,—hallará algún buen medio.

—¡Oh! Me han pasado ya por la cabeza tantas ideas ingeniosas, que si el príncipe Dominico hubiera sido capaz de inventar sólo la mitad, ya haría rato que Kmielnizki colgaría de las patas traseras de la horca, destripado como una liebre. Más de una vez he intentado hablarle de todo esto a Juan; pero no se le puede sacar nada ahora; el dolor le mina y le consume más que una enfermedad. Vigiladle para que no se le trastorne el juicio. ¡Cuántas veces los

grandes dolores turban la inteligencia, como se turba el vino y se agria!

—Así suele suceder, es verdad...—aprobó Longinos.

—Pero vamos a ver—dijo Miguel con ademán de visible impaciencia.—¿Qué es lo que proponéis?

—¿Qué es lo que propongo? Ante todo inquirir si esta pobrecita de mi corazón, ¡los ángeles del cielo la guarden de todo mal!, vive todavía... Para averiguarlo hay dos procedimientos: o bien hallar entre los cosacos de Jarema mozos seguros y fieles que se presten a pasarse, al parecer, a las filas de los rebeldes, y que se pongan luego al habla con la gente de Bogun para saber alguna noticia...

—¡Tengo rutenos entre mis dragones!—interrumpió Volodiovski.—Entre ellos encontraremos la gente que necesitamos.

—Esperad..., aún no he acabado... O bien apresar a alguno de esos miserables que han tomado parte en el saqueo de Bar, con objeto de sonsacarles algo... Bogun es el ídolo de todos ellos: les encanta su arrojo diabólico. Los rapsodas le glorifican en sus canciones... ¡Ojalá se les reventara la garganta!... Se cuentan unos a otros cosas inverosímiles sobre cuanto ha hecho y puede hacer... Si ha raptado a nuestra pobrecita princesa, es imposible que no lo sepan.

—Podríamos mandar parte de nuestra gente en busca de noticias—propuso Longinos—y otra a prender a uno de esos bribones...

—Habéis dado en el blanco, Longinos. Si llegamos a saber que la pobrecilla está viva, habremos averiguado lo principal. Pero entonces es menester, por amor a nuestro compañero Skretuski, a quien todos queremos ayudar con toda la sinceridad de nuestro corazón, que os pongáis a mis órdenes, puesto que a todos soy superior en experiencia. Disfrazados de campesinos, averiguaremos el sitio donde la tiene oculta el bandido. Una vez enterados, dejo de ser Zagloba si no la libertamos... Skretuski y yo somos los que con más cautela hemos de andar: si nos reconociera Bogun, no nos reconocerían ya nuestras propias madres. En cuanto a Vuestras Señorías, nunca os ha visto.

—A mí me ha visto una vez—replicó Longinos,—mas no importa.

—¡Dios nos lo entregará!—exclamó Miguel Volodiovski.

—Prefiero no verlo en modo alguno—continuó Zagloba. —¡Que el verdugo goce contemplándole! Necesitamos andar con pies de plomo para no echarlo a perder todo. No es posible que el encierro de la princesa sea conocido por él solamente, y tratar de saberlo por otros será lo más prudente.

—Quizá lo averigüen los soldados que pensamos mandar. Si el príncipe lo permite, mañana mismo escogeré unos cuantos hombres de confianza y les pondré en campaña...

—Podéis contar con el consentimiento del príncipe...; pero eso de que averigüen algo lo veo un poco dudoso... Escuchadme, señores; se me ocurre que el otro camino será el más acertado. En vez de mandar gentes a explorar, o coger algún enemigo para sonsacarle noticias, vale más que nos disfracemos nosotros de campesinos y nos pongamos en marcha sin pérdida de tiempo...

—¡Oh! ¡Eso es imposible!—exclamó Miguel.

—¿Por qué imposible?

—Ya se ve que no conocéis lo que es servicio militar. Cuando las banderas, *némine excepto,* se hallan enfrente del enemigo, el servicio es sagrado. Aunque se hallaren su padre y su madre agonizantes, a ningún soldado se le ocurriría pedir licencia para dejar sus filas. Esto sería, en vísperas de una batalla, la mayor ignominia que podría cometer un guerrero. Después de la batalla decisiva, cuando se haya dispersado al enemigo, bueno; pero antes, de ningún modo. Y considerad además: Skretuski sería el primero en volar en su socorro, y, no obstante, ahora no dice ni una palabra. Ya tiene adquirida su fama, ya tiene asegurado el afecto del príncipe, pero ahora guarda silencio, porque conoce bien su deber con la patria. Son dos cosas muy distintas, amigo, servicio público por una parte e intereses particulares por otra. No sé qué costumbres rigen en otros ejércitos, aunque supongo que todo se regirá bajo la misma ley; pero, por lo que toca a nuestro príncipe vaivoda, nunca se ha visto que se le pida licencia en vísperas de batalla, y menos tratándose de oficiales. Aunque se le desgarrase el alma a Skretuski, no iría a proponer tal cosa al príncipe.

—Es un romano y un rigorista, bien lo sé—repuso Zagloba;—pero estoy seguro que bastaría que alguien le pu-

siera, aunque fuera con una palabra tan sólo, en autos de lo que sucede, para que él, *motu proprio,* nos concediera la licencia.

—De ningún modo se le ocurriría hacerlo, puesto que es el príncipe que lleva en sí la responsabilidad de toda la república... ¡Vaya una idea!... Ahora, cuando los intereses más serios del Estado le abruman, cuando se juega el bienestar de toda una nación, ¿creéis que sería capaz de anteponer a él el interés particular de una sola persona?... Y aunque así fuera, aunque, lo que es poco probable, otorgara tal permiso sin que se le pidiese, entonces, ¡vive Dios!, no se encontraría entre todos nosotros quien fuera capaz de abandonar el campamento, puesto que también nosotros consideramos nuestro deber sagrado anteponer el servicio a la infortunada patria a nuestro interés personal.

—Todo eso lo sé, y algo sabré también del servicio de otros tiempos... Y por eso precisamente os he hablado de tal idea como de una idea salvadora, sin deciros que sea la más fácil de llevar a la práctica. Y al fin y al cabo, a decir verdad, poca cosa conseguiríamos mientras quede incólume la fuerza de los rebeldes; en cambio, cuando estén derrotados, perseguidos, cuando les importe sólo la salvación de sus propias vidas, entonces podremos mezclarnos entre ellos sin miedo alguno, y nos será fácil sonsacarles las noticias que necesitamos. ¡Oh! ¡Si llegase cuanto antes el resto del ejército! Porque, si no, nos vamos a morir de aburrimiento al pie de este Mohón de Cholgan... Si nuestro príncipe tuviera el mando supremo, ya haría tiempo que estaríamos en marcha... Pero se ve que el príncipe Dominico sólo piensa en su descanso y comodidad cuando aún no ha aparecido por aquí.

—Se le espera desde hace tres días.

—¡Plegue a Dios que llegue lo más pronto posible! Pero supongo que llegará hoy el copero mayor del rey...

—Sí, hoy llegará.

En aquel momento abrióse la puerta para dejar paso a Juan Skretuski.

Sus facciones parecían petrificadas por el dolor: tal era la calma glacial pintada en su rostro. La misma muerte no hubiera puesto una expresión más grave, más severa, en

aquella faz juvenil, donde se diría que nunca había brillado una sonrisa.

La barba le había crecido a Juan hasta el pecho, y en ella, sobre el fondo de pelo negro como el ala del cuervo, serpeaban varios hilos de plata.

Sus compañeros y fieles amigos adivinaban en él el dolor, pues a nadie se lo manifestaba. Estaba aparentemente tranquilo y entregado con más intensidad que de costumbre a sus deberes de soldado, como si sólo se preocupase de la inminente batalla.

—Hablamos de vuestras desgracias, que lo son también nuestras—dijo Zagloba.—Dios es testigo de que nada puede consolarnos de ellas. Pero eso sería un estéril sentimentalismo si sólo os ayudáramos a verter lágrimas, sin sacrificio alguno por nuestra parte: por esto estamos resueltos a exponer nuestra vida para arrancar a la pobrecilla, si pisa todavía esta tierra, de su cautiverio.

—Dios os premie vuestros buenos deseos—balbució Skretuski.

—Iremos contigo hasta el mismo campamento de Kmielnizki—dijo Volodiovski, mirando ansiosamente a su amigo.

—¡Dios os lo pague!—repitió Juan.

—Sabemos—dijo Zagloba—que habéis jurado encontrarla viva o muerta, y por consiguiente estamos prontos a seguiros, aunque fuera hoy mismo.

Skretuski se dejó caer sobre un banco, clavó sus ojos en el suelo y permaneció silencioso. Su indiferencia acabó por despertar la indignación de Zagloba: «¿Será posible—pensaba el grueso hidalgo—que haya renunciado a la joven? Si así fuera, que Dios le ayude... Por lo visto ya no hay en el mundo ni gratitud, ni recuerdos, ni nada. Sin embargo, yo sabré encontrar todavía quienes quieran salvarla, y no descansaré aunque me costara el aire de mis pulmones.»

Reinó en la estancia un profundo silencio, interrumpido sólo por los suspiros de Longinos. Miguel se acercó a Skretuski, y poniéndole una mano en el hombro, le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De ver al príncipe.

—¿Y qué?

—Salgo esta noche de exploración.

—¿Vas lejos?

—Iré hasta Jarmolince, si está libre el camino.

Volodiovski cruzó una mirada con Zagloba; se habían comprendido.

—Es el camino que conduce a Bar—refunfuñó el viejo hidalgo.

—Iremos contigo.

—Hace falta permiso del príncipe. Acaso os dé algún otro encargo.

—Pues vamos a verle juntos en seguida. Yo tengo que pedirle, además, otra cosa.

—Os acompañaremos—repuso Zagloba.

Salieron. El cuartel del príncipe estaba bastante lejos, al otro extremo del campamento. Agrupábanse ya en la antecámara numerosos oficiales de todas las armas (pues todos los ejércitos seguían concentrándose en Cholgan), ganosos de ponerse a las órdenes del caudillo. Volodiovski y Longinos tuvieron que esperar su turno un buen rato. Pero, en compensación, no sólo obtuvieron en el acto el permiso que solicitaban, sino que también consiguieron que se mandasen algunos rutenos, elegidos entre los dragones, que fingirían desertar del campamento y unirse con los cosacos de Bogun, a fin de procurarse noticias de Elena.

—Yo trato de distraer con encargos a Skretuski—le dijo el príncipe a Miguel,—pues advierto que el dolor le mina... Me apena, como si fuera propia, su desgracia... ¿No se expansiona con vosotros?

—Poca cosa. En el primer momento quiso volar en busca de la princesa al campo cosaco, pero recordó luego que todas las banderas estaban en pie de guerra, *némine excepto*, y que todos estamos a las órdenes de la patria, que espera de nosotros la salvación..., y por eso no le pidió licencia a Vuestra Alteza... ¡Sólo Dios sabe lo que pasa en su alma!

—El Señor le somete a pruebas muy duras. Velad por él... Veo que eres su fiel amigo.

Volodiovski inclinóse profundamente y salió, pues en aquel momento entraban en la cámara del príncipe el vaivoda de Kiev en compañía del estaroste de Stobnice, Pan Denhof, el estaroste de Sokal y otros varios dignatarios militares.

—¿Qué hay, pues?—preguntó Skretuski a sus amigos al verlos aparecer.

—Voy contigo—respondió Miguel,—pero antes tengo que mandar un escuadrón de soldados de mi regimiento con cierta misión.

—Vamos juntos.

Salieron, acompañados de Longinos, Zagloba y el viejo Basilio, que se dirigía a su cuartel.

No lejos del campamento de los dragones de Volodiovski se toparon con una cuadrilla de nobles completamente ebrios, capitaneados por el señor Lasch, guardián de la Corona, que abría, tambaleándose, la marcha.

Zagloba suspiró. Se habían hecho amigos en Constantínov, pues en varios respectos parecíanse uno a otro como dos gotas de agua. Lasch, el guardián de la Corona, era un formidable guerrero, terror de los terrores para los infieles, pero, al mismo tiempo, un renombrado calavera, banquetero y jugador. Se pasaba todo el tiempo, cuando no había batallas, oraciones, incursiones o matanzas, en compañía de gente de la calaña de Zagloba, ahogándose en vino y gozando de toda clase de diversiones. Era un tarambana de alto rango, y tantas camorras había armado y tantas veces había infringido las leyes, que en cualquier otro país su cabeza hubiera caído veinte veces bajo el tajo... Tenía sobre las espaldas más de una condena, pero él se reía de leyes y decretos aun en tiempo de guerra, cuando menos condescendencia se tenía con los culpables. Se había agregado a las tropas del príncipe en Roslovce y había prestado importantes servicios en Constantínov; pero desde su llegada a Zbaraz, donde se había quedado descansando, sus ruidosas extravagancias eran un verdadero escándalo.

Nadie hubiera sido capaz de calcular, ni aproximadamente siquiera, cuánto vino había bebido Zagloba en casa del guardián, cuántas charlas e historias le había relatado, con gran satisfacción de su pródigo huésped, que no se cansaba de llenarle de buen vino el pichel.

Pero desde la toma de Bar Zagloba se había tornado huraño, malhumorado y falto de energía vital, y había dejado por completo de visitar a su amigo el guardián.

El señor Lasch estaba ya persuadido de que aquel hidal-

go jovial había abandonado el ejército, desapareciendo del mundo, cuando de pronto se encontró ante él.

—¡Salud! ¡Salud, caro señor!—exclamó con los brazos abiertos.—¿Qué ha sido de vos? ¿Por qué no venís a verme?

—Acompaño a Pan Skretuski—respondió Zagloba con voz lúgubre.

El guardián de la Corona no simpatizaba mucho con el austero carácter de Juan; burlonamente le llamaba «el sensato.» Estaba perfectamente en autos de su desgracia, puesto que había tomado parte en el banquete de Zbaraz, donde se supo la noticia de la toma de Bar. Pero, como era un hombre desordenado y por añadidura estaba en aquel momento ebrio, no sabía respetar el sufrimiento ajeno... Asiéndole de uno de los botones del uniforme, le preguntó:

—¡Eh! Seguís llorando a vuestra doncella..., una belleza, ¿no es eso?

—¡Haced el favor de soltarme!—dijo Skretuski.

—Un momento..., un momento..., esperad...

—Estoy de servicio; no puedo esperar porque así se le antoje a Vuestra Gracia.

—Esperad os digo—repetía Lasch con la obstinación de los borrachos.—Estáis de servicio..., pero yo no... Aquí no tengo que recibir órdenes de nadie.

Y, bajando la voz, añadió:

—¿Una belleza, eh?

Juan frunció las cejas.

—Diré a Vuestra Gracia que sería mejor no poner el dedo en tal llaga.

—No poner en ella el dedo... ¡No temáis!... Si es guapa, habrá quien la deje vivir...

El rostro del joven oficial se cubrió de mortal palidez. Sin embargo, logró dominarse.

—Señor—dijo,—no me obliguéis a olvidar con quién estoy hablando.

Lasch abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Cómo! Os atrevéis a amenazarme..., a amenazarme a mí... por una ramera...

—Proseguid vuestro camino, señor—exclamó con voz de trueno Zagloba, temblando de rabia.

Pero también Lasch empezó a gritar.

—¡Ah! ¡Villanos! ¡Canallas! ¡Lacayos!... ¡Desenvainad los sables, señores!—dijo, volviéndose a sus compañeros.

Y, desenvainando el suyo, precipitóse contra Juan. En un abrir y cerrar de ojos el arma brilló también en mano del oficial, y el sable del guardián de la Corona voló como un pájaro por los aires. Víctima de su propio ímpetu, Lasch perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

Skretuski se quedó inmóvil, aturdido y pálido como un cadáver, y no acabó con su adversario.

Prodújose un tumulto horroroso. Por una parte la gente del guardián de la Corona, por otra los dragones de Volodiovski, lanzáronse unos contra otros como enjambres de abejas.

«¡Muerte! ¡Muerte!» se oía gritar. Muchos de los que por allí pasaban acudían sin saber de lo que se trataba. Oyóse choque de sables, y el tumulto estaba pronto a convertirse en una verdadera batalla, cuando, por fortuna, viendo los partidarios de Lasch el creciente número de partidarios de Skretuski, y recobrada la cordura a causa del miedo que éstos les infundían, se retiraron llevándose a su jefe.

El guardián hubiera, de seguro, sido hecho pedazos a sablazos, si hubiera tenido que habérselas con otros soldados menos disciplinados. Pero el viejo Basilio, recobrada la tranquilidad de ánimo, con un solo grito de «¡alto!» hizo desaparecer los sables en las vainas.

Pero repercutió en seguida en todo el campamento aquella algarabía, no tardando en llegar a los oídos del príncipe. Kusel, que se hallaba de servicio, entró precipitadamente en la sala del consejo, donde Jarema seguía conferenciando con el vaivoda de Kiev, el estaroste de Stobnice y Pan Denhof.

—¡Alteza!—exclamó.—¡Nuestros soldados se atacan a sablazos unos a otros!...

En el mismo instante cayó en la estancia, como una bomba, Lasch en persona, pálido y loco de rabia, pero ya sin embriaguez.

—¡Injusticia! ¡Alteza!—clamaba.—Parece que estamos en el campo de Kmielnizki. Aquí no se tiene miramiento alguno con la dignidad ni la jerarquía. Son atacados a estoca-

das los funcionarios de la Corona. Si Vuestra Alteza no castiga al culpable con un suplicio ejemplar, me administraré justicia yo mismo.

El príncipe se levantó súbitamente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién os ha agredido?

—Uno de vuestros oficiales, Skretuski.

En el rostro del caudillo se pintó un verdadero estupor.

—¿Skretuski?—repitió.

De repente abrióse nuevamente la puerta y apareció Basilio.

—¡Alteza!—dijo,—he sido testigo del suceso.

—No he venido para asistir a un juicio, sino para exigir el castigo—dijo el guardián de la Corona.

Volvióse el príncipe, y clavando la mirada en Lasch dijo con voz tranquila, pero con marcada energía:

—¡Poco a poco! ¡Poco a poco!

Había tanta amenaza en su mirada y en su sorda voz, que el guardián, a pesar de su proverbial insolencia, calló de repente, como si en aquel momento hubiera perdido el habla. El horror hizo empalidecer los rostros de los circunstantes.

—Os escucho—le dijo el príncipe a Basilio.

El veterano guerrero lo refirió todo: cómo Lasch, instigado por sentimientos de malevolencia, indignos no sólo de un alto funcionario, sino también de su noble alcurnia, había empezado a insultar el dolor del joven oficial; cómo había sido él el primero en atacarle con el sable; cómo Juan, dando pruebas de una moderación no frecuente en hombres de su edad, habíase limitado a desarmar al adversario. El anciano terminó diciendo:

—Vuestra Alteza me conoce. Tengo setenta años y nunca he mancillado mis labios con la mentira, ni los mancillaré mientras pise este mundo; pues bien, no alteraría una sola palabra de mi relato aunque tuviera que declarar bajo juramento.

Harto sabía el príncipe lo que valía cada palabra del buen anciano. Y, además, conocía demasiado bien al guardián. Sin embargo, nada respondió, limitándose a coger la pluma y escribir unas cuantas líneas.

Así que hubo concluído, dijo, mirando al guardián de la Corona:

—Se os administrará justicia.

Lasch abrió la boca intentando hablar, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. Se inclinó y salió de la sala con la cabeza erguida y una mano apoyada arrogantemente en la cadera.

—Zelenski—le ordenó el príncipe al paje de servicio,—llevad esta carta a Pan Skretuski.

Volodiovski, que no se había separado de su amigo, quedóse un tanto perplejo al ver entrar al mensajero del príncipe, seguro de que se trataba de una orden de inmediata comparecencia de ambos. Pero el paje entregó la carta y se alejó sin decir una palabra. Skretuski, leído el pliego, se lo alargó a su amigo.

—Lee—le dijo.

Miguel recorrió rápidamente el contenido de la misiva.

—¡Tu nombramiento de teniente coronel efectivo!—exclamó, abrazando a Skretuski y besándole en las mejillas.

El grado de teniente coronel efectivo de una bandera de húsares era uno de los cargos militares más elevados. Capitán de la bandera en que Skretuski servía era el mismo príncipe, y coronel nominal era Sufchinski de Siench, viejo ya y que desde hacía mucho tiempo se había retirado del servicio activo.

Juan venía haciendo las veces del uno y del otro, cosa que acaecía a menudo en tales regimientos, donde los dos primeros grados eran muchas veces cargos sólo honoríficos. Capitán del regimiento real solía ser el rey en persona; del regimiento del primate, el primate; lugartenientes del uno y del otro eran altos dignatarios de la corte. Pero la verdadera administración de las banderas corría a cargo de los lugartenientes, los cuales por este motivo solían ser llamados, en el lenguaje vulgar, tenientes o coroneles. Juan era uno de tales tenientes efectivos, o sea coroneles. Pero entre el desempeño oficial del cargo, entre el título efectivo y el título oficioso, la diferencia era enorme. Aquel nombramiento convertía a Skretuski en uno de los principales oficiales del príncipe vaivoda de Ucrania.

Sin embargo, cuando sus amigos, fuera de sí de alegría,

vinieron a felicitarle por tal distinción, el rostro de Skretuski permaneció severo, pétreo, pues no había en el mundo cargos ni dignidades que le hubieran hecho perder su impasibilidad.

Con todo, se levantó y fué a dar las gracias al príncipe, en tanto que el joven Volodiovski, paseándose con paso febril por el cuarto, se frotaba las manos.

—¡Hum! ¡Hum!—decía,—¡teniente coronel del regimiento de húsares tan joven!... Esto no se ha visto aún, que yo sepa.

—¡Plegue a Dios que vuelva a ser feliz!—añadió Zagloba.

—¡Sí! ¿Habéis visto que ni ha pestañeado siquiera?

—No vacilaría en renunciar por ella a tal nombramiento —terció Longinos.

—¡Oh, caro señor!—suspiró Zagloba,—no os extrañe... No vacilaría yo en dar por ella estos cinco dedos de mi mano derecha, con la cual he arrancado una bandera al enemigo.

—¡Lo creo!

—Sin duda Sufchinski habrá muerto...—observó Miguel.

—Probablemente.

—¿Y quién hará de lugarteniente substituto? El primer abanderado es todavía casi un niño, y sólo después de lo de Constantínov desempeña su cargo en el ejército.

La cuestión quedó sin ventilar, pero poco después volvió el mismo Skretuski para disipar aquellas dudas.

—Señor—le dijo a Longinos Podbipienta:—Su Alteza me ha encargado que os entregue el nombramiento de teniente efectivo.

—¡Oh! ¡Gran Dios!—balbuceó el lituano, juntando las manos como para orar.

—¡Lo mismo hubiera podido nombrar teniente a su yegua livoniana!—gruñó Zagloba.

—¡Bueno! ¿Y el reconocimiento?—preguntó Volodiovski.

—Partamos lo antes posible—respondió Juan.

—¿Cuántos hombres manda llevar el príncipe?

—Una bandera cosaca; otros tantos valacos; total quinientos hombres.

—¡Hola! Eso, más que un reconocimiento, parece una expedición... Pero, puesto que se ha dispuesto así, pongámonos sin demora en marcha.

—¡En marcha! ¡En marcha!—repetía Zagloba.—Espero que, con la ayuda de Dios, algo descubriremos...

Dos horas después, al ponerse el sol, los cuatro amigos partían de Cholgan en dirección del Sur. Por su parte, el guardián de la Corona abandonaba también el campamento acompañado de su gente. Presenciaban su partida multitud de soldados pertenecientes a varias banderas, gritando e insultándole... Los oficiales rodeaban en tropel a su compañero Kusel, quien les refería lo acaecido con motivo del castigo.

—Sí—contestaba éste,—le he llevado la orden de Su Alteza. Creedme, señores, era una misión peligrosa, *missio periculosa.* En cuanto la leyó, empezó a mugir como un buey al marcarlo con un hierro candente. Temí que se abalanzase sobre mí blandiendo su maza de armas, pero me tranquilizó el ver, por la ventana, que los infantes mercenarios de Korizki y mis dragones cercaban, mosquetín en puño, su morada. «¡Está bien! ¡Está bien!—gritó.—Me iré, puesto que me echan. Me voy con el príncipe Dominico, que me recibirá con la atención y la gratitud que merezco. No iré a servir con una banda de pordioseros. ¡Pero me vengaré, me vengaré, como me llamo Lasch! ¡Ese mozalbete me debe una satisfacción!» La bilis le ahogaba. Lleno de rabia, empezó a dar terribles puñetazos sobre la mesa. Y la verdad, temo que le ocurra a Skretuski algo malo con el guardián; es un hombre altivo y rencoroso, que hasta hoy no se ha dejado ofender todavía impunemente ni una sola vez; además no le falta valor... y, después de todo, es un alto dignatario...

—¿Qué podría pasarle a Juan Skretuski bajo la tutela del príncipe?—dijo uno de los oficiales.—Creo que el señor guardián de la Corona, aunque dispuesto a todo, se guardará muy mucho...

Entre tanto, el nuevo teniente coronel, que ignoraba los propósitos de venganza de Lasch, se alejaba del campamento, galopando a la cabeza de su tropa, en dirección de Ozigovce, situado en la región del Bug y Medviedovka.

Septiembre había comenzado ya a desnudar los árboles, pero la noche era serena y templada como las de julio. Todo aquel año había sido muy benigno; como si no hubiese

habido invierno, la estación primaveral lo había cubierto todo de flores en una época en que la nieve solía aún tender espesísima alfombra sobre la estepa. Después de un verano bastante lluvioso, el principio del otoño era seco y agradable, alternando los días nebulosos con las noches espléndidamente iluminadas por la luna. El destacamento avanzaba animoso por un camino que no requería precauciones especiales, pues la proximidad del campamento disipaba todo temor de incursión enemiga. Skretuski iba al frente con algunos oficiales, y algo más atrás iban Volodiovski, Zagloba y Longinos.

—Ved, señores, cómo alumbra la luna esa colina—musitó el grueso hidalgo;—cualquiera juraría que es de día. Dicen que estas noches serenas son especiales de los tiempos de guerra, para que las almas, al despedirse de los cuerpos, encuentren fácilmente el camino y no se rompan la crisma en la obscuridad contra los troncos de los árboles, como los gorriones contra el cabrio del granero. Además, hoy es viernes, día del Salvador, el único durante el cual la tierra deja de exhalar sus humores venenosos y los espíritus malignos no pueden acercarse a los hombres. Me siento grandemente aliviado y animado por una nueva esperanza...

—Lo principal de todo es que por fin nos hemos puesto en camino, y vamos a hacer algo por la salvación de la princesa—dijo Miguel.

—Cuando hay una aflicción—continuó Zagloba,—lo peor es permanecer inactivo. En cuanto uno monta en su caballo, la aflicción no puede resistir el violento movimiento de la cabalgadura y acaba por desvanecerse a fuerza de sacudidas.

—No creo—objetó Miguel—que todo pueda desvanecerse a fuerza de sacudidas... *Exémplum:* el amor que se agarra al corazón como una garrapata y chupa la sangre.

—Cuando es un amor verdadero—añadió el lituano—no se dejaría vencer aunque tuviera que luchar como lucha un cazador con un oso.

Y Longinos lanzó un suspiro, un suspiro que más parecía el resoplido del fuelle de una fragua, mientras el pequeño Volodiovski alzaba los ojos al cielo como para buscar entre

las estrellas del firmamento la que lucía para la princesita Bárbara.

Todos los caballos de la bandera comenzaron a dar resoplidos y relinchos, que eran contestados por los soldados del escuadrón con un unánime «¡Salud! ¡Salud!...» Luego todo quedó en silencio, y sólo una voz melancólica, allá en la retaguardia, entonó un canto sentimental:

¡Pobre soldado, que vas a la guerra,
que vas a la gran lucha!
Pasarás noches al aire,
y días de bochorno...

—Los veteranos pretenden que es de buen agüero oir resoplar a los caballos—dijo Volodiovski.—Mi difunto padre me lo decía muy a menudo.

—Me da el corazón que no caminamos en vano—añadió Zagloba.

—¡Quiera el Dios omnipotente consolar el afligido corazón de nuestro coronel!—suspiró Longinos.

Zagloba empezó a sacudir la cabeza, como si luchara con una idea de la que no podía desprenderse. Al fin dijo:

—No hace un día ni dos que viene royéndome los sesos una idea insoportable, que voy a revelarles a Vuestras Señorías para aliviarme: ¿no habéis notado que Skretuski, de algún tiempo a esta parte (no sé, quizá lo finja), parece, a juzgar por su conducta, menos interesado que todos nosotros en la salvación de la princesa?

—¡Bah!—contestó Miguel,—es su carácter... No quiere que nadie le note nada... Siempre ha sido tan insociable...

—¡Muy bien! Pero ¿recordáis que, cuando nosotros tratamos de confortarle nuevas esperanzas, nos contestó a ambos con un ¡Dios os lo pague! tan indiferente y frío como si se tratara de una cosa sin importancia? ¡Vive Dios! Sería por parte suya una abominable ingratitud. En una piel de buey no cabría la historia de todas las lágrimas que la pobre ha derramado por él... Estos ojos lo han visto...

Volodiovski movió la cabeza negativamente.

—Es imposible—dijo—que la haya olvidado. No puede negarse que ahora ha mostrado mucha mayor presencia de ánimo que la primera vez, cuando se la raptó de Razlogi

ese maldito diablo, pues tan grande era entonces su desesperación, que todos temíamos por su juicio... Pero si el Todopoderoso ha vertido tranquilidad y valor en su alma, mejor para él... Creo que sus amigos sinceros debemos congratularnos de tal cambio.

Dicho esto, Volodiovski espoleó su caballo y avanzó hacia Skretuski, en tanto que Zagloba seguía cabalgando silenciosamente al lado de Longinos.

—¿No opináis acaso, como yo, que, a no ser por los amores, muchos males dejarían de suceder en este mundo?—preguntó al cabo de un rato.

—A cada cual lo que Dios le destine—repuso el lituano.

—Nunca contestáis cuerdamente a lo que se os pregunta. Confundís asuntos que no tienen relación alguna entre sí. ¿Por qué fué destruída Troya? ¿Eh? ¿No fué a causa de una cabellera rubia? ¿Y ahora qué pasa? A Kmielnizki se le antojó amar a la mujer del estaroste de Chegrin, o bien a la mujer del estaroste le dió el capricho de enamorarse de Kmielnizki; y nosotros, sin otro motivo que sus pasiones carnales, andamos ahora a trastazo limpio.

—Es que hay amores despreciables, y otros puros, santos, que se encienden en el corazón a la mayor gloria de Dios.

—¡Enhorabuena! He aquí una respuesta más sensata. ¿Se propone Vuestra Gracia cultivar pronto ese viñedo? Me han dicho que una belleza de la corte os hizo el don de un lazo...

—¡Hermano!... ¡Querido hermano!

—Y a vuestra ventura se oponen las tres cabezas por cortar, ¿no es verdad?

—¡Ay!.., ¡y tan verdad!

—Pues bien, escuchad... Dad un golpe certero... Cortádselas de un tajo a Kmielnizki, al kan y a Bogun.

—¡Ah! Si consintieran en ponerse en una misma línea... —musitó Longinos con voz enternecida, mirando al cielo.

Desde el comienzo de esta conversación, Volodiovski había puesto su caballo al lado del de Juan, y contemplaba en silencio, recatando bajo el yelmo su atenta mirada, el rostro impasible de Skretuski. Por fin, no pudiendo resistir más, hizo chocar su estribo con el de su amigo y dijo:

—Juan, haces muy mal en dejarte vencer por tus siniestros pensamientos.

—No me dejo vencer por ellos, rezo.

—Santa y loable ocupación; pero tú no eres fraile para dedicar sólo a eso todos tus instantes.

Juan volvió pausadamente su rostro de mártir hacia Miguel, diciendo con voz sorda y llena de mortal resignación:

—Dime, Miguel, ¿qué me queda ya por hacer sino tomar el hábito?

—Te queda por hacer... salvarla—respondió Volodiovski.

—Eso es lo que intentaré, y no cejaré en mi empeño mientras me quede un hálito de vida... Pero, suponiendo que la hallase viva, ¿no será ya demasiado tarde? ¡Que Dios me ampare! En todo puedo pensar con calma menos en eso. ¡Conserva, Señor, la claridad de mi espíritu! Ya no anhelo más que arrancarla de esas malditas garras, aunque después ella se encierre para siempre en un convento y yo haga lo mismo. Ahora veo que Dios no lo ha querido... Déjame orar, Miguel, no irrites más mi llaga sangrienta.

Volodiovski sintió que se le oprimía el corazón, y aunque quería seguir prodigando a su amigo consuelos, animarle con nuevas esperanzas, las palabras se le atragantaban en la garganta... Proseguían el camino en profundo silencio; sólo los labios de Skretuski movíanse febrilmente, murmurando una fervorosa plegaria, con la cual esforzábase sin duda en combatir las lúgubres fantasías que cruzaban por su mente. El caballero enano, contemplando aquel rostro iluminado por la pálida luz de la luna, estremecíase.. Semejaba la austera faz de un monje demacrado y consumido por el ayuno y el cilicio.

Y en tanto, allá lejos, en la retaguardia, la misma voz de antes continuaba su canción:

¡Pobrecito! Volverás
terminada la guerra, y hallarás
desierto tu hogar,
y sólo tu piel te quedará,
acribillada de heridas.

CAPITULO V

Skretuski aprovechaba para su marcha con el escuadrón sólo las horas nocturnas. El día lo dedicaba al reposo, acampando en las selvas o en las gargantas de las montañas y cuidando de tener montada una buena guardia. Al llegar a un pueblo, solía rodearlo de manera que no pudiera salir de allí alma viviente; hacía provisión de víveres y forraje para sus caballos, y, ante todo, trataba de adquirir informes respecto del enemigo; luego partía sin causar el menor daño a nadie. Apenas perdía de vista el pueblo, cambiaba rápidamente de dirección a fin de que los habitantes no pudieran indicar al enemigo el camino que había seguido el destacamento. El objeto de la expedición era averiguar si Krivonos con sus cuarenta mil hombres seguía asediando a Kamiénez, o si había abandonado aquella tarea inútil y había salido en ayuda de Kmielnizki, a fin de prepararse con él para la batalla decisiva. Además Skretuski deseaba saber lo que hacían los tártaros de la Dobrudja. ¿Habrían pasado ya el Dniéster? ¿Se habrían unido a Krivonos o seguirían acampados en la otra ribera del río?

Estos datos eran muy importantes para el ejército polaco, y averiguarlos corría a cargo de los reglamentarios generales. Pero, como, en su inexperiencia, no lo habían hecho, el príncipe vaivoda de Ucrania había tomado sobre sí aquella empresa. Si era cierto que Krivonos, con las hordas de Bialogrod y Dobrudja, había levantado el asedio de Kamiénez, fortaleza hasta entonces inexpugnable, para reunirse con Kmielnizki, convenía asestar a éste un rápido golpe antes de que se aumentaran demasiado sus fuerzas con la llegada de nuevas tropas.

En tanto, el príncipe Dominico de Zaslav y Ostrov, regimentario general de la república, no mostraba gran actividad, y, al partir Skretuski, se esperaba su llegada al cam-

pamento para dentro de dos o tres días. Saltaba a la vista que se pasaba el camino banqueteando y divirtiéndose y dejaba huir en alas del tiempo la sazón oportuna para quebrantar el poderío de Kmielnizki. El príncipe Jeremías se consumía al pensar que, continuando la guerra en aquella forma, se daba lugar, no sólo a que Krivonos y las hordas tártaras del Trans-Dniéper llevaran a cabo el plan de reconcentración con Kmielnizki, sino a que se les uniera, además, el mismo kan, a la cabeza de todas las fuerzas de Perekop, Nogay y Azov.

Corrían rumores en el campamento de que el kan había cruzado ya el Dniéper y avanzaba hacia el Occidente con doscientos mil caballos, a marchas forzadas diurnas y nocturnas. No obstante, el príncipe Dominico no llegaba.

De día en día hacíase más evidente que el ejército acampado en Cholgan tenía que hacer frente a un enemigo cinco veces superior en número, y que, en caso de ser derrotados los regimentarios, nada podría ya impedir que el enemigo penetrara en el corazón de la república y llegara bajo las mismas murallas de Cracovia y Varsovia.

Krivonos era tanto más temible cuanto que, de intentar los regimentarios avanzar hacia el interior de Ucrania, él, saliendo de Kamiénez directamente hacia Septentrión, en dirección de Constantínov, podría cortarles la retirada y cogerles entre dos fuegos. Sin embargo, Skretuski había decidido no sólo enterarse del paradero de Krivonos, sino detener también su avance. Penetrado de la importancia de su misión, de cuyo buen éxito dependía, en parte, la suerte de todo el ejército, el teniente coronel no se preocupaba de su vida ni de la de los suyos. Hubiera sido una verdadera locura el propósito del joven guerrero, si éste hubiera pensado contrarrestar atacando en campo abierto, con sus quinientos hombres, el empuje de los cuarenta mil que mandaba Krivonos, reforzados por los tártaros de Bialogrod y de Dobrudja. Pero Skretuski era un estratega demasiado experto para lanzarse a tal locura; no se le ocultaba que, en caso de un encuentro, al cabo de una hora, la avalancha enemiga le aniquilaría por completo con todos sus fieles, y recurrió a otros medios para conseguir su objeto. Ante todo, hizo correr entre sus propios soldados la voz de

que su tropa no era más que la vanguardia de una división entera del ejército del temible príncipe, haciéndola esparcir por todas partes, por las aldehuelas, pueblos y burgos que recorrían. Con la rapidez de un rayo se extendió la noticia hacia las orillas del Zbruch, Smotrich, Studieniza, Uska y Kalusik, y con el curso de dichos riachuelos llegó hasta el Dniéster, y siguió volando, como empujada por una ráfaga, desde Kamiénez hasta más allá de Jagorlik. La repetían los bajaes turcos en Jócim, los zaporogos en Jampol, los tártaros en Raskov. De nuevo resonó aquel grito ya conocido «¡Viene Jarema!,» que llenaba de mortal pánico los ánimos de las turbas rebeldes, dejándolas locamente aterradas, en continua zozobra ante el inminente peligro.

Nadie ponía en duda la veracidad de esta noticia. Los regimentarios atacarían a Kmielnizki, y Jeremías se lanzaría contra Krivonos: esto se daba por seguro. El mismo Krivonos lo creyó y sintió desfallecer su brazo. ¿Qué hacer? ¿Operar contra el príncipe? En Constantínov, donde eran más numerosas sus fuerzas, otro espíritu muy distinto animaba a la plebe, y, no obstante, allí habían sido derrotados, diezmados, salvando él la vida por milagro. Krivonos estaba seguro de que sus bravos se batirían a la desesperada con cualquier otro ejército de la república y con cualquier otro caudillo, pero sabía que al aparecer Jeremías se desbandarían como un grupo de cisnes a la vista de un águila y como las pelusas de los cardos al soplo del viento.

Esperar al príncipe en Kaméniez era peor todavía. Krivonos decidió, pues, dirigirse hacia el Oriente, hasta más allá de Brazlav, evitar el encuentro con su infernal adversario y operar su conjunción con Kmielnizki. Harto se le alcanzaba que, dando un rodeo tan grande, corría el peligro de no poder efectuar la conjunción a tiempo; pero, al menos, de esta suerte sabría el sesgo que tomaban los acontecimientos con tiempo sobrado para ponerse en salvo.

De pronto comenzó a circular otra noticia fulminante. Decíase que Kmielnizki había sido ya batido. También esta noticia, como otras tantas, la había hecho propalar Skretuski. En el primer momento, al llegar a sus oídos el nuevo rumor, el desgraciado caudillo no sabía ya qué partido tomar.

Decidió, al cabo, avanzar más hacia el Oriente, adentrarse más en las estepas. Allí tal vez tropezaría con los tártaros, entre los cuales podría hallar refugio.

Pero antes quiso comprobar la exactitud de aquellas noticias. Y, después de largas reflexiones, determinó escoger entre sus oficiales un hombre de absoluta confianza, dispuesto a todo, que quisiera encargarse de salir a la cabeza de una avanzadilla en busca de algún prisionero enemigo. Pero la elección era difícil, aunque no faltaban hombres dispuestos a encargarse de tal misión. Era necesario encontrar un hombre que, si caía en poder del enemigo, no revelase los proyectos de retirada, aunque le quemaran, le empalaran, o le rompieran los huesos en la rueda.

Por fin aquel hombre fué encontrado.

Una noche, Krivonos hizo llamar a su presencia a Bogun y le dijo:

—Escucha, Jurek, amigo mío. Jarema avanza con grandes fuerzas contra nosotros... Tendremos que sucumbir miserablemente.

—También yo he oído decir que se acerca. ¿No hemos hablado ya de eso, padrecito? Pero, ¿por qué hemos de sucumbir?

—¡No podremos resistir! A otro cualquiera sí, pero no a Jarema. A nuestros bravos les causa espanto.

—¡A mí no! En Vasilovka degollé a un regimiento suyo entero.

—Lo sé, sé que no le tienes miedo. Tu fama de bravo caudillo cosaco vale tanto como la del príncipe. Pero yo no puedo presentarle batalla, dado el poco ánimo de nuestros bravos... Recuerda cómo hablaban en el Consejo, cómo estaban a punto de lanzarse sobre mí con sus sables y mazas, diciendo que les llevaba al degüello.

—Pues unámonos con Kmielnizki... Allí no faltará sangre, pero tampoco un rico botín...

—Se dice que Kmielnizki ha sido derrotado ya por los regimentarios...

—Eso no lo creo, padre Máximo... Kmielnizki es un zorro astuto y no se hubiera arriesgado a atacar a los lajes sin ayuda de los tártaros.

—Conforme, esa es también mi opinión... Pero hay que

cerciorarse. Evitando el encuentro con el odiado Jarema, nos uniríamos a Kmielnizki... ¡Oh! Si se encontrara alguno de los nuestros que, sin miedo a Jarema, saliera con una patrulla de exploradores para coger a algún enemigo y sonsacarle noticias... Sería capaz de recompensarle con un gorro lleno de florines de oro...

—Iré yo, padre Máximo; pero no por el oro, sino por la gloria de los bravos cosacos...

—¿Tú, el segundo atamán, quisieras ir? Seguramente llegarás a ser el atamán en jefe de los cosacos, de los bravos guerreros, puesto que eres el único que no teme a Jarema... Vé, pues, bravo halcón, y después pídeme lo que quieras... Y ahora te diré: si tú no fueras, iría yo mismo, pero es imposible.

—Absolutamente imposible... En cuanto vos, padrecito, os fuerais, todos nuestros bravos, sospechando que tratabais de poneros en salvo, se desbandarían por todo el mundo... Mientras que, si voy yo, su ánimo se levantará.

—¿Quieres llevar mucha comitiva?

—No, con pocos soldados se esconde uno mejor y se hace mejor una emboscada. No obstante, dadme unos quinientos bravos, y apuesto la cabeza a que os traigo a los informadores, por los que lo sabréis todo. Y eso que no serán unos sacristanes los que apresemos, sino buenos hombres de armas...

—Bien, vé en seguida... En Kamiénez ya truenan los cañones...

Marchóse Bogun a hacer sin demora sus preparativos. Sus bravos, como de costumbre en ocasiones semejantes, bebían con delirio, «antes del último abrazo de la madrecita Muerte,» como ellos decían. El vataga se embriagó con ellos como un insensato. El aguardiente le brotaba por todos los poros. Loco, delirante, mandó sacar una barrica de brea, y tal como iba, vestido suntuosamente de damasco y sargueta, de un salto se metió dentro y se zambulló una o dos veces, sumergiéndose hasta más arriba de la cabeza...

—Heme ahora—gritó—negro como la madre noche: no habrá un ojo de laj que me reconozca.

Y después de revolcarse sobre las alfombras persas procedentes del botín, lanzóse sobre su caballo, alejándose rá-

pido... Y le siguieron al galope, sumiéndose en la obscuridad de la noche, sus fieles bravos, a quienes acompañaban los gritos de la multitud:

—¡Gloria y suerte!

Skretuski, entre tanto, había avanzado ya hasta Jarmolince, donde encontró alguna resistencia, que castigó con ríos de sangre... Anuncióles, al mismo tiempo, a los habitantes que al día siguiente llegaría el príncipe Jeremías, y les concedió un día de descanso a sus fatigados soldados y caballos.

Luego llamó a consejo a sus compañeros.

—Hasta ahora Dios nos ha favorecido—les dijo.—Del terror que domina a todos los aldeanos deduzco que nos toman, en efecto, por la vanguardia del príncipe y creen en la llegada inminente de todas sus fuerzas. Pero tendremos que estar prevenidos para que no se llamen a engaño al notar que el que llega a todas partes es siempre el mismo destacamento.

—¿Y hasta cuándo vamos a prolongar este ardid?—preguntó Zagloba.

—Hasta que sepamos la resolución de Krivonos.

—¡Bah! En ese caso quizá no volveremos a tiempo al campamento para asistir a la batalla.

—Es posible que no.

—Caro señor, eso me fastidia grandemente—dijo el grueso hidalgo.—Se me habían acostumbrado ya un poco las manos a sacudirles el polvo a los rebeldes en Constantínov, de donde, por cierto, no salí con ellas vacías. Pero esto es un grano de alpiste... Mis dedos añoran el puñal...

—Es que puede ocurrir—observó Skretuski con gravedad—que toméis parte en más batallas de las que pensáis...

—¡Oh! ¡Oh! Pero *¿quo modo?*—inquirió Zagloba, visiblemente inquieto.

—El día menos pensado podemos tropezar con el enemigo y, aunque seamos muy pocos para cortarle la retirada, necesitaremos defendernos... Pero volvamos al asunto: es preciso abarcar un radio más extenso que el que abarcamos, a fin de sembrar la alarma en varios sitios a la vez y exterminar aquí y allá a los que se nos opongan. Creo, por lo tanto, que debemos dividirnos.

—También yo opino así—dijo Miguel.—Nos multiplicaremos a los ojos de los campesinos, y los que se refugien en el campo de Krivonos darán la noticia de enemigos innumerables.

—Señor teniente coronel—dijo Longinos,—vos sois nuestro jefe. Ordenad.

—Yo iré—repuso Skretuski—por Zinkov a Solodkovce y tal vez más lejos todavía, si es posible... Vos, señor lugarteniente Podbipienta, marchad en dirección al llano de Tararisko... Tú, Miguel, encamínate hacia Kupin, y vos, Zagloba, dirigíos a Zbruch, junto a Satanovo.

—¿Yo?—exclamó Zagloba.

—Vos, sí; astuto e ingenioso como sois, creí que os encargaríais con gusto de esta empresa. En el caso contrario, el sargento Kósmach tomará el mando del cuarto escuadrón.

—¡El tomará el escuadrón, pero yo el mando!—exclamó Zagloba, exaltándose repentinamente ante la idea de ser comandante en jefe de una fuerza.—Sentiré tan sólo tener que separarme de vos.

—Pero ¿sois experto en las cosas de la guerra?—preguntó Miguel.

—¡Experto! ¡Yo! Aún no había cigüeña que pensara regalaros a vuestros padres, cuando mandaba yo escuadrones mucho más numerosos que toda esta tropa. Un siglo entero he pasado sirviendo en el ejército, y hubiera continuado a no haber sido por un bizcocho podrido que se me quedó metido tres años en la barriga... Tuve que ir a Gálata en busca del potingue que debía curarme... Pero de esta peregrinación ya os haré un relato especial... Ahora me urge salir ..

—Marchad entonces y corred la voz de que Kmielnizki ha sido ya derrotado y el príncipe ha pasado ya Ploskírov —ordenó Skretuski.—No apreséis al primer enemigo que encontréis, sino a alguno de un escuadrón que venga de Kamiénez y pueda informarnos sobre la verdadera situación de Krivonos, pues las noticias que nos han dado los prisioneros que hemos hecho hasta ahora son confusas y contradictorias.

—¡Ah! ¡Si me encontrase con el propio Krivonos! ¡Ya se le pasarían las ganas de hacer exploraciones! ¡Ya le daría yo pimienta con ginebra! Descuidad, señores, ya les ense-

ñaremos cómo se canta y se baila.. Sobre todo cómo se baila...

—Dentro de tres días nos reuniremos en Jarmolince... Y ahora ¡cada cual por su camino! Pero, os lo ruego, señores, ¡ahorrad hombres!

—Dentro de tres días en Jarmolince—repitieron a un tiempo Zagloba, Volodiovski y Podbipienta.

CAPÍTULO VI

Al verse Zagloba solo a la cabeza de su destacamento, sintió un marcado malestar y comenzaron a asaltarle pensamientos cada vez más lúgubres. Hubiera dado cualquier cosa por ver a su lado a Juan, a Volodiovski y a Longinos, pues sus amigos despertaban su más profunda admiración... Con ellos se sentía en completa seguridad, tal era la ciega confianza que tenía en la habilidad y valentía de sus compañeros.

Al principio avanzaba de bastante mal humor, lleno de desconfianza, escrutando el terreno a su alrededor, pensando los muchos peligros que podía correr.

—¡A fe mía!—murmuraba,—menos apurada sería mi situación si me acompañase alguno de ellos. Dios ha creado a cada cual para lo que indican las aficiones que le ha otorgado, y estoy seguro de que esos tres debieran haber nacido pelícanos, a juzgar por la afición que tienen a nadar en sangre. Se sienten en el campo de batalla tan contentos como otros delante de un jarro de vino, igual que los peces en el agua. ¡Así me gustan los hombres! ¡Tienen la barriga ligera, pero pesadas las manos! A Skretuski ya le he visto en acción: ¡vaya un *peritus!* Mata a un hombre con la misma facilidad que un fraile reza su oración. Ese es su oficio predilecto... El lituano, que no tiene en buen orden su propia cabeza, piensa en derribar tres ajenas de una sola estocada y no expondría gran cosa al hacerlo. A ese lechuguino de Volodiovski le conozco menos, pero, según por lo que he visto en Constantínov y lo que me ha contado Juan, debe de ser una avispa que no quisiera yo que me clavase el aguijón. Por fortuna no está lejos de mí y creo que lo mejor que puedo hacer será reunirme con él; pero si yo sé el camino que debo tomar, que me devoren los patos.

Zagloba sentíase abandonado en el mundo, y se compadecía de su propio aislamiento.

—Sí, es así—decía entre dientes,—quien más necesita un apoyo, menos lo tiene. ¿Y yo qué tengo? Ni amigos, ni padre, ni madre, nadie... ¡Soy un pobre huérfano!

En aquel momento el sargento Kósmach se acercó al hidalgo.

—¿Adónde vamos, mi comandante?

—¿Adónde vamos?—repitió Zagloba.

De pronto irguióse arrogantemente en la silla, se atusó el bigote y respondió:

—¡A Kaménez! Sí, esa es mi orden..., ¿me entendéis, sargento?

El veterano saludó militarmente y volvió, sin decir palabra, a las filas, no acertando a explicarse el enojo de su jefe.

Zagloba lanzó todavía unas cuantas miradas amenazadoras en torno suyo; después se calmó y prosiguió su huraño soliloquio:

—Si fuera a Kaménez, permitiría que me diesen cien palos a las plantas de los pies, al estilo turco... ¡Quiá, quiá!... El caso es que, si uno de esos amigos se hallase a mi lado, tendría yo más ánimo... ¿Qué voy a hacer con un centenar de hombres? Preferiría estar solo... Solo, podría valerme de la astucia, y así no. Somos muchos para llevar a cabo una estratagema, y en cambio somos pocos para intentar defendernos... No comprendo cómo se le ha ocurrido a Skretuski la desdichada idea de dividir nuestro escuadrón en destacamentos. ¿Dónde iré? Sólo sé lo que hay detrás de mí, pero cualquiera adivina lo que hay delante. Y luego, ¿quién me asegura que esos dos demonios no me hayan preparado ya una encerrona? ¡Krivonos y Bogun! ¡Valiente pareja de tunos! ¡Que les despellejen mil diablos! ¡Oh, Dios mío! ¡Sálvame al menos de Bogun! ¡Haz que se lo encuentre Skretuski, que no tiene deseo más ardiente! Yo, como amigo suyo, le deseo todo lo que él desea... ¡amén! ¡Sea, pues! A todo trance llegaré a Zbruch, para volver luego a Jarmolince, y les llevaré más informadores que ellos mismos deseen... Eso es lo de menos.

En aquel momento el sargento volvió a acercársele.

—Señor comandante, allí, detrás de aquella colina, se ven jinetes.

—¡Váyanse al diablo!... ¿Dónde?, ¿dónde?

—Allí, detrás de la colina he visto sus banderas.

—¿Es gente armada?

—Así parece...

—¡Mal rayo les parta!... ¿Y son muchos?

—Están demasiado lejos para poder contarlos. Escondámonos detrás de esas rocas; caeremos sobre ellos de improviso. Por aquí tienen que pasar. Y si son muchos, no estará lejos el señor Volodiovski; oirá el tiroteo y vendrá en nuestro auxilio.

Una oleada de heroísmo se le subió repentinamente a Zagloba a la cabeza, cual un buen trago de vino. Quizá la desesperación misma operó en él este milagro, o tal vez la esperanza de que Miguel no estaría todavía lejos. Lo cierto es que desenvainó el sable, agitólo rápidamente en el aire, y rugió con voz de trueno, centelleantes los ojos:

—¡Apostaos ahí, bajo esas rocas! ¡Caeremos sobre ellos de improviso! Ya les ajustaremos las cuentas a esos miserables.

Los disciplinados soldados del príncipe se colocaron inmediatamente en orden de combate, al amparo de las rocas, dispuestos para el inesperado ataque.

Pasó una hora en expectación... Al fin oyeron rumor de voces humanas que se aproximaban... El eco les llevaba alegres canciones, a las que no tardaron en mezclarse el redoble de un tambor y el sonido de gaitas y violines... El sargento acercóse de nuevo a su jefe.

—No es un destacamento de tropas, mi comandante, sino una boda cosaca.

—¿Una boda?—exclamó el hidalgo.—¡Pues bien, que se esperen, que yo voy a tocarles una pieza de mi caletre!

Y espoleando el caballo, lanzóse, seguido de sus soldados, en medio de la carretera, donde formó la pequeña tropa.

—¡Seguidme!—ordenó con voz terrible.

Púsose en movimiento la línea, avanzando primero al trote y después a galope tendido... Doblada la colina, halláronse de pronto ante una multitud de gentes aterradas y confundidas por su inopinada llegada.

—¡Alto! ¡Alto!—gritaban soldados y cosacos.

Era, en efecto, una boda de labradores. A la cabeza cabalgaba el gaitero, y seguíanle el tiorbista, el violinista y los dos tambores, todos ya algo calamocanos, ejecutando diestramente sus alegres «kalamaikas» (1). En pos de ellos iba una hermosa doncella, con una túnica obscura, los cabellos esparcidos sobre la espalda... Rodeábanla sus damas de honor, cantando y llevando coronas. Todas las muchachas iban a horcajadas, como los hombres; con sus vistosos trajes adornados de flores campestres, parecían una tropa de apuestos mozuelos cosacos. Venía luego en segunda fila el novio, un gallardo joven, caballero en un magnífico y fogoso corcel, en medio de sus testigos, que llevaban también coronas en largos palos, una especie de lanzas. Cerraban la comitiva los padres de los novios, con los amigos e invitados, todos a caballo. Traían barriles de aguardiente, hidromiel y cerveza en ligeros carritos forrados de paja, que avanzaban con jocundo tambaleo por el pedregoso camino.

—¡Alto! ¡Alto!—gritaron de nuevo cosacos y soldados.

Y el cortejo de boda se deshizo... Las mujeres retrocedieron dando chillidos penetrantes; los mozos de honor y los padrinos de boda apretaron el paso, a fin de formarles, en caso de un inesperado ataque, una trinchera con sus pechos.

Zagloba se adelantó, blandiendo el sable ante los espantados ojos de los campesinos y gritando a voz en cuello:

—¡Ah, viles plebeyos, rebeldes, perros inmundos! Os ha dado por rebelaros, ¿eh? ¡Ah! ¡Hacéis causa común con Krivonos, granujas! ¡Espiáis por los caminos! ¡Os atravesáis en el de las tropas! ¡Os atrevéis a alzar vuestros brazos contra los nobles! ¡Ya os arreglaré yo, almas de perros condenados! ¡Os arrastraré con grillos a los pies, os mandaré empalar, bestias, paganos!... ¡Ha llegado la hora: vais a expiar todos vuestros crímenes!

Un anciano de cabeza blanca como la nieve, testigo del novio, echó pie a tierra, acercóse a Zagloba, asió el estribo del hidalgo, e inclinándose hasta el suelo, suplicó humildemente:

---

(1) Baile cosaco. *(N. del T.)*

—¡Piedad, ilustre señor!... No hagáis daño a pobres inocentes... Por el santo nombre de Jesucristo juramos que lo somos: no somos rebeldes; venimos de Gusiatin, de casar en la iglesia ortodoxa a nuestro pariente, el herrero Demetrio, con esta joven, hija del calderero, que se llama Xenia... Vamos en comitiva a la comida de boda...

—Es gente inofensiva—murmuró el sargento.

—¡Al demonio los miserables!—vociferaba Zagloba.—Krivonos es quien los ha casado.

—¡Mala peste se lo lleve!—gritó el anciano.—Nunca le vieron nuestros ojos, ¡pobres de nosotros! ¡Gracias, ilustre señor! Dejadnos pasar; sabemos nuestro deber; no haremos mal a nadie.

—¡Iréis a Jarmolince con grillos en los pies!

—Iremos, señor, adonde os plazca conducirnos... Mandad, obedeceremos. Pero ordenad por favor, serenísimo señor, a vuestros soldados que no nos hagan ningún mal... Y vos... dispensad nuestra sencillez y sinceridad... Vednos a vuestros pies...; respetuosamente os rogamos que bebáis con nosotros un trago a la salud de los novios... Bebed, noble caballero, por la mayor gloria de unos simples cristianos..., como nos enseña Dios en el santo Evangelio.

—Pues no creáis haberme ganado ya a vuestra causa, aunque consienta en beber un vaso—dijo Zagloba en tono áspero.

—No, señor, no—exclamó el anciano en tono jovial,—no lo creeremos en modo alguno. ¡Eh! ¡Músicos!—exclamó, dirigiéndose a los de la banda,—ejecutad alguna pieza en honor del ilustre señor..., que es magnánimo y bueno... Vosotros, mozos, traed la dulce aguamiel para el magnífico señor. No será injusto con unos pobres desgraciados. ¡Pronto, chicos, pronto! ¡Gracias, señor!

Los mozos se precipitaron hacia los barriles. Resonaron los tamboriles, a cuyo redoble se unió el son agudo de los violines. El gaitero infló los mofletes y apretó con furia el saco de cuero del instrumento contra su seno; los mozos de honor blandían sus picas adornadas con guirnaldas... Los soldados sonreían atusándose el bigote, y, acercándose, acercándose, cortejaban a las lindas mozas por encima de los hombros de los mozos. Todo el miedo había desapareci-

do... De nuevo oyóse algarabía de gritos y canciones... Oyéronse hasta clamores de júbilo... «¡U-ha! ¡U-ha!»

Pero Zagloba conservaba aún su cara de enfado. Y aun cuando le pusieron una cuarta de hidromiel en la mano, no dejaba de refunfuñar: «¡Ah, miserables! ¡Canallas!» Humedecía ya los bigotes en la negruzca superficie de la bebida y aún no desfruncía el entrecejo. Echó hacia atrás la cabeza, y pestañeando vivamente, con muchos chasquidos de lengua, probó el néctar. En su rostro se pintó primero la sorpresa, luego la indignación.

—¡Oh!—exclamó.—¡En qué tiempos vivimos!... ¡Los villanos beben esta aguamiel digna de los cielos! ¡Y vos lo veis, Señor, y contenéis vuestros rayos!

Dicho esto, levantó el vaso y lo vació hasta el fondo.

Los cosacos que le rodeaban, perdido ya el miedo, rogáronle que no turbase la fiesta y los dejara seguir tranquilos su camino. Unió sus ruegos a los de aquellos infelices, acercándose también a Zagloba, Xenia, la joven novia, una muchacha tímida, trémula de emoción, con lágrimas en los ojos, bella y sonrojada como la misma aurora... Acercóse, juntó las manos sobre su garganta y, besando las botas de Zagloba, exclamó:

—¡Gracia, monseñor!

Zagloba sintió que su viejo corazón de hidalgo se le derretía como un trozo de cera.

Aflojóse el cinto de cuero, registrándose, sacó el último ducado que le quedaba de la munificencia de Jeremías, y tendiéndoselo a Xenia, dijo:

—¡Ten! ¡Dios te bendiga a ti y a todo ser inocente!

La emoción cortóle de pronto la voz, pues aquella doncella, esbelta y hermosa, de cejas negras, le recordó a la princesa Elena, a quien él quería a su manera.

—¿Dónde estará ahora la pobrecilla?—pensó.—¡Que la guarden los ángeles del cielo!

Rebosante de emoción, estaba ya dispuesto a estrechar entre sus brazos a toda aquella buena gente y fraternizar con todo el mundo.

Los aldeanos, viendo a Zagloba tan magnánimo, lanzaron gritos de júbilo y se agolparon en torno suyo para besarle el vuelo de la túnica.

—¡Es bueno! ¡Es bueno! ¡Viva el laj! ¡Es un corazón de oro! —repetía la muchedumbre.—Reparte ducados, no hace daño a nadie... ¡Qué buen señor! ¡Gloria a él!... ¡Que sea feliz!...

El violinista rascaba frecuentemente las cuerdas; los ojos del gaitero parecían salirse de sus órbitas; los brazos de los tamborileros no podían ya más. El viejo calderero, visiblemente amedrentado, que hasta entonces había permanecido atrás, acercóse a su vez, llevando a su mujer a la derecha, y a la vieja herrera, madre del novio, a la izquierda. Saludaron, inclinándose hasta formar un ángulo recto, e invitaron al señor a que se dignase seguirles al cortijo y tomara asiento en el banquete nupcial. «Era—decían—un inmenso honor recibir a tan noble huésped, que traía buen agüero a los desposados, y que les acarrearía desgracias su ausencia...» Siguiendo el ejemplo de los viejos, saludaban el novio y la morena desposada. Y Xenia, a pesar de su sincera sencillez, percatábase de que sus súplicas iban más derechas que todas al corazón del guerrero.

Los invitados, los testigos y los mozos de honor insistieron también... No distaba mucho el cortijo; el ilustre señor casi no se apartaría de su camino; el viejo herrero, un ricachón del pueblo, les escanciaría un hidromiel muy distinto del que acababan de ofrecerle... Zagloba posó una mirada en sus soldados; éstos, al pensar en el bailoteo y en los buenos tragos que les aguardaban, movían convulsivamente el bigote como las liebres... No se atrevían, sin embargo, a manifestar su deseo, cohibidos por la disciplina; pero el jefe se apiadó de su suplicio...

Momentos después, Zagloba, mozos, damas de honor y soldados, encaminábanse en perfecta armonía a la morada campestre.

Esta, efectivamente, no estaba lejos.

El padre, rico colono, dispuso una rumbosa fiesta; las bebidas corrían a torrentes. Zagloba, entusiasmado sobre manera, dirigía la fiesta... Empezaron las raras ceremonias de la boda. Matronas antiguas condujeron a Xenia a su cuarto y permanecieron largo rato encerradas con ella. Al fin vinieron a anunciar que, previo examen, la desposada pareciales blanca como blanca paloma, cándida como un lirio. La alegría fué unánime entre los convidados.

«¡Gloria! ¡Felicidad!,» gritaban. Las mujeres aplaudían... «¿Qué tal? ¿No os lo decía yo?,» repetían... Los mozos pataleaban; luego todos ellos, con sendas cuartas de aguardiente en la mano, bailaron por turno ante la puerta del cuarto nupcial y vaciaron la copa en honor de la desposada... Zagloba bailó también; la única prerrogativa que reivindicó por su ilustre origen fué beber medio azumbre en vez de un cuarto... Luego el calderero, en compañía de su esposa y de la herrera, condujeron al joven Demetrio hacia la cámara... Como el novio no tenía padre, accedió Zagloba a la humilde petición de los viejos de que desempeñase la misión de padre del novio, siguiéndole al cuarto. Callaron todos en la sala. Los soldados vociferaban en el patio, imitando por irrisión los alaridos de los tártaros: «¡Alá! ¡Alá!,» y disparando los mosquetes. Pero la ruidosa fiesta no llegó a su apogeo hasta que los padres de la desposada volvieron a la sala común. El viejo calderero abrazó contentísimo a la mujer del herrero; los jóvenes saludaron a la madre de la novia, rodeando sus rodillas con un brazo; las mujeres prorrumpieron en loas a la anciana, que había sabido guardar a su hija como las niñas de sus ojos, como una casta paloma, como un lirio. Por último, Zagloba la sacó a bailar. Adelantábanse y retrocedían pataleando uno frente a otro; el caballero daba palmadas, encogiéndose e irguiéndose en ágiles saltos, tan vehementes que, al choque de sus tacones herrados, saltaban astillas del entarimado. Gruesas gotas de sudor le empapaban el rostro. Imitáronle los convidados. Los que podían daban vueltas por la sala, y los demás por el patio, mozos, mozas y soldados. El padre de la novia mandaba continuamente sacar más barriles... Por último, toda la fiesta se trasladó del cuarto al patio... Encendiéronse hogueras de cardos secos, y antorchas resinosas brillaban en la profunda obscuridad de la noche. La ruidosa algarabía habíase convertido en desenfrenada orgía de bebedores. Resonaron disparos de mosquetes y arcabuces como en una batalla (1).

Carmesí, bañado en sudor, vacilante, Zagloba había per-

(1) La boda campesina de la época la describe el testigo ocular Beauplan.

dido la noción del tiempo y lugar. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Veía los rostros de los invitados a través de los vapores del alcohol, y aunque le hubieran empalado, no hubiese podido decir quién era aquella gente. Recordaba que asistía a una boda... ¿A qué boda?... ¡Ah! Sí... ¡La de Skretuski con la princesa!

Esta idea le pareció la más verosímil, acabando por fijársele en la cabeza como un clavo en la pared. Su alegría fué tanta que se puso a gritar como un condenado: «¡Viva! ¡Viva! ¡Amémonos, hermanos!,» y vaciaba pinta tras pinta. «¡A mis brazos, hermanito!,» exclamó, dirigiéndose a uno de los mozos. «¡A la salud de monseñor el príncipe! ¡Por la felicidad de todos nosotros! ¡Ojalá pasen sin dejar huellas estos paroxismos que sufre nuestra querida patria!»

Dicho esto, prorrumpió en llanto y tropezó contra una barrica. A cada paso encontraba nuevos obstáculos: multitud de cuerpos yacían inmóviles por el suelo; aquello semejaba un campo de batalla. «¡Gran Dios!, exclamaba Zagloba; por lo que veo, ya no existe valor en la república, ya no hay más que Laj y Zagloba que sepan beber... En cuanto a los demás... ¡Dios mío!...»

Al alzar los ojos al cielo en un gesto de desconsuelo, se le antojó que las estrellas no estaban quietas en su sitio como un sinnúmero de clavitos diseminados por el firmamento, sino que unas temblaban como si quisieran desprenderse de sus engastes, otras describían curvas extrañas, otras se entregaban a un vivo cosaco (1).

Todo esto llenaba de estupor el alma de Zagloba.

—¿Será posible—murmuraba—que en todo el universo sólo yo no esté borracho?

Pero, de repente, también la tierra, siguiendo el ejemplo de las estrellas, empezó a moverse de un modo vertiginoso, como a impulsos de un torbellino, y el héroe cayó al suelo cuan largo era.

Asaltáronle acto seguido terribles sueños. Parecíale que su pecho era pisoteado por monstruos y que le ataban brazos y piernas, aplastándole irresistiblemente contra el suelo. Al mismo tiempo, resonaban en sus oídos horrorosos gri-

(1) Danza nacional ucraniana.

tos y golpes que parecían detonaciones. Una luz deslumbradora pasó luego a través de sus cerrados párpados, hiriéndole los ojos con su terrible intensidad. Hubiera querido abrir los ojos y despertarse; mas no podía. Sentía que algo insólito, extraordinario, le acaecía; que la cabeza le colgaba; que se lo llevaban sujeto por los pies y los brazos. Una indecible angustia se apoderó de él, un malestar horroroso, insoportable, como nunca lo había sentido; intentó moverse, sin lograrlo. Pero el esfuerzo le despertó del todo: despegó los párpados y volvió por completo en sí.

Entonces su mirada tropezó con otra: en sus ojos clavábanse, ávidas, dos pupilas más negras que el carbón y tan amenazadoras, que Zagloba, a pesar de estar ya completamente despierto, creyó en el primer momento que el diablo en persona le contemplaba. De nuevo cerró los ojos y otra vez tornó a abrirlos. Aquellas pupilas seguían clavándose, obstinadas, en él... ¡Oh! Aquel rostro no le era desconocido... De pronto, estremecióse de pies a cabeza... Un frío sudor bañó su frente... y sintió por toda la piel un hormigueo enloquecedor de espanto.

¡Era el rostro de Bogun!.. Le había reconocido.

CAPITULO VII

Zagloba yacía agarrotado, con sable y todo, en el mismo cuarto en que acababa de celebrase la boda. Junto a él, Bogun, sentado en una banqueta, deleitaba su vista con el terror de su cautivo.

—¡Buenas noches, monseñor!—le dijo, al verle abrir los ojos.

Zagloba no respondió, pero en un instante se encontró tan despejado como si en la vida hubiera bebido una sola gota de vino. Las hormigas seguían recorriéndole el cuerpo de la cabeza a los pies, y viceversa; el terror le había helado hasta las tuétanos.

Dícese que uno que se está ahogando y siente su próximo fin ve deslizarse en aquel momento supremo ante sus ojos la visión de toda su vida pasada y recuerda hasta sus más mínimos detalles, dándose cuenta exacta de lo que le sucede: esa misma claridad de la inteligencia y de la memoria poseía en aquel momento Zagloba. Y las primeras palabras que pronunció en aquel estado de horrible lucidez fueron éstas, proferidas con voz apenas perceptible:

—¡Ahora sí que me desollará vivo!

El jefe cosaco repitió con voz queda.

—¡Buenas noches, monseñor!

—¡Brrr!—pensaba Zagloba;—preferiría verle furioso.

—¿Pero no me conoces, señor hidalgo?

—¡Salud! ¡Salud! ¿Cómo estás?

—No del todo mal... En cuanto a la salud de Vuestra Señoría, yo mismo me encargo de cuidarla.

—Yo no he rogado a Dios que me enviase tal doctor, y no sé si podré digerir las medicinas que tú me recetes... Pero, al fin, ¡cúmplase su voluntad!

—Como tú me cuidaste en otros tiempos, quiero demostrarte ahora mi agradecimiento. Somos antiguos amigos...

¿Te acuerdas de lo bien que me encapuchaste en Razlogi...?

Los ojos de Bogun brillaron como dos carbunclos y sus largos bigotes distendiéronse en una terrible sonrisa.

—¿Que si me acuerdo?—respondió Zagloba.—Entonces pude haberte clavado mi puñal en la garganta... Sin embargo, no lo hice.

—¿Lo he hecho acaso yo contigo? Ni lo he pensado siquiera... No, no puede ser. Tú eres mi ser querido, el favorito de mi alma... Velaré por ti como por las niñas de mis ojos.

—Siempre he dicho que eras un perfecto caballero—repuso Zagloba, fingiendo que tomaba las palabras de Bogun por moneda corriente.—Debe de reservarme—decía para sus adentros—algún obsequio especial de los que él acostumbra... No moriré como un plebeyo...

—Has dicho bien—contestó Bogún,—tú también eres un perfecto caballero... Ya ves, nos buscábamos y al fin nos hemos encontrado.

—A decir verdad, lo que es yo no te buscaba en modo alguno..., pero gracias de todos modos por tu cortesía ..

—Dentro de poco me darás las gracias aún más calurosamente, y sabré demostrarte mi agradecimiento por haber llevado de Razlogi a Bar a esa doncella... La he hallado allí en buen estado... Y ahora... ¿Qué quieres que te diga? Te invitaría a mi boda; pero ésta no se efectuará hoy ni mañana: vivimos en tiempos de guerra... y, además, con los años que tienes, quizá no vivirás para entonces...

A pesar de la terrible situación en que se hallaba, Zagloba aguzó el oído.

—¿A la boda?—murmuró.

—¿Qué te has creído?—continuó el vataga.—¿Soy acaso un bellaco para hacerla mía sin la bendición de un pope, o quizá no alcanzan mis medios para ir a Kiev y celebrar allí el casamiento? No la llevaste a Bar para un villano, sino para un hetmán y atamán, ¿comprendes?

—Bueno, bueno...—pensó el grueso hidalgo.

Y añadió en voz alta:

—Manda que me desaten...

—Es mejor que estés ahí tranquilo, porque te espera un

largo viaje, y debes descansar, pues no eres ya muy joven que digamos...

—¿Adónde quieres llevarme?

—Eres amigo mío... Te llevaré a ver a otro de mis amigos, al bueno de Krivonos. Entre los dos cuidaremos que no te falte nada...

—¡Sí que voy a estar caliente!—gruñó el hidalgo, y las hormigas volvieron a recorrerle la espalda.

—Sé que me guardas rencor—dijo, tras una pausa,—pero sin razón alguna, bien lo sabe Dios... Hemos hecho vida común en Chegrin: allí hemos despachado más de un azumbre de aguamiel... Yo te he profesado siempre un afecto paternal, apreciando tu consumada caballerosidad, que no tiene rival en toda Ucrania.. ¿Y qué? ¿Me he atravesado jamás en tu camino? Si no te hubiera acompañado en tu excursión a Razlogi, a estas horas seríamos todavía los mejores amigos del mundo. Mas ¿por qué hice lo que hice sino por el sincero afecto que te profeso? Si tú no te hubieses enfurecido, ni dado muerte a aquellos desgraciados, Dios es testigo de que yo no me hubiera metido en nada. ¿Qué saco yo de meterme en los asuntos ajenos? Hubiera preferido que fuera tuya la joven a que la cogiese otro. Pero, en virtud de tus galanterías un tanto tártaras, la conciencia me remordió... ¿No se trataba acaso de una casa de hidalgos? Estoy seguro que tú mismo no hubieras obrado de otra manera que yo... Hubiera podido enviarte al otro mundo, y esto hubiese sido de más provecho y más gusto para mí... Mas no lo hice porque soy un caballero y porque me hubiera avergonzado de obrar tan cobardemente. Avergüénzate ahora también. Porque no se me oculta que quieres deleitarte en el suplicio que me espera de tus manos. Y después de todo esto, ¿no está ahora en tu poder la joven? ¿Qué más quieres de mí, pues? ¿No guardé yo como a las niñas de mis ojos a esa doncella que sólo a ti te pertenece? Habiéndola respetado, has demostrado que tú también tienes honor y conciencia de caballero; pero ¿sería posible ofrecerle una mano después de haberla teñido con mi sangre inocente? ¿Cómo tendrás valor para decirle: «Al hombre que os amparó y guió entre las turbas cosacas y las hordas tártaras, le he entregado al suplicio?» Avergüénza-

te de ti mismo y manda desatar estas ligaduras, y sácame de este cautiverio en que me arrojaste a traición... Eres joven todavía y no sabes lo que aún te puede ocurrir, y ten la seguridad de que mi muerte Dios la castigaría en lo que tengas de más querido en este mundo...

Bogun se levantó, pálido de rabia... Acercándose a Zagloba, le dijo, con voz ahogada por la furia:

—¡Puerco inmundo! Te mandaré desollar a jirones, te haré cocer a fuego lento, haré mechar con clavos todo tu cuerpo y arrancarte la carne a pedazos.

En el paroxismo de la ira, asió el cuchillo colgado de su cinto, y lo apretó unos momentos convulsivamente entre sus dedos... Ya relucía la hoja ante los ojos del hidalgo... Pero en aquel momento el cosaco consiguió dominarse, y volviendo el puñal a la vaina:

—¡Eh, muchachos!—gritó.

Seis zaporogos acudieron en el acto.

—Coged a esta carroña polaca y arrojadla a la pocilga... ¡Vigiladle muy bien!

Los cosacos levantaron bruscamente a Zagloba, dos por los brazos, dos por las piernas, otro por la melena; lo sacaron de la estancia, atravesaron el patio, lo arrojaron sobre un montón de estiércol en la pocilga, y cerraron la puerta... Sólo por las rendijas de las vigas, por los huecos del techo de bálago, filtrábase acá y acullá una pálida claridad nocturna. Poco a poco los ojos de Zagloba fuéronse acostumbrando a la obscuridad. Miró en derredor suyo... En la pocilga no había cerdos ni cosacos... Oía claramente, al través de los cuatro tabiques, las conversaciones de sus guardianes: la zahurda estaba vigilada, evidentemente, por todos lados; mas no por ello dejó de exhalar Zagloba un suspiro de alivio...

¡Lo principal era que vivía! Al ver relucir el puñal de Bogun había creído llegada su última hora y había ya encomendado, lleno de espanto, su alma a Dios... Pero, por lo visto, Bogun había decidido reservarle una muerte harto más refinada... Deseaba, sin duda, no sólo vengarse, sino recrearse además en la agonía del hombre que le había arrancado de los brazos a la bella princesa y que había quebrantado su fama de bravo cosaco, exponiendo su per-

sona al ridículo ante sus soldados, que le hallaron atado como un niño de pecho. Una perspectiva en extremo desconsoladora abríase ante los ojos del grueso hidalgo, pero al mismo tiempo conhortábale la idea de que vivía aún y de que sería llevado probablemente ante Krivonos, quien le sometería a un interrogatorio. Podía disponer, pues, de unos cuantos, acaso de bastantes días, tendido sobre el estiércol, sin testigos, y podía aprovechar la muda tranquilidad de la noche para inventar alguna estratagema.

Este era uno de los lados buenos del asunto... Mas cuando pensaba en los malos. ., las legiones de hormigas volvían a paseársele por la espalda.

¡Estratagemas!...

—Si hubiese un puerco o una cerda en este establo—murmuraba el grueso hidalgo,—apuesto a que discurriría más que yo, porque no estaría agarrotado, con sable y todo, como yo. Atado Salomón de este modo, no resultaría más cuerdo que mis calzones o que la suela de mi bota... ¡Ah! ¡Dios, Dios! ¿Por qué me castigas de este modo? De todos los habitantes de este valle de lágrimas con ninguno temía tanto tropezarme como con este bribón, y precisamente he venido a dar de narices con él. Me cardará la piel hasta dejarla más lisa que el paño de Sviebodin. Si otro cualquiera me hubiese apresado, fingiría que me unía a los revoltosos y en la primera ocasión huiría... Pero, si a otro no sería fácil engañarle, ¡cuánto más difícil no será engañar a este tunante! Siento desfallecer mi corazón... ¿Qué demonio me habrá traído a estos parajes? ¡Oh, Dios, Dios mío! No puedo mover los brazos ni las piernas. ¡Señor, Señor!

Zagloba pensó luego que, si tuviera las manos libres de toda traba, le sería más fácil inventar cualquier artimaña... ¿Y si probase a desatarse? Si al menos lograse hacer deslizarse el sable a lo largo de sus piernas, lo demás marcharía solo. Pero ¿cómo arreglárselas para eso? Tumbóse de un lado... ¡Mal negocio!... Zagloba se quedó sumido en profundas reflexiones.

Tumbado boca arriba, empezó a columpiarse sobre su propia espalda, cada vez con mayor intensidad. A cada una de sus oscilaciones, ganaba casi una pulgada de terreno.

¡Uf!, ¡qué calor! Los cabellos se le pegaban a las sienes... ¡Ni que estuviera bailando!

A veces interrumpía su tarea, ya para descansar, ya porque le parecía oír a uno de sus carceleros acercarse a la puerta. Luego reanudaba su trabajo con redoblado ardor... De este modo acabó por llegar, arrastrándose, al pie de uno de los tabiques.

Entonces cambió la dirección de sus oscilaciones: en vez de columpiarse de la cabeza a los pies, hacía movimientos de un lado a otro, de modo que a cada sacudida de su cuerpo el extremo del sable chocaba ligeramente contra la pared y el arma iba deslizándose poco a poco, por debajo de las rodillas del cautivo, hacia arriba.

El corazón de Zagloba palpitaba atrozmente. El esfuerzo llevaba camino de ser coronado de éxito...

Y Zagloba seguía moviéndose y procuraba que los choques del arma contra la pared coincidiesen con los momentos más ruidosos de la charla de los soldados. Por fin, el extremo de la vaina vino a parar a la altura del codo y la rodilla del cautivo, que, si hubiese seguido moviéndose de igual manera, no hubiera ya podido hacer salir más el arma. Pero gran parte de ésta, la más pesada, por ser la del puño, estaba ya libre de ligaduras.

El puño acababa en una cruz, por tratarse de una carabela (1). Y en esta cruz, precisamente, cifraba Zagloba todas sus esperanzas.

Y empezó a columpiarse por vez tercera... Ahora su esfuerzo encaminábase a apoyar los pies contra la pared, y habiendo conseguido esto, empezó un movimiento longitudinal. El sable estaba todavía sujeto entre las corvas y las manos, pero la empuñadura seguía deslizándose, y cuando, por último, chocó con mayor fuerza contra el suelo, Zagloba imprimió a su espada el postrer empuje. La inmensa alegría que experimentó le dejó como paralizado.

El sable estaba desatado por completo.

Entonces el hidalgo apartó sus brazos de las rodillas, y aunque estaban sus manos todavía sujetas, agarró con ellas el sable por el extremo opuesto. Sujetando la vaina entre

(1) Alfanje de gala. *(N. del T.)*

las piernas, fué haciendo salir poco a poco el acero cortante...

A partir de aquel momento, el cortar las ligaduras que ataban sus piernas era cosa sencillísima.

Más trabajo le costó desatarse las manos.

Zagloba tuvo que apoyar el sable sólidamente contra el montón de estiércol, con el dorso hacia abajo y con el filo hacia arriba. Luego comenzó a frotar con toda su fuerza las ligaduras contra el filo hasta que consiguió cortarlas...

Acabada esta tarea, se encontró no sólo libre de toda traba, sino también armado. Lanzó un profundo suspiro e hizo la señal de la cruz para dar gracias al cielo. Pero del desatamiento a la completa liberación de las manos de Bogun faltaba todavía buen trecho...

—¿Qué haré ahora?—preguntábase Zagloba.

No conseguía hallar la respuesta. El establo estaba cercado completamente por los cosacos, cuyo número pasaba de cien... Ni una rata hubiera conseguido escaparse, y mucho menos un hombre de las dimensiones de Zagloba.

—Veo que mis sesos no valen un ochavo. .—murmuró,—y mi ingeniosidad no sirve ni para engrase de mis botas, y eso que mejor grasa podría comprarse en una feria húngara. Si el Espíritu Santo no se decide a iluminarme con una inspiración repentina, serviré de pasto a los cuervos. Pero si me ilumina, ¡oh!, entonces hago voto de castidad para el resto de mis días, a imitación de mi amigo Longinos.

Ruido de voces, ahora más perceptible, interrumpió su meditación. Acercóse rápidamente a la pared y aplicó el oído a un intersticio entre las vigas.

Los troncos secos de abeto reforzaban la sonoridad de las voces como una caja de tiorba... La conversación se oía muy bien.

—¿Y adónde iremos desde aquí, tío Ovsivuy?—preguntaba uno de los cosacos.

—No sé... Tal vez a Kamiénez—contestaba el otro.

—¡Bah! Nuestros caballos apenas arrastran ya las piernas; no llegarán nunca.

—Por eso nos hemos detenido aquí; descansarán hasta la madrugada.

Tras una breve pausa, dijo la primera voz, pero más quedo:

—Yo creo, tío, que nuestro atamán irá de Kaménez a Jampol.

Zagloba contenía la respiración.

—¡Calla, si le tienes apego a la vida, que eres joven todavía!—fué la respuesta.

Hubo otro momento de silencio, en que sólo se oía sordo ruído de voces que venían de otra dirección.

—¡Cuidado, que hay centinelas por todas partes!—murmuró Zagloba, y se fué arrimando al tabique opuesto.

En aquel momento llegó a sus oídos el ruído del ganado mascando avena y el resoplar de los caballos, que estaban evidentemente muy cerca, y entre ellos distinguió la voz de los hombres, acostados, sin duda, junto a sus cabalgaduras.

—¡Eh!—decía uno de ellos;—no comer, no dormir, estar todo el día cabalgando sin alimentar a los caballos, y todo esto para que nos empale Jarema en su campamento. .

—Pero ¿es seguro que viene?

—La gente que ha podido escapar de Jarmolince jura que le ha visto como yo te veo. Se cuentan horrores de él. Es tan alto como un abeto viejo; de la frente parecen brotarle dos llamas; cabalga en un dragón.

—¡Señor, apiádate de nosotros!...

—No nos queda más que escaparnos lo antes posible, llevando a ese laj a sus compañeros.

—¿Cómo escaparse si los caballos ahora ya están reventados?

—¡Nos pasará algo malo, hermanos!.. Si yo fuera el atamán, sangraríamos a ese laj, y volveríamos a Kaménez, aunque fuera a pie.

—No; lo conduciremos con nosotros a Kaménez; allí nuestros padres los atamanes van a jugar un poco con él.

—Primero jugarán los demonios con vosotros—balbuceó Zagloba.

A pesar de todo el miedo que le inspiraba Bogun, y quizá por ese mismo motivo, Zagloba juró no entregarse vivo. Estaba ahora libre de ligaduras y empuñaba el sable. Aunque lo despedazasen, no le cogerían vivo.

En aquel momento el resoplar de los caballos, por lo visto extraordinariamente cansados, interrumpió la conver-

sación, pero al mismo tiempo inspiró una nueva idea a Zagobla.

—¡Si pudiera deslizarme al otro lado de este tabique y saltar de repente al lomo de un caballo!—pensaba.—Es de noche, y cuando se dieran cuenta me habría perdido de vista galopando... Al través de estos barrancos y desiertos es difícil perseguir a uno en pleno día... ¿Qué será, pues, entre tinieblas? ¡Dios mío, concédeme ocasión para salvarme!

Mas hubiera sido difícil encontrar tal ocasión. Era necesario o derribar un tabique, para lo cual se necesitaba la musculatura de atleta de un Longinos, o cavar una vía subterránea, como una zorra. Pero, aun así, le oirían y le cogerían por el pescuezo antes de saltar sobre la silla... A la imaginación del hidalgo acudían mil estratagemas, pero, precisamente por ser tantas, ninguna le satisfacía.

—¡Peor que peor! Tendré que pagar con el pellejo—murmuró.

Y se dirigió al tercer tabique. De pronto tropezó su cabeza con un cuerpo duro... Sus manos palparon el obstáculo: era una escalera de mano. Encima de aquella pocilga, o mejor dicho, de aquel establo para bueyes, extendíase hasta la mitad de la longitud del local una especie de tablado que servía de depósito de paja y heno... Sin pensarlo poco ni mucho, Zagloba subió por la escalera y hallóse en el departamento superior.

Luego se sentó, recobrando el aliento, y comenzó a tirar poco a poco de la escalera para subirla hacia su escondite.

—¡Ea! Heme aquí en una fortaleza—refunfuñó.—Aunque ahora mismo encontraran otra escalera, les costará un poco llegar hasta aquí. Si no parto de un golpe la primera sesera que por aquí se asome, merezco que hagan carne ahumada de mis costillas. ¡Oh, diantre!, de seguro que no se contentarán en ahumarme sólo, sino que me asarán además, derritiéndome para sebo... ¡Pero que suceda lo que quiera! ¿Que queman el establo? ¡Bueno! Tanto menos fácil les será cogerme vivo. Y en fin, lo mismo me da que los cuervos me devoren crudo que asado. Con tal que pueda escaparme de las manos de estos bandidos..., el resto poco

me preocupa, y sigo esperando que hallaré todavía alguna manera de salvar el pellejo.

Por lo visto, para Zagloba era cosa fácil pasar de la extrema desesperación a una firme esperanza. No tardó en sentirse tan confiado y tan tranquilo como si se encontrase ya en el campamento del príncipe Jeremías. A decir verdad, su situación no era tan crítica. Sentado encima del tablado, esperaba, empuñando el sable, dispuesto a defender durante bastante tiempo la entrada. No era mucho, pero, en fin, menos sería nada aun teniendo en cuenta que trasladarse del granero al patio era como hacerlo de la hoguera a las ascuas, pues allá abajo le cortaba el paso una selva de sables y lanzas.

—¡Me he lucido!—pensó.

Acercóse al tejado y empezó a deshacer poco a poco el bálago, a fin de abrir un boquete que le pusiera en comunicación con el mundo exterior.

Su tarea avanzaba con facilidad, pues los cosacos de centinela entreteníanse, en la monotonía del servicio, conversando. Además se había levantado un fuerte viento que, al mover las hojas de los cercanos árboles, ahogaba el ruído que hacía el hidalgo.

No tardó en estar abierto el boquete: Zagloba asomó la cabeza por él y miró...

La noche palidecía ya, y por Oriente asomaba el primer claror del amanecer. Al reflejo indeciso del alba, vió Zagloba el patio lleno de caballerías a cuyos pies yacían, tendidos en sinuosas líneas, numerosos cosacos; junto al cigoñal del pozo relucía en la penumbra el agua del pilón, y mas allá se veían otra línea de gentes dormidas, y unos veinte centinelas, con los sables desnudos, paseando lentamente.

—Son mis soldados—gruño el hidalgo, refiriéndose a los durmientes más lejanos,—agarrotados por lo visto, y menos mal si fueran míos, ¡lo malo es que son del príncipe!... ¡Vaya un capitán que estoy hecho!... Los he conducido a la boca del lobo. Vergüenza me dará mirarles a la cara, si el Señor me devuelve la libertad. ¿Y todo esto por qué? Por unos galanteos y unos tragos de vino... ¿Qué me importaría a mí que dos bellacos se casaran? Tanto tenía que hacer allí como en una boda de perros... Juro no tocar más

el hidromiel traidor, que ataca a las piernas más que a la cabeza. Todos los males de este mundo los causa la embriaguez; porque, si los bandidos nos hubieran atacado cuando estábamos aún con todos nuestros sentidos, yo sería el que hubiera encerrado a Bogun en la pocilga, pues ¡vive Dios! hubiera sido el vencedor.

Y Zagloba clavó los ojos en la cabaña donde debía estar durmiendo el caudillo cosaco.

—¡Duerme, duerme, bribón!—murmuró, sin poder apartarlos de la puerta.—¡Ojalá sueñes que los diablos te están despedazando, ya que tarde o temprano este será tu fin! Hubieras querido hacer una criba de mi pellejo, pero intenta ahora subir aquí... Te voy a dejar la piel tan curtida que ni los perros la querrán para sus botas... ¡Oh! Si pudiese salir de aquí..., si pudiera escaparme de las garras de estos malditos... Pero ¿cómo?

El problema verdaderamente era insoluble. El patio estaba atestado de gente y de caballos, y aunque Zagloba hubiera llegado a salir del establo; aunque, deslizándose por el tejado, se hubiera dejado caer sobre los lomos de uno de los caballos que había junto a la pocilga, no hubiera podido llegar ni a la puerta cochera.

Con todo, parecíale que había realizado lo principal de su tarea; estaba desatado y armado, y se había hecho fuerte en el granero.

—¡Qué diantre!—pensaba.—¿Me habré desprendido acaso de las cuerdas para dejarme ahorcar con ellas?

Y nuevos proyectos de fuga bulleron en su cabeza. Pero eran tantas sus ideas, que no sabía cuál escoger.

Entre tanto, el día avanzaba. En las cercanías de la cabaña los objetos se iban haciendo más distintos al salir de la sombra que los rodeaba y el tejado de la cabaña tomaba un matiz plateado. Zagloba pudo ya distinguir con más seguridad varios grupos aislados en el patio. Vió ya los rojos uniformes de sus soldados, tendidos junto al pozo, y las pellizas de carnero bajo las cuales descansaban los cosacos ante la cabaña.

De pronto uno de los dormidos se levantó, atravesó lentamente el patio, deteniéndose a veces junto a los caballos y grupos de gentes; habló algunas palabras con los centi-

nelas que guardaban a los cautivos, y, por último, se dirigió al establo. Zagloba creyó por un momento reconocer a Bogun, al notar que los centinelas hablaban con él con deferencia de subordinados.

—¡Ah!—gruñó.—¡Si tuviese ahora un mosquete en la mano, ya les enseñaría como se alzan las patas!

En aquel momento la sombra levantó la cabeza, y la grisácea claridad del amanecer iluminó su rostro. No era Bogun, sino Golody, el centurión, a quien Zagloba reconoció al punto. Le recordaba perfectamente, de la época en que fraternizaba con Bogun en Chegrin...

—¡Eh!, muchachos—dijo Golody,—¿no dormís?

—No, padrecito, y eso que tenemos sueño. Es hora ya de relevarnos.

—Pronto se os relevará... ¿Y ese hijo de perro no se ha escapado?

—¡Oh, oh!, a no ser que su alma se haya escapado del cuerpo, padrecito... No se ha movido en toda la noche.

—Es un zorro astuto... Vigiladle bien..., es capaz de desaparecer bajo de la tierra.

—¡Vamos a verle!—respondieron algunos soldados, acercándose al establo.

—Y a propósito, coged hierba del granero... Limpiad bien los caballos... Al salir el sol nos pondremos en marcha...

—¡Está bien, padrecito!

Zagloba abandonó en un santiamén el boquete y, arrastrándose, se apostó en la entrada del granero. En el mismo instante oyó rechinar el cerrojo de la puerta. Luego oyó el crujir de la paja bajo de los pies de los cosacos. El corazón se le saltaba del pecho... Apretaba la empuñadura de su espada, repitiéndose que preferiría hacerse quemar con el establo o se dejaría hacer añicos antes que entregarse Esperaba oir de un momento a otro gritos furibundos... Pero durante algún tiempo oyéronse sólo los pasos de los hombres que recorrían el establo con creciente agitación: al fin habló uno de ellos.

—¿Qué brujería hay en esto? No puedo ponerle la mano encima... ¡Le arrojamos aquí!

—¿Te has vuelto loco? Frota el pedernal, Vasil, que esto está obscuro como un bosque.

Un momento de silencio. Basilio buscaba, por lo visto, el eslabón y la yesca. Otro cosaco murmuró:

—¡Señor hidalgo! ¡Responded!

—¡Pégate al hocico de un perro!—gruñó Zagloba.

El hierro golpeó el pedernal; una lluvia de chispas iluminó el obscuro interior del establo y unas cabezas cubiertas con capuchas puntiagudas; luego volvió de nuevo la obscuridad, más profunda que antes.

—¡No está! ¡No está!—decían, alteradas, las voces.

Entonces uno de los cosacos corrió a la puerta.

—¡Padrecito Golody! ¡Golody!

—¿Qué ocurre?—preguntó el centurión, asomando por la puerta.

—¡El laj no está ya ahí!

—¡Cómo! ¿Que no está ahí?

—¡Se lo ha tragado la tierra!

—¡No está por ninguna parte! ¡Oh, señor!, apiádate de nosotros. Hemos hecho luz para buscarle, pero... ¡no hay nadie!

—Eso es imposible... ¡Oh!, tendréis que habéroslas con el atamán. ¿Se habrá escapado? Quizá os habéis dormido...

—No, padrecito, ninguno. Por este lado no ha salido del establo...

—¡Chitón! No despertéis al atamán. Si es cierto que no se ha fugado, es que se ha escondido en algún sitio. ¿Habéis buscado en todas partes?

—En todas.

—¿Y en el techo?

—¿Cómo hubiera podido subir al techo, atado de pies y manos?

—¡Oh, qué necio! Si no se hubiera desatado, estaría aquí. ¡Buscad arriba! ¡Luz!

De nuevo brotaron las chispas.

La noticia se difundió con la rapidez de un rayo entre los guardias. Todos acudían en tropel al establo con la precipitación propia de pánico. Oíanse rápidos pasos, breves preguntas a las que seguían lacónicas respuestas. Las suposiciones más diversas entrecruzábanse como los aceros en lo más rudo de la batalla.

—¡Subid al desván! ¡Subid!

—Y vigilad bien los alrededores.

—No despertéis al atamán... ¡La haríamos buena!

—¡No está ya la escalera!

—¡Traed otra!

—¡No hay en ninguna parte!

—Corred a la cabaña, que acaso allí halléis alguna.

—¡Oh, maldito laj!

—Subid por los rincones al techo y por allí al granero.

—Es imposible, que sobresale demasiado y está reforzado con tablones.

—Traed lanzas. Por ellas treparemos arriba. ¡Ah, perro! ¡Ha metido la escalera dentro!

—¡Traed las lanzas!—tronó la voz de Golody.

Varios cosacos salieron a buscarlas. Los que se habían quedado en el establo miraban arriba. Abierta ya la puerta de par en par, la luz disipaba las tinieblas. En la confusa claridad veíase el boquete del granero: un cuadrado negro.

Voces conciliadoras subían hacia Zagloba.

—¡Eh, señor hidalgo! Haced que se deslice la escalera y bajad. No os escaparéis; ¿a qué cansar en vano a la pobre gente?

—¡Bajad!, ¡bajad!

Reinaba de nuevo el silencio.

—Sois hombre avispado... Si pudiera serviros de algo anidar ahí, os quedaríais...; pero de nada os sirve: ¡así es que bajaréis de buen grado, pues sois un buen hombre!

El mismo silencio.

—Bajad. De lo contrario os arrancaremos la piel del cráneo y os arrojaremos de cabeza al estercolero.

Zagloba continuaba tan sordo a las amenazas como a la adulación. Seguía inmóvil en la obscuridad, como el tejón en su guarida. Apercibiéndose a una defensa encarnizada, con creciente vigor apretaba la empuñadura de la espada, resoplaba y recitaba mentalmente una oración.

Entre tanto, los soldados trajeron lanzas, ataron tres una a otra y apoyaron la punta de la superior en el boquete.

A Zagloba, por un momento, le cruzó la idea por la cabeza de cogerlas y meterlas en el pajar. Pero pensó que tal vez el tejado sería demasiado bajo y que no lograría ha-

cerlas entrar por completo. Y, además, en seguida traerían otras.

El establo estaba lleno de cosacos. Unos habían encendido antorchas, otros traían estacas de todas clases y adrales de carros. Demasiado cortos para llegar al boquete del granero, los ataron en un santiamén unos a otros con correas. Muchos se ofrecían a trepar por las lanzas, a pesar de que era una tarea verdaderamente difícil.

—¡Yo subiré! ¡Yo subiré!—gritaban.

—Esperad la escalera—recomendaba el jefe de sotnia.

—¿Por qué no probar por las lanzas, padrecito?

—Vasil trepará, es tan ágil como un gato.

—Que pruebe, pues...

Los compañeros embromaban a Basilio.

—¡Ten cuidado! Que tiene el sable y te cortará la cabeza... ¡Andando con ojo!

—Te atraerá a sí por la cabeza; y, una vez entrado, te dará un abrazo digno de un oso.

Basilio no se desconcertaba.

—Ya sabe él—dijo—que, si me tocase con la punta de los dedos, el atamán le desollaría vivo, y también vosotros, compañeros.

Era una advertencia a Zagloba, que permanecía inmóvil, sin proferir una palabra.

Los cosacos, como suele ocurrir entre la soldadesca, estaban ya de buen humor, pues empezaron a encontrar divertido aquéllo y continuaron hostigando a Basilio.

—Habrá un necio menos en este mundo de Dios.

—El otro, el de arriba, no se preocupa de lo que le haremos pagar por tu cabeza: es un valiente.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Es que sabe trampas! Es un brujo. El diablo sabe en qué se habrá transformado ahí arriba. ¡Tú, Vasil, a ver lo que te encuentras en esa boca de infierno!

Basilio, que se escupía en las palmas de las manos y se disponía a trepar, se detuvo de pronto.

—Yo iría a gusto a buscar al laj — dijo; — pero no a diablo.

Por último, con las laderas de carros formaron una escalera suficientemente elevada, que apoyaron contra un tabique. No era muy prudente subir a ella, pues se desataban las

ligaduras, y los palos, frágiles y delgados, crujían bajo los pies de los soldados que examinaban la más baja; el centurión Golody fué el primero en aventurarse, para dar ejemplo. Al tiempo que subía, seguía hablando con Zagloba:

—Ya veis que no bromeamos, señor hidalgo. Si tenéis empeño en seguir ahí arriba, seguid...; pero que no se os ocurra defenderos: os cogeríamos aunque tuviéramos que demoler el establo. ¡Ea! ¡Sed razonable!

Su cabeza tocaba al boquete y desapareció poco a poco por él. De pronto en las manos de Zagloba silbó el sable: el cosaco exhaló un rugido espantoso, vaciló y cayó en medio de sus hombres con el cráneo abierto.

—¡A matarle! ¡A matarle!—gritaban por doquiera.

Hubo una confusión horrible en todo el establo. Entrecruzábanse los llamamientos y los gritos, dominados por la atronadora voz de Zagloba.

—¡Oh! ¡Ladrones, ogros, tunantes! ¡Os sacaré las tripas a todos, canalla inmunda! ¡Sabréis cómo castiga el brazo de un caballero! ¡Ah! ¡Conque asaltáis de noche a la buena gente! ¡Encerráis a los nobles en una pocilga!... ¡Oh, bandidos! ¡Venid al duelo conmigo, al duelo, o, si queréis, dos contra uno! ¡Acudid, si os place, pero los cráneos dejadlos en el estiércol, porque os los abro o dejo de ser Zagloba!...

—¡A matar! ¡A matar!—vociferaba la tropa.

—Pegaremos fuego al establo.

—¡Eso es lo que yo mismo pienso hacer, colas de bueyes! Seréis los primeros en asaros.

—¡Subid en grupo, subid!—gritaba un cosaco viejo.—¡Mantened firme la escalera! ¡Sujetadla con lanzas! ¡Un haz de hierba en la cabeza, y adelante! ¡Lo necesitamos muerto o vivo!

Dicho esto, el viejo cosaco subió, seguido de otros dos; los escalones rechinaban; la escalera crujía y se doblaba, pero se mantuvo, sostenida por más de veinte brazos vigorosos y otras tantas lanzas.

Algunos asomaban las lanzas al boquete para contener y rechazar los sablazos.

Un minuto después rodaban tres cadáveres más sobre la cabeza de los cosacos que habían quedado abajo.

Estimulado por el éxito, Zagloba rugía como un búfalo, vomitando un torrente de injurias, que nunca habían sonado en oídos humanos, y de seguro los cosacos hubieran entregado su alma a Dios en el acto, a no ser por la creciente furia que les dominaba. Rabiosos, pinchaban con las lanzas el techo o subían en tropel los escalones, aunque arriba les aguardaba una muerte segura. De pronto, en la puerta, sonó un grito y Bogun en persona precipitóse en el establo. Con la cabeza descubierta, vestido sólo con calzas y en mangas de camisa, blandía el desnudo sable; sus ojos fulguraban.

—¡Por el tejado, paganos!—gritaba.—¡Arrancad el bálago! ¡Cogedle vivo!

Al verle, Zagloba sintió redoblarse su furia.

—¡Ven acá, villano!—rugía,—que te voy a cortar las narices y voy a regalar tu cabeza al verdugo. ¡Cómo!. . ¿Te has achicado? ¿Tienes miedo, mocito?... ¡Atad a ese bribón y os perdonaré la vida! ¡Ah, carne de patíbulo, perro judío, acércate! ¡Ven, ven, me darás una alegría!... Te recibiré de modo que te acuerdes de tu padre el demonio y de la ramera de tu madre.

Pero en aquel momento los cabriales del techo crujieron por cima de su cabeza. Los soldados, atacándole desde fuera, debían de estar ya arrancando el bálago.

Zagloba lo comprendió, pero no por esto disminuyó su valor. La lucha y la sangre le habían embriagado.

—Me meteré en un rincón y moriré matando—dijo para sí.

En el mismo instante resonó en el patio vivo tiroteo. Unos veinte cosacos precipitáronse al mismo tiempo en el establo.

—¡Padrecito! ¡Padrecito!—exclamaban a voz en grito,—¡venid!

Zagloba escuchaba estupefacto, no acertando a explicarse, en el primer momento, lo que ocurría. Miró hacia abajo por las grietas del techo: ya no había nadie. Los cabriales del tejado habían dejado de crujir.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?—exclamó en alta voz.—¡Ah!, ya comprendo, quieren prender fuego al establo, y por esto descargan sus pistolas contra el tejado.

Pero, al oir fuera vocerío ensordecedor y siempre crecien-

te, mezclado con el ruido del galopar de los caballos, con el de disparos y alaridos, con el del choque de los aceros, gritó:

—¡Gran Dios! ¿Será una batalla?

Y se precipitó a su tragaluz. Miró y las piernas se le doblaron de alegría.

En el patio librábase una encarnizada lucha, y el grueso hidalgo presenció la aplastante derrota y la horrorosa confusión de la tropa de Bogun.

Asaltados de improviso, diezmados a pistoletazos, acorralados en las empalizadas, en la cabaña y en el granero, fusilados a quema ropa, heridos a sablazos, aplastados bajo los cascos de los caballos, los rebeldes caían casi sin resistencia. Filas enteras de asaltantes de rojos uniformes cargaban furiosamente contra ellos, y, persiguiendo a los fugitivos, no les daban tiempo de rehacer sus filas, ni de desenvainar las armas, ni de tomar aliento, ni de alcanzar sus caballos. Sólo algunos intentaban defenderse por pequeños grupos; otros, en medio del confuso alboroto y del humo, esforzábanse a apretar las aflojadas cinchas de sus cabalgaduras, pero morían antes de llegar a poner el pie en el estribo; otros, arrojando las lanzas y los sables, buscaban escape por entre las estacas de la empalizada, donde entropezaban, lanzando infernales gritos de terror. Creían los desgraciados cosacos que el príncipe Jarema acababa de caer sobre ellos de improviso como una águila, con todas sus fuerzas armadas. No tenían tiempo de recobrarse, de mirar a su alrededor. Los alaridos de los vencedores, el silbido de los sablazos y el fragor de los disparos empujábanles como una tempestad. El caluroso aliento de los caballos bañaba sus nucas. Por todas partes resonaban gritos: «¡Sálvese el que pueda!» «¡Herid! ¡Matad!,» respondían los asaltantes.

Y, por último, Zagloba reconoció a Miguel Volodiovski, el caballero enano. En su caballo alazán, rodeado de algunos soldados, ora daba órdenes blandiendo su bulava, ora se lanzaba él mismo al combate, y no bien levantaba el sable, cuando caía a sus pies un enemigo sin proferir siquiera un grito. ¡Oh!, ¡aquel pequeño Volodiovski era el maestro de los maestros! Un verdadero soldado, que, sin perder de vista el conjunto de la batalla, acudía allí donde

era necesaria su presencia, y luego volvía, miraba, corregía, cual un maestro de capilla que, ya dejando el instrumento, ya llevándoselo a los labios, vigila sin cesar a los demás músicos para que ninguno desentone. Ante semejante espectáculo, Zagloba no cabía en sí de gozo y pateaba sobre los tablones del techo, levantando torbellinos de polvo; aplaudía, rugía.

—¡Atacad a esos perros inmundos! ¡Adelante! ¡Matadles! ¡Curtidles la piel! ¡Triturad, cortad, golpead, sangrad, degollad!

Así gritaba el valiente hidalgo como un loco, los ojos inyectados en sangre, hasta el punto de que se le nubló la vista. Pero, cuando se le aclaró un poco, presenció una escena superior a todas las anteriores. Bogun, a la cabeza de un puñado de cosacos, sin gorra, en calzas y en mangas de camisa, huía a todo el galope de su caballo, perseseguido por el caballero enano y los suyos.

—¡Alcánzale! ¡Mátale!—gritábale Zagloba.—¡Es Bogun!

Pero su voz se perdía en el espacio. Entre tanto, Bogun y sus hombres de un salto salvaron el seto, y Volodiovski lo salvó también. Algunos cosacos se cayeron del caballo al saltar.

Bogun había ganado el llano, Volodiovski corría tras él... Los demás cosacos fugitivos se habían dispersado y sus perseguidores habían vuelto grupas.. Ahora la persecución era singular, era un duelo...

Zagloba sintió que el aliento se le apagaba en el pecho, que los ojos casi se le saltaban de las órbitas .. ¿Qué veía? Volodiovski iba a los alcances de Bogun como un galgo a los de un jabalí... De pronto el jefe cosaco se volvió, levantó el sable...

—¡Ya están agarrados!...—gritó Zagloba.

Un instante, lo que dura un relámpago, y Bogun cayó con su caballo.

El caballero enano pasó por encima de él y continuó su caza de hombres.

Pero Bogun estaba vivo. Se puso en pie rápidamente y huyó a todo correr hacia un grupo de intrincadas rocas que se divisaban no lejos de allí.

—¡No le dejes! ¡No le sueltes!—rugió Zagloba.—¡Es él, Bogun!

Pero una vataga (1), que hasta entonces había permanecido oculta entre las rocas, salió como un huracán, perseguida a distancia de medio estadio por los cosacos, al encuentro de su caudillo, lo cogió y se lo llevó consigo.

Los fugitivos desaparecieron en el recodo de la barranca y con ellos sus perseguidores.

El patio estaba completamente desierto. Los hombres de Zagloba, libertados por Miguel, se habían apoderado de los caballos abandonados por los cosacos y galopaban también tras el enemigo en fuga.

Zagloba hizo resbalar la escalera, apoyóla en el suelo, bajó y salió al patio.

—Estoy libre...—se dijo, mirando en torno suyo.

El patio estaba cubierto de cadáveres, muchos de zaporogos, unos cuantos de polacos. Zagloba se paseó lentamente por el campo de batalla, sometiendo a un minucioso examen ocular a todos los muertos, y por fin se arrodilló ante uno de ellos.

Al instante se levantó, blandiendo un pichel de hoja de lata en la mano.

—Está lleno—murmuró, acercándoselo a los labios y echando la cabeza hacia atrás.—Y no está malo que digamos...

Volvió a mirar en torno suyo y repitió, ya con voz más fuerte y decidida:

—¡Soy libre!

Después se dirigió a la cabaña y tropezó en el umbral con el cadáver del viejo calderero, asesinado por los cosacos. A los pocos minutos salió. Ciñendo el talle de su guerrera, embadurnada de estiércol, resplandecía el cinturón de Bogun, ricamente bordado en oro, del cual pendía un puñal cuyo mango adornaba un grueso rubí.

—Así es como Dios recompensa la virtud y el valor—murmuraba.—Por lo visto la bolsa del villano está bastante bien provista... ¡Ah! ¡Maldito bribón! ¡Espero que no te escaparás! Pero lo que es ese cacho de enano (Miguel)... ¡Ra-

(1) Destacamento cosaco o tártaro. *(N. del T.)*

yos y centellas! ¡No tiene pelo de tonto ese aguijón de avispa! Nunca dudé que fuera un valiente, pero que fuera capaz de subirse al cuello de ese Bogun como al de un rocín pelado, eso nunca lo hubiera creído. Parece imposible que un cuerpecito tan diminuto pueda cobijar tanta valentía y tanto vigor. Porque, después de todo, Bogun podría llevarle colgado de la cintura a manera de puñal. ¡Mal rayo le parta!... Mejor dicho, ¡buena suerte le conceda el cielo! Sin duda Volodiovski no le ha conocido, pues, de saber quién era, a estas horas ya hubiera acabado con él. ¡Qué olor a pólvora hay aquí, cómo se mete en las narices! La verdad es que me he salvado de un trance en que no me he encontrado hasta la hora presente... ¡Alabado sea el Todopoderoso! Pero ¡caramba!, ¡si yo pudiera tener el gusto de matar a ese Bogun! En fin, tengo que fijarme bien en ese Miguelito, porque, ¡vive Dios!, parece el diablo en persona.

Discurriendo así, Zagloba tomó asiento en el umbral del establo, esperando el regreso de sus amigos.

Por fin, a lo lejos, en la llanura, reaparecieron los dragones, que volvían de su denodada persecución, con Miguel a la cabeza. Este picó espuelas, pues acababa de reconocer a su amigo. Al desmontar se fué corriendo hacia Zagloba.

—Aún tengo el gusto de ver a Vuestra Gracia—exclamó desde lejos.

—A mi gracia en cuerpo y alma—respondió Zagloba.— ¡Dios bendiga a vuestra señoría por haberme socorrido!

—A tiempo, gracias a Dios...

Y el exiguo guerrero estrechó efusivamente entre las suyas la mano del grueso hidalgo.

—¿Pero cómo habéis sabido mi penosa situación?

—Por los campesinos de esta granja.

—¡Oh! ¡Y yo que les acusaba de traición!

—¡Ca! Al contrario, es buena gente. Por milagro han salvado la cabeza los dos recién casados... Un buen mozo y una hermosa joven... Los pobres ignoraban el paradero de los invitados a su boda.

—Si no son traidores, los habrán degollado a todos... El amo de la granja yace ahí, a nuestros pies... Pero, en fin, no se trata ahora de eso... ¿Está vivo Bogun? ¿Ha escapado?

—¡Cómo! ¿Luego nos las hemos habido con Bogun?

—Sí, ese miserable, sin gorra, en mangas de camisa y en calzones, a quien derribasteis del caballo...

—Le he herido en la mano... ¡Demonio!, no le he conocido... Pero vos, señor Zagloba, ¿qué hazaña tan memorable habéis hecho?

—¿Qué he hecho yo?—contestó Zagloba.—¡Venid, señor Miguel, y mirad!

Y Zagloba cogió el brazo a su compañero y lo condujo al establo.

—Mirad—repitió.

Volodiovski, al entrar, no distinguió nada a causa de su brusco tránsito de la plena luz a las tinieblas; pero cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la obscuridad, vió sobre el estiércol, hacinados, varios cadáveres.

—¿Y quién ha causado tal estrago?

—Un servidor—dijo Zagloba.—¿Preguntabais lo que he hecho yo? ¡Pues aquí lo tenéis!

—¡Hum!—dijo el joven oficial, moviendo la cabeza en señal de duda.—¿Pero cómo es posible?

—Defendiéndome allí arriba, mientras me atacaban por debajo y por parte del tejado. No sé cuánto tiempo ha durado esto, porque luchando no se mide el tiempo, pero el hecho es que me atacaba Bogun en persona, al frente de toda su temible banda, compuesta de hombres escogidos. ¡Se acordará de vos, se acordará también de mí! En otra ocasión os referiré cómo he caído prisionero, las peripecias por que he pasado y lo que he hablado con Bogun. Hasta con la lengua he luchado con él... Pero ahora estoy tan cansado, que apenas puedo tenerme en pie.

—¡Hum! No se puede negar que os habéis portado como un hombre... Pero, en mi sentir, sois mejor espadachín que capitán...

—Señor Miguel—respondió el hidalgo,—no es este el momento de discutir, antes bien demos gracias al cielo por habernos concedido a los dos tan gran victoria, cuyo recuerdo tardará en borrarse de la memoria de los mortales.

Volodiovski miró con sorpresa a su amigo. Creía haber ganado la batalla él solito, y he aquí que Zagloba, por lo

visto, quería compartir con él el triunfo. Sin embargo, se limitó a decir, meneando la cabeza:

—Amén.

Una hora después, reunidos sus destacamentos, ambos vencedores se encaminaban a Jarmolince.

De los soldados de Zagloba casi no faltaba ninguno, pues habiendo sido sorprendidos borrachos, no habían ofrecido resistencia, y, además, Bogun, que tenía órdenes, sobre todo, de recoger informaciones, había ordenado a sus gentes que no mataran, sino que hicieran prisioneros.

CAPÍTULO VIII

El caudillo cosaco, a pesar de su bravura y su cautela, no había tenido fortuna en la expedición contra la supuesta vanguardia del príncipe Jeremías. No había conseguido más que acabar de convencerse de que, efectivamente, el príncipe avanzaba con todas sus fuerzas contra Krivonos, cosa que confirmaron los soldados de Zagloba que hizo prisioneros, los cuales de buena fe juraban que el príncipe les seguía. No le quedaba, pues, más recurso al desgraciado atamán que retroceder sin demora para juntarse con Krivonos, empresa no muy fácil, porque al tercer día de camino no llegaba a reunir sino unos doscientos cincuenta hombres armados: los otros habían muerto en el campo de batalla, o habían quedado heridos en el lugar del encuentro, o erraban por entre los barrancos y cañaverales, sin saber qué partido tomar, adónde dirigirse, dónde buscar refugio. Y los escasos hombres con que contaba Bogun no eran capaces de gran resistencia por estar desmoralizados y aterrados por la reciente derrota y dispuestos a ponerse en fuga a la menor alarma, a pesar de ser la flor y nata de los guerreros cosacos, los mejores soldados de todo Sich. Ignorantes de la escasa fuerza de que Volodiovski disponía contra ellos, no sabiendo que la derrota que acababan de sufrir se debía sólo a lo imprevisto del ataque contra gente dormida, estaban completamente convencidos de haber combatido, si no con el príncipe en persona, por lo menos con un poderoso destacamento de éste, muy superior en número. Bogun estaba loco de rabia; herido en la mano, magullado, enfermo, derrotado, había dejado escapar a un enemigo mortal, había comprometido su fama de guerrero. Los mismos hombres que la víspera de la derrota, a una señal suya, hubiéranse encaminado a Crimea, precipitándose ciegamente contra el mismo Jeremías y hasta contra las mismas puertas del in-

fierno, habían perdido ahora en él la confianza, decaido su ánimo, y sólo pensaban en el modo de evitar otro encuentro. Y eso que Bogun había cumplido los deberes de un buen caudillo, sin omitir ningún detalle: había dispuesto un destacamento de guardia en las inmediaciones de la granja y, si se había detenido, lo había hecho porque los caballos, que no habían parado desde Kamiénez, eran ya completamente incapaces de continuar el camino. Pero Volodiovski, que se había pasado toda su mocedad guerrilleando y cazando a los tártaros, se había acostumbrado a sorprender a los centinelas como un lobo a los perros de un rebaño de ovejas y a caer sobre ellos sin darles tiempo de lanzar un grito, ni de disparar un arma. Su ataque había sido tan repentino, que él, el famoso Bogun, había tenido que huir en calzones y en mangas de camisa. Cuando lo recordaba el caudillo cosaco, su vista se nublaba, su cabeza bullía y la desesperación mordíale en el alma cual un perro rabioso. El, que asaltaba las galeras turcas del mar Negro; él, que perseguía a los tártaros hasta Perekop; él, que agitaba teas incendiarias ante los ojos del kan y pegaba fuego a sus tiendas; él, que a dos pasos del príncipe, en Vasilovka, muy cerca de Lubnie, había pasado a cuchillo a uno de los regimientos de Jeremías, se veía ahora obligado a huir sin casaca, con la cabeza descubierta y sin sable, porque aquel diminuto dragón se lo había hecho saltar de las manos al primer encuentro. Y en los momentos de descanso, cuando se detenía para dar algún reposo a los caballos, el desesperado jefe cogíase la cabeza con ambas manos y exclamaba:

—¿Qué he hecho de mi gloria cosaca? ¿Dónde está mi hermano el sable?

Y una loca furia le dominaba; embriagábase como un pagano, dispuesto a volar al encuentro del príncipe, a atacar a toda su fuerza armada, a morir luchando y desaparecer para siempre.

Pero sus soldados estaban muy desanimados.

—¡Mátanos, padrecito!—respondían con voz sombría a sus furiosos arrebatos;—¡pero no iremos!

En vano les repartía sablazos en sus arrebatos de furia, en vano les disparaba sus pistolas en pleno rostro: negábanse a seguirle y no le seguían.

El atamán sentía hundirse la tierra bajo sus pies al ver que no paraban ahí sus desventuras. Temeroso de una persecución que realmente era de esperar, no se atrevía a avanzar directamente hacia el Sur, no sabiendo si Krivonos seguía asediando la villa, y se dirigió al Este y cayó sobre el destacamento de Pan Longinos. Pero el lituano, vigilante como una grulla, no se dejó sorprender, sino que fué el primero en atacar al enemigo. No le costó esfuerzo alguno derrotarle por completo: los cosacos depusieron las armas. Huyendo, pues, fué el atamán a dar con Skretuski, el cual le causó tan aplastante derrota, que Bogun, después de vagar largo tiempo por las estepas con escasísimos caballos, despojado de su gloria y de su prestigio, sin soldados, sin botín, sin dato alguno, se reunió al fin con Krivonos.

Sin embargo, el jefe, tan terrible de ordinario para sus subordinados cuando éstos no triunfaban, no mostró esta vez ninguna cólera. Sabía por propia experiencia lo que significaba habérselas con Jeremías. Recibió a Bogun con amistosa bondad, le consoló, le calmó, y cuando le vió consumido por una gran fiebre, ordenó que fuese vigilado, curado y cuidado solícitamente.

Entre tanto, nuestros cuatro capitanes, luego de sembrar el pánico por la comarca, habíanse reunido felizmente en Jarmolince, donde se detuvieron algunos días para dar descanso a hombres y caballos... Los cuatro en el mismo alojamiento, Longinos, el oficial enano y Zagloba fueron uno a uno enterando a Skretuski de las aventuras pasada y de las operaciones emprendidas. Luego sentáronse en torno de una damajuana llena de hidromiel, para desahogar sus corazones en amistosos relatos y satisfacer la recíproca curiosidad. Pero Zagloba casi no dejaba la palabra a sus compañeros. Sin querer escuchar a nadie, trataba de hacerse oir él solo, pues era él quien tenía más cosas que contar.

—Señores—exclamaba,—me han hecho prisionero, es verdad; pero la rueda de la fortuna da muchas vueltas... Bogun toda su vida la ha pasado derrotando a los demás, pero hoy nosotros le hemos derrotado a él... Así es como generalmente acontece en la guerra... La víspera os curten la piel, al día siguiente curtís la de los otros... Pero, creed-

me, Dios ha castigado a Bogun por habernos agredido mientras dormíamos dulcemente el sueño de los justos y por habernos despertado de un modo tan infame. ¡Oh, oh! ¿Se figuraba acaso que me iba a asustar con sus groseras palabrotas? Cuando le cogí entre mis manos, señores, perdió al punto toda su valentía y se amilanó hasta el extremo de que se le fué la lengua y me dijo cosas que seguramente no hubiera querido decir. Si yo no hubiera caído en cautiverio, no hubiéramos podido derrotarle entre los dos... Entre los dos, repito. ¿De qué sirve, pues, explicar en muchas palabras el hecho? Es innegable que en el lance he sido *magna pars*, y no cesaré de afirmarlo mientras respire. Os lo juro por mi salud, señores... Seguid escuchando mis explicaciones. Si Volodiovski y yo no le hubiéramos derrotado, toda la longitud de Longinos hubiera sido inútil, como el arrojo de Skretuski. Y os digo más, no batiéndole nosotros dos, nos hubiera derrotado él a nosotros... Pues si esto no ha sucedido, ¿de quién es el mérito?

—En verdad, sois como una zorra—dijo Longinos:—ora meneáis la cola, ora os escapáis y siempre os salváis de la trampa.

—Tonto es el sabueso que persigue a una zorra, pues pierde la pista y pierde el tiempo. ¿Cuántos hombres habéis perdido?

—¡Pse!, total unos doce, y unos cuantos heridos, pues la resistencia ha sido muy débil.

—¿Y vos, Miguel?

—Sólo unos treinta, pues les cogimos desprevenidos.

—¿Y vos, coronel?

—Los mismos que Pan Longinos.

—Pues yo dos. Decidme ahora, ¿cuál de nosotros debe pasar por mejor jefe?.. Además, ¿cuál era nuestro objeto al llegar aquí? Saber a qué atenernos acerca de los movimientos de Krivonos, servir al príncipe... Ahora bien, escuchadme, yo he sido el primero en enterarme de ello, yo, y eso por la boca más auténtica, por ser la del mismo Bogun. Sé que Krivonos está cerca de Kaménez, pero que piensa levantar el sitio de la ciudad por haberle sobrecogido el terror... Ved ahí lo que he sabido respecto de las cosas públicas, *de públicis*... Pero aún tengo que comunicaros otra

noticia que os alegrará mucho el corazón, y que no os he comunicado hasta ahora porque quería que los cuatro conferenciáramos sobre ella largo y tendido. Además estaba rendido de fatiga y tenía las tripas revueltas a consecuencia del agarrotamiento bárbaro a que me sometieron esos malditos. Tenía una congestión.

—Hablad por amor de Dios, hablad—exclamó Miguel.—¿Será tal vez cosa de nuestra infortunada princesa?

—¡Cabalmente! ¡Y que Dios la bendiga!—contestó Zagloba.

Skretuski se irguió en toda la marcialidad de su esbelta estatura, pero se desplomó en seguida sobre su asiento. Reinó un silencio tan profundo, que se oía el zumbido de los mosquitos al revolotear contra el cristal de la ventana.

—La princesa vive, puedo asegurarlo—prosiguió el anciano.—Se halla en manos de Bogun. Ciertamente, señores, son terribles esas manos, pero Dios no ha permitido que le fuera inferido ningún ultraje o ignominia... Os aseguro, señores, que el mismo Bogun me lo ha dicho, aunque es de suponer que de cosas muy distintas hubiera querido vanagloriarse...

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?—balbuceaba Skretuski agitadísimo.

—Que me parta un mal rayo si miento—dijo Zagloba con voz solemne.—Se trata de una cosa sagrada para mí. Oíd lo que dijo Bogun cuando, antes de reducirle yo al silencio, trataba de burlarse de mí: «¿Te figurabas acaso que la habías llevado a Bar para algún bellaco? ¿O crees que soy capaz de atropellarla como un villano? ¿O piensas que no tengo dinero para ir con ella a una iglesia de Kiev, para que allí me echaran la bendición entre los solemnes cantos de los popes y entre el resplandor de trescientos cirios? ¿Yo el atamán, el hetmán?» Y pateaba de rabia, amenazándome con el cuchillo. Creía causarme espanto. Mas yo le dije cara a cara que sólo a los perros conseguía infundir miedo.

Skretuski ya iba recobrando la presencia de ánimo. Su rostro ascético ya iba iluminándose, expresando de nuevo preocupación, esperanza, alegría y duda.

—Pero ¿dónde está? ¿Dónde?—interrogábale febrilmente.

—Si también habéis logrado averiguar eso, para mí sois un enviado de los mismos cielos.

—Eso no me lo ha confiado el cosaco... Pero a un espíritu avispado bástale con una sola palabra. Considerad, señores: antes de que yo le administrara el sólido correctivo que acaba de recibir, complacíase en bufonadas de mal gusto... «Os conduciré primero a casa de mi amigo Krivonos, continuó; luego os convidaré a mi boda; pero, como ahora estamos en guerra, hay todavía para rato.» De estas palabras se deduce que tenemos tiempo por delante. Y fijaos, además, en esto: primero pensaba ir a casa de Krivonos, y de allí a la boda. Por consiguiente, la princesa no se halla en el campamento de Krivonos, sino más lejos, en un lugar adonde no llegan los furores de la guerra.

—¡Sois un hombre de oro!—exclamó Volodiovski.

—Al principio—prosiguió Zagloba, visiblemente halagado por tal alabanza—creí que habría mandado trasladarla a Kiev; mas no, puesto que, según sus propias palabras, ha de conducirla a esa ciudad para casarse. Además, es demasiado prevenido para haberla llevado allí, pues si a Kmielnizki se le ocurre avanzar por la parte de la Rusia Roja, Kiev puede caer fácilmente en poder de las fuerzas lituanas.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—exclamó a su vez Longinos.—¡Vive Dios! Más de un mortal trocaría su cerebro por el de Vuestra Gracia.

—Puede ser; pero no me prestaría yo al trueque con el primer desconocido, por miedo a que me dieran una calabaza en lugar de un cerebro... Cosa de que es muy capaz un lituano.

—Ya está en su elemento—dijo Longinos.

—Dejadme, pues, acabar. La princesa no está con Krivonos ni en Kiev. ¿Dónde está, pues?

—Ese es el quid.

—Si suponéis algo, hablad pronto; ¡estoy sobre ascuas! —exclamó Skretuski.

—Está más allá de Jampol—dijo Zagloba, paseando triunfal en torno suyo la mirada de su ojo sano.

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó Volodiovski.

—¿Cómo lo sé? Veréis Estaba yo en el establo, pues ese bribón habíame encerrado en una pocilga. ¡Que muera entre

los dientes de los jabalíes! En el patio conversaban los cosacos. Aplicando el oído a la pared, oí a uno que decía: «El atamán marchará quizá ahora más allá de Jampol.» Y otro le respondió: «¡Chitón, si en algo estimas la vida!» Sí, me jugaría la cabeza a que la princesita está en algún sitio entre Jampol.

—¡Oh!, ¡cuán cierto es que hay Dios en los cielos!—exclamó Volodiovski.

—Se comprende que a los Campos Salvajes no la haya llevado. A mi entender, la habrá escondido en algún sitio entre Jampol y Jagorlik—prosiguió Zagloba.—Una vez fuí yo a esos parajes como juez de Su Majestad, cuando nuestras diferencias con los emisarios del kan. En Jagorlik, como sabéis, se resuelven todas las diferencias referentes a ganados ilegalmente apropiados en esa frontera de nuestro imperio. Siempre abundan tales casos... En esa comarca, a lo largo de las riberas del Dniéster, se tropieza a cada paso con barrancos, recodos escondidos y toda clase de cañaverales. Acá y acullá hay algunas viviendas habitadas por colonos bárbaros aún, que no reconocen ninguna autoridad y viven sin comunicación con el resto del mundo. Apuesto que la habrá escondido en alguna de esas guaridas de salvajes, para mayor seguridad.

—Pero ¿cómo llegar allí ahora, cuando Krivonos nos cierra el paso?—objetó Longinos.—Además he oído decir que Jampol es un nido de ladrones.

—Aunque tuviera que afrontar diez veces la muerte, iré a salvarla—dijo Juan.—Me disfrazaré, la buscaré, y, si Dios quiere, la encontraré.

—Yo iré contigo, Juan—dijo Volodiovski.

—Y yo también, disfrazado de bardo ambulante, con mi tiorba... Creedme, señores; yo soy el más experto de todos vosotros... Mas no, ya me da asco la tiorba; esta vez llevaré una gaita.

—También yo podré serviros de algo, hermanitos—terció Longinos.

—Sin duda—contestó Zagloba;—cuando nos toque pasar el Dniéper nos llevaréis sobre vuestras espaldas como San Cristóbal.

—Con toda mi alma os lo agradezco—dijo Skretuski.—

Acepto muy gustoso vuestra oferta. En la adversidad no hay como amigos fieles, de los cuales veo no me ha privado la Providencia. Dios quiera que pueda demostraros algún día mi agradecimiento con todo lo que soy y todo lo que poseo.

—¡Todos os seguiremos como un solo hombre!—profirió Zagloba.—Dios premia la concordia, y ya veréis qué pronto encontraremos con creces el fruto de nuestras fatigas.

—Pondré, pues—decidió, tras breve silencio, Skretuski,—mi bandera a la disposición de Su Alteza... y partiremos juntos inmediatamente. Seguiremos las riberas del Dniéster hasta Jampol, hasta Jagorlik; registraremos cada repliegue del terreno. Y si, como espero, Kmielnizki ha sido ya derrotado, o lo es, al menos, antes de que lleguemos a unirnos con el príncipe, nuestra marcha no significará negligencia en el servicio de la república, pues los regimientos pasarán, de seguro, a Ucrania para sofocar definitivamente la rebelión, lo que no requerirá nuestra presencia en filas.

—Un momento, señores—observó Volodiovski;—indudablemente después de Kmielnizki ha de llegarle la vez a Krivonos, y también puede darse el caso de que nos vayamos con todo el ejército a Jampol.

—No; nosotros debemos llegar allí antes—objetó Zagloba.

—Pero, con todo, llevémosle primero nuestros hombres al príncipe, para tener las manos libres... Espero, además, que el príncipe quedará contento de nosotros.

—Sobre todo de Vuestra Señoría.

—Sí, a fe mía, porque yo soy quien trae mejores noticias; no os ocultaré que espero ser recompensado.

—Así, pues, ¿nos ponemos ya en marcha?

—Es preciso descansar hasta mañana—objetó Volodiovski.—Skretuski es quien debe mandar, siendo él nuestro jefe; pero os advierto que, si partimos hoy, mis caballos se quedarán todos en el camino.

—Sé que es imposible partir—dijo Skretuski,—pero creo que mañana nos hallaremos en estado de salir dándoles doble pienso a los caballos.

Al día siguiente se pusieron en marcha. Siguiendo las órdenes del príncipe, tenían que volver a Zbaraz a esperar instrucciones. Atravesaron Kuzmin, y evitando pasar por

Felstin, dirigiéronse a Volochiska para tomar el antiguo camino que conducía, por Klebanovka, a Zbaraz. El viaje era desagradabilísimo a causa de las lluvias, pero ofrecía cierta seguridad. Sólo Longinos, que marchaba delante con cien jinetes, dispersó alguna que otra partida de merodeadores, que habían seguido en tropel a las tropas regimentarias. En Volochisca se detuvieron de nuevo para hacer noche.

No bien hubieron conciliado el sueño, fatigados por la larga jornada, cuando los centinelas dieron la voz de alarma, avisando que se acercaba un destacamento de caballería. Poco después se venía en conocimiento de que eran tropas amigas, pues tremolaban la bandera de los tártaros de Viérsul. Zagloba, Longinos y el diminuto Volodiovski dirigiéronse inmediatamente al alojamiento de Skretuski. Tras ellos precipitóse allí un oficial de caballería ligera, jadeante, cubierto de barro.

—¡Viérsul!—exclamó Skretuski, reconociéndole.

—¡El mismo!—respondió el recién llegado, tomando aliento.

—¿De parte de Monseñor?

—Sí... No puedo... respirar...

—¿Qué noticias? ¿Se ha acabado con Kmielnizki?

—¡Se ha acabado... se ha acabado con la república!

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué decís? ¿Un desastre?

—¡Un desastre, una vergüenza, una infamia!... ¡Sin combate..., el pánico! ¡Oh, oh!...

—No puede uno dar crédito a sus oídos. Pero ¡hablad, hablad, en nombre del cielo!... ¿Y los regimentarios?

—Han huído.

—¿Y el príncipe?

—Se retira solo, abandonado... El es quien me envía... Su orden: «A Lvov (1) sin perder un minuto.» Vienen pisándonos los talones.

—¿Quién? ¡Viérsul!... ¡Volved en vos! ¿Quién viene pisándoos los talones?

—Kmielnizki, los tártaros.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—exclamó Zagloba.—¡Abrete, tierra!

(1) Lemberg. (*N. del T.*)

Pero Skretuski comprendió ya de lo que se trataba.

—Basta de discusiones...—dijo.—¡A caballo!

—¡A caballo! ¡A caballo!

Los caballos de los tártaros de Viérsul piafaban ya bajo de la ventana... Los habitantes de la ciudad, sobresaltados por la llegada de la tropa, salían de sus casas, con faroles y antorchas en la mano. La fatal noticia recorrió la ciudad como un relámpago. Inmediatamente oyéronse las campanas tocando a rebato. Aquella villa, tan tranquila momentos antes, se llenó de barullo: galope de escuadrones, voces militares, lamentos de los tenderos hebreos. Los ciudadanos querían aprovechar la protección de las tropas para huir: enganchaban coches y carros, y en ellos echaban los colchones, las mujeres y los niños. El burgomaestre, a la cabeza de una diputación, vino a suplicar a Juan que no partiesen solos y que al menos acompañasen a los habitantes hasta Tarnopol... Pero el oficial tuvo que mostrarse inexorable. La orden de marchar sin demora a Lvov era perentoria.

Se pusieron en marcha, y cuando hubo recobrado el aliento, Viérsul refirió lo sucedido.

—Desde que existe la república—decía—no ha sufrido tamaño desastre... A su lado nada son Cezora, Aguas Amarillas y Korsun.

Skretuski, Volodiovski y Longinos, ora inclinaban la cabeza aterrados, ora se mesaban los cabellos, ora alzaban los brazos al cielo.

—¡Es horrible! — exclamaban. — Pero ¿dónde estaba el príncipe?

—Abandonado..., privado intencionadamente de toda influencia... ¡Ni aun tenía al mando su propia división!

—¿Quién mandaba, pues?

—Todos y ninguno... Ya hace tiempo que soy soldado, envejecido en el servicio. Pues bien, aún no había visto ejército y jefes parecidos.

Zagloba, que no simpatizaba mucho con Viérsul y le conocía sólo superficialmente, movía la cabeza refunfuñando. Acabó por decir:

—Oid, señor oficial: ¿No habréis visto acaso un poco turbio? Es posible que toméis un descalabro parcial por una derrota general... Vuestro relato parece un poco funesto.

—Convengo en ello. Pero, creedme, gustosamente me dejaría cortar la cabeza si me pudieran demostrar, por algún milagro, que me engaño.

—Sin embargo—prosiguió Zagloba,—¿cómo, después de tal desastre, sois el primero de todos en llegar a Volochiska? Yo no puedo suponer que hayáis sido el primero en poner pies en polvorosa. ¿Dónde están, pues, las tropas? ¿Por qué sitio huyen? ¿Qué les ha sucedido? ¿Por qué no os han precedido los fugitivos? En vano busco contestación a todas estas preguntas.

En cualquier otra circunstancia, no hubiera tolerado Viérsul que se le interrogara de aquel modo; pero entonces no pensaba más que en la horrorosa catástrofe.

—He venido yo el primero a Volochiska porque los demás se están retirando a Ozigovka, y el príncipe me ha mandado expresamente salir hacia donde suponía que os hallabais, para que no os sorprendiera el alud cosaco y porque, en la situación en que se halla, no son despreciables vuestros quinientos caballos. Casi toda su división ha sido aniquilada o dispersada.

—¡Es extraño!—murmuraba Zagloba.

—¡Es horrible! Desgarra el corazón y arranca lágrimas—decía Volodiovski, retorciéndose las manos.—¡La patria perdida! ¡Tras la muerte, la ignominia! ¡Semejante ejército dispersado..., desaparecido! Se acerca, sin duda, el fin del mundo, el juicio final.

—Pero no le interrumpáis; dejadle que lo cuente todo—dijo Skretuski.

Viérsul calló, como para tomar de nuevo alientos. Durante unos momentos no se oyó más que el chapoteo de los cascos en el barro, pues estaba lloviendo... La noche era todavía profunda y tenebrosa. En medio de aquella obscuridad, en medio del ruído de la lluvia, resonaban siniestramente las palabras de Viérsul.

—A no ser por la esperanza de morir luchando, quizá me hubiera vuelto loco de dolor...—añadió.—¡Acabáis de hablar del juicio final...! También yo opino que ya no tardará en llegar ese día... Todo se desquicia, el mal triunfa de la virtud, el Anticristo anda por el mundo... Vosotros no habéis visto lo sucedido... Y si sólo el relato os horroriza, ¿qué

debo decir yo, que he visto con mis propios ojos la hecatombe, la desmesurada ignominia de la patria?... Es verdad... Dios nos ayudó en los comienzos de esta guerra: el príncipe había obtenido justicia contra el guardián de la Corona en Cholgan; olvidándolo todo, se había reconciliado con el príncipe Dominico... Todos nos regocijábamos de esta concordia, viendo en ella la bendición del cielo... El príncipe acababa de infligir una sangrienta derrota al enemigo en Constantínov, apoderándose de la plaza, que el enemigo abandonó después del primer ataque. Luego nos encaminamos a Pilavze, aunque contra el parecer del príncipe... Apenas nos pusimos en marcha, la falta de interés, el odio y las intrigas comenzaron a restarle fuerza. No era atendida su opinión en los Consejos, se discutían sus órdenes, y, sobre todo, se trataba de fraccionar nuestra división para que dejase de tenerla toda bajo su mando. Si se hubiera resistido, toda la culpa de la derrota echaríanla ahora sobre él. Por esto calló, sufriéndolo todo con paciencia... Por orden del general regimentario en jefe, sólo se quedaron en Constantínov la caballería ligera y la artillería de Würzel y el coronel Majnizki; fueron destacados el hetmán de campamento de Lituania Osiñski y el regimiento de Korizki. El príncipe, pues, no podía contar más que con un regimiento de húsares, el de Basilio, dos regimientos de dragones y sólo parte de sus tártaros: en total, unos dos mil hombres. Entonces ya se le demostraba general desprecio... Yo he oído por mis propios oídos a los satélites del príncipe de Zazlav decir: «Ahora, cuando tengamos alguna victoria, ya no podrán asegurar que se debe a sus méritos.» Y decían en alta voz que, si tanta gloria conquistase Jarema, triunfaría en las elecciones el príncipe Carlos, su candidato..., y no el de ellos, Juan Casimiro... Sembraron en el ejército odios y rencillas facciosos. En las reuniones celebradas en el campamento se discurría como en la Dieta y se mandaban delegados de un partido a otro. Esa gente pensaba en todo menos en la guerra, como si el enemigo hubiera sido ya derrotado... Y si os describiera yo sus festines, los vítores que allí resonaban, su lujo y esplendidez, os negaríais a creerme. Las legiones de Pirro eran miserables comparadas con estos regimientos resplandecientes de oro, pedre-

rías y plumas de avestruz. Doscientos mil lacayos, señores, y un sinnúmero de carros nos seguían; los caballos de carga no podían soportar el peso de los brocados de oro y las tiendas de seda; los carruajes rechinaban bajo el peso de los suntuosos aparadores de campaña. Cualquiera hubiera pensado que íbamos a conquistar el mundo entero. Había que ver a esos señores de la milicia nacional chasquear sus látigos día y noche: «Con esto haremos entrar en razón a esos villanos, sin necesidad de desnudar la espada.» Nosotros, soldados veteranos, acostumbrados al manejo del sable más que al de la lengua, ante aquel orgullo inaudito presentíamos como una desgracia. Hubo después disgustos y disputas a propósito de Pan Kisiel, que, según unos, era un traidor, y, según otros, el más digno de los senadores. Traspasábanse unos a otros a sablazos como un tropel de borrachos. No se respetaba ninguna autoridad. Cada cual obraba a su antojo, hacía lo que le venía en gana, iba adonde le parecía, entraba y salía cuando lo tenía a bien; no había, en fin, quien impusiera su voluntad. La servidumbre estaba siempre alborotando... ¡Oh, Dios de misericordia! Aquello era un carnaval, y no una expedición militar: un carnaval en que, entre danzas, cabalgatas y orgías, la república se acercaba a su fin.

—¡Pero aún vivimos nosotros!—exclamó Volodiovski.

—Y hay un Dios en los cielos—añadió Juan, tras un breve silencio.

Viérsul prosiguió:

—Pereceremos por completo, a no ser que Dios haga un milagro y cese de castigar nuestros pecados, manifestándonos su clemencia, de la que no somos merecedores. Hay momentos en que me parece que todo es una pesadilla.

—Pero seguid—interrumpió Zagloba.—Así, pues, llegasteis hasta Pilavze... ¿Y después?

—Hicimos alto. ¿Qué decidieron allí los regimentarios en el Consejo? Lo ignoro, pero de ello tendrán que responder ante la Justicia Suprema.

—Si hubieran marchado resueltamente contra Kmielnizki, le hubieran aniquilado... ¡vive Dios!.., a pesar del desorden, de las discordias, de la indisciplina y de la falta de dirección suprema. Un terror pánico empezó a apoderarse

de la canalla; se pensaba ya en entregarnos a Kmielnizki y a los otros jefes, y Kmielnizki se preparaba a huir. ¡Y nuestro príncipe tenía que ir de tienda en tienda suplicando, conjurando, amenazando: «¡Ataquemos, por favor, antes que lleguen los tártaros, ataquemos!» Se mesaba los cabellos de desesperación. Los otros se miraban, movían la cabeza, y nada...: continuaban bebiendo, charlando. Se anunció que el kan se acercaba con doscientos mil caballos, y ellos impertérritos. El príncipe, a quien todos habían postergado, dejó de salir de su tienda. Susurrábase entre los soldados que el gran canciller le había prohibido al príncipe Dominico librar batalla; otros decían que se habían entablado negociaciones. Todo esto aumentaba la confusión general... Llegaron los tártaros por fin; pero Dios nos ayudó el primer día en el encuentro; atacaron nuestro príncipe, el coronel Osiñski y Lasch, el guardián de la Corona, que se portó como buen soldado: rechazamos a la horda, matamos mucha gente, y...

La voz de Viérsul expiró en su garganta.

—¿Y qué?—preguntó Zagloba.

—Y llegó aquella noche terrible, inexplicable. Montaba yo la guardia con mis hombres a lo largo de la ribera. De pronto oigo tronar el cañón en el campo cosaco como dando salvas, oigo clamores de triunfo... Me acordé entonces de que alguien había asegurado que no todas las fuerzas tártaras habían llegado aún, sino sólo una parte al mando de Tugay-Bey. «Si hacen salvas—pensé,—debe ser por la llegada del kan en persona.» Y en esto el tumulto se extiende también hasta nosotros. Corro con algunos jinetes a ver lo que ocurría, y me dicen gritando: «¡Los regimentarios han huído!» Me precipito en la tienda del príncipe de Zaslav, ¡ya no estaba! Voy a la del copero real..., ¡no estaba! Vuelo a la del portaestandarte de la Corona.., ¡tampoco estaba! ¡Jesús de Nazareth! Los soldados recorren confusos la explanada, gritando, vociferando, empujándose, blandiendo las antorchas... «¿Dónde están los regimentarios? ¿Y los regimentarios?» gritaban unos; otros vociferaban: «¡A caballo!, ¡a caballo!;» otros, en fin, clamaban: «¡Salvémonos; salvémonos! ¡Hermanos, nos han hecho traición!» Brazos levantados al cielo, rostros aterrados, ojos fuera de las ór-

bitas, enorme confusión: los hombres se empujan, se aplastan, montan a caballo, precipítanse a ciegas, sin armas, no saben hacia dónde. Todo lo arrojan, cascos, corazas, sables...; derriban las tiendas. Llega el príncipe, vistiendo su coraza de plata, al frente de sus húsares: seis portaestandartes le acompañan... Erguido en los estribos, grita: «¡Señores, yo me quedo, estrechad las filas en torno mío!» Trabajo inútil: no le oyen, no le ven, arrollan a los húsares, derribando jinetes y caballos. Mucho nos costó salvar al príncipe. Las hogueras, pisoteadas, se apagaron. En medio de las tinieblas, todo aquel ejército, cual río o torrente desbordado, corría en loco desorden fuera del campamento y se dispersaba, desaparecía... Ya no había ejército, no había jefes, no había república. El pie cosaco—¡indeleble ignominia!—hollaba nuestras nucas.

Viérsul, en su loca desesperación, lanzaba dolorosos gemidos y espoleaba el caballo. Su demencia se contagió a sus compañeros, y todos galopaban, desatinados, en la obscuridad, bajo de la lluvia.

—¡Sin batirse! ¡Ah, canallas!—exclamó Zagloba.—¡Ah, hijos de...! ¿Os acordáis de sus bravatas en el campamento de Zbaraz? Decían que iban a hacer papilla a Kmielnizki... ¡Oh!, ¡qué canallas!

—Y han huído—profirió Viérsul—después de haber ganado la primera batalla a los tártaros y a la turbamulta, después de una batalla en la que hasta los milicianos se habían batido como leones.

—En todo eso se ve el dedo de Dios—dijo Skretuski,—pero también se ve un misterio que es preciso descifrar...

—Que las tropas hubieran flaqueado...—gritó Volodiovski.—Eso sucede a todos los ejércitos del mundo. Pero ¡dar los jefes el ejemplo de la deserción! Como si quisieran facilitar la victoria al enemigo y entregarle los soldados.

—Eso es cabalmente lo que se dice—respondió Viérsul. —Se asegura, además, que han procedido con arreglo a un plan.

—¡Un plan! ¡Por los clavos de Cristo! Eso no puede ser.

—Y, no obstante, tal es la opinión general... Pero ¿con qué objeto, Dios mío? ¿Quién lo adivina?

—¡Que sus tumbas se desplomen sobre ellos, que se acabe

su descendencia y una ignominia eterna manche su memoria!—exclamó Zagloba.

—¡Amén!—dijo Skretuski.

—¡Amén!—repitió Miguel.

—¡Amén!—añadió Longinos.

—No hay más que un hombre que pueda salvar todavía la patria, si le dan el bastón de mando y todas las fuerzas con que aún cuenta la república...; uno solo. Ni el ejército ni la nobleza querrán oir hablar de otro jefe.

—¡El príncipe!—dijo Skretuski.

—¡Sí, el príncipe!

—Con él lo sufriremos todo, con él moriremos. ¡Viva Jarema Visnoviezki!—tronó Zagloba.

—¡Viva Jarema!—repitieron unas cincuenta voces.., pero débiles, apagadas...

Cuando la tierra parecía ceder y abrirse bajo de los cascos de los caballos y el cielo parecía desplomarse sobre los hombres, las aclamaciones mal podían ser alegres, clamorosas, vibrantes.

El alba blanqueaba en el horizonte... A lo lejos surgían las murallas de Tarnopol.

CAPÍTULO IX

Los primeros fugitivos de Pilavze llegaron a Lvov al amanecer del 26 de septiembre, y al abrirse las puertas de la ciudad la terrible noticia se extendió con la rapidez del rayo, siendo acogida por unos con incredulidad y por otros con terror, y suscitando en algunos ansia desesperada de defensa. Skretuski, con su destacamento, llegó dos días después, cuando ya la ciudad rebosaba de soldados fugitivos, de nobles, de ciudadanos sobre las armas. Preparábanse para la defensa, pues esperaban de un momento a otro el asalto de los tártaros; pero como ignoraban todavía quién sería el jefe y cuáles serían sus planes, el desorden, la confusión y el pánico reinaban por todas partes. Algunos abandonaban la ciudad llevándose sus bienes y familias. En cambio, los habitantes de los contornos venían buscando refugio tras de los muros de la ciudad. Los carros de los fugitivos tropezaban con los de los refugiados, obstruyendo las calles y disputándose el paso; por todas partes había una terrible baraúnda de carruajes, equipajes, bultos, caballos, soldados de todas las banderas. Los rostros expresaban la incertidumbre, el miedo, la desesperación o la resignación. De cuando en cuando el pánico, como un turbión de viento, levantábase de improviso. «¡Vienen!, ¡vienen!,» se gritaba, y oleadas de gentes movíanse y corrían a ciegas, impulsadas por un ansia loca, y no se detenían sino cuando se enteraban de que los recién llegados no eran sino un nuevo grupo de soldados fugitivos. ¡Qué aspecto tan miserable el de aquellos soldados que hacía poco salían centelleantes de oro y plumas, con la canción en los labios, con la mirada altiva, dispuestos a combatir a la canalla! Lacerados, hambrientos, cubiertos de barro, montados sobre moribundos caballos, con la ignominia pintada en el rostro, más parecían mendigos que caballeros; no inspiraban nada más que

piedad, sólo piedad, si piedad hubiera podido caber en aquella ciudad cuyas murallas, a cada momento, podrían ceder bajo del empuje enemigo. Todos aquellos caballeros expuestos a la vergüenza pública encontraban el único consuelo en verse acompañados de tantos miles de compañeros de desgracia. Trataban, en el primer momento, de ocultarse, y después prorrumpían en quejas, injurias y amenazas. Vagaban por las calles, bebían en las tabernas y aumentaban el desorden y el espanto.

Todos repetían lo mismo: «¡Ahí están los tártaros! ¡Ahí están los tártaros!»

Habían visto incendios a retaguardia y juraban por todos los santos que ya habían tenido que defenderse contra las hordas que les perseguían. La multitud agolpábase alrededor de los soldados y escuchaba con la boca abierta estas noticias. Los terrados y los campanarios estaban atestados de curiosos. Las campanas tocaban a rebato, y mujeres y niños se aglomeraban en las iglesias, donde, entre cirios ardiendo, resplandecía sobre el altar el Santísimo Sacramento.

Skretuski, abriéndose paso lentamente con su escuadrón por la Puerta de Galizia, atravesó masas compactas de carros, caballos, soldados y gremios, agrupados bajo los respectivos estandartes. La multitud miraba extática a aquella bandera que no entraba dispersa, sino en perfecto orden de guerra. «¡Refuerzos! ¡Refuerzos!» gritaron de todas partes.

De improviso una alegría, del todo infundada, invadió a la multitud, que se lanzó en tropel hacia Skretuski y, agarrándose a los estribos de su caballo, empezó a besarle las botas. Acudieron también los soldados gritando «¡Viva el príncipe Jarema! ¡Son los soldados del príncipe Visnoviezki!» La masa se estrechó tanto al oir esta noticia, que el escuadrón sólo podía adelantar penosamente paso a paso.

Por fin salió a su encuentro un destacamento de dragones con un oficial al frente. Los soldados se abrían paso entre la multitud y el oficial gritaba: «¡Largo! ¡largo!,» golpeando con el sable a los que no retrocedían con bastante rapidez.

Skretuski reconoció a Kusel.

El joven oficial saludó cordialmente a sus amigos.

—¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos!—exclamó.

—¿Dónde está el príncipe?—preguntó Skretuski.

—Se hubiera consumido de pena, si hubieseis tardado en llegar. Mucho ha preguntado por ti y por los tuyos. Ahora está con los Bernardinos: yo he sido encargado de mantener el orden en la ciudad. Pero Grozwáyer me substituirá. Voy contigo a la iglesia, donde se está celebrando el Consejo.

—¿En la iglesia?

—Sí; quieren ofrecerle el mando al príncipe. Los soldados declaran que con otro jefe no quieren defender la ciudad.

—Vamos. Yo estoy deseando verle.

Los dos escuadrones, reunidos, siguieron avanzando. En el camino, Skretuski informóse de todo cuanto sucedía en Lvov y preguntó si la defensa estaba ya acordada.

—Precisamente de eso están tratando ahora—respondió Kusel.—Los ciudadanos quieren defenderse... ¡Oh!, ¡qué tiempos! Gentes de baja condición demuestran más valor que los soldados y los nobles.

—¿Y los regimentarios? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Están en la ciudad? ¿No hay peligro de que le pongan alguna dificultad al príncipe?

—¡Con tal que él no la ponga! Ha habido ocasión más propicia para darle el mando: hoy ya es tarde. Los regimentarios no tienen cara para presentarse. El príncipe Dominico no ha hecho más que descansar un poco en el palacio del arzobispo y ha continuado el viaje. No ha podido hacer nada mejor, porque no puedes figurarte cómo estaban los soldados con él. Aunque ha partido, siguen aún gritando: «¡Entregádnosle; le haremos pedazos!» De seguro le hubiera ocurrido algo desagradable si no se hubiera ido. El señor copero de la Corona ha sido el primero en llegar, y se ha atrevido a criticar y calumniar al príncipe; pero ahora está como un cordero, pues también contra él es general la hostilidad. Todos le acusan de traición, en sus barbas, y el pobre no hace más que tragar saliva. En fin, es terrible lo que sucede, horrendos son los tiempos que atravesamos... Da gracias a Dios de no haberte encontrado en Pilavze, pues te has librado del bochorno de huir. Es un verdadero

milagro que los que hemos estado allí no nos hayamos vuelto locos...

—¿Y vuestra división?

—No queda casi nadie de ella. Ni Wúrzel, ni Majnizki, ni Zachvilijovski. Los dos primeros no han estado en Pilavce, porque se quedaron en Constantínov por orden del endiablado príncipe Dominico, cuyo único afán era restar fuerzas a nuestro príncipe Jeremías. Ignoramos si están en salvo o si les han copado. El viejo Zachvilijovski ha desaparecido como una piedra arrojada al agua... ¡Dios quiera que no haya muerto!

—¿Se han reunido aquí muchos soldados?

—Bastantes, pero ¿para qué? Sólo el príncipe sería capaz de conseguir algo con ellos si consintiese en asumir el mando, pues no quieren obedecer a nadie. El príncipe estaba terriblemente preocupado por la suerte que hubierais podido correr tú y tu gente. Después de todo, es el único escuadrón que ha quedado incólume. Nosotros ya te llorábamos, dándote por muerto.

—Ahora sólo los muertos son felices, pues viven en nuestras lágrimas.

Caminaron largo rato en silencio, mirando a la multitud, oyendo gritar en tumulto: «¡Los tártaros! ¡Los tártaros!» En una plazuela presenciaron un espectáculo horrendo: la muchedumbre despedazaba a un hombre, sospechoso de espionaje... Las campanas seguían tocando...

—¿Creéis que llegarán pronto las hordas?—preguntó Zagloba.

—¡Sólo el diablo puede saberlo! Pueden venir hoy mismo. La ciudad no se defenderá mucho tiempo: no podría resistir. Kmielnizki viene al frente de doscientos mil soldados, sin contar los tártaros.

—*¡Cáput!*—exclamó Zagloba.—Mejor sería que nos largáramos de aquí apresuradamente. ¿Para qué nos han servido tantas victorias?

—¿Sobre quién?

—¡Sobre Krivonos! ¡Sobre Bogun! ¡El diablo lo sabe sobre quién más!...

—Bueno, pero...—dijo Kusel; y, volviéndose a Skretuski, preguntóle en voz baja:—¿Y a ti, Juan, Dios no te ha

mandado ningún consuelo? ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Has averiguado algo por lo menos?

—¡No es ocasión de pensar en eso!—respondió Skretuski.—¿Qué son mis conveniencias personales frente a lo que ha ocurrido? Vanidad de vanidades... y después... la muerte.

—Sí, también a mí me parece que pronto llegará el fin del mundo—murmuró Kusel.

Habían llegado a la iglesia de los Bernardinos, cuyo interior resplandecía de luces. Una enorme masa de gentes se apiñaba ante la iglesia, pero no podía penetrar, pues obstruía la entrada una fila de alabarderos que sólo les abrían paso a los ciudadanos de más significación y a los oficiales superiores.

Skretuski ordenó a sus hombres que formaran una segunda fila.

—Entremos — dijo Kusel. — Dentro de esa iglesia hay media república.

Entraron. Kusel no había exagerado mucho. Cuanto había de más notable en el ejército y en la ciudad estaba allí reunido en consejo: vaivodas, castellanos, capitanes, sargentos, oficiales de regimientos extranjeros, eclesiásticos y tantos nobles cuantos podían caber entre los muros de la iglesia, numerosos militares subalternos y unos veinte consejeros de la ciudad con Grozwáyer a la cabeza, en representación de la autoridad entre los burgueses. Estaban allí también el príncipe, el copero real, uno de los regimentarios, el vaivoda de Kiev, el estaroste de Stobnice, Vesel, Arcichevski y Osiñski, el hetmán de campamento lituano. Todos estaban sentados ante el altar mayor, y todos los presentes, por tanto. les podían ver. El consejo era rápido y conciso como suele ocurrir en casos análogos. Los oradores, de pie sobre los bancos, exhortaban a los jefes a no entregar indefensa la ciudad en manos enemigas. La ciudad estaba dispuesta a entretener al enemigo, pronta a sacrificar las vidas de sus hijos hasta que la república recobrase sus fuerzas. ¿Qué faltaba entonces para la defensa? Había muros, ejército, ciudadanos decididos... No faltaba más que el jefe...

Durante el discurso un rumor recorría las filas de la mul-

titud, que, al fin, rompía en aclamaciones... La asamblea se entusiasmaba...

—¡Caeremos! ¡Caeremos con gusto!—gritaban algunos.—¡Lavaremos la afrenta de Pilavce! ¡Defenderemos la patria!

Y se oía en torno choque de sables, y hojas desnudas rutilaban a la luz de las velas.

—¡Silencio!—interrumpían otros.—¡Discutamos con orden!

—¿Resistimos o no?

—¡Resistamos! ¡Resistamos!—oíase vociferar, y el eco repercutía en las bóvedas: «¡Resistamos!»

—Pero ¿quién será el jefe?

—¡El príncipe Jarema! ¡Ese es el jefe, el héroe! ¡Que sea él el defensor de la ciudad, de la república! ¡Para él la bulava! ¡¡Viva!!

Y una vibrante y potente exclamación brotaba de millares de pechos, haciendo retemblar las paredes y las vidrieras de los ventanales.

—¡Viva el príncipe! ¡Viva Jarema! ¡Viva! ¡Viva! ¡Que sea él el vencedor!

Mil espadas relucían en el aire; todas las miradas estaban fijas en el príncipe, que escuchaba tranquilo, con la frente fruncida.

Reinó, de pronto, profundo silencio... No se oía ni el vuelo de una mosca...

—Señores—comenzó a decir el príncipe con voz sonora, que llegaba a los oídos de todos los presentes en aquella profunda calma. — Cuando cimbrios y teutones cayeron sobre la República Romana, todos rechazaron el cargo de cónsul: Mario le aceptó. Pero Mario tenía derecho para hacerlo porque no había otro jefe designado por el Senado. Yo no rechazaría el mando en esa hora fatal, dispuesto a sacrificar mi vida en aras de la patria; pero no puedo. Aceptando el mando hago un ultraje a la patria, al Senado, al gobierno. No quiero ser el jefe usurpador. Aquí entre nosotros se halla aquel a quien la república confirió el mando, el copero de la Corona ..

El príncipe no pudo continuar, pues apenas mentó al copero de la Corona surgió un aullido ensordecedor, se-

guido de ruído de espadas. Titubearon las oleadas de la multitud, cuya ira estalló como pólvora encendida por una chispa...

—¡Abajo el copero! ¡Muera! *¡Péreat!*—resonó en la turbamulta.—*¡Péreat! ¡Péreat!*—clamaban las voces con creciente furor.

El copero levantóse bruscamente de su asiento, pálido, inundado el rostro de frío sudor, mientras figuras amenazadoras avanzaban hacia el presbiterio y un grito siniestro se dejaba oir:

—¡Entregádnosle! ¡Entregádnosle!

El príncipe se levantó y extendió la mano, en vista de la actitud, aún amenazadora, de la muchedumbre.

La multitud se detuvo y se apaciguó, pensando que el príncipe iba a hablar. En un momento volvió la calma completa... El príncipe solamente había querido contener la tempestad, apagar el tumulto y evitar el derramamiento de sangre en la iglesia. Cuando vió conjurado el peligro, volvió a sentarse.

El desgraciado copero estaba sentado dos sillones más allá de él, separado de él sólo por el vaivoda de Kiev; tenía la cabeza gris inclinada sobre el pecho y las manos caídas, y de su boca salían palabras dolorosas, interrumpidas por los sollozos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Por mis pecados acepto resignado mi cruz!

Aquel anciano hubiera despertado la piedad en el corazón más duro, pero la plebe no conoce la piedad y estalló de nuevo el griterío. Se levantó entonces el vaivoda de Kiev, alzando la mano en señal de que quería hablar.

Había tomado parte en las victorias de Jeremías y se le escuchó de buen grado.

Volvióse hacia el príncipe y le conjuró con palabras sentidísimas a que asumiera el mando, y no vacilase ante la salvación de la patria.

—Cuando la república se viene abajo no hay para qué acatar la letra de las leyes; la salva quien sea más capaz de ello; no importa que haya sido o no designado por el gobierno. Acepta tú, pues, la bulava, invicto caudillo. ¡Acepta y sálvanos! ¡Salva no sólo a la ciudad, sino a toda

la patria! Por mis labios te habla ahora; yo, un débil anciano, te conjuro a que la oigas, y conmigo todas las clases sociales, todos los hombres, mujeres, niños, todos gritan: «¡Sálvanos! ¡Sálvanos!»

En aquel momento ocurrió algo que conmovió a todos los corazones. Avanzó de improviso hacia el altar una mujer enlutada, y arrojando a los pies del príncipe alhajas y adornos de oro, cayó de hinojos, sollozando amargamente.

—Príncipe—dijo,—a ti te ofrecemos cuanto poseemos; en tus manos están nuestras vidas... ¡Sálvanos! ¡Sálvanos... en esta hora suprema!

Los senadores, los hombres de guerra, toda la muchedumbre lanzó un sollozo inmenso, uniéndose todas las bocas en un grito atronador:

—¡Sálvanos, príncipe!

El príncipe escondió el rostro entre las manos; y cuando levantó la cabeza las lágrimas resplandecían en sus ojos. Sin embargo, seguía vacilando. ¿Qué sería de la autoridad de la república si aceptara él el alto cargo?

En aquel momento púsose en pie el copero de la Corona y habló de esta manera:

—Yo ya soy un viejo abrumado por el peso de los años y tengo derecho a renunciar a una carga superior a mis fuerzas y ponerla sobre hombros más jóvenes. En presencia de Cristo crucificado y de todos los caballeros aquí presentes yo te cedo el bastón de mando... ¡Tómalo!

Y, diciendo esto, le ofreció la insignia a Visnoviezki.

El silencio fué entonces tan profundo que se hubiera podido oir el vuelo de una mosca. Por fin se oyó la voz solemne de Jeremías:

—Por mis pecados acepto.

Un júbilo inmenso de demencia invadió a la asamblea. Rompiendo la barra, la muchedumbre prosternóse a los pies de Visnoviezki, arrojando a sus plantas todo género de objetos preciosos y monedas. La noticia voló como un rayo por toda la ciudad. Los soldados se volvían locos de alegría, gritando que querían correr a combatir a Kmielnizki, a los tártaros y al mismo sultán.

Los ciudadanos no pensaban ya en entregarse, sino en defenderse hasta verter la última gota de sangre; los arme-

nios ofrecían dinero para la caja municipal antes de que se les exigiera; los hebreos en la Sinagoga entonaban cánticos enternecedores de agradecimiento. En los muros resonaron cañonazos. La buena nueva fué divulgándose por las calles, entre disparos de mosquetes, arcabuces y pistolas. Toda la noche duraron las aclamaciones de «¡Viva, viva Jarema!» Cualquiera que hubiera ignorado el verdadero estado de las cosas, hubiera creído que se celebraba un triunfo, una fecha memorable.

Y, en tanto, trescientos mil enemigos—ejército mayor que el que hubieran podido poner en campaña el emperador alemán o el rey de Francia y más feroz que las legiones de Tamerlán—disponíanse a empezar, de un momento a otro, el asedio de la ciudad.

CAPÍTULO X

Una semana después, la mañana del 6 de octubre, se extendió por todo Lvov una noticia tan inesperada como terrible: el príncipe Jeremías, con la mayor parte de sus ejércitos, había abandonado secretamente la ciudad, emprendiendo una marcha cuyo objeto era desconocido.

La multitud reunióse ante el palacio arzobispal, no queriendo al principio dar crédito al rumor. Los soldados afirmaban que, si el príncipe había partido, seguramente lo habría hecho al frente de una fuerte avanzada, con objeto de explorar los contornos. A pesar—decían—de la alarma sembrada por los fugitivos, pronosticando la inminente llegada de Kmielnizki y los tártaros, habían transcurrido algunos días y ningún enemigo aparecía. El príncipe, sin duda, había querido convencerse por sus propios ojos de la importancia del peligro, y, una vez efectuada la exploración, regresaría. Por lo demás, había dejado de guarnición unos cuantos regimientos y todo estaba dispuesto para la defensa.

Esto último era certísimo. Todas las disposiciones estaban tomadas, los puestos designados a todos, los cañones colocados sobre los muros. Por la noche llegó el capitán Cijozki al frente de cincuenta dragones. Rodeáronle al punto los curiosos, pero él, sin satisfacer su curiosidad, se dirigió apresuradamente al alojamiento del general Arcichevski; los dos hicieron llamar al burgomaestre, y tras breve consejo dirigiéronse a la casa consistorial. Allí Cijozki comunicó a los aterrados consejeros que el príncipe acababa de salir para no volver más.

Ante aquella noticia, los brazos cayeron a lo largo del cuerpo, y no faltó una voz insolente que dijo: «¡traidor!» Pero entonces Arcichevski, viejo caudillo, famoso por sus notables hazañas al servicio de Holanda, se levantó y dirigió a los consejeros y jefes allí reunidos el siguiente discurso:

—Acabo de oir una palabra injuriosa que ojalá nadie hubiera pronunciado aquí, porque ni aun la desesperación puede justificarla. El príncipe ha partido y no volverá..., es cierto. Mas ¿qué derecho tenéis vosotros para pretender que un general en jefe defienda solamente vuestra ciudad cuando la salvación de la patria entera está sobre sus hombros? ¿Qué hubiera sucedido si el enemigo hubiera rodeado el resto de las fuerzas de la república? No hay aquí ni existencias de víveres, ni armas y municiones para un ejército tan numeroso... Pero escuchadme, puesto que podéis tener fe en mi experiencia... Cuanta más gente hubieran encerrado estos muros, tanto más corta habría podido ser la defensa: antes de vencernos el enemigo nos vencería el hambre... A Kmielnizki le importa mucho más la persona del príncipe que vuestra ciudad, y cuando sepa que el príncipe no está aquí, sino que está concentrando nuevas fuerzas que en cualquier momento pueden acudir en ayuda de los sitiados, tanto más fácilmente accederá a vuestras proposiciones de un arreglo pacífico. Hoy murmuráis, pero yo afirmo que el príncipe, abandonando esta ciudad, con el objeto de atacar a Kmielnizki fuera de las murallas, os ha salvado a vosotros y a vuestros hijos. ¡Manteneos firmes y defendeos! Si lográis detener por algún tiempo al enemigo, vosotros no sólo podéis salvar la plaza, sino que podéis prestar un memorable servicio a la república. El príncipe, en tanto, reunirá bastantes tropas, reforzará otras plazas, sacará de su estupor a la república, lo que será para vosotros más útil que una ayuda directa. Ha escogido el único camino de salvación posible. Permaneciendo aquí, expuesto a morir de hambre con todo el ejército, nadie podría detener al enemigo, el cual invadiría Cracovia y Varsovia e inundaría todo el territorio de la patria, sin encontrar en ninguna parte resistencia. Así es que, en vez de murmurar, corred a las murallas, defendeos vosotros mismos, defended a vuestras mujeres y a vuestros hijos, a la ciudad y a toda la república.

—¡A las murallas! ¡A las murallas!—gritaron algunos de los más exaltados.

Grozwáyer, hombre enérgico y atrevido, tomó la palabra.

—Vuestra resolución me place—dijo,—y creed que el

príncipe no hubiera partido sin proveernos antes de los medios necesarios para defendernos. Aquí cada cual conoce su deber. Ha sucedido lo que debía suceder. En mis manos está ahora puesta la defensa, y me defenderé hasta verter la última gota de mi sangre.

Los afligidos corazones volvieron a palpitar, llenos de nueva esperanza... Cijozki habló, por último, en estos términos:

—Además, Su Alteza me manda deciros que el enemigo se va aproximando. El lugarteniente Skretuski ha tropezado con un destacamento de unos dos mil tártaros y le ha dispersado. Los prisioneros afirman que un formidable ejército les sigue.

La noticia produjo profunda impresión. Siguió un momento de silencio y todos los corazones palpitaron con mucha más violencia.

—¡A las murallas!—dijo el burgomaestre.

—¡Vamos a las murallas! ¡A las murallas!—repitieron los militares y ciudadanos presentes...

Bajo las ventanas del salón estalló en aquel momento un gran clamor. Miles de voces confundíanse en un solo bramido indistinto, semejante al ruído de las olas del mar.

De pronto la puerta se abrió ruidosamente e inundaron la habitación varios ciudadanos que, antes que los reunidos en el consejo pudieran hacerles la menor pregunta, prorrumpieron en gritos de:

—¡El cielo arde! ¡El cielo arde!

—¡El Verbo se ha hecho carne!—dijo el burgomaestre.

—¡A los muros!

En un momento la sala quedó desierta.

Poco después el estampido del cañón sacudió los muros de la villa, anunciando a los habitantes del casco principal, de los arrabales y de las aldeas vecinas, que el enemigo avanzaba.

Hacia el Oriente el cielo enrojecíase hasta donde la vista alcanzaba. Parecía un mar de fuego que se aproximara a la ciudad.

En tanto el príncipe habíase dirigido a Zamost, y, derrotado el destacamento tártaro de que Cigozki había ha-

blado ante los burgueses, ocupóse en armar y reparar aquella fortaleza, muy resistente merced a sus condiciones naturales, no tardando en transformarla en una plaza inexpugnable. Skretuski, con Wéyher, estaroste de Vález, con Longinos y parte de los escuadrones, permaneció en la fortaleza, y el príncipe se dirigió a Varsovia a fin de conseguir que la Dieta votara los medios necesarios para reclutar nuevas tropas y de tomar al mismo tiempo parte en las inmediatas elecciones de rey.

En el caso de que el príncipe Carlos fuese elegido, llegaría al poder el partido de la guerra, se le conferiría al príncipe el mando supremo de todas las fuerzas militares de la república y se empeñaría con Kmielnizki una batalla decisiva, una lucha a vida o muerte. El príncipe Casimiro, aunque afamado por su valentía y gran experiencia en asuntos guerreros, pasaba con justa razón por factor del canciller Osoliñski y era partidario de la política de negociaciones y de grandes concesiones a los cosacos. Los dos hermanos prodigaban las promesas y esforzábanse en conquistar nuevos prosélitos, y por eso, dada la igualdad de los dos partidos, era imposible hacer cálculos sobre el resultado de la votación. Los partidarios del canciller temían que Visnoviezki, merced a su fama siempre creciente y al afecto que le profesaban las tropas y la nobleza, predispusiera los ánimos en favor de Carlos. El príncipe, precisamente por el mismo motivo, quería defender en persona la candidatura... Por eso se dirigía a marchas forzadas a Varsovia, persuadido ya de que Zamost estaba en condiciones de resistir por mucho tiempo a toda la fuerza armada de Kmielnizki y del kan de Crimea. Lvov, según todas las probabilidades, se podía considerar salvada, pues Kmielnizki no podía perder tiempo en su asedio, teniendo delante Zamost, muchísimo más fuerte, que le cerraba el camino más derecho para llegar al corazón de la república. Estos pensamientos mantenían al príncipe firme en su propósito y fortalecían su corazón, tan afligido por las horribles desgracias que habían caído sobre la patria. Una firme esperanza le dominó. En el caso de que resultara elegido Casimiro, estaba convencido de que la insurrección formidable sería, al fin, ahogada en un mar de sangre. No dudaba que

la república levantaría una vez más en armas un potente ejército, pues tampoco las negociaciones eran posibles sino a condición de apoyarlas en la fuerza militar.

Arrullado por estos pensamientos, el príncipe avanzaba al frente de algunos escuadrones, llevando consigo a Zagloba y Volodiovski. El grueso hidalgo juraba por todos los santos que a todo trance haría triunfar al príncipe Carlos, pues sabía cómo tratar a sus nobles hermanitos y podía contar con su apoyo. Volodiovski mandaba la escolta del príncipe.

En Sieniza, no lejos de Minsk, el príncipe se vió agradablemente sorprendido por el inesperado encuentro con la princesa Griselda, que, para mayor seguridad, dirigíase de Brest-Litovsk a Varsovia, con la razonable esperanza de que el príncipe también acudiría allí. Después de tan larga separación saludáronse con ternura. La princesa, por férrea que fuese su alma, no pudo menos que arrojarse en brazos del príncipe, sollozando tan amargamente que tardó largo rato en tranquilizarse. ¡Cuántas y cuántas veces había desesperado de volverle a ver! Pero ahora Dios le había concedido que regresara como famoso triunfador, rodeado de tanta gloria como jamás ninguno de los Visnoviezki había conquistado... Ahora era el caudillo más afamado, única esperanza de la república. La princesa, apartando a intervalos la cabeza de su pecho, miraba, a través de sus lágrimas, aquel rostro demacrado, bronceado por el sol, aquella frente altiva, surcada de profundas arrugas, huellas indelebles de los pesares y sufrimientos, aquellos ojos enrojecidos por los desvelos y vigilias, y de nuevo prorrumpía en sollozos. Todo su séquito de damas uníase a su aflicción desde el fondo de sus emocionados corazones. La noble pareja, calmada al fin, se instaló en la casa parroquial de la ciudad. La princesa no cesaba de preguntar por los amigos, los cortesanos, los caballeros, todos los cuales formaban como parte de su familia y reunían siempre, en su memoria, el recuerdo de Lubnie.

El príncipe empezó por tranquilizarla respecto a la suerte de Skretuski, explicándole que le había dejado en Zamost, pues, con motivo de las pruebas a que le sometía el Altísimo, apartábase de la ruidosa vida de la capital y pre-

fería curar las heridas de su corazón cumpliendo los deberes de su servicio de armas y viviendo en continua actividad. Después presentóle a Zagloba elogiando sus proezas.

—Es un *vir incomparábilis*—dijo,—y no sólo arrancó a la princesa Elena de las propias garras de Bogun, sino que la salvó, atravesando con ella los campamentos tártaros y los de Kmielnizki, y más tarde, en nuestras filas y para justificar su renombrada fama guerrera, cubrióse de nueva gloria bajo los muros de Constantínov.

La princesa no escatimó sus elogios al grueso hidalgo, y dándole a besar su blanca mano, prometióle recompensarle como se merecía. El *vir incomparábilis* se inclinaba con heroica modestia. Lo que no fué obstáculo para que después se pavonease, dirigiendo a las damiselas miradas incendiarias. A pesar de sus años y de lo forzosamente platónico de sus amoríos, sentíase contentísimo al oir elogios de sus hazañas ante el sexo bello, por el cual no podía menos de sentir admiración.

No faltó la nota triste en este encuentro, que era, por lo demás, afortunado; sin hablar de los tiempos aciagos que atravesaba la patria, muchas veces tuvo necesidad el príncipe de contestar a las preguntas de la princesa acerca de varios caballeros: «¡Muerto! ¡Muerto! ¡No existe!,» respuestas que despertaban gran aflicción en el grupo de las damas, pues entre los nombres de las víctimas raro era el que no hacía palpitar alguno de aquellos corazones.

De esta manera la alegría desposábase con el dolor, el llanto con la risa. Pero el más afligido de todos era Volodiovski, el cual dirigía en vano hacia el grupo miradas escudriñadoras, tratando de descubrir a la princesa Bárbara. Bien es verdad que entre las fatigas del campamento, las continuas batallas, los encuentros, las marchas, el joven caballero habíase olvidado un poquito de ella, pues lo inflamable de su corazón no correspondía a lo constante de su afecto amoroso. En aquellos momentos, sin embargo, al ver desfilar ante sí el cortejo de la princesa y recordar la vida de Lubnie, su antiguo afecto, muy a pesar suyo, resucitaba en él.

El menudo caballero parecía un paseante sorprendido por un chaparrón. La cabeza inclinada sobre el pecho;

lacios los bigotes, que acostumbraba retorcer hacia arriba, hasta por encima de las narices, como las de un escarabajo; la chata nariz alargada; grave el casi siempre alegre rostro, permaneció indiferente y mudo hasta cuando el príncipe pasó a elogiar sus proezas y sus dotes descomunales. ¿Qué eran para él todos los elogios del mundo, si *ella* no los podía escuchar?

Por fin, Anusia tuvo piedad de él y decidió consolarle, echando al olvido las antiguas malquerencias.

Luego de dirigirle una mirada significativa a la princesa, fuése, poco a poco, acercando al caballero, hasta que casi, sin darse cuenta, se encontró a su lado.

—Buenos días, caballero—le dijo,—ya hacía bastante tiempo que no se os veía.

—¡Oh, Panna Ana!—respondió melancólicamente Miguel.—¡Mucha agua ha pasado por debajo de los puentes! ¡Nos encontramos en tiempos poco felices, y no todos estamos presentes!

—Sí, han perecido tantos oficiales...

Anusia suspiró y, tras breve pausa, prosiguió:

—De nosotras también faltan algunas. Panna Siéñut se ha casado y la princesa Bárbara se ha quedado con la esposa del vaivoda de Vilna.

—¿También ella se casa?

—No, no piensa en eso. Pero ¿por qué me lo preguntáis?

Anusia entornó sus ojillos negros, y miró a su interlocutor por entre sus párpados casi juntos, a través de la negra celosía de sus pestañas.

—Por nada, se trata de una familia a quien estimo—respondió Volodiovski.

—En la princesa Bárbara tenéis una gran amiga... «¿Dónde estará aquel caballero—solía preguntarme—que en el torneo de Lubnie hizo tantas proezas y recibió una recompensa de mis manos?... ¿Qué hará? ¡Quien sabe si vivirá y se acordará de nosotras!»

Volodiovski clavó una mirada de gratitud en el rostro de Anusia, y notó que la joven había embellecido notablemente.

—¿De veras decía eso la princesa Bárbara?—preguntó.

—Tan de veras como que estoy yo hablando con vos. Re-

cordaba también que por ella saltasteis el foso y os caisteis en el agua...

—Y ¿dónde está la esposa del vaivoda?

—Ha estado con nosotros en Brest; hace ocho días se fué a Bielsk y desde allí se irá a Varsovia.

Volodiovski volvió a mirar a Anusia, y, no pudiendo contenerse, le dijo:

—¡Oh, Panna Ana! Os encuentro tan hermosa, que mis ojos se turban al contemplaros.

La joven dirigióle una sonrisa amable.

—Me lo decís por tenerme dispuesta en vuestro favor.

—Sí, hubo un tiempo en que lo deseé—respondió el caballero, encogiéndose de hombros;—bien sabe Dios que lo deseé, pero no lo conseguí... Ahora deseo con toda mi alma que Longinos Podbipienta sea más afortunado que yo.

—¿Dónde está Podbipienta?—preguntó Anusia en voz queda, bajando los ojos.

—En Zamost con Skretuski. Ha ascendido a lugarteniente substituto de su bandera y los deberes de su servicio lo reclaman; pero, si hubiera sabido a quién encontraría aquí..., ¡oh, vive Dios!, seguramente hubiera pedido una licencia para venir a veros. Es un gran caballero, digno de toda estimación.

—¿Y en la guerra... nada le ha sucedido... interesante?

—Veo que no es eso lo que queréis saber, sino lo de las tres cabezas.

—No creo que se haya propuesto en serio llevar a cabo tal hazaña.

—Pues lo creáis o no, sin las tres cabezas no se hará nada... Por cierto que no se cansa en buscar la ocasión de cortarlas. En Majnovka fuímos todos a visitar el lugar donde él se había batido en lo más recio de la batalla. El príncipe nos acompañó... Os aseguro que he asistido a muchas batallas, pero carnicería semejante no la volveré a ver mientras viva. Cuando se ata al cuello vuestro lazo al entrar en la lucha, hace horrores... Ya encontrará las tres cabezas..., no tengáis cuidado.

—¡Ojalá cada uno encuentre lo que busque!—suspiró Anusia.

Volodiovski respondió a aquel suspiro con otro, y de re-

pente fijó, con asombro, su mirada en un ángulo de la estancia.

Desde allí le asestaba los ojos un rostro completamente desconocido, encendido de cólera, armado de una nariz gigantesca y unos bigotes como dos manojos de paja, que la ira contenida hacía temblar nerviosamente.

Otro cualquiera hubiérase asustado ante aquella nariz, aquellos ojos y aquellos bigotes, pero el menudo caballero, que no era del todo asustadizo, se limitó a preguntarle a Anusia:

—¿Qué aparición es aquella que me mira desde aquel rincón como si me quisiera devorar y mueve los bigotes como un gato viejo al oir el padrenuestro?

—¿No le conocéis?—repuso Anusia, sonriendo y enseñando sus blancos y apretados dientecitos.—Es Charlamp...

—¿Musulmán?

—¡Cómo musulmán! Es un soldado del regimiento del vaivoda de Vilna, capitán de los ulanos de Pietigor, y nos acompaña hasta Varsovia, donde debe esperar la llegada del vaivoda. No os atraveséis en su camino, señor Miguel, porque es un verdadero caníbal. Es un hombre terrible, ¡sabedlo!, capaz de devorar a su propia sombra.

—¡Ya lo veo, ya lo veo! Pero, aunque sea un caníbal, debe de haber bocados más apetitosos que yo y no comprendo por qué me dirige a mí precisamente sus miradas voraces.

—Es que...—murmuró Anusia, con una sonrisa picaresca.

—¿Qué?

—Pues nada..., que está enamorado de mí y me ha dicho que hará pedazos al que se atreva a acercárseme. Y, creedme, si ahora se contiene es por respeto a la presencia de los príncipes.

—¡Mi enhorabuena!—exclamó Miguel en tono jovial.—

—¿De modo que así están las cosas, Panna Ana?... Oh, ahora veo que por algo solíamos cantar: *Cual una horda tártara cautivas los corazones*... ¿Os acordáis, señorita? Veo que no podéis dar un paso sin que algún hombre se vuelva loco por vos...

—¡Esa es mi desgracia!—suspiró Anusia, bajando los ojos.

—¡Qué pérfida sois, señorita!... ¿Qué dirá Longinos?

—¿Tengo yo la culpa de que ese Charlamp me persiga? ¡Yo no le puedo ver ni en pintura y ni siquiera le miro!

—Procurad, al menos, que no corra la sangre por vos... Longinos es más bueno que el pan, pero en cuestiones del corazón es peligroso...: no hay que andar con bromas con él.

—Si le corta las orejas a Charlamp, no me dará un disgusto, creedlo.

Anusia, girando como una peonza, se fué corriendo al otro lado de la habitación, se acercó a Carboni, el médico de la princesa, y se puso a cuchichear con él. El italiano, al escucharla, clavaba los ojos en el techo, como en éxtasis.

Zagloba, entre tanto, se acercó a Volodiovski guiñando picarescamente su ojo sano.

—Señor Miguel, ¿qué calandria es esa con quien hablabais?—preguntó.

—Es Panna Anusia Borzobogata, dama de honor de la señora princesa.

—¡Qué bichito más encantador! Los ojos como dos carboncitos, una boquita que ni pintada, y lo que es la nuca... ¡uy!

—¡A mí qué me contáis!

—¡Mi enhorabuena!...

—¿Pero queréis dejarme en paz?... ¡Es la prometida de Longinos, o como si lo fuera!

—¿De Longinos? ¡Por las llagas de Cristo! ¿Y el voto de castidad?... Y además, considerando la desproporción que hay entre ellos, él podría llevarla metida bajo el cuello de la guerrera y ella podría posarse como una mosca en su bigote.

—No creáis, tal vez la mosca acabe por manejarle a su antojo. Hércules era más fuerte, y una astuta doncella le dominó...

—Con tal que no se la pegue con otro..., aunque, francamente, yo sería el primero en procurarlo, por mi nombre de Zagloba.

—Creo que no seríais el único... Sin embargo, es una pajarita de nido honrado y un modelo de virtud. Si es un poco coqueta, se debe a su juventud y hermosura.

—Comprendo vuestros elogios, dignos de un noble caba-

llero, pero por eso no dejo de afirmar que es una pícara calandria.

—La belleza atrae a los hombres, *exémplum:* aquel capitán que veis allí parece estar locamente enamorado de ella...

—¡Bah!... ¿Y quién es aquel cuervo con quien cuchichea ahora la niña?

—Es el italiano Carboni, el médico de la princesa.

—Mirad, señor Miguel, cómo se le encandilan los ojos. ¡Oh, mala suerte la de Pan Longinos! Yo entiendo algo de estas cosas, pues he aprovechado la juventud. En otra ocasión os relataré todos los trances en que me he encontrado durante mi vida, o, si queréis, ahora mismo podéis aguzar el oído...

Y Zagloba empezó a susurrar algo al oído del menudo caballero, guiñando el ojo con mayor intensidad que de costumbre. Pero en esto la hora de la partida sonó. Los príncipes subieron a una carroza para poder satisfacer su deseo de departir a su sabor después de tan larga separación; las damiselas ocuparon las carrozas del séquito, los caballeros montaron a caballo, y el cortejo se puso en marcha. Precedía la corte, y seguía, a cierta distancia, la tropa. Como el país era tranquilo, el objeto de las banderas de la escolta era más bien dar pompa a la comitiva que defenderla.

De Sieniza fueron a Minsk y de allí a Varsovia, haciendo muchas paradas, según el uso de aquellos tiempos. El camino estaba tan concurrido, que apenas se podía avanzar por él a paso lento. Todo el mundo acudía a las elecciones, de las comarcas vecinas y de la remota Lituania. Veíanse a cada momento comitivas señoriales, filas enteras de carrozas doradas, rodeadas de jeduques y gigantescos payuques ataviados a la turca, y seguidas de tropas húngaras, alemanas, jenízaras, cosacas o de las banderas de la incomparable caballería pesada polaca.

Los grandes próceres rivalizaban en lo numeroso y lucido de sus escoltas.

Junto a las cabalgatas de los magnates desfilaban también los más humildes dignatarios del distrito y del Estado. A cada momento destacábanse de la nube de polvo aisladas carrozas aristocráticas, tapizadas de piel negra, tiradas por una o dos parejas de caballos y ocupadas cada una por un

noble o un dignatario eclesiástico, con el crucifijo o la imagen de la Purísima, colgados de una cinta de seda, al cuello. Todos llevaban armas: a un lado del asiento se veía el mosquete, al otro el sable. Los compañeros actuales o antiguos de las banderas llevaban además una pica detrás del asiento, de la que se veían dos varas. Bajo de las carrozas caminaban galgos o sabuesos, que no debían servir para uso alguno, ya que no se trataba de una cacería, sino sólo para distracción de los señores. Detrás iban los palafreneros llevando caballos de mano, cubiertos de mantas protectoras de las lujosas sillas contra la lluvia o el polvo, y más atrás avanzaba una larga fila de carretas, cuyas ruedas, trenzadas de juncos, chirriaban bajo del peso de las tiendas de campaña y provisiones. A veces, cuando una ráfaga de viento apartaba los torbellinos de polvo del camino, descubríase toda la carretera resplandeciendo de colores como una serpiente policroma o una larga cinta de oro y seda. Veíanse también músicas militares, italianas o compuestas de jenízaros, entonando briosos aires ante las banderas de los escuadrones reales o lituanos, que tampoco podían faltar en aquella numerosa concurrencia, sirviendo de escolta a los altos funcionarios del Estado. Por todas partes resonaban gritos, exclamaciones, preguntas, injurias, al no querer cederse el paso unos a otros. A cada momento soldados de caballería avanzaban al galope hasta el mismo séquito del príncipe, y trataban de abrir paso a un dignatario, o inquirían quiénes eran los que caminaban delante de él. Pero, al enterarse de que era el vaivoda ruteno, avisaban en el acto a sus dueños, que ya no intentaban dejársele atrás. Los que le precedían se apartaban, ansiosos de ver el desfile de la comitiva. En los puntos de parada aglomerábanse los nobles y los soldados, deseosos de contemplar al guerrero más famoso de toda la república. No faltaban vivas y vítores, a los cuales respondía el príncipe afablemente, tanto por su innata benignidad, como por atraer de este modo prosélitos a la causa del príncipe Carlos, lo que conseguía a menudo tan sólo con una mirada.

Con la misma curiosidad contemplaba la multitud a los escuadrones del príncipe, a los «rutenos,» como solía llamarles. No venían ya tan desharrapados y lacios como des-

pués de la batalla de Constantínov; el príncipe les había provisto de uniformes nuevos en Zamost. Sin embargo, mirábanles siempre como a unos seres maravillosos, pues, según la opinión de la gente de las cercanías de Varsovia, venían del fin del mundo. Referíanse maravillosas historias de aquellas estepas y bosques misteriosos que habían dado al mundo tan valientes caballeros, y los curiosos no salían de su asombro ante aquellos rostros bronceados, curtidos por las ráfagas del mar Negro, ante la altivez de sus miradas y la fiereza de su aspecto, debida al contacto con sus salvajes vecinos.

El que llamaba más la atención después del príncipe era Zagloba, el cual, dándose cuenta de la admiración que le rodeaba, miraba a su alrededor con tal altivez y aire tan terrible, que se oía susurrar: «¡Ese debe ser el más valiente de todos esos caballeros!» «¡Quién sabe a cuántos habrá mandado ya al otro mundo!...» «¡Qué aspecto de fiero dragón!» Al oir estas exclamaciones, el guerrero hidalgo, para disimular su satisfacción, ponía una cara aún más feroz.

De cuando en cuando saludaba con un «¡Hola, muchachos!» a la multitud, o le dirigía una pulla a algún jinete de los escuadrones del cómputo lituano, en los que la caballería pesada distinguíase por un lacito de oro y la ligera por una tirita de plata en las hombreras... «Buen mozo, cuidado con el lacito...,» exclamaba Zagloba al contemplar aquel desfile..., y más de un buen lituano le contestaba resoplando, rechinando los dientes, haciendo sonar el sable contra el suelo, pero al acordarse que el atrevido era un soldado de la bandera del vaivoda ruteno, se dominaba.

Cerca de Varsovia llegó a ser tan grande la aglomeración que era punto menos que imposible avanzar. Anunciábase que las elecciones estarían concurridas como nunca, pues hasta los nobles de las más remotas regiones de Rutenia y Lituania, que no hubieran acudido, a causa de la gran distancia que les separaba de la capital, sólo para asistir a la elección, concentrábanse ahora en Varsovia, buscando allí su seguridad, aunque apenas habían comenzado las sesiones de la Dieta y estaba todavía lejos, por lo tanto, el día de la elección. Pero los electores anticipábanse uno o dos meses para encontrar alojamiento en la ciudad, para reanu-

dar alguna de sus antiguas relaciones, para poder conseguir algún ascenso, para asistir a algún opíparo banquete señorial, y, por último, para disfrutar, después de la época de la cosecha, de los encantos y placeres de la capital.

El príncipe miraba tristemente por la ventanilla de su carroza aquella turba de dignatarios, soldados, nobles, aquellas riquezas, el lujo de los atavíos, y pensaba en el ejército poderoso que con todo aquello podía reclutarse. ¿Por qué la república, tan fuerte, populosa, rica, rebosante de valientes guerreros, mostrábase ahora tan impotente que no sabía cómo reducir a la obediencia a Kmielnizki y a las salvajes hordas tártaras? ¿Por qué? A los innumerables ejércitos de Kmielnizki podrían oponerse ejércitos no menos poderosos, sólo con que aquellos nobles, aquellos soldados, aquellas riquezas, aquellos regimientos y banderas, consintieran en ponerse al servicio del bien común con el mismo ardor con que atendían a sus propios intereses.

—Palidece la virtud de la república—pensaba el príncipe.—¡El organismo social se corrompe! El valor antiguo de señores y soldados va decayendo. Buscan los placeres en lugar de las privaciones y fatigas de la guerra.

No le faltaba razón, mas los defectos de la república los veía tan sólo desde el punto de vista del guerrero y caudillo que hubiera deseado convertirlo todo en soldados, en tropas que mandar y guiar contra el enemigo. Todavía podía surgir el valor, y seguramente surgiría, pero un peligro cien veces mayor que la guerra amenazaba a la república. Algo le faltaba todavía a la república que el príncipe guerrero en aquel momento no adivinaba, pero que veía bien claramente su adversario el canciller de la Corona, mucho más hábil político que Jeremías.

Mas ya en lontananza, grisácea y azulada, se erguían las torres puntiagudas de Varsovia. El príncipe cesó en sus cavilaciones y dió sin demora las órdenes correspondientes, que transmitió en seguida el oficial de servicio de Volodiovski, jefe de la escolta.

Cumpliendo los mandatos del príncipe, Miguel, que hasta aquel momento había cabalgado junto a la carroza de Anusia, dirigióse hacia las banderas, que seguían notablemente rezagadas, para rehacer las filas y hacerlas avanzar

en perfecto orden de marcha. Pero no se había alejado diez pasos cuando sintió galopar en pos suyo. Se volvió y vió a Charlamp, el capitán del regimiento ligero del vaivoda de Vilna, el adorador de Anusia.

Volodiovski comprendió en el acto que venía en son de querella, y aflojó el paso de su caballo. Estas aventuras le encantaban. Charlamp le alcanzó y se emparejó con él. Al principio calló, limitándose a resoplar con fuerza y a mover nerviosamente el bigote. Se veía que no sabía cómo empezar la conversación.

—¡Salud, señor dragón!—dijo al cabo.

—¡Salud, señor escolta!

—¿Cómo os atrevéis a llamarme «escolta» — preguntó Charlamp, rechinando los dientes—a mí que soy capitán y miliciano?

Volodiovski comenzó a jugar con la maza de armas echándola al aire y recogiéndola por el mango. Luego respondió con cierta displicencia:

—Por la cinta que lleváis no me es posible reconocer vuestro grado...

—Estáis ofendiendo a todo el cuerpo miliciano, colocado muy por encima de vos...

—¿Y por qué razón?

—Porque servís en un regimiento extranjero.

—Calmaos. Aunque sirvo entre dragones, soy oficial de caballería regular del señor vaivoda y no de la ligera, como vos. Podéis, por lo tanto, hablar conmigo por lo menos de igual a igual, ya que no de inferior a superior (1).

Charlamp moderóse algún tanto al saber que no se las había con persona de tan poco peso como se figuraba, pero continuó rechinando los dientes, pues la frialdad de Volodiovski aumentaba su furiosa excitación.

—¿Cómo os atrevéis a atravesaros en mi camino?—gruñó.

---

(1) Un compañero «miliciano» de un regimiento regular no podía estar sometido bajo de las órdenes ni del mismo general de un ejército extranjero; un general, en cambio, podía estar destinado bajo del mando de algún «compañero.» Para evitarlo, los generales y oficiales de regimientos extranjeros trataban de hacerse al mismo tiempo «compañeros» de las fuerzas polacas. En tales circunstancias se hallaba Miguel Volodiovski.

—¡Oh! ¿Buscáis disputa?

—Pudiera suceder; y además os diré confidencialmente—y Charlamp se inclinó hacia su interlocutor y bajó la voz—que, si os interponéis entre Ana y yo, os cortaré las orejas

Volodiovski volvió a arrojar y recoger la maza como si las circunstancias fueran propicias a tal diversión, y respondió en tono persuasivo:

—¡Permitidme siquiera vivir un poco más, amigo mío!

—¡Oh! ¡No! ¡Eso no vale! ¡Tú no te escapas!—gritó Charlamp, agarrando por la manga al joven oficial.

—No trato de escaparme, no—respondió éste en tono sosegado;—pero ahora estoy de servicio y tengo que ejecutar una orden urgente del príncipe. Os ruego que me soltéis la manga, porque, si no, no me quedará otro remedio, pobre de mí, que cercenaros la sesera con esta maza de hierro y derribaros de vuestro caballo..., ¿comprendéis?

La voz de Volodiovski, humilde al principio, parecía al final de la advertencia el silbido de una víbora. Charlamp miró al caballero enano con cierta inquietud y le soltó la manga.

—Bueno, no importa—dijo.—¡En Varsovia nos veremos las caras! ¡Sabré encontraros!

—Si no trato de esconderme, de ningún modo... Pero, decidme, ¿cómo podremos batirnos en Varsovia? ¿Tendréis la bondad de instruirme en ese respecto? Soy un simple soldado y no he estado allí en mi vida; pero he oído hablar de los tribunales de mariscales que castigan con pena capital al que se atreve a desenvainar el sable en la corte.

—Veo que sois verdaderamente un simple soldado cuando os infunden miedo los tribunales de mariscalía. Debierais saber que, en tiempos del interregno, es el consejo de regentes quien está encargado de la justicia; con esa autoridad ya es más fácil entenderse, y no creáis que el cortaros las orejas me cueste la cabeza.

—Os agradezco la lección y no dejaré de pediros de cuando en cuando que me instruyáis un poco. Veo que sois un varón docto, mientras que yo no he cursado más que la *ínfima minórum* y apenas soy capaz de ajustar el adjetivo con el substantivo... Y si quisiera, líbreme Dios, llamaros *tonto*, sé solamente que diría *stultus*, y no *stulta* ni *stúltum*.

Dicho esto, Volodiovski se puso de nuevo a juguetear con la maza, dejando corridísimo a su provocador, cuya mano ya estaba a punto de desenvainar el sable, cuando el menudo caballero, colocándose de pronto la maza bajo la rodilla, requirió el suyo. Durante unos instantes miráronse como dos jabalíes, las narices dilatadas y llameantes los ojos. Mas Charlamp recordó que tendría que habérselas con el vaivoda mismo si atacase a un oficial desempeñando una orden de servicio, y depuso su actitud agresiva.

—¡Oh, ya sabré encontrarte, hijo de...!—murmuró.

—¡No lo dudo, no lo dudo, cabeza de cardo!...—replicó el joven oficial.

Luego se separaron. El uno corrió al alcance del séquito del príncipe y el otro salió al encuentro de las banderas, tan cercanas ya, que de la nube de polvo que les envolvía llegaba el ruído de los cascos de los caballos al chocar contra el duro suelo. Miguel hizo colocar inmediatamente a la caballería y a los infantes en perfecto orden de marcha, y avanzó él a la cabeza.

Momentos después alcanzóle Zagloba.

—¿Qué quería de ti ese monstruo marino?—preguntó, emparejándose con él.

—¿El señor Charlamp? ¡Oh, nada!, me ha desafiado a sable.

—¡Bravo! Cuidado no te ensarte de parte a parte con la nariz, y sobre todo, cuando le ataques, procura no privar a la república del apéndice nasal más largo que posee y para el que tendrías que construir un mausoleo a propósito. ¡Qué hombre más afortunado es el gobernador de Vilna! Los demás tienen que mandar destacamentos para explorar, y a él le basta mandar esa nariz para que lo huela todo desde lejos. Pero ¿por qué te ha desafiado?

—Porque he cabalgado todo el día junto a la carroza de Anusia.

—¡Bah! Hubieras podido decirle que se dirigiera a Longinos en Zamost. Este le contestaría de un modo contundente. ¡Buena la ha hecho! Por lo visto su suerte no es tan grande como su nariz.

—De Longinos no le he dicho nada, porque ¿qué haría yo si renunciara a batirse conmigo? Ahora, para hacerle rabiar,

voy a exagerar mis galanterías con Anusia. ¿En qué voy a distraerme en Varsovia, si no?

—Ya encontraremos qué hacer, señor Miguel, no tengáis cuidado. En mi juventud, estando en el servicio de aprovisionamiento de mi bandera, recorrimos todo el país y os aseguro que vida como la de Varsovia no la encontré en parte alguna.

—¿Mejor que la que hacíamos nosotros más allá del Dniéper?

—¡Vaya una comparación!

—Estoy ardiendo en curiosidad... De todos modos, le cortaré un poco las cerdas a ese jabalí, porque, verdaderamente, las tiene demasiado largas.

CAPÍTULO XI

Transcurrieron varias semanas. El número de nobles que acudían a la elección iba aumentando de día en día. La población de la ciudad se había decuplicado, pues, además de numerosos aristócratas, seguían llegando millares de comerciantes y traficantes de todo el mundo, desde la lejana Persia hasta las playas de Inglaterra. En Vola, en los arrabales de Varsovia, se había levantado un pabellón para el Senado, alrededor del cual blanqueaban ya millares de tiendas que cubrían toda la extensión del terreno.

Nadie podía predecir nada todavía acerca del resultado de la elección; no se sabía si sería elegido Casimiro, el cardenal, o Carlos Fernando, el obispo de Ploz. Por ambas partes los esfuerzos y empeños eran grandes. Distribuíanse miles de hojas volantes señalando los méritos o los defectos de los dos candidatos: los factores en pro de uno y de otro eran numerosos y potentes. En favor de Carlos estaba, como ya sabemos, el príncipe Jeremías, tanto más temible a los ojos de los adversarios cuanto que arrastraría tras sí, probablemente, a toda la nobleza, que le adoraba, y sería el árbitro definitivo de la elección. Pero también Casimiro contaba con un poderoso partido. Por él se habían manifestado los altos dignatarios; le protegía la influencia del canciller; el primado parecía serle adicto, y con él la mayoría de los magnates, y entre ellos el príncipe Dominico de Zaslav y Ostrog, vaivoda de Sandomir, muy desacreditado después de Pilavce y hasta amenazado de ser llevado a los tribunales para dar cuenta de sus descalabros, pero siempre el prócer más influyente en toda la república y hasta de Europa entera, y capaz en todo momento de echar en la balanza el peso de sus enormes riquezas para asegurar la victoria de su candidato.

Con todo, los prosélitos de Casimiro tenían momentos de

amarga incertidumbre, porque, como hemos dicho, todo dependía de la nobleza, que ya desde el 4 de octubre acampaba en masas alrededor de Varsovia, acudiendo de todas las regiones de la república. La mayoría era favorable a Carlos, atraída por el esplendor del nombre de Visnoviezki, y por la generosidad del candidato, príncipe espléndido y poderoso, que se desprendía sin duelo de sumas importantísimas para constituir nuevos ejércitos cuyo mando otorgar a Visnoviezki. Casimiro hubiera seguido su ejemplo, y no era en verdad la avaricia lo que se lo impedía, sino, por el contrario, su demasiada liberalidad, de la que era consecuencia inmediata una constante escasez de dinero. Los dos partidos andaban en continuas negociaciones. Diariamente se cruzaban mensajeros entre Nieporent y Jablona. Casimiro exhortaba a su hermano, en nombre de su cariño fraternal y de su condición de hermano mayor, a que le cediera el trono; pero el obispo no consentía y le respondía que no despreciaría la fortuna que le abría los brazos, puesto que se fundaba *in líberis suffragiis* (1) de la república y en la voluntad de Dios.

El tiempo transcurría, acercábase el término de las seis semanas y al mismo tiempo el peligro de la invasión cosaca, pues ya corrían voces de que Kmielnizki había levantado el asedio de Lvov después de unos cuantos asaltos y se había presentado ante los muros de Zamost, y día y noche intentaba la toma de este último baluarte de la república.

Decíase también que, además de los embajadores de Kmielnizki a Varsovia, con cartas declarando que él, en su calidad de noble polaco, hubiera votado por Casimiro, había entre las masas de la nobleza y entre los mismos ciudadanos muchos próceres cosacos imposibles de reconocer ni descubrir bajo su disfraz de grandes señores. Fingíanse nobles ilustrados y opulentos, no distintos, en lo más mínimo, ni siquiera en el habla, del resto de los electores, sobre todo de los rutenos. Unos, que habían ido por mera curiosidad, para ver la capital y el resultado de las elecciones; otros, con el fin de espiar y de enterarse de lo que

(1) «En el voto libre.»

se decía de la futura guerra, de cuántas tropas pondría la república en armas y del dinero que pensaba sacrificar para ello.

Quizá había mucha verdad en lo concerniente a esos nuevos huéspedes, pues entre los próceres zaporogos había muchos nobles que ya se habían hecho casi cosacos y hasta mascullaban el latín, todo lo cual hacía difícil distinguirlos de los demás. El latín, por otra parte, no estaba muy en boga en aquellas lejanas estepas, y jóvenes nobles de la clase de Kurcévich no lo conocían tan bien como Bogun y otros atamanes cosacos.

Pero tales voces, esparcidas por la ciudad y el campo electoral, unidas a las noticias del avance de Kmielnizki y de las incursiones tártaro-cosacas—que, según se afirmaba, llegaban ya hasta el Vístula—llenaban de alarma y ansiedad los corazones y eran frecuente causa de desórdenes. Bastaba indicar que cualquiera de los nobles reunidos era un zaporogo disfrazado, para que el desgraciado fuera despedazado a sablazos antes de que pudiera justificarse.

Con esto se exponía a muchos inocentes a ser víctimas de las iras del populacho, y la misma dignidad de las deliberaciones se disminuía, pues en aquellos tiempos la gente no se distinguía por su sobriedad y solía estar siempre en disposición de armar camorra. El consejo gubernamental, constituído *própter securitatem loci* (1), era insuficiente para contener las diarias cuestiones y refriegas, que solían ser casi siempre cruentas. Pero si la gente formal, amante de la paz y el orden, consciente del peligro que amenazaba a la patria, veía con hondo pesar aquellas pendencias, matanzas y orgías, los pendencieros, los jugadores de dados, los perturbadores se encontraban en su elemento, considerando aquellos tiempos los mejores que habían conocido, y con la mayor insolencia cometían toda clase de desafueros.

Excusado es decir que entre esta gente predominaba la figura de Zagloba, hegemonía que le aseguraban su gran fama guerrera y su sed insaciable, aumentada por las frecuentes ocasiones que se le ofrecían de apagarla, amén de su lengua, más cortante que ninguna otra, y su extraordi-

(1) «Para seguridad del lugar.»

naria firmeza de ánimo, que nada hubiera conseguido quebrantar. De vez en cuando, sin embargo, aquejábanle ciertos ataques de *melancolía:* entonces se encerraba en su habitación o en la tienda, y si salía, salía irritadísimo, ansioso de riñas y altercados.

Un día que se encontraba en dicha disposición de ánimo hirió malamente a un tal Dunchevski, de Ravian, sólo porque le había tropezado con el sable al pasar. No podía soportar, cuando estaba «melancólico,» más compañía que la de Volodiovski, con el cual se lamentaba de la ausencia de Skretuski y de la «pobrecita.»

—¡La hemos abandonado, señor Miguel! — decía. —¡La hemos entregado, como Judas, en manos sacrílegas! El *némine excepto* que alegáis como disculpa no os sirve de nada. ¿Qué habrá sido de ella, señor Miguel? ¿Qué habrá sido de ella?

En vano le repetía Volodiovski que, si no hubiera sido por lo de Pilavce, ya haría tiempo que la habrían encontrado, pero que ahora, con las fuerzas de Kmielnizki por en medio, era imposible. Zagloba no se consolaba y se entregaba de lleno a su mal humor, maldiciendo el egoísmo, la estupidez y el engaño, móviles, según él, de todas las acciones humanas.

Sin embargo, aquellos momentos de decaimiento espiritual solían ser de corta duración. Para resarcirse del tiempo perdido, Zagloba intensificaba su desorden y su libertinaje: se pasaba el día en la taberna en compañía de los hombres más beodos y de las mujeres más abyectas de la ciudad. En tales orgías siempre tomaba parte el caballero enano.

El señor Miguel, aunque excelente soldado y oficial, no poseía, ni por asomo, la seriedad de un Skretuski, hija, en gran parte, de las desgracias y sufrimientos. Respecto a sus obligaciones con la república, las entendía Volodiovski a su modo. Luchaba contra quien se le ordenaba luchar, sin preocuparse del resto. Ignorante de la política, siempre se afligía por las derrotas militares, pero nunca se le había pasado por las mientes que la vida desarreglada y el libertinaje pudiesen hacer tanto daño a la república como una derrota en campo abierto. En una palabra, era un joven

ligero de cascos, que, una vez metido en la bulliciosa vida de la capital, se había hundido en ella hasta las orejas y se había arrimado a Zagloba, como una cabeza de cardo que se pega al vestido, viendo en el viejo hidalgo un soberbio maestro de crápula. En su compañía frecuentaba también la de los nobles, a los cuales refería Zagloba cosas del otro jueves, recogiendo en tales conversaciones, sazonadas con abundantes tragos de aguamiel, numerosos votos en favor del príncipe Carlos. Con él bebía, en caso de necesidad le defendía, y los dos vagaban tambaleándose por el campo electoral y la ciudad, como dos moscas alrededor de una tarta, sin que hubiera rincón que no conociesen. En Nieporez y en Jablone tomaron parte en todos los banquetes y festines de los magnates, y asistieron a todas las tertulias de las tabernas. El joven Miguel sentía viva comezón en su vigorosa mano, deseoso de distinguirse y mostrar al mundo, al mismo tiempo, que la nobleza ucraniana valía más que cualquier otra, y que los soldados del príncipe Jeremías eran los primeros entre todos. Salían, pues, diariamente en busca de camorras con los famosos esgrimidores de Lenchice y, sobre todo, con los partidarios del príncipe Dominico de Zaslav, contra quien sentían ambos un gran odio. Pero sólo provocaban a los espadachines famosos, de nombre reconocido e indiscutible. Y lo hacían como la cosa más natural del mundo.

—Vos le provocaréis—solía decir Miguel—y yo intervendré luego por vos.

Zagloba, campeón de esgrima y poco tímido en los duelos con sus nobles hermanos, no siempre consentía que Volodiovski viniese en su ayuda, especialmente en las contiendas con los «dominicanos.» Pero cuando tenía que habérselas con algún espadachín de Lenchice, se limitaba a provocarle, y cuando el contrario echaba mano al sable y le decía que se pusiera en guardia, Zagloba respondía:

—¿Me creéis, querido, un hombre de tan poca conciencia que os exponga a una muerte segura luchando con vos personalmente? ¡No! Es mejor que probéis las fuerzas con este hijito y discípulo mío, el cual creo que tampoco será carne para tus dientes.

Después de tales palabras de Zagloba, solía avanzar Vo-

lodiovski, ostentando su bigote retorcido y su nariz chata, y con cara de tonto, sin esperar a que se aceptara su intervención o no, empezaba el baile. Siendo, generalmente, reconocido como el maestro de todos los maestros de su oficio, al cabo de unos cuantos encuentros solía desarmar al adversario. Estas eran las diversiones que se inventaban ambos compañeros, y que aumentaban su fama entre los espíritus bulliciosos y entre los nobles, llevándose la palma, sobre todo, Zagloba, pues la gente decía: «¡Si es así el discípulo, cómo será el maestro!»

A quien no lograba encontrar el caballero enano era a Charlamp, y suponía que le habrían encomendado alguna misión para Lituania.

Transcurrieron en esta forma cerca de seis semanas, durante las cuales las cosas públicas dieron un gran paso. La denodada lucha entre los dos hermanos candidatos, la actividad de sus partidarios, la agitación febril y apasionada, pasaron casi sin dejar rastro ni recuerdo. Todo el mundo ya estaba seguro de que la elección recaería sobre Juan Casimiro, pues el príncipe Carlos había cedido voluntariamente el puesto a su hermano, retirando su candidatura.

Lo extraño era que se atribuía mucha importancia a la opinión de Kmielnizki, de quien todos auguraban que ahora se sometería a la autoridad del rey por tratarse de un soberano elegido con arreglo a sus deseos. En gran parte estas previsiones se cumplieron, pero tal cambio de estado de cosas fué un nuevo golpe para Visnoviezki, el cual no cesaba de repetir, como Catón, que era preciso destruir la Cartago zaporoga. Llegó el momento de entablarse las negociaciones. De sobra sabía el príncipe que así nada se adelantaría y que pronto habían de romperse por la fuerza misma de los acontecimientos, y preveía una nueva guerra, cuyo resultado le preocupaba en extremo. Las negociaciones harían más fuerte aún a Kmielnizki y más débil a la república. ¿Y quién habría de mandar sus ejércitos contra un caudillo tan probado como Kmielnizki? ¿No serían de temer nuevas hecatombes y nuevos desastres, que acabarían por consumir las últimas fuerzas de la república? El príncipe no se forjaba ilusiones, sabiendo que a él, como el partidario más obstinado de Carlos, no se le confiaría el mando. Casimiro

había prometido a su hermano que protegería a sus partidarios como si fueran los suyos; pero Casimiro, a pesar de la nobleza de su espíritu, era al mismo tiempo protector de la política del canciller, y, por lo tanto, a otro y no al príncipe Jeremías habría de confiarse el mando supremo... Y ¡ay de la república si el jefe que se eligiera no era guerrero más experto que Kmielnizki!

El príncipe temblaba, pues, por dos motivos: por el porvenir de su patria y por el suyo. Le anonadaba el amargo sentimiento del hombre que ve que sus méritos no serán reconocidos, que no se le hará justicia y que otros se pondrán por encima de él. No hubiera sido un Visnoviezki si no se hubiera sentido orgulloso. El sentía en sí fuerzas suficientes para sostener la bulava, que, por lo demás, le correspondía: por esto sufría doblemente.

Hasta corrían voces entre los oficiales de que sin esperar la proclamación de los votos se ausentaría de Varsovia. Pero no sólo no se ausentó, sino que fué a cumplimentar al príncipe Casimiro a Nieporent, siendo acogido con gran afabilidad. Cuando regresó empezó a ocuparse con gran actividad en los asuntos de la guerra. Era indispensable encontrar medios para reclutar soldados, y él tomó esto a su cargo. Además, con el dinero del príncipe Carlos formábanse nuevos regimientos de dragones y de infantería. Unos estaban ya en marcha hacia Rutenia y los demás estaban aún en el indispensable período de instrucción. El príncipe envió, pues, por todas partes oficiales expertos en la organización militar, entre ellos a Kusel, a Viérsul y, por último, a Volodiovski. Una mañana le llamó el príncipe a su presencia y le dió la siguiente orden:

—Vé a Zaborov por Babice y Lípkov, donde están agrupados los caballos destinados al regimiento. Examínalos, elige, paga a Traskovski y tráelos luego aquí para nuestros soldados. El dinero lo retirarás de la tesorería de Varsovia contra mi resguardo.

Volodiovski se puso muy contento, tomó el dinero y aquella misma mañana partió para Zaborov con Zagloba y ocho hombres más; el dinero lo llevaban cargado en un carro. Caminaban al paso, pues por todos los contornos de aquella parte de Varsovia hormigueaban caballeros, cria-

dos, carros, caballos; y las aldeas, hasta llegar a Babice, estaban tan llenas de gente, que no encontraban libre una sola cabaña. No era, pues, difícil empeñarse en alguna contienda entre aquella aglomeración de gentes de variadísimos caracteres. A pesar de sus grandes esfuerzos y su juiciosa conducta, ambos amigos no pudieron evitar la camorra. Al llegar a Babice vieron delante de la hostería un grupo de nobles caballeros que en aquel momento montaban a caballo para ponerse en camino. Los dos destacamentos se encontraron y se saludaron, y ya se disponían a separarse cuando, de pronto, uno de los caballeros miró a Volodiovski y, sin decir palabra, se acercó a él a galope.

—¡Ah! ¡Hete aquí, hermanito!—gritó.—Te escondías, pero te he encontrado por fin, y ahora no te escapas. ¡Eh, señores!—llamó a gritos a sus compañeros.—¡Esperad un momento! Tengo que ajustar una cuentecilla con este oficialito. Servid de testigos de mis palabras... Os lo ruego.

Volodiovski sonrió satisfecho: había reconocido a Charlamp.

—¡Yo no me escondo, vive Dios!—respondió.—Yo mismo te he buscado para saber si aún te duraba el coraje contra mí... Pero ¡qué remedio!, no hemos podido encontraros.

—Señor Miguel—murmuró Zagloba,—recordad que vais de servicio.

—Lo recuerdo—dijo en voz baja Volodiovski.

—¡En guardia!—vociferaba en tanto Charlamp.—¡Señores! He prometido a este boquirrubio que le cortaría las orejas y se las cortaré, o dejo de ser Charlamp. Sed mis testigos, y tú, joven, ¡en guardia!

—¡No puedo! ¡Juro a Dios que no puedo!—respondió Volodiovski.—Concededme sólo unos cuantos días...

—¿Cómo? ¿No puedes? ¿Tienes miedo, eh? Si no te pones en seguida en guardia, te voy a dejar de modo que ni tus abuelos te van a reconocer... ¡Ah! ¡Mosca de burro! ¡Te atreves a atravesarte en mi camino, sabes mofarte de las personas, sabes herir con tu lengua mordaz, pero huyes luego de la espada!

En aquel momento intervino Zagloba.

—Veo—dijo, volviéndose a Charlamp—que se os va la lengua... Ten cuidado con este insecto que no te pique de ver-

dad. Entonces no sé si habrá emplasto que te sirva... ¡Qué diantre! ¿No ves que ese oficial va de servicio? Mira aquel carro cargado de dinero que llevamos para el regimiento, y comprende, ¡mil rayos!, que un oficial que custodia dinero no es dueño de sus actos y no puede meterse contigo. El que no comprende esto es un melón, no un soldado.

—Yo estoy al servicio del vaivoda de Ucrania y ya les he sacudido el polvo a gentes más bravas que vos..., pero hoy no puede ser... No importa, sin embargo. Hay más días que longanizas.

—¡Es justo! Si llevan la caja, no pueden batirse—dijo uno de los compañeros de Charlamp.

—¿Y qué se me da a mí su caja?—gritó el indomable Charlamp.—Que acepte el desafío o le trataré como se merece.

—Hoy no acepto el desafío—replicó Miguel,—pero doy mi palabra de caballero de que dentro de tres o cuatro días, en cumpliendo mi servicio, me presentaré donde queráis. Y, si mi palabra no os basta, mandaré asestar los fusiles contra vos, pues creeré que trato con bandidos y no con nobles o guerreros regulares. Elegid, pues, ¡por las puertas del infierno! No tengo tiempo que perder.

Al oir tales palabras, los dragones de su escolta asestaron acto seguido sus mosquetes contra los agresores, y este movimiento, unido a las resueltas palabras de Miguel, produjo viva impresión en los compañeros de Charlamp.

—¡Cede ya!—le dijeron.—Tú también eres soldado y sabes lo que es ir de servicio. Puedes estar seguro de que tendrás tu satisfacción, porque ése es valiente, como lo son todos los milicianos de las banderas rutenas. ¡Domínate, por favor!

Charlamp titubeó aún algunos momentos; pero haciéndose cargo, por último, de que se enemistaría con sus compañeros, o tal vez se expondría a una lucha desigual con los dragones, se volvió a Volodiovski y dijo:

—¿Me das, pues, tu palabra de que acudirás al duelo?

—Soy yo ahora quien te desafía por hacerme dos veces la misma pregunta. Dentro de cuatro días... Hoy es miércoles... El sábado a las dos de la tarde. Elige el sitio.

—Aquí en Babice hay demasiada concurrencia—repuso Charlamp—y podría presentarse algún obstáculo... Más

vale que sea en el cercano Lípkov, donde hay más tranquilidad y a mí me será fácil acudir, pues estamos alojados en Babice.

—¿Llevarás la misma numerosa compañía que hoy?—preguntó el previsor Zagloba.

—¡Oh! ¿Para qué? Iremos sólo tres: los Sielizki, mis padrinos y yo. Tú irás sin tus dragones, supongo.

—¿Es quizá vuestra costumbre acudir con todo el regimiento?—preguntó Volodiovski.—Entre nosotros eso no se estila.

—Pues de aquí a cuatro días: hasta el sábado en Lípkov. Nos encontraremos a la puerta de la hostería... Y ahora, ¡adiós!

—¡Adiós!—respondieron Volodiovski y Zagloba.

Los adversarios se separaron tranquilamente. Volodiovski estaba contentísimo al pensar en la diversión que le esperaba, y se proponía llevarle como regalo a Longinos el bigote de Charlamp.

Llegó a Zabórov del mejor humor, y allí encontró a Casimiro, que iba de caza. Como llevaba prisa, se limitó a mirar de lejos al futuro soberano. Dos días le bastaron para cumplir las órdenes que había recibido: examinó los caballos, pagó a Traskovski, regresó a Varsovia y llegó a Lípkov una hora antes de la señalada, en compañía de Zagloba y Kusel, invitado como segundo padrino.

Dirigiéronse a la hostería, cuyo ventero era un judío, y entraron en la sala a refrescar un poco los gaznates con un sorbo de aguamiel y distraerse conversando entre copa y copa.

—Hijo de Israel, ¿está en el castillo tu amo?—preguntó Zagloba al hostelero.

—Está en la ciudad.

—¿Hay mucha nobleza en Lípkov?

—No hay gente aquí. Un noble nada más se ha hospedado en nuestra casa y no sale de su cuarto. Pero es un señor muy rico. Tiene caballos y criados.

—¿Y por qué no ha ido al castillo?

—No debe de conocer a nuestro amo. Además, hace ya un mes que el castillo está cerrado.

—¿Será Charlamp?—preguntó Zagloba.

—No—respondió Volodiovski;—no puede ser.

—Creo, señor Miguel, que es Charlamp.

—Bueno, ¿y qué?

—Vamos a saberlo... Oye, judío, ¿hace mucho que está aquí ese señor?

—Hoy ha llegado, no hace ni dos horas.

—¿Y sabes de dónde viene?

—No lo sé... Pero viene de muy lejos, según parece, porque los caballos están rendidos. De la otra orilla del Vístula, según dicen.

—¿Y por qué se ha detenido aquí, en Lípkov?

—Eso digo yo...

—Voy a ver—repitió Zagloba.—¿Quién sabe si será algún conocido?

Y acercándose a la cerrada puerta del aposento, golpeó con el puño de la espada y preguntó:

—¿Se puede, señor?

—¿Quién es?—preguntó una voz en el interior.

—¡Amigos!—contestó Zagloba, empujando la puerta y asomando la cabeza.—¡Dispensad! ¿Estorbo?

Mas de pronto se retiró, cerrando de golpe la puerta como si hubiera visto la misma cara de la Muerte. En su rostro se pintaban el terror e inmenso asombro. Con la boca desmesuradamente abierta, dirigióles una mirada vaga a Kusel y Volodiovski.

—¿Qué hay?—preguntó éste.

—¡Chist! ¡Por las llagas de Cristo! ¡Bogun está ahí!

—¿Cómo? ¿Qué decís?

—¡Bogun!... ¡ahí!

Los dos oficiales se pusieron en pie de un salto.

—¿Estáis loco? Volved en vos. ¿Bogun?

—¡Sí, Bogun, Bogun!

—¡Imposible!

—¡Como hay Dios! ¡Como estoy aquí vivo! ¡Por Cristo y todos los santos mártires!

—¿Y por qué os asustáis tanto?—preguntó Volodiovski. —Si, en efecto, está ahí, quiere decir que Dios le pone en nuestras manos. ¡Calmaos! ¿Estáis seguro de no haber visto visiones?

—¡Tan seguro como de que estoy con vosotros! Le he visto con mis propios ojos. Se está mudando de traje.

—¿Y él os ha visto a vos?

—No sé..., no creo...

Los ojos de Volodiovski relampaguearon como dos ascuas.

—¡Eh, tú, hebreo!—le dijo en voz baja al hostelero, haciéndole señas, nerviosamente, con la mano.—Ven aquí... ¿Tiene alguna otra salida esa habitación?

—No, solamente por esta sala.

—Kusel, véte debajo de la ventana—añadió Volodiovski.

—¡Oh! Ahora ya no se nos escapa.

Kusel salió de la hostería silenciosamente.

—Volved en vos—le repetía Volodiovski a Zagloba.—Su vida es la que está en peligro. Vos no tenéis que temer... ¿Qué os va a hacer?

—No es miedo, es asombro—repuso el grueso hidalgo. Y añadió entre dientes:—Es verdad. ¿Por qué he de tener miedo? Volodiovski está conmigo... Es Bogun quien debe temer...

Y, lleno de súbita rabia, asió la empuñadura del sable.

—Señor Miguel—murmuró,—ya no podrá escaparse de nuestras manos.

—¿Pero es Bogun en persona? No acabo de creerlo. ¿Qué hará ahí?

—Kmielnizki le habrá mandado como espía. Eso es lo más probable. ¡Esperad, señor Miguel! Le cogemos y le ponemos ante esta alternativa: o nos devuelve a la princesa o le entregamos a la justicia.

—¡Bah! ¡Que nos dé a la princesa y que el diablo se le lleve!

—¿Pero no seremos pocos?... Tres apenas: vos, yo y Kusel... Se defenderá como una fiera y traerá varios hombres con él.

—Charlamp vendrá en seguida con sus dos testigos y seremos seis... ¡Basta!... ¡Chist!

En aquel momento la puerta se abrió y Bogun entró en la sala.

Sin duda Bogun no había conocido a Zagloba cuando éste asomó la cabeza por la puerta de su habitación, pues ahora, al verle cara a cara, se estremeció, algo como una llama pasó por su rostro, y su mano, con la rapidez del rayo, bus-

có la empuñadura del sable; mas todo ello duró sólo un instante. El vataga se serenó, al pronto, en apariencia, si bien una ligera palidez sucedió en su rostro al fugaz relámpago de ira.

Zagloba le miró fijamente sin abrir la boca; Bogun también callaba; una mosca hubiera podido oirse volar en la estancia; y aquellos dos hombres, cuyos destinos tan extrañamente se ligaban, fingían en aquel momento no conocerse.

Aquel silencio, que duró unos cuantos segundos, le pareció a Volodiovski una eternidad.

—Escucha, hebreo—preguntó Bogun de repente.—¿Hay mucho camino de aquí a Zabórov?

—No mucho—contestó el hostelero.—¿Parte vuestra señoría en seguida?

—Sí—dijo Bogun, dirigiéndose a la puerta de su aposento.

—Permitidme—tronó la voz de Zagloba.

Bogun se detuvo en el acto, y clavando en Zagloba sus pupilas negras, terribles:

—¿Qué queréis?—preguntó lacónicamente.

—Me parece, no sé por qué, que nosotros nos conocemos un poquitín... ¿No nos hemos encontrado en las fiestas de unas bodas en Ucrania, en una aldea?

—Justamente—respondió Bogun con altivez, volviendo a acariciar su espada.

—¿Y estás bien? Partiste del cortijo con tanta prisa, que no pudimos despedirnos.

—¿Lo sentisteis?

—Claro que sí...—repuso el grueso hidalgo.—Hubiéramos podido divertirnos un rato.

Y añadió, señalando a Volodiovski:

—Este caballero acaba de llegar y hubiera querido trabar conocimiento con vos.

—¡Basta!—interrumpió Volodiovski, levantándose bruscamente.—¡Date preso, traidor!

—¿Y con qué motivo?—preguntó el atamán, levantando soberbiamente la cabeza.

—Porque eres un rebelde, enemigo de la república. Has venido como espía...

—Y tú, ¿quién eres?

—¡Oh! No tengo para qué identificarme; lo único que debes saber es que no te dejo salir.

—Lo veremos. Tampoco yo me identificaría ante ti a no ser que me lo pidieras desafiándome a sable como soldado; pero, ya que te atreves a amenazarme con la prisión, sabe que yo soy portador de una carta del jefe zaporogo al príncipe Casimiro, y si no le encuentro en Nieporent, le seguiré a Zabórov. Ahora deténme, si puedes.

Y Bogun miró con altivez y sorna a Volodiovski, que se quedó confuso, como un sabueso que siente escapársele la caza. Y, no sabiendo qué partido tomar, dirigió una mirada interrogativa a Zagloba.

Hubo un minuto de penoso silencio.

—Difícil es el caso... Si eres embajador, no podemos detenerte—dijo Zagloba,—pero de todos modos no te aconsejo que te acerques demasiado al sable de este caballero, porque ya una vez has vuelto la espalda ante él y has tomado las de Villadiego.

El rostro de Bogun tiñóse de púrpura; acababa de reconocer en aquel momento a Volodiovski. La vergüenza y el orgullo ofendido laceraban el alma del intrépido caudillo. El recuerdo de aquella huída abrasábale como una llama. Aquella era la única mancha que empañaba su gloria guerrera, para él más querida que la vida y el mundo entero.

El inexorable Zagloba continuaba diciendo con sangre fría:

—Por cierto que por un milagro no se te cayeron los calzones. Gracias a que este caballero tuvo piedad de ti y te perdonó la vida. ¡Valiente héroe estás hecho! ¡No sólo tu rostro, sino también tu corazón, es de mujer! Tú no has tenido valor más que con la anciana princesa y con el joven príncipe, pero ante los verdaderos soldados ¡se acabó el aire en la gaita! No sirves más que para llevar cartas y robar doncellas..., pero no para la guerra... Dios es testigo de que vi con mis propios ojos cómo se te caían los calzones. ¡Quita, quita!, y ahora echas mano al sable porque la misión que llevas te asegura. ¿Cómo quieres que luche contigo si te escondes tras esa carta? ¡Quieres deslumbrarnos con falsas apariencias, bravo guerrero! Kmielnizki es un excelente soldado y Krivonos no es mal soldado tampoco,

pero es una lástima que haya vagabundos como tú entre los cosacos.

Bogun se abalanzó de repente sobre Zagloba, que, con la misma rapidez, se parapetó detrás de Volodiovski; de esta suerte los dos jóvenes guerreros se encontraron frente a frente.

—No huí por cobardía—rugió Bogun;—lo hice por salvar mi gente.

—Poco me importan los motivos: huiste y basta—replicó el oficialillo.

—Estoy dispuesto a batirme contigo donde sea, ahora mismo, si quieres.

—¿Me desafías?—preguntó Volodiovski con belicoso parpadeo.

—Tú me has robado la gloria de guerrero, me has deshonrado, y estoy sediento de tu sangre.

—Perfectamente—respondió el caballero enano.

—*Volenti non fit injuria* (1)—añadió Zagloba.—Pero ¿quién llevará la carta al príncipe?

—Ese es asunto mío...; por eso no te preocupes...

—En tal caso batíos, ya que no hay otro remedio—continuó Zagloba.—Y si la suerte te ayudara, atamán, en la lucha con este caballero, ten entendido que luego tendrás que habértelas conmigo. Y ahora, salid conmigo un rato, señor Miguel, que tengo que deciros algo urgente.

Los dos amigos salieron y llamaron a Kusel, que permanecía guardando la ventana.

—Señores, mal está nuestro asunto—dijo Zagloba.—Es el portador de un pliego para el príncipe, y si le matamos, cometemos un grave delito. Recordad que el inspector supremo ejerce su poder jurídico *propter securitátem loci* dentro de un círculo de dos millas alrededor del campo electoral... ¡y se trata casi de un embajador! ¡Es un asunto difícil! Tendríamos tal vez que escondernos y quizá el príncipe no nos pudiera defender. Por otra parte, aún sería peor que le dejásemos marchar, puesto que esta es la única ocasión que se nos presenta de salvar a la infeliz princesa. Cuando ya no respire nos será más fácil encontrarla. Es

(1) «El que no quiere, no sufre injuria.»

evidente que Dios mismo quiere ayudarles a ella y a Skretuski... Así son las cosas... ¿Quién sabe dar algún consejo útil, señores?

—Yo espero que vos, con vuestro agudo ingenio, conseguiréis...—contestó Kusel.

—Bastante he conseguido ya: es él ahora quien nos ha desafiado a nosotros. Pero necesitamos testigos que no sean de los nuestros. Mi intención es que debemos esperar la llegada de Charlamp. Tomo sobre mi responsabilidad que este hombre relegará a segundo término su asunto particular y no se negará a servirnos de testigo en un caso apurado, sabiendo que hemos sido nosotros los desafiados. Además habrá que interrogar a Bogun para averiguar dónde ha escondido a la jovencita... Si muriese, de nada le serviría la princesa... Quizá nos lo diga cuando le conjuremos a ello. Y si no lo dice, mejor será que muera... Conviene hacer las cosas con prudencia y juiciosamente... Mi cabeza está a punto de reventar, señores...

—¿Quién se batirá con él?—preguntó Kusel.

—¡Primero Volodiovski y después yo!

—Y yo luego.

—¡No, no puede ser!—terció Volodiovski.—Veré de despacharle yo, y con esto basta. Si me mata, quiere decir que es suya la suerte...; que se marche entonces tranquilo.

—Yo me he anunciado ya—dijo Zagloba,—pero si disponéis otra cosa, estoy pronto a ceder.

—Es muy dueño de batirse, si quiere, también con vos, pero con nadie más.

—Vamos, pues, a buscarle.

—Vamos.

Cuando entraron nuevamente, Bogun estaba sentado en la sala principal y bebía. Había ya recobrado por completo el dominio de sí mismo.

—Oid—le dijo Zagloba,—son asuntos muy importantes los que tenemos que tratar con vos. Habéis desafiado a este caballero... ¡Está bien! Recordad, sin embargo, que por ser embajador os encontráis al amparo de la ley, puesto que os encontráis ahora entre gentes civilizadas y no entre una manada de fieras... Así es que nosotros no podemos batirnos con vos a no ser que hagáis constar ante testigos que

os desafiáis por vuestra propia y espontánea voluntad. Pronto llegarán varios caballeros con los cuales tenemos concertado otro lance; afirmaréis esto en su presencia. Por nuestra parte os damos palabra de honor de que, si la suerte os favorece con Volodiovski, os dejaremos marchar libremente y nadie os privará de hacerlo, à menos que no deseéis también cruzar la espada conmigo.

—Bien—respondió Bogun.—Lo declararé en presencia de esos caballeros y ordenaré a mi gente que, en el caso de que yo muera, entregue la carta y le diga a Kmielnizki que he sido yo mismo quien ha desafiado. Si Dios me ayuda en rehabilitar mi gloria guerrera en el encuentro con ese caballero, me permitiré luego pediros a vos también que crucéis conmigo el sable.

Y miró a Zagloba tan fijamente, que éste se turbó un poco; para disimularlo tosió y escupió. Después habló de esta manera:

—¡Perfectísimamente! Cuando os hayáis batido con mi discípulo sabréis el trabajo que os espera conmigo. Pero ahora no se trata de eso. Hay otra cuestión más grave por resolver, sobre la cual nos dirigimos a vuestra conciencia, porque queremos trataros como a un caballero, aunque seáis un simple cosaco. Vos raptasteis a la princesa Elena Kurcévich, prometida de un compañero y amigo nuestro, y la tenéis oculta. Os consta que si ahora os hiciéramos responsable ante la ley, ni vuestra cualidad de embajador de Kmielnizki os serviría, pues se trata de un *raptus puellæ* (1), asunto criminal que inmediatamente sería juzgado y castigado aquí mismo. Así, pues, ya que vais a tener un duelo cuyo resultado podría seros fatal, pensad un instante en lo que sería de aquella desventurada en caso de que perecierais. ¿Es posible que queráis el mal y la ruína del ser que adoráis? ¿Seríais capaz de privarla de todo amparo, abandonándola a la miseria y a la ignominia? ¿También después de vuestra muerte queréis continuar siendo su verdugo?

La voz de Zagloba resonaba con inusitada solemnidad. Bogun, muy pálido, preguntó:

—¿Qué queréis de mí?

(1) «Rapto de doncella.»

—Dinos dónde está encarcelada, de modo que, si tú mueres, podamos encontrarla nosotros y conducirla al lado de su prometido. Si lo haces así, Dios tendrá piedad de tu alma.

Bogun apoyó la cabeza en las manos y se quedó muy pensativo. Los tres amigos vieron, asombrados, cambiar la expresión de su rostro, en el que se pintó un dolor tan profundo, que se hubiera dicho que nunca lo había turbado la ira y que aquel hombre había nacido sólo para amar y sufrir.

Largo rato duró aquel silencio. Zagloba, al fin, temblando de emoción, habló en estos términos:

—Si la ultrajaste ya..., ¡que Dios te castigue! Ella encontrará por lo menos asilo en un claustro...

Bogun levantó los ojos húmedos y lánguidos.

—¡Ultrajarla yo!—respondió.—Escuchadme: ignoro cómo obraríais vosotros, aristócratas, nobles y caballeros; pero yo, un cosaco..., la libré en Bar de la muerte y de la ignominia, y me la llevé luego al desierto... y allí la he guardado como a las niñas de mis ojos; ni un solo cabello he tocado de su cabeza, me he arrodillado a sus pies, he rezado postrado ante ella como ante una imagen. Me ha pedido que partiera, y así lo he hecho, y no la he vuelto a ver porque la madre-guerra no me ha dejado.

—Dios os premiará en el juicio final por tal acción—respondió Zagloba, respirando profundamente.—¿Pero está allí segura? ¿No está con Krivonos? ¿No está con los tártaros?

—Krivonos está en Kamiénez y me ha enviado a Kmielnizki para saber si debe ir a Kúdak... Es posible que esté ya en marcha. Ella está donde no hay cosacos ni lajes, ni tártaros. ¡Está segura!

—¿Dónde está, pues?

—Escuchadme, pues, señores lajes: cúmplase vuestra voluntad: yo os diré dónde está y ordenaré, además, que os la entreguen; pero dadme en cambio vuestra palabra de honor de que, si en el duelo la fortuna me es favorable, vosotros no intentaréis buscarla. Prometédmelo en nombre vuestro y en el de Skretuski. Entonces os lo diré todo.

Los tres amigos se miraron.

—Eso no podemos hacerlo—dijo Zagloba.

—No podemos, ¡vive Dios!—exclamaron Kusel y Volodiovski.

—¿Que no?—dijo Bogun, frunciendo el ceño, la mirada relampagueante.—¿Por qué no podéis hacerlo, señores lajes?

—Porque no está presente Skretuski, y debéis saber, además, que ninguno de nosotros dejará de buscarla, aunque la hubieseis escondido en el centro de la tierra.

—De modo que vosotros queréis hacer un contrato original: «Cosaco, danos tu alma y te pagaremos con sablazos.» ¡Eso no lo verán vuestros ojos! ¿Os figuráis que es de madera esta espada, y ya os disponéis a arrojaros sobre mi cadáver graznando como cuervos hambrientos? ¿Y por qué he de ser yo precisamente quien ha de sucumbir y no vosotros? Vosotros necesitáis mi sangre, pero yo necesito la vuestra. ¡Veremos quién gana en este pleito!

—¿No dirás, pues, dónde está?

—¿Para qué he de hablar más? Esta es mi respuesta: ¡Muerte para todos vosotros!

—Muerte para ti. ¡Verdaderamente mereces que te hagamos pedazos con nuestros sables!

—Probad—dijo Bogun, poniéndose en pie de repente.

Kusel y Volodiovski le imitaron. Miradas amenazadoras empezaron a cruzarse; los pechos, hinchados por la cólera, respiraban más fuertemente... No se sabe lo que hubiera sucedido si no hubiera gritado Zagloba, asomándose a la ventana:

—Acaba de llegar Charlamp con sus dos testigos.

Y, en efecto, momentos después entró en la sala el capitán de Pietigor, acompañado de dos amigos, los señores Sielizki. Después de haberse cumplimentado mutuamente, Zagloba se los llevó aparte y les explicó el enredado asunto, haciéndolo con tal elocuencia, que convenció al punto a sus adversarios, a quienes les aseguró que Volodiovski solicitaba sólo una corta dilación y que se batiría con Charlamp inmediatamente después de batirse con el cosaco. Zagloba les refirió el arraigado y terrible odio que todos los soldados de Visnoviezki profesaban a Bogun, que éste era enemigo de toda la república, uno de los revolucionarios más abominables, y, por último, cómo había raptado a Ele-

na, hija de una familia aristocrática y prometida de un noble caballero, espejo de guerreros cristianos.

—Así, pues—terminó diciendo,—si sois de noble estirpe y profesáis el compañerismo de armas con nosotros, debéis considerar esta ofensa un agravio común inferido, en la persona de Skretuski, a nuestra clase entera. ¿Consentiréis que quede impune?

Charlamp, al principio, puso algunas dificultades, declarando que, ya que así estaban las cosas, convenía hacer pedazos a Bogun en el acto, y respecto a Volodiovski, «que se prestase al duelo según lo anteriormente convenido.» Zagloba tuvo que explicarle de nuevo que no podía ser, y que hasta sería contrario a los principios de la caballería el que tantos atacasen a uno solo. Afortunadamente le ayudaron en su apuro los dos señores Sielizki, hombres prudentes y juiciosos, hasta que, por último, el obstinado lituano se dió por convencido, concediendo la dilación que se le pedía.

Bogun, entre tanto, se había ido a buscar a su gente y volvió con el esaul Eliasenko, en cuya presencia declaró que había desafiado a dos nobles caballeros. La misma declaración repitió luego ante Charlamp y los dos Sielizki.

—Nosotros, en cambio, por nuestra parte, hacemos constar—dijo Volodiovski—que, si salís vencedor en el lance conmigo, podréis batiros o no, según su voluntad, con Zagloba; que ningún otro os desafiará; y que podéis partir, sin que nadie os ataque, adonde queráis. Empeñamos nuestra palabra de honor, invitando a los caballeros recién llegados a hacer lo propio por su parte.

—¡Empeñamos nuestra palabra!—contestaron solemnemente Charlamp y los Sielizki.

Entonces Bogun hizo entrega a Eliasenko de la carta de Kmielnizki para el príncipe Casimiro, y le dijo:

—Entregarás este pliego al príncipe, si muero, y les dirás a él y a Kmielnizki que de mi muerte sólo yo he sido culpable, y que no he perecido víctima de ninguna traición.

Zagloba, que se fijaba en los menores pormenores, advirtió que el sombrío rostro del esaul no se alteró en lo más mínimo, lo que indicaba que Eliasenko tenía fe absoluta en su jefe como esgrimidor.

—Ahora veamos quién debe morir y quién vivir—añadió Bogun, dirigiéndose altivo a los nobles.—¡Vamos!

—¡Vamos!—respondieron todos, con los sables bajo el brazo, levantándose los faldones de las largas guerreras y sujetándoselos con el cinturón.

Salieron de la hostería y se encaminaron a un riachuelo que corría entre densos matorrales de ojiacantos, rosas silvestres, endrinos y pinos salvajes. Octubre había ya despojado los árboles de sus hojas; pero, sin embargo, las malezas permanecían tan compactas, que se dibujaban sobre el terreno como una gigantesca tira de crespón obscuro, extendiéndose por la desolada campiña hasta los lejanos bosques. El día era de una dulce melancolía otoñal. El sol ponía un maravilloso matiz dorado en las ramas desnudas de los árboles e iluminaba las amarillentas dunas de arena que se extendían no lejos de la orilla derecha del riachuelo. A aquéllas enderezaron sus pasos nuestros campeones, acompañados de sus respectivos testigos.

—Detengámonos allí—dijo Zagloba.

—Bien—respondieron todos.

Zagloba, presa de creciente agitación, se acercó a Volodiovski.

—Escuchad—musitó.

—¿Qué?

—¡Por amor de Dios, señor Miguel, mirad lo que hacéis! En vuestras manos están ahora la suerte de Skretuski, la libertad de la princesa, vuestra propia vida, la mía... Si, lo que Dios no quiera, ocurre alguna desgracia, no me siento capaz de entendérmelas con ese bribón.

—¿Por qué le habéis desafiado, pues?

—Ha sido un arrebato. Ya no puedo volverme atrás. Confío en vos, señor Miguel... Yo ya soy viejo, se me corta la respiración, tengo asma, y ese guapo, ya lo veis, es ágil como una ardilla. Es un sabueso taimado, señor Miguel.

—¡Haré lo que pueda!

—¡Que Dios os ayude! ¡Mucho ánimo!

En aquel momento uno de los Sielizki se acercó.

—¡Menudos humos tiene el cosaco!—murmuró.—Nos trata de igual a igual, o quizá de superior a inferior. ¡Hum!

¿Qué osadía es esa? Apostaría cualquier cosa a que su madre miró a algún gran señor hallándose encinta.

—Puede que fuera el gran señor—dijo Zagloba—quien la miró a ella.

—También lo creo yo así—agregó Volodiovski.

—¡Alto!—gritó de repente Bogun.

—¡En guardia! ¡En guardia!

Todos se detuvieron. Los caballeros se colocaron en semicírculo. Volodiovski y Bogun ocuparon sus posiciones uno frente a otro.

Volodiovski, que, a pesar de su juventud, era un hombre experto en tales lances, probó con su pie la solidez del arenoso terreno y luego dirigió una rápida mirada alrededor suyo para hacerse cargo de las desigualdades del terreno: era evidente que no tomaba el asunto del todo a la ligera. Iba a habérselas con el guerrero más famoso de Ucrania, celebrado en las canciones populares, cuyo nombre era famoso en toda Rutenia, hasta la lejana Crimea. Miguel, un sencillo teniente de dragones, cifraba grandes esperanzas en aquella lucha: contaba con una muerte gloriosa o con un triunfo igualmente memorable, y, por lo tanto, no omitía nada para mostrarse digno de tal rival. Por esto en su rostro se advertía una expresión de inusitada gravedad que alarmó a Zagloba.

—Pierde el ánimo—pensó;—ya está perdido y yo con él.

Volodiovski, terminado su concienzudo examen del terreno, comenzó a desabrocharse la sobreveste.

—Hace frío—dijo,—pero no importa: ya entraremos en calor.

Bogun siguió su ejemplo, y ambos se quedaron en mangas de camisa y se subieron hasta el codo la del brazo derecho.

Pero ¡cuán insignificante resultaba el pequeño oficial comparado con el gigantesco y esbelto atamán! Los circunstantes miraban inquietos el ancho tórax del cosaco y sus músculos hercúleos, visibles por debajo de su manga arremangada. Volodiovski parecía un gallito dispuesto a luchar con un imponente milano de la estepa. La nariz de Bogun se dilató como si husmease sangre, su frente se encogió hasta el punto de que su negro cabello casi llegó a

tocar sus cejas, la espada tembló en la mano vigorosa. Y fijó su ojos rapaces en su adversario, esperando la voz de mando.

Volodiovski examinó, por última vez, su acero contra el reflejo de la luz, y luego de atusarse el rubio bigotillo, púsose en posición de ataque.

—¡Esto va a ser una carnicería!—murmuró Charlamp al oído de uno de los Sielizki.

En aquel momento resonó la emocionada voz de Zagloba.

—En el nombre de Dios, ¡empezad!

CAPÍTULO XII

Brillaron los aceros al chocar hoja contra hoja. En un momento se cambió el lugar del combate, pues Bogun cayó con tal ímpetu sobre Volodiovski, que éste se vió precisado a retroceder algunos pasos. Los testigos siguieron aquel movimiento. Los ziszás que Bogun asestaba con su sable eran tan rápidos, que las asombradas miradas de los presentes apenas podían seguirlos; parecía Volodiovski enteramente encerrado en un círculo de rayos, del cual sólo Dios podría salvarle. Los golpes se confundían en un silbido único y continuo, y el aire que levantaban azotaba el rostro de los combatientes. Poseído de creciente furia, Bogun sentíase arrastrado por una loca pasión homicida y, siempre avanzando, caía sobre Volodiovski como un huracán. El pequeño caballero no hacía más que retroceder y defenderse. El brazo derecho que paraba los golpes apenas se movía, y sólo la muñeca describía incesantemente semicírculos menudos, pero rapidísimos. Paraba los furiosos golpes del caudillo, oponía su acero al acero contrario, atacaba y volvía a cubrirse con su espada, retrocediendo siempre. Clavados sus ojos en el cosaco, parecía tranquilo, impávido, en medio de aquellas curvas luminosas que trazaban los sables. Sólo sus mejillas tiñéronse de fuego.

Zagloba cerró los ojos: no oía más que golpe tras golpe, choque de acero contra acero.

—Se defiende todavía...—pensaba.

—Se defiende todavía—susurraban a la vez los Sielizki y Charlamp.

—Bogun le ha empujado ya hasta el límite del mogote—añadió Kusel con voz apenas perceptible.

Zagloba volvió a abrir los ojos y miró.

Volodiovski, casi apoyado contra el collado, no estaba

todavía herido; sólo tenía las mejillas más arrebatadas, y unas cuantas gotas de sudor brillaban en su frente.

El corazón de Zagloba palpitó de esperanza.

—Después de todo, el señor Miguel es el campeón de los esgrimidores de espada—se dijo,—y el cosaco acabará por caer rendido.

Y, en efecto, el rostro de Bogun fué palideciendo; también tenía la frente bañada de sudor, pero la resistencia de su adversario no conseguía sino aumentar su furia; sus dientes blancos brillaban bajo su bigote, y su pecho exhalaba ronquidos de furia.

Volodiovski no le perdía de vista y seguía parando los golpes.

De pronto sintió tras sí el obstáculo del mogote y se irguió bruscamente... Parecióles a los circunstantes que iba a caer... Pero se inclinó, encogióse y se acurrucó, y luego lanzóse con todo el arranque de su cuerpo, con la rapidez de una piedra lanzada por la ballesta, sobre el pecho del cosaco.

—¡Ataca!—exclamó Zagloba.

—Pasa al ataque—respondieron los otros.

Bogun, efectivamente, retrocedía ahora, y el pequeño caballero, conociendo ya a fondo la escuela del adversario y su capacidad, atacaba con tanto ímpetu, que los testigos apenas respiraban... El exiguo caballero entraba en el calor del combate: sus ojos menudos lanzaban chispas, se agachaba, saltaba, cambiaba de lugar en un santiamén, describía círculos en torno de Bogun, obligándole a girar constantemente sobre los talones.

—¡Bravo! ¡Es el maestro de los maestros!—gritó Zagloba.

—¡Estás perdido!—rugió Bogun de repente.

—¡Tú estás perdido, tú!—respondió como un eco Volodiovski.

Entonces el cosaco, valiéndose de un truco que conocían sólo los más consumados esgrimidores, se cambió de repente la espada de la diestra a la mano siniestra, y dirigió con ésta una estocada tan terrible, que Volodiovski, como herido por el rayo, cayó al suelo.

—¡Jesús, María!—gritó Zagloba.

Pero el pequeño caballero había caído intencionadamente,

y la espada de Bogun hirió el vacío. Volodiovski entonces irguióse con la agilidad de un gato salvaje, clavando, en un terrible golpe, casi toda la longitud de la hoja en el pecho descubierto del cosaco.

Bogun titubeó, dió un paso adelante, y reuniendo todas sus fuerzas, tiró aún su último golpe, pero Volodiovski supo pararle ágilmente y descargó todavía dos sablazos sobre la cabeza inclinada de su adversario. La espada se escapó de las rendidas manos del cosaco, que cayó de bruces en la arena, sobre la que al punto se extendió un gran charco de sangre.

Eliasenko, que también asistía al duelo, se abalanzó sobre el cuerpo de su jefe.

Los circunstantes, durante unos momentos, no pudieron articular palabra. Callaba también Volodiovski y, con las manos apoyadas sobre su menuda espada, respiraba con fuerza.

—¡Venid a mis brazos, señor Miguel!—exclamó, al fin, Zagloba con voz conmovida.

Todos rodearon a Volodiovski.

—¡Sois un campeón de los campeones! ¡Mil demonios!—dijeron los Sielizki.

—¡Vaya con la mosquita muerta!—gritó Charlamp.—Yo me batiré con vos porque no se diga que me he amilanado; pero, aunque me hayáis de tratar como a ése, os felicito cordialmente.

—¡Eh! ¡Mejor sería que os reconciliarais, señores!—terció Zagloba.—A decir verdad, no hay motivo para un duelo.

—¡No! ¡No puede ser! Se trata de mi reputación por la cual doy con gusto la vida—replicó el oficial de Pietigor.

—Yo no sabría qué hacer de tu vida—dijo Volodiovski.—Más vale que hagamos las paces, porque, a decirte la verdad, yo no me he cruzado en tu camino jamás, en lo que a ti se te figura, y si alguien te hace sombra no soy yo seguramente, será otro más guapo.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor!

—Entonces dése por arreglado el asunto—exclamaron los Sielizki y Kusel.

—Sea como mandáis — repuso Charlamp, abriendo los brazos.

Miguel cayó en los brazos de Charlamp y los dos empezaron a cambiar besos tan sonoros que su eco resonó por todos los mogotes vecinos.

—Nunca te hubiera creído capaz de sacudirle el polvo a semejante ogro. ¿Habéis visto cómo manejaba el sable?

—Tampoco yo le suponía tan hábil esgrimidor... Pero ¿dónde habrá podido adquirir tanta destreza?

La atención general se concentró en el cuerpo yacente de Bogun. Eliasenko le había vuelto boca arriba, y, deshaciéndose en lágrimas, buscaba en él algún resto de vida. Bogun estaba desconocido. La sangre de las heridas de la cabeza se le había coagulado sobre la frente y las mejillas a causa de la frialdad del aire. También su camisa estaba toda ensangrentada por el pecho. Sin embargo, el vataga aún daba señales de vida.

Entraba evidentemente en las convulsiones de la agonía; sus pies temblaban, y sus dedos, crispados, arañaban como garras la arena.

—Tiene bastante—dijo Zagloba.—¡Está dando el adiós al mundo!

—Está ya muerto — dijo uno de los Sielizki, contemplando el cuerpo inmóvil.

—¡Está hecho pedazos!

—No era caballero despreciable—murmuró Volodiovski, inclinando la cabeza.

—¿Sabré yo algo de eso?—añadió Zagloba.

Entre tanto Eliasenko intentaba levantar al desdichado atamán para llevárselo de allí, pero, como era un hombre no muy corpulento y de edad avanzada y Bogun era un verdadero gigante, no lo podía conseguir. La hostería distaba unos cuantos estadios y Bogun podía dejar de existir de un momento a otro. Teniéndolo en cuenta el esaul, se dirigió a los nobles circunstantes:

—Señores — dijo, juntando las manos. — ¡Por amor de Dios y de la Santa Virgen, ayudadme! No le dejéis morir aquí como un perro. Yo soy un débil viejo y nuestras gentes están lejos...

Los nobles se miraron unos a otros...

El odio a Bogun había desaparecido en todos los corazones.

—Naturalmente, da pena abandonarle aquí como a un perro—gruñó primero Zagloba.—Puesto que acabamos de tener un duelo con él, nosotros ya no le consideramos un villano, sino un soldado pundonoroso, digno de nuestro auxilio. ¿Quién me ayuda a llevarle, señores?

—Yo—respondió Volodiovski.

—Colocadle sobre mi *burka*—dijo Charlamp.

Un momento después Bogun estaba tendido sobre una capa, cuyos extremos cogieron en sus manos Zagloba, Volodiovski, Kusel y Eliasenko; y todo el cortejo, seguido de Charlamp y los Sielizki, se dirigió lentamente hacia la hostería.

—¡Es duro!—murmuró Zagloba.—¡Todavía se mueve! ¡Dios mío! Si alguien me hubiera dicho que yo me convertiría en enfermero suyo y le llevaría de esta manera, lo hubiera tomado por una mofa. Tengo el corazón demasiado sensible, lo sé, pero ¡qué hacer! Aún le vendaré las heridas, aunque espero que en este mundo no nos volveremos a encontrar. ¡Que conserve de mí un cariñoso recuerdo en el otro!

—¿Creéis que no curará?—preguntó Charlamp.

—¿El?... No daría yo ni un ochavo por la vida que le queda... Así lo ha querido el destino y no ha podido escaparse a él... Si le hubiera favorecido la suerte en el encuentro con Volodiovski, le hubiera matado yo. Pero prefiero que haya sucedido así, porque, ya sin eso, se habla de mí como de un despiadado homicida. ¿Qué voy a hacer, señores, si se atraviesa alguien en mi camino? Al señor Duñchevski tuve que pagarle quinientos ducados de indemnización, y eso que, como saben ustedes, los bienes rutenos no producen ahora ningún rédito.

—Es verdad, allí os han saqueado por completo—dijo.

—¡Uy! ¡Cómo pesa este mozo!—continuó el grueso hidalgo.—No puedo respirar... Si se nos ha saqueado, saqueados estamos, pero me consuelo con la esperanza de que la Dieta no nos deje sin beneficio alguno, porque, en caso contrario, no nos quedará sino la mala muerte en la miseria. ¡Demonio! ¡Cómo pesa! Mirad, señores, vuelven a sangrarle las

heridas... Corred, capitán, a la hostería y avisad al hebreo que amase tela de araña con pan... No se conseguirá gran cosa, porque está más muerto que vivo, pero de este modo cumpliremos con nuestro deber de cristianos, y, además, menos dolorosa será así su agonía... Daos prisa, señor Charlamp.

Charlamp se adelantó, y cuando, por fin, el caudillo cosaco fué depositado en su lecho, Zagloba se puso inmediatamente, con gran habilidad y conocimiento de la cosa, a vendar las heridas del moribundo. Restañó la sangre, unió los labios de las heridas, y luego le habló así a Eliasenko:

—Tú no haces falta aquí, viejo; vé inmediatamente a Zabórov y pide una audiencia al príncipe para entregarle ese pliego. Cuida bien de referir las cosas como han sucedido y como tú las has visto. Si mientes, yo lo sabré, pues soy íntimo del príncipe, y haré que te corten la cabeza. Saluda en mi nombre a Kmielnizki. Me conoce y me quiere mucho. Nosotros, entre tanto, le haremos un digno entierro a tu atamán. Tú, en cambio, cumple tu misión, y no vayas vagando por el mundo, porque, si no, cuando menos te lo pienses te cortarán el pescuezo antes de que puedas averiguar quién ha sido. ¡Véte con salud, y adelante!

—Señor, permitidme que permanezca hasta que expire.

—¡Véte ya, si no quieres que te mande entregar a los campesinos de Zabórov! ¡Y no se te olvide saludar a Kmielnizki de mi parte!

Eliasenko se inclinó profundamente y salió, y Zagloba se volvió hacia Charlamp y los Sielizki.

—Acabo de despedir a ese cosaco, porque aquí no tiene nada que hacer, y, además, si le mataran de verdad en algún sitio, lo que es muy fácil, se nos echaría la culpa a nosotros. Los Zaslavski y los satélites del canciller serían los primeros en poner el grito en el cielo, diciendo que las gentes del príncipe vaivoda habían pasado a cuchillo, burlándose de las leyes de Dios, a toda una embajada cosaca. Pero una cabeza cuerda para todo sabe remedio. No les permitiremos a esos lechuguinos, a esos papanatas, a esos afeminados, que nos hagan papilla, para comernos luego... Y además, vosotros, señores, sed testigos, en caso de necesidad, de cómo ocurrió todo esto y de que los desafiados fuí-

mos nosotros. Tengo que ordenar todavía al alcalde de este pueblo que le entierre dignamente. Los de aquí no saben quién es, le creerán un noble y le harán un digno entierro. Además, ya es tiempo de que nos pongamos en camino, señor Miguel, para dar cuenta de nuestro viaje al príncipe.

Un estertor de Bogun interrumpió a Zagloba.

—¡Oh! ¡Oh! ¡El alma busca ya la salida!—profirió éste.—Empieza a anochecer y el espíritu tendrá que andar a tientas al emprender el camino del otro mundo. Si, en efecto, no ha ultrajado a nuestra desgraciada princesa, mándale, Señor, el eterno reposo. ¡Amén! En marcha, señor Miguel. Yo le perdono todas sus culpas desde el fondo de mi corazón, pues, a decir verdad, más me atravesaba yo en su camino que él en el mío. Pero ahora todo ha concluído... Adiós, señores... Contentísimo por haber conocido a tan perfectos caballeros... Cuento con vuestro testimonio sobre lo acaecido.

CAPITULO XIII

El príncipe Jeremías acogió con bastante indiferencia la noticia de la muerte de Bogun, tanto más cuanto que, según supo, había soldados de otros regimientos dispuestos en cualquier momento a declarar que Volodiovski había sido el desafiado. Si aquel hecho no hubiese ocurrido pocos días antes de conocerse el resultado de la elección, y si la lucha de los candidatos hubiese durado todavía, ciertamente que los adversarios de Jeremías, principalmente sus jefes, el canciller y el príncipe Dominico, no hubieran dejado de utilizar tal arma contra Visnoviezki sin hacer caso de los testigos y sus declaraciones. Pero, después de la renuncia de Carlos, otros asuntos absorbían la atención general y no era difícil predecir que el duelo pasaría inadvertido.

Sólo Kmielnizki podría remover aquello para alegarlo como un nuevo agravio; pero el príncipe suponía que Casimiro le escribiría o le mandaría decir de qué manera había perecido el embajador, y Kmielnizki no osaría poner en duda la palabra de su soberano.

Jeremías deseaba tan sólo que la conducta de sus soldados no diese motivo para ningún revuelo político. Respecto a Skretuski, alegrábale lo sucedido porque ahora sería indudablemente mucho más fácil hallar a la princesa... ¡Si hubiera podido encontrarla, o rescatarla por la fuerza o por dinero! El príncipe no hubiera vacilado ante ningún sacrificio con tal de aliviar el dolor de su predilecto oficial y devolverle la dicha perdida.

Volodiovski se presentó muy tembloroso ante el príncipe. A pesar de ser un hombre muy poco miedoso, infundíanle miedo las arrugas de la frente del príncipe. Pero cuál no sería su sorpresa y alegría cuando éste, después de escuchar la relación de lo ocurrido y luego de reflexionar un poco, quitóse del dedo un precioso anillo y repuso:

—Aplaudo vuestra moderación porque, si hubierais sido vosotros los provocadores, quizá en la Dieta se hubieran producido grandes disturbios. Si llegamos a dar con la princesa, Skretuski deberá estaros eternamente agradecido. Ha llegado a mi conocimiento que, así como otros no pueden tener quieta la lengua, vosotros no podéis acostumbraros a tener quieta la espada en la vaina, lo cual es punible. Pero, puesto que intervinisteis en el asunto de un amigo y sostuvisteis la fama de nuestras armas frente a un enemigo tan famoso, quiero que aceptéis esta sortija como recuerdo de aquel día memorable. Sabía que erais un fuerte soldado y un valiente caballero, pero en esta ocasión os habéis portado como un verdadero maestro.

—¡El!—dijo Zagloba.—Sería capaz de cortarle los cuernos al mismo demonio al tercer encuentro. Si Vuestra Alteza se dignara un día mandarme cortar la cabeza, os ruego que nadie más que él sea el verdugo, pues me enviará al otro mundo en un santiamén. Por poco parte a Bogun por medio. Le atravesó el pecho de un sablazo y luego le asestó dos tajos en la sesera.

El príncipe amaba a los buenos soldados y gustaba de las hazañas caballerescas, así es que, sonriendo satisfecho, preguntóle a Volodiovski:

—¿Habéis encontrado alguna vez un adversario que maneje el sable tan diestramente como vos?

—Sólo Skretuski me causó una vez una ligera herida, aunque tampoco salió ileso. Fué cuando Vuestra Alteza se dignó meternos a los dos en la cárcel de la torre... Y, en cuanto a los demás, creo que también Podbipienta podría resistirme, porque posee una fuerza sobrehumana, y quizá también Kusel, si tuviera mejor vista.

—No lo creáis, Alteza—dijo Zagloba.—¡No hay quien le resista!

—Y Bogun, ¿se defendió durante largo tiempo?

—Me dió mucho qué hacer—respondió el exiguo caballero,—pues el maldito hasta sabía cambiar de mano la espada.

—Le he oído contar—terció Zagloba—que se pasaba días enteros ejercitándose con los Kurcévich. Luego, en Chegrin, seguía ejercitándose con otros.

—¿Sabéis lo que debíais hacer, Volodiovski?—dijo el príncipe con fingida seriedad.—Ir a Zamost, desafiar a Kmielnizki a sable, y de un solo tajo librar a la república de todos los males que la abruman.

—Si Vuestra Alteza me lo ordena, parto en seguida, y si Kmielnizki acepta el reto...

—¡No bromeemos mientras el mundo se hunde! Pero es absolutamente necesario que vayáis a Zamost, señores. Tengo noticia, procedente del campo cosaco, de que tan pronto como Casimiro sea proclamado, Kmielnizki levantará el asedio y se retirará a Ucrania. Sinceramente o no, acatará al nuevo rey, pues sus tropas ahora podrían ser derrotadas en Zamost. Es preciso, por consiguiente, que partáis y le participéis a Skretuski lo que ha sucedido, para que inmediatamente salga en busca de la princesa. Decidle que escoja de mis escuadrones mandados por el estaroste de Valez cuanta gente le parezca necesaria. Le mandaré autorización por vuestro conducto y una carta... Su felicidad me preocupa en extremo...

—Vuestra Alteza es un padre para nosotros — exclamó Volodiovski,—y nosotros seremos fieles servidores de Vuestra Alteza mientras vivamos.

—No sé si a mi servicio tendréis que sufrir, dentro de poco, el rigor del hambre, cuando se consume la destrucción de mis propiedades del Trans-Dniéper. Pero, en el ínterin, todo lo que poseo es vuestro.

—Nuestros modestos bienes pertenecen siempre a Vuestra Alteza.

—¿Cómo no?—murmuró Zagloba.

—Por ahora nada os pido—repuso benévolamente el príncipe.—Tengo la esperanza de que, en el caso de que yo lo pierda todo, la república se acordará por lo menos de mis hijos.

Las palabras del príncipe eran proféticas. La república, algunos años más tarde, dió a su hijo único lo mejor que podía ofrecerle: una corona. Pero no sin que antes, en efecto, la inmensa fortuna de Visnoviezki sufriera terribles quebrantos.

—¡Qué bien hemos salido de este trance!—dijo Zagloba, al salir con Volodiovski de la estancia del príncipe.—Señor

Miguel, ¡tienes el ascenso seguro! ¿A ver el anillo? ¡A fe mía, vale cien ducados! ¡La piedra es magnífica! Pregunta mañana a cualquier armenio en el bazar... Con su valor, ¡qué de comidas, bebidas y otras delicias podríamos proporcionarnos! ¿Qué te parece, señor Miguel? ¡Ya sabes el adagio del soldado! «¡Hoy río, mañana frío!» Lo que significa que no hay que preocuparse del día de mañana. La vida ¡ay! es corta, demasiado corta, señor Miguel. Por lo pronto, lo principal es que gozas del favor del príncipe. Diez veces hubiera sacrificado, para poderle hacer a Skretuski el regalo de Bogun en persona, lo que tú acabas de conseguir... Te esperan grandes favores, cree en mis palabras. No son pocas las fincas que les ha cedido el príncipe a los caballeros en usufructo vitalicio o que les ha regalado en propiedad... ¿Qué es para él un anillo como ese? Ya puedes contar que también a ti te caerá ahora alguna renta, y no tendría nada de extraño que Su Alteza acabara por casarte con alguna parienta suya.

—¿Pero cómo sabéis...?—profirió Miguel, agitadísimo.

—¿El qué?

—¿Cómo se os ha ocurrido...?

—¿Son raros tales casos por ventura? ¿No eres acaso un caballero noble? Y ¿no valen acaso todos los nobles lo mismo? ¿No tienen muchos magnates parientas lejanas a quienes casan con cortesanos distinguidos de su séquito? Sufchinski de Siench está casado con una lejana parienta de los Visnoviezki... Todos somos hermanos, señor Miguel, todos somos hermanos, aunque unos estemos al servicio de otros... Todos descendemos de Jafet... La diferencia no está más que en la riqueza y en los cargos que puede conseguir cada uno... Se dice que en otros países hay notables diferencias entre la nobleza, pero será una nobleza roñosa... Comprendo que se diferencien los perros, pues hay perdigueros, ágiles galgos, sabuesos amaestrados... Pero considera, señor Miguel, que no se puede aplicar el mismo criterio a la nobleza, pues entonces no seríamos hidalgos, sino hijos de perro... ¡No permita Dios que caiga tal ignominia sobre esta soberbia clase del género humano!

—Tenéis razón, pero considerad que por las venas de los Visnoviezki corre sangre casi real.

—¿Y qué? ¿No podrías acaso tú mismo, señor Miguel, ser elegido rey? Yo sería el primero en votarte a ti, como Segismundo Skarchevski, que jura votar en favor de sí mismo si, jugando, no se le olvida. Todo, gracias a Dios, estriba en *liberis suffragiis,* en la libre votación, y nuestra miserable condición, no la cuna, es nuestra desventaja.

—Sí, sí, es verdad...—suspiró Miguel.

—¿Qué hacer? Nos han despojado por completo... Pereceremos, si la república no nos concede alguna renta...; pereceremos miserablemente. ¿Y hay quién se maravilla de que un hombre, aunque abstinente por naturaleza, se encariñe con la bebida en tan penosa situación? Vamos, señor Miguel, a vaciar un vasito de cerveza floja... Quizá de este modo nos consolaremos un poco...

Departiendo así, llegaron al casco viejo de la ciudad. Entraron en una bodega ante la cual varios criados esperaban, con las capas y abrigos al brazo, a los nobles que dentro bebían. Los dos amigos sentáronse a una mesa, pidieron un azumbre de vino, y se pusieron a deliberar respecto a lo que, desembarazados ya de Bogun, debían hacer.

—Si se confirma la noticia de que Kmielnizki levanta ya el sitio de Zamost y se hace la paz, la princesa es nuestra —dijo Zagloba.

—Es preciso ver a Skretuski cuanto antes. No le abandonaremos ya hasta que encuentre a Elena.

—¿Qué duda cabe? Pero ahora no hay manera de llegar a Zamost.

—Todo eso importa poco, con tal que Dios nos dé suerte en lo futuro.

Zagloba vació el vaso y repuso:

—¡Dios nos ayudará, estoy seguro! ¿Sabes, señor Miguel, lo que te voy a decir?

—¿Qué?

—¡Que Bogun ha muerto!

Volodiovski le miró estupefacto.

—¡Bah! ¿Quién lo ha de saber mejor que yo?

—¡Que se vuelvan oro tus benditas manos, señor Miguel!... Tú lo sabes y yo lo sé: os he visto batiros y ahora te veo a ti... Sin embargo, tengo que repetírmelo a cada instante, porque hay momentos en que me parece un sueño...

¡Qué pesar tan grande ha desaparecido, qué nudo tan fuerte ha deshecho tu sable... ¡Eres un hijo del diablo! ¡Vive Dios, no hay palabras para expresar...! ¡Dame un abrazo!... ¡Y pensar que cuando te vi por primera vez me pareciste un infeliz!... ¡Sí, sí, un infeliz! ¡Que se lo pregunten al cosaco! Bogun ya no existe, ya no hay ni rastro de él, ya está más muerto que su abuelo, por los siglos de los siglos, amén...

Y Zagloba abrazó y besó a Volodiovski, que se enterneció como si deplorase la triste suerte de Bogun...

—Pero el caso es—dijo, desprendiéndose de los brazos de Zagloba—que no le hemos visto morir... y el cosaco tiene siete vidas... Acaso sus heridas no fueran mortales.

—¡Por Dios! ¿Qué dices?... Con tal de que las dudas que te asaltan ahora se disipasen, iría yo mañana mismo a Lípkov y mandaría celebrar unos funerales espléndidos...

—¿Y para qué? Supongo que, con los funerales, no le remataríais. Los sablazos tienen eso. El que entrega el alma en el acto, suele escaparse de las garras de la muerte. Sablazo no es balazo...

—¡No, no puede ser! Estaba en la agonía cuando nos pusimos en marcha. ¡Oh, no puede ser, no puede ser! Le vendé yo mismo las heridas... Tenía el pecho abierto como un postigo... No te preocupes, porque le has destripado como a una liebre... Ahora lo importante es ver a Skretuski, ayudarle, consolarle...; si no, es capaz de morirse de tristeza.

—O de hacerse monje... Le he oído manifestar ese propósito.

—¡No me extrañaría! Yo, en su caso, haría lo mismo. No hay caballero más cumplido que él, pero tampoco sé de un hombre más desgraciado... ¡Oh! ¡Duras son las pruebas a que le somete el cielo!

—¡No sigáis, no sigáis—rogó Volodiovski, ya a medios pelos,—que me haréis llorar!

—¿La cosa es para menos? Un caballero tan noble, tan buen soldado... ¿Y ella? ¡Oh! Tú no conoces a ese bichito de mi alma...

Y Zagloba prorrumpió en aullidos lastimeros, pues le profesaba verdadero cariño a la princesa, en tanto que Miguel lanzaba agudos gemidos... Ambos amigos, bebiendo y

mezclando con lágrimas el hidromiel, permanecieron silenciosos algún tiempo, inclinada la cabeza sobre el pecho... Por fin Zagloba descargó un puñetazo sobre la mesa.

—Pero, ¿por qué lloramos, señor Miguel?—exclamó.—¡Bogun ha muerto!

—Es verdad—respondió Volodiovski.

—Más bien debiéramos alegrarnos... Seremos dos verdaderos imbéciles si ahora no encontramos a la princesa.

—¡Marchémonos!—gritó Volodiovski, levantándose.

—¡Bebamos!—rectificó Zagloba.—Si Dios quiere, asistiremos al bautizo de los hijos de Juan y Elena. ¡Hemos matado a Bogun!

—¡Muerte merecida!—agregó Volodiovski, sin advertir que el grueso hidalgo se apropiaba la mitad de su gloria.

CAPÍTULO XIV

Bajo las naves de la catedral, en Varsovia, se entonó por fin el ansiado *Tedéum*, y el «rey ocupó la majestad del trono.» Los cañones retumbaron, sonaron las campanas y renació la esperanza en todos los corazones. Por fin había cesado la turbulenta época del interregno, tanto más peligrosa para la república cuanto que había sobrevenido en momentos de general decadencia. Los que habían temblado ante el peligro inminente respiraban libremente ahora: habíanse celebrado las elecciones, contra lo que se esperaba, sin incidentes graves. A muchos parecíales que la abominable guerra civil había terminado de una vez para siempre, y que el nuevo rey no tendría que hacer más que juzgar a los culpables. Esta creencia afirmábala la misma conducta de Kmielnizki. Los cosacos, a pesar de sus denodados ataques contra los muros de Zamost, reconocieron unánimes la soberanía de Juan Casimiro. Kmielnizki envió al sacerdote Húnzel Mokrski con pliegos en los que hacía protestas de fidelidad, y, por conducto de otros embajadores, solicitó clemencia para él y para el ejército zaporogo. Sabíase además que el rey, de acuerdo con la política del canciller Osoliñski, deseaba hacer notables concesiones a los cosacos. Así como antes de la derrota de Pilavce no se oía hablar más que de la guerra, ahora la paz era el tema de todas las conversaciones. Todos auguraban que la república, después de tantos desastres, respiraría libremente y que el nuevo soberano restañaría sus heridas.

Por fin salió Sniarovski, enviado por el rey, con un pliego para Kmielnizki, y no tardó en propalarse la grata nueva de que los cosacos habían levantado el sitio de Zamost y se retiraban a Ucrania, para esperar allí las órdenes del rey y la elección de la junta encargada de dictaminar sobre sus quejas. Después de la tempestad un hermoso arco iris,

nuncio de paz, de calma, parecía extenderse sobre el país.

No faltaban, ciertamente, presagios siniestros; pero ante la felicidad momentánea no se les atribuía ninguna importancia. El rey dirigióse a Chenstojova (1) para dar gracias a la Virgen por su elección y solicitar su constante auxilio. De allí partió a Cracovia, donde había de ser coronado. Todos los dignatarios le siguieron. Varsovia quedó casi desierta. Los únicos próceres que permanecieron en la ciudad fueron los *éxules* de Ucrania, unos porque aún no se atrevían a volver a sus posesiones y otros porque sus posesiones habían sido arrasadas durante la guerra y sus hogares destruídos.

El príncipe Jeremías, como senador de la república, siguió al rey; y Volodiovski y Zagloba, al frente de una bandera de dragones, dirigiéronse a marchas forzadas a Zamost para comunicar a Skretuski la grata nueva de la muerte de Bogun, y emprender en seguida la busca de la princesa.

No sin cierto pesar se despidió Zagloba de Varsovia, donde, en medio de aquella inmensa concurrencia de nobles, entre el bullicio electoral, entre continuos banquetes, riñas y reyertas, se encontraba como el pez en el agua. No tardó, sin embargo, en consolarse al considerar que volvía a la vida activa, a las exploraciones y expediciones llenas de aventuras y estratagemas. Por lo demás, tenía su opinión especial acerca de los peligros de la capital, que explicaba a su amigo en estos términos:

—No cabe duda, señor Miguel, de que hemos realizado grandes hazañas en Varsovia, pero Dios nos libre de permanecer en ella largo tiempo, porque nos afeminaríamos por completo, como le sucedió a aquel célebre cartaginés a quien destruyó por completo la tibia aura de los placeres de Capua... Y lo peor de todo son las mujeres... A todo hombre le conducen al precipicio... Considera, además, que no hay mayores traidores que las hembras. Por viejo que uno sea, se siente siempre atraído por esas...

—Más vale no hablar de eso...

—Yo suelo decirme que ya sería tiempo de sentar la cabeza...; pero ¿qué le vas a hacer si la sangre me bulle todavía demasiado?... Tú eres más flemático..., yo soy sanguí-

(1) Santuario célebre de Polonia. *(N. del T.)*

neo... Pero, en fin, no se trata de esto... Ahora comienza para nosotros otra vida... Había ya momentos en que sentía nostalgia de la guerra... Nuestra banderita está a buen abrigo, y en cuanto a nosotros, nos divertiremos de lo lindo cuando salgamos en busca de la princesa y reduzcamos a la obediencia las bandas de revoltosos que patrullan aún en Zamost. Volveremos a ver, además, a Skretuski y a ese ogro, esa grulla lituana, esa pértiga de lúpulo, Pan Longinos... Parece que hace un siglo que no le hemos visto...

—Sentís nostalgia de él, pero apuesto cualquier cosa a que en cuanto le veáis le diréis alguna impertinencia.

—No puedo remediarlo. Oirle hablar es lo mismo que ver a un caballo menear la cola... Arrastra las palabras como un zapatero que estira el cuero... Todo en él se ha convertido en fuerza, no en juicio... Cuando coge a alguien entre las tenazas de sus brazos, le hace salir las costillas fuera de la piel...; pero no hay un niño en toda la república más cándido que él. ¡Un hombre tan rico y tan bobo!

—¿Pero es, en efecto, muy rico?

—¿Que si lo es? Cuando le conocí, llevaba tan *repleto* el gato que apenas se podía abrochar; y como iba muy tieso lo llevaba como una morcilla ahumada. El mismo me enumeraba un día todas su propiedades: Triparratas, Tripaperros, Tripagatos, Críavacas, Críabobos, Críacoles—este último nombre es, al menos, apetitoso,—etc., etc. ¿De dónde se habrá sacado todos esos nombres que no parecen ni cristianos? Medio distrito es propiedad suya. Entre los rabaneros de Lituania, no cabe duda, pasarán los Podbipientas por nobles de lo más linajudo.

—¿De modo que no exageráis al hablar de su riqueza?

—Digo la pura verdad y te repito que lo he oído de sus labios, y Longinos es hombre que jamás ha dicho una mentira; hasta en eso es tonto rematado.

—Entonces Anusia será una gran señora... Pero yo no tengo la misma opinión que vos tocante a la inteligencia de Longinos. Le encuentro prudente, juicioso... Nadie, cuando llega la ocasión, da tan buenos consejos como él... Y si no es tan taimado como los que le rodean, ¿qué le vamos a hacer? No a todos les ha concedido Dios una lengua tan elocuente como la vuestra. Es un perfecto caballero,

en eso no hay discusión... Es el alma más noble del mundo...; la prueba es que vos mismo le queréis bien, y os alegráis siempre que le veis.

—Es un castigo de Dios—refunfuñó Zagloba.—Estoy deseando verle para embromarle con Panna Anusia.

—No os lo aconsejo, pues sería peligroso... Es un pedazo de pan, no cabe duda, pero si le habláis de ese asunto en tono de zumba, puede que pierda la paciencia.

—¡Que la pierda! Le corto las orejas como hice con Duchevski...

—No hagáis tonterías. A mi mayor enemigo no le aconsejaría que se permitiera...

—Bueno, bueno... Deja primero que le vea...

El deseo de Zagloba se cumplió antes de lo que esperaba. Al llegar a Konskavola, decidió Volodiovski hacer alto para dar descanso a los caballos. ¡Quién describiría la sorpresa de nuestros amigos cuando, al entrar en la obscura sala de la hostería, se toparon de manos a boca con el lituano!

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin vernos!—exclamó Zagloba.—¿De manera que no te han destripado los cosacos en Zamost?

Longinos abrazó a sus amigos y les besó en las mejillas.

—¡Lo que me regocija este encuentro, Dios mío!—contestó.

—¿Adónde vais?—preguntó Volodiovski.

—A Varsovia, a ver al príncipe.

—El príncipe no está ya en la capital; ha ido a Cracovia con Su Majestad, a la coronación, en la que le corresponde el cargo honorífico de llevar el pomo delante del rey.

—Me envía Weyher con un pliego a Varsovia pidiendo instrucciones para las tropas del príncipe, que, a Dios gracias, nada tienen que hacer ya en Zamost.

—Pues no te molestes en ir allá. Las instrucciones las traemos nosotros.

Longinos se entristeció. Ardía en deseos de poder presentarse ante el príncipe y ver la corte, donde le interesaba cierta personita...

Zagloba le guiñó el ojo a Volodiovski.

—Pues bien—dijo Longinos, tras una breve reflexión;—estoy decidido a ir a Cracovia. Tengo orden de entregar un pliego y lo entregaré.

—Vé, pues..., pero antes bebamos un trago de cerveza caliente...—propuso el grueso hidalgo.

—Y vosotros ¿adónde váis?—preguntó Longinos.

—A Zamost, a ver a Skretuski.

—No está en Zamost.

—¡Pues eso nos faltaba! ¿Dónde está?

—En Joroschin, exterminando a las bandas rebeldes. Kmielnizki se ha retirado, pero sus coroneles, en la retirada, saquean, incendian y matan. El estaroste Valez ha mandado contra ellos a Jacobo Regovski.

—¿Y Skretuski va con él?

—No, va aparte... Hay una gran rivalidad entre ellos... Ya os contaré.

Zagloba mandó calentar tres azumbres de cerveza, y luego, sentándose con sus compañeros, le dijo al lituano:

—Pero ignoras la nueva más importante y más alegre... Miguel y yo hemos dado muerte a Bogun.

Longinos dió un salto.

—¡Cómo! ¡Hermanitos de mi alma! Pero ¿es posible?

—Tan cierto como estamos vivos.

—¿Y los dos le habéis dado muerte?

—Sí.

—Eso sí que es para mí una gran novedad... ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¿De manera que decís que los dos? Pero ¿cómo? ¡No comprendo!

—Es muy sencillo. Con mis artimañas le obligué a que nos desafiara, ¿comprendes?, y luego el señor Miguel se batió con él y le descuartizó como a un lechón de Pascua, le despedazó como a un pavo asado... ¿Comprendes ahora?

—¿Pero tú no luchaste luego con él?

—¡Parece mentira! Debe de haberte sangrado el cirujano y la pérdida de sangre te hace disparatar... ¿Me crees capaz de atacar a un cadáver o de rematar a un moribundo?

—Pero ¿no acabas de decir que los dos le disteis muerte?

Zagloba se encogió de hombros.

—¡Hace falta tener la paciencia de un santo con este hombre! Repítele, Volodiovski, que Bogun nos desafió a los dos.

—Justo..., a los dos—confirmó Volodiovski.

—¿Te has enterado ahora?

—Sí, sí... ¡Y Skretuski que le ha buscado por toda Zamost! ¿Cómo iba a encontrarle?

—¿Le ha buscado, dices?

—Veo que tendré que contároslo todo *ab ovo* (1), exactamente como ha ocurrido. Nosotros, como sabéis, nos quedamos en Zamost cuando vosotros os fuisteis a Varsovia. No tuvimos que aguardar mucho a los cosacos. Vinieron de Lvov en número tan formidable, que no se podían abarcar con la vista sus fuerzas desde las murallas. Pero nuestro príncipe había dejado fortificada la plaza de tal modo, que podíamos resistir dos años. Nosotros creíamos que renunciarían a atacarnos, lo que causaba honda aflicción en el campamento, pues todos esperábamos muy gozosos su derrota. Y como había tártaros entre ellos, también yo esperaba que Dios misericordioso me concedería las tres cabezas del voto...

—Pídele una sola, pero una que sea buena...—interrumpió Zagloba.

—Sois siempre el mismo; me apena oíros... No suponíamos, como decía, que atacaran, pero ellos, locos en su obstinación, sin demora se pusieron a preparar máquinas asediadoras para proceder al ataque... Más tarde se comprobó que Kmielnizki, por su parte, no estaba dispuesto al asedio. Sin embargo, Charnota, su jefe de campamento, empezó a tacharle de cobarde y de aliado clandestino de los lajes, y Kmielnizki acabó por ceder. Lo que sucedió entonces, hermanitos, no soy capaz de relatarlo. No se veía gota a causa del humo de la pólvora. Al principio avanzaban denodados, cegando el foso y lanzándose contra las murallas; pero nosotros les dimos un trato tan duro, que retrocedieron precipitadamente, abandonando sus propias máquinas... Luego hicimos nosotros una salida, atacándoles con cuatro banderas, y les degollamos como a un rebaño de carneros.

Volodiovski se frotó las manos de contento.

—¡Cuánto siento no haber asistido a aquel festín!—exclamó en un arrebato de entusiasmo.

—Y yo también—añadió Zagloba con tranquila serenidad.

---

(1) «Desde el principio.»

—En la salida—continuó Longinos—se distinguieron Skretuski y Jacobo Regovski. A pesar de ser ambos nobles caballeros, no se miraban con buenos ojos. El que sentía por el otro más animadversión era Regovski y seguramente hubiera provocado a Juan, si Weyher no hubiese prohibido el duelo bajo pena de muerte. Al principio nadie comprendió aquella malquerencia, pero luego vino a sacarse en consecuencia que era pariente de aquel Lasch a quien, como recordaréis, el príncipe expulsó del campamento por cariño a Skretuski. De ahí la ira de Regovski contra el príncipe, contra todos nosotros, pero sobre todo contra Skretuski; de ahí la rivalidad entre uno y otro, que llegó a cubrir a ambos de gran gloria durante el asedio, pues uno trataba de sobrepujar al otro en heroísmo. Ambos eran siempre los primeros en escalar las murallas y en realizar salidas. Por último, cansado de sus inútiles ataques, Kmielnizki dispuso un asedio en regla, sin omitir ninguna estratagema que pudiera contribuir a la rendición de la plaza.

—Confía en la astucia tanto como en el valor...—dijo Zagloba.

—Es una cabeza loca y además muy corto de alcances. Creía que Weyher era un alemán y, por lo visto, nunca había oido hablar de los vaivodas de Pomerania que llevan tal nombre, pues le dirigió una carta al estaroste tratando de inducirle a la traición, en su convicción de que era extranjero y mercenario. Pero Weyher contestó manifestándole quién era y lo desacertado que era dirigirse a él en tal sentido. El estaroste, para evidenciar más su dignidad guerrera, quiso enviar esta respuesta, no con un trompeta, sino con otra persona de más significación. Sin embargo, sabiendo todos que meterse entre aquellas bestias feroces era buscar una muerte segura, no se encontró a nadie dispuesto a cumplir tal misión, excepto yo y algunos más. Y ahora aguzad los oídos, pues ahora viene lo más interesante...

—Escuchamos atentos—contestaron los dos amigos.

—Salí, pues, en busca del hetmán, a quien hallé en estado de embriaguez. Me recibió fieramente, y cuando leyó la carta, me amenazó con la bulava. Pero yo, encomendando mi alma a Dios, me dije: «Si me toca, le parto el cráneo de

un puñetazo.» ¿Y qué otra cosa podía yo hacer, hermanitos de mi corazón?

—Es una prueba de tus nobles sentimientos el haber tomado tal decisión—repuso Zagloba enternecido.

—Pero sus coroneles trataron de calmarle y se interpusieron entre él y yo, sobre todo un joven que se atrevió hasta abrazarle por el talle y llevárselo aparte diciéndole: «¡No, padrecito, estás borracho!» Miré a mi inesperado defensor, admirando su atrevimiento, y ¿quién diréis que era? ¡Era Bogun!

—¡Bogun!—exclamaron Volodiovski y Zagloba.

—Sí. Le reconocí porque le había visto ya en Razlogi... El también me reconoció... Oí como dijo a Kmielnizki: «Este hombre es conocido mío,» y Kmielnizki, como suele suceder a los borrachos, tomó una inesperada resolución, contestándole: «Si es conocido tuyo, hijo mío, dale cincuenta táleros; yo, por mi parte, le daré el salvoconducto.» Y poco después me lo entregó. Respecto al dinero le dije que lo guardara para sus jeduques, porque no era costumbre de los «compañeros» aceptar propinas. Me despidió con bastante afabilidad, y apenas hube salido de la tienda, se me acercó Bogun. «Nosotros nos hemos visto en Razlogi, dijo. —Sí, le respondí; pero no podía yo suponer entonces, hermanito, que había de encontrarte en este campamento.— No estoy aquí, me explicó, por voluntad propia, sino forzado por la desgracia.» Yo le recordé como le habíamos batido en Jarmolince. «No sabía con quién tenía que habérmelas, me dijo. Además, yo estaba herido en una mano y mi gente no servía para nada, pues se figuraba que la batía el mismo príncipe Jarema... —Nosotros, respondí, no sabíamos quién eras. Si Skretuski lo hubiera sospechado, uno de vosotros no estaría ya en el mundo.»

—¿Y qué contestó?—preguntó Volodiovski.

—Se turbó mucho y cambió de conversación. Refirióme que Krivonos le había enviado con pliegos para Kmielnizki y que el atamán no quería dejarle volver, y trataba de darle, a su vez, otras comisiones, viendo en él un mensajero muy decorativo. Me preguntó por Skretuski, y cuando le dije que estaba en Zamost, me respondió: «Entonces quizá nos encontremos.» Y con eso nos separamos.

—Es fácil adivinar—dijo Zagloba—que inmediatamente Kmielnizki le mandó a Varsovia.

—Sí, pero aguardad... Vuelvo, pues, a la fortaleza y despacho mi misión con Weyher. La noche había ya avanzado. Al día siguiente hubo un nuevo asalto, más denodado todavía que el primero. No tuve tiempo de hablar con Skretuski y hasta tres días después no pude decirle que había encontrado a Bogun y había conversado con él. Estaban presentes numerosos oficiales, entre ellos Regovski, que dijo sarcásticamente: «Ya sé yo que anda una muchacha en el juego... Si eres caballero digno de tu fama, ahí tienes a Bogun: puedes desafiarle en la seguridad de que aceptará... Asistiremos a un hermoso espectáculo desde las murallas. Pero en cuanto a vosotros, las gentes de Visnoviezki, los rumores son exagerados.» Skretuski miró a Regovski... como si la tierra se hundiera a sus pies. «¿Tú me aconsejas, pues, que le desafíe?, repuso. Bien... Pero así como tú menosprecias nuestro valor, dudo yo también de que tú seas capaz de ir al campamento de esos salvajes a llevarle mi cartel de desafío a Bogun...» Regovski contestó: «No me falta valor, pero, no siendo ni tu deudo ni tu compañero..., no iré.» Los demás empezaron a reirse de Regovski. «¡Oh!, ¡oh!, ahora te achicas y, en cambio, cuando no entraba tu pellejo en el juego, hacías alardes de valor.» Entonces Regovski, hombre ambicioso, se comprometió a desempeñar dicha misión. Al día siguiente partió con el reto, pero a Bogun ya no le encontró. Nosotros no dimos crédito a su relato, pero ahora, después de lo que me habéis contado, veo que dijo la verdad... ¿De modo que Bogun iba como embajador de Kmielnizki y vosotros le matasteis?

—Sí—respondió Volodiovski.

—Pero decidme, ¿dónde encontraremos ahora a Skretuski?—preguntó Zagloba.—Es indispensable que le veamos, para buscar en su compañía a la princesa.

—En Zamost tendréis fácilmente noticias de él, pues allí todo el mundo conoce su nombre... Entre él y Regovski, cogiéndola como en una trampa, han aniquilado la columna del coronel cosaco Kalina. Poco después ha deshecho Skretuski, por su propia cuenta, dos *chambules* tártaros, derrotando a Burlay y dispersando varias bandas de facciosos...

—Pero ¿cómo Kmielnizki permite todo eso?

—Kmielnizki no las reconoce como suyas, y dice que saquean a pesar de sus órdenes. De otro modo nadie creería en la fidelidad y obediencia que ha jurado al rey.

—¡Valiente veneno es la cerveza que se bebe en Konskavola!—refunfuñó Zagloba.

—En pasando a Lublin, encontraréis ya un país devastado—prosiguió Longinos,—pues que las avanzadas del enemigo han llegado hasta cerca de Lublin y los tártaros han hecho prisioneros por todas partes. Dios sólo sabe lo que han robado cerca de Zamost y Grubieshov... Skretuski ha mandado ya a la fortaleza varios miles de cautivos libertados por él... Está trabajando allí de firme y exponiendo el pellejo.

Longinos suspiró, inclinando la cabeza pensativo, y después de una pausa añadió:

—Yo creo que Dios, en su infinita clemencia, seguramente consolará a Skretuski y le proporcionará al fin la felicidad que anhela y a la que le han hecho acreedor sus grandes merecimientos. En los tiempos de perdición y egoísmo que atravesamos, cuando nadie piensa más que en sí, él, por el contrario, no se ocupa de su persona. Hace ya tiempo que hubiera podido obtener licencia de S. M. el príncipe para ir en busca de la princesa Elena, pero, sin embargo, cuando han llegado los días negros para la patria querida, él no ha dejado de servirla ni un solo instante, sin darse punto de reposo a pesar de los tormentos de su corazón...

—Tiene alma de romano, no cabe duda—dijo Zagloba.

—Debemos seguir su ejemplo.

—Principalmente tú, Longinos... Porque tú, en la guerra, no buscas sólo el bien de la patria, sino las tres cabezas...

—Dios ve la fuerza de mi alma—suspiró Longinos, alzando los ojos al cielo.

—A Skretuski—añadió Zagloba—el Señor ya le ha recompensado concediéndole la muerte de Bogun, y, por el momento, la paz de la república... Es, pues, ahora ocasión de que piense en volver a encontrar la dicha perdida.

—¿Iréis con él?—preguntó el lituano.

—Y tú ¿no vendrás?

—Con toda mi alma iría, pero ¿cómo entregaría estos pliegos? Uno llevo para el rey de parte del estaroste de Valez, otro para el príncipe, y otro precisamente de Skretuski solicitando una licencia de Su Alteza.

—La licencia ya se la llevamos nosotros.

—Sí, pero ¿y los otros pliegos? ¿Cómo los entregaré?

—Tendrás que ir a Cracovia, no hay otro remedio... Por lo demás, te lo diré francamente: me gustaría, al emprender la expedición en busca de la princesa, tener tus puños y tu espalda; pero en cuanto al resto, no me serviría para nada. Allí tendremos necesidad de fingir y, a lo mejor, de disfrazarnos de cosacos o de aldeanos... Y tú llamarías tanto la atención con tu corpulencia, que la gente preguntaría en seguida: «¿Qué pértiga es ésta? ¿De dónde ha salido ese cosaco estrafalario? Además no eres ducho en el idioma de esa gente... ¡No puede ser!... Encamínate a Cracovia, y nosotros ya nos arreglaremos solos.

—Yo pienso igual—dijo Volodiovski.

—Como queráis. ¡Que Dios misericordioso os bendiga y os acompañe! Decidme: ¿sabéis dónde está escondida?

—No. Bogun no nos lo quiso decir. Sólo tengo algún indicio que pude atrapar cuando estaba amarrado en el establo, pero con eso me basta...

—¿Y cómo os las compondréis para encontrarla?

—Eso es cosa mía. Me he visto en apuros mucho más grandes... Lo principal ahora es ver a Skretuski cuanto antes.

—Preguntad por él en Zamost. Weyher debe saber de él, pues están en constante correspondencia y recibe de Skretuski los prisioneros... Conque... ¡Dios os bendiga!

—Y a ti también. ¡Ah! Cuando llegues a casa del príncipe saluda afectuosamente a Charlamp de parte nuestra.

—¿Quién es ese Charlamp?

—Es un lituano... Un caballero hermosísimo... Todas las damas de la princesa están locas por él...

—¿Hablas en serio o en broma, amigo de mi alma?—preguntó Longinos estremeciéndose.

—En serio, en serio... Conque adiós...—contestó el grueso hidalgo.—¡Qué endiablada cerveza es ésta que dan en Konskavola!

Y le guiñó el ojo a Volodiovski.

CAPÍTULO XV

Así, pues, Longinos marchó a Cracovia con el corazón traspasado por la flecha de los celos, y el cruel Zagloba y Volodiovski dirigiéronse a Zamost, donde no estuvieron más que un día, enterándose por el comandante de la plaza, el estaroste de Valez, de que desde hacía mucho tiempo no se recibían noticias de Skretuski. Opinaba el estaroste que Skretuski y los regimientos bajo su mando se habrían puesto en marcha para Zbaraz a fin de quedarse allí de guarnición y defender aquella región de las partidas rebeldes que la infestaban. La cosa era tanto más verosímil cuanto que Zbaraz, siendo propiedad de los Visnoviezki, era principal objeto del odio de los mortales enemigos del príncipe. Por consiguiente, los dos amigos tenían necesidad de hacer un viaje largo y bastante fatigoso. Sin embargo, considerando que de todos modos tenían que hacer la misma ruta para encontrar a la princesa, poco les importaba, al fin y al cabo, partir más pronto o más tarde... Emprendieron la marcha, por lo tanto, sin demora alguna y deteniéndose sólo lo preciso para reposar o dispersar las bandas de facciosos que vagaban aún por algunos puntos.

Atravesaron regiones tan devastadas y desiertas, que durante días enteros no encontraban alma viviente. Las ciudades estaban convertidas en montones de cenizas, las aldeas quemadas y desiertas, los habitantes habían sido asesinados o reducidos a la esclavitud. En el camino no encontraban sino cadáveres, ruinas de casas y templos, aldehuelas con las chozas medio carbonizadas y perros aullando entre los escombros. Los supervivientes a la invasión tártaro-cosaca refugiábanse en la profundidad de los bosques, donde perecían de frío y hambre, sin atreverse a salir al valle, sin poder creer que el peligro hubiese ya pasado. En cuanto a los caballos de su bandera, Miguel tuvo que

alimentarlos con corteza de árboles o trigo medio quemado, sacado de las ruinas de los graneros. Pero, a pesar de todo, las tropas avanzaban con rapidez, manteniéndose de las provisiones que embargaban a las banderas rebeldes.

Agonizaba noviembre... Aunque el invierno anterior había transcurrido, con grandísimo asombro de la gente, sin nieves, hielos ni fríos, como si el orden regular de la naturaleza se hubiera invertido por completo, la fría estación del año presente prometía ser más cruda que nunca.

La tierra se había helado, los campos estaban cubiertos de nieve; en las márgenes de los ríos brillaba al amanecer un tenue cristal de hielo. El tiempo era sereno y seco; los pálidos rayos del sol alumbraban tímidamente y con débil calor al mediodía, pero por la mañana y al atardecer aparecía en el firmamento un rojizo resplandor, presagio infalible de un invierno inminente y crudo.

Después de los dos terribles enemigos de la miseria humana (el hambre y la guerra), debía llegar el tercero: el hielo. Este último, sin embargo, era esperado con ardiente deseo, pues, más que todas las negociaciones, interrumpiría la guerra. Volodiovski, hombre práctico y conocedor perfecto de la Ucrania, abrigaba la firme esperanza de que la expedición en busca de la princesa no tardaría en ser coronada de éxito, puesto que el obstáculo principal, la guerra, estaba apartado para mucho tiempo.

—Yo no creo—decía—en la sinceridad de Kmielnizki, ni en que los reales halagos le induzcan a retirarse a Ucrania. Es un viejo zorro. Sabe de sobra lo poco que valen sus cosacos si no puede atrincherarse, y que en campo abierto, aun cuando estén en proporción de cinco contra uno, no pueden resistir nuestro empuje. Ahora invernará y dejará a sus rebaños correr libremente por la nieve. Los tártaros también estarán ocupados en llevarse el botín a sus casas, y como el invierno seguramente será crudo, podremos disfrutar de un poco de paz y tranquilidad hasta la estación próxima, cuando vuelva a crecer la hierba...

—¡Quizá más todavía!... Sienten hacia el rey cierto respeto... Pero a nosotros nos sobra con ese tiempo... Si Dios nos presta su ayuda, por Carnaval celebraremos la boda del amigo Skretuski.

—Pero es preciso dar con él para evitarle nuevos sufrimientos.

—Como lleva tres regimientos, supongo que encontrarle no será tan difícil como encontrar un alfiler en un pajar... Quizá le encontremos en Zbaraz, a no ser que se haya entretenido persiguiendo a esos malvados...

—De todos modos, aunque no podamos ya alcanzarle, tenemos que procurarnos algunas noticias de él en el camino...

Las noticias, sin embargo, se encontraban con dificultad... Los labradores decían que habían visto tropas acá o allá, o que sabían de tal o cual encuentro que habían tenido con los bandidos, pero no podían asegurar qué fuerzas eran...: lo mismo podían ser las de Skretuski que las de Regovski. En resumen, los dos amigos no podían sacar nada en claro. En cambio se confirmaba el rumor de que los cosacos en un encuentro con los lituanos habían sufrido grandes pérdidas. Esta noticia circulaba como un vago rumor la víspera de la partida de Volodiovski de Varsovia. Hasta entonces se había dudado de su veracidad, pero ahora corría por toda la comarca, con todos los detalles, como cierta de toda certeza. Los lituanos, en resumidas cuentas, habían vengado las derrotas infligidas anteriormente por Kmielnizki al ejército real. Media Luna, viejo y experto capitan, y el salvaje Nebaba habían perdido la vida; y el más fuerte de ellos, Krechovski, en vez de las estarostías y vaivodatos a que aspiraba, en lugar de altos honores y dignidades, se había ganado en las filas de los rebeldes la muerte en el palo. Parecía todo aquello como una disposición misteriosa de Nemesis, deseosa de vengar así la sangre alemana derramada en los cañaverales del Dniéper, la muerte de Flik y Wérner, pues Krechovski había ido a caer precisamente en manos de un regimiento alemán de Radzivil... Aunque estaba herido de un balazo y su estado era grave, había sido empalado al punto, permaneciendo vivo en el palo un día entero, hasta que, entre horribles convulsiones, exhaló con el último suspiro su alma negra. Tal fué el fin de aquel hombre que por su valor y sus dotes militares hubiera podido ser un segundo Esteban Kmieliczki, si la sed irresistible de riquezas y su desmesurada am-

bición no le hubieran arrastrado por la senda de la traición y el perjurio, haciéndole cometer delitos tan atroces como los del propio Krivonos.

Con Media Luna y Nebaba, cerca de veinte mil cosacos habían quedado tendidos sobre el campo de batalla o habían perecido ahogados en los pantanos de Pripet... El terror cundió como un huracán por los fértiles campos de Ucrania: temían los rebeldes, con harto fundamento, que después de los grandes triunfos de Aguas Amarillas, de Korsun y de Pilavce, hubiera vuelto la época de las grandes derrotas, la época de Soloniza y Kumeiki. El mismo Kmielnizki, a pesar de hallarse en la cumbre de su gloria y con más poder que nunca, aterróse al saber la muerte de su «camarada» Krechovski, y volvió a consultar con las brujas para conocer el destino que le aguardaba. Pero las profecías eran contradictorias: presagiaban nuevas guerras, triunfos y derrotas, pero no sabían decir la suerte que le estaba reservada al caudillo.

Se abrigaba la esperanza de que la calma sería duradera, tanto a consecuencia de la derrota de Krechovski como por la proximidad del invierno. El país tornaba a la tranquilidad, las devastadas aldeas se repoblaban, el ánimo volvía poco a poco a los corazones, hasta entonces desesperados y aterrados.

Llenos de aquella confianza, nuestros dos amigos, después de largo y fatigoso caminar, llegaron ilesos a Zbaraz. En el castillo presentáronse inmediatamente al comandante, en el cual, no sin cierta sorpresa, reconocieron a Viérsul.

—¿Y Skretuski?—preguntó Zagloba, después de los saludos de rúbrica.

—No está aquí—contestó el interrogado.

—¿Quiere decir entonces que se os ha encomendado el mando de este fuerte?

—Sí. Hasta que regrese Skretuski, el antiguo comandante, la guarnición estará bajo mis órdenes.

—¿Y para cuándo será su regreso?

—Nada me ha dicho, puesto que ni él mismo lo podía saber. Sólo me encargó al partir que, si durante su ausencia venía alguien en su busca, le esperase hasta que volviera.

Volodiovski y Zagloba se miraron.

—¿Hace mucho que partió?—preguntó Miguel.

—Unos diez días.

—En ese caso—dijo Zagloba—lo mejor será que el señor de Viérsul nos dé de cenar, pues con el estómago vacío se razona muy mal. En la mesa hablaremos.

—Con toda mi alma os invito, pues ahora precisamente iba a sentarme a la mesa... Y, al fin y al cabo, Volodiovski, como oficial más antiguo, se encargará del mando y será el anfitrión, y yo su convidado...

—¡No!, ¡no!, quedaos con el mando, señor Cristóbal—dijo Volodiovski:—primero por razón de la edad, y después porque en breve tendré que partir.

Minutos después la cena era servida a los tres amigos, que la atacaron heroicamente. Cuando Zagloba hubo satisfecho un poco su apetito con dos platos de sopa negra (1), volvióse a Viérsul y preguntó:

—¿No adivináis adónde habrá ido Skretuski?

Viérsul hizo salir a los mozos que servían a la mesa, y después de una breve pausa, respondió:

—Lo adivino, pero no quería decirlo en presencia de la servidumbre: a Skretuski le importa mucho que se guarde el secreto. Ha elegido el momento oportuno, ya que, al parecer, tenemos asegurada la paz hasta la primavera, y creo que habrá ido en busca de la princesita, la cual estará seguramente bajo el dominio de Bogun.

—¡Pero si Bogun ya no existe!—exclamó Zagloba.

—¡Cómo! ¿Qué decís?

Refirió Zagloba el encuentro con Bogun punto por punto y con mucha satisfaccion, aunque lo contaba por tercera o cuarta vez. Viérsul, como antes Longinos, no salía de su asombro. Por fin dijo:

—¡Tanto más fácil le será a Skretuski encontrar a la princesa!

—La cuestión es que la encuentre.

—¿Lleva gente con él?

—Ha partido sólo con un mocito ruteno y tres caballos.

—Ha obrado cuerdamente, pues la empresa más es de

(1) Sopa rústica de sangre de buey. *(N. del T.)*

maña que de fuerza... Hasta Kamiénez podría avanzar con una bandera, pero en Usiza y Mogilov ya es probable que estén los cosacos, pues allí el terreno es a propósito para cuarteles de invierno y además en Jampol está el núcleo de sus fuerzas...; y una de dos: o ir al frente de toda una división, o completamente solo.

—¿Cómo sabéis que se ha dirigido hacia esa parte?—preguntó Viérsul.

—Porque debe estar oculta la princesa en las proximidades de Jampol y él se habrá enterado. Pero aquellos lugares son tan escabrosos y llenos de zanjas y barrancos, que hasta los mismos guías se pierden a veces. Excuso deciros lo que le ocurrirá al que llega allí sin conocer el camino. Yo lo sé porque he conducido caballos a Jagorlik y he asistido a las sesiones de aquel tribunal... Si hubiésemos ido juntos, como yo soy conocedor del terreno, las cosas hubieran marchado perfectamente. Pero, yendo él sólo..., sería necesario que tuviera la suerte de tropezar por casualidad con el camino, porque preguntar sería peligroso.

—¿De manera que vosotros queríais acompañarle?

—Sí..., pero ahora ¿qué haremos, señor Miguel? ¿Vamos o no vamos?

—Tú decidirás.

—¡Hum! Habiéndose puesto en camino hace diez días... no es probable que le alcancemos... Esto aparte de que ha dejado dicho que se le espere aquí... Además, ¿quién sabe el camino que habrá tomado? ¡Puede haber ido por Ploskirov y Bar, por la antigua carretera, o quizá por Kamiénez de Podolia... ¡No es fácil acertar!

—No echéis en olvido—dijo Viérsul—que todo eso no son sino suposiciones, no habiendo seguridad ninguna de que haya partido en busca de la princesa.

—Esa es la cuestión. Si ha salido sólo para adquirir noticias, indudablemente volverá a Zbaraz, puesto que bien sabía que habíamos de salir juntos y podría suponer que ahora nos apresuraríamos a reunirnos con él. Pero, a ciencia cierta, no sabemos con qué objeto había partido.

—Yo os aconsejaría que le esperaseis unos diez días—dijo Viérsul.

—¿Para qué diez días? De esperar, o todo, o nada...

—Mi parecer es no esperar—declaró Volodiovski.—¿Qué perderemos poniéndonos en camino mañana mismo al amanecer? Si Skretuski no encuentra a su princesa, acaso Dios quisiera que nosotros fuéramos más afortunados que él.

—Te advierto, señor Miguel—objetó Zagloba,—que la ligereza es peligrosa en casos tan delicados como éste. Tú todavía eres joven y las aventuras te atraen... ¡He aquí el peligro! Si él la busca por un lado y nosotros por otro, es fácil que la gente sospeche. Los cosacos son astutos, temen que la gente descubra sus maquinaciones. Quizá están negociando allí con el bajá, que está en la proximidad de Jocini, o bien con los tártaros del Trans-Dniéper, respecto a la futura guerra... ¿Quién lo sabe?... Y, en tal caso, vigilarán con mucha prevención a toda la gente extraña que encuentren, ante todo a los que pregunten por los caminos... ¡Oh! ¡Yo les conozco bien! Sería muy fácil descubrirse... Y ¿qué ocurriría entonces?

—También puede Skretuski encontrarse en ese trance, y entonces sería preciso socorrerle.

—En eso tienes razón.

Zagloba se abismó en una meditación tan profunda, que sus sienes temblaban. Al fin, como si despertara de un sueño, exclamó:

—Después de calcularlo todo, opino que debemos partir.

Volodiovski lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Cuándo?—preguntó.

—Reposaremos aquí un par de días para reforzar el cuerpo y el alma...

Al día siguiente, cuando los dos amigos disponían ya los preparativos del viaje, llegó inesperadamente el criado de Skretuski, el joven cosaco Ziga, con noticias y una carta para Viérsul. Cuando los dos amigos lo supieron, dirigiéronse presurosos al alojamiento del comandante, donde leyeron la siguiente misiva:

«Estoy en Kamiénez, hacia donde conduce un camino seguro por Satanov; ahora voy a Jagorlik con varios mercaderes armenios, a los cuales me ha recomendado Bukovski y que llevan salvoconductos, expedidos por los tártaros y cosacos, que les dan camino libre hasta Akerman. Con-

ducimos sederías a Usiza, Mogilov y Jampol, y visitaremos todos los puntos habitados por seres vivientes... ¡Quizá Dios nos ayude para que encontremos lo que buscamos! Decid a mis amigos Zagloba y Volodiovski, señor Cristóbal, que me aguarden en Zbaraz si no tienen otra cosa que hacer, pues el camino que yo sigo no puede recorrerlo mucha gente sin despertar sospechas entre los recelosos cosacos que invernan en Jampol, dejando a sus caballos al aire libre en la región del Trans-Dniéper hasta Jagorlik. Lo que yo no pueda hacer solo, menos podríamos hacerlo tres; además de que, haciendo yo solo el viaje, voy más seguro, pasando por un armenio. Dadles de mi parte las gracias por su decisión, señor Cristóbal, y decidles que no lo olvidaré mientras viva, pero no he podido esperarles porque mis sufrimientos de estos días han sido superiores a mis fuerzas. Por otra parte, no podía saber cuándo llegarían y este es el tiempo más a propósito para esta clase de pesquisas, pues los comerciantes ambulantes se esparcen por todas partes con sus telas y golosinas. Os mando a mi fiel criado y os ruego encarecidamente que lo toméis bajo vuestra protección. Ahora me estorba: es jovencito y temo que se le escape alguna palabra indiscreta... Bukovski garantiza la honradez de estos mercaderes, y por ahora no tengo motivos para dudar de ellos. Creo que el Todopoderoso, que lo tiene todo en sus manos, nos otorgará su clemencia poniendo término a mis sufrimientos. Así sea.»

Terminada la lectura, Zagloba miró a todos sus compañeros, que permanecieron silenciosos algunos instantes... Viérsul rompió al fin el silencio.

—Ya me figuraba yo que debía de andar por esa comarca.

—¿Qué debemos hacer ahora?—preguntó Volodiovski.

—¿Qué debemos hacer?—repitió Zagloba, abriendo los brazos.—Partir es ya inútil. Hace muy bien en viajar con los mercaderes, pues de esta manera puede investigar por todas partes sin despertar la más mínima sospecha. En esos tiempos no hay cabaña ni caserío alguno en que no sea preciso hacer compras, pues media república ha sido saqueada por las hordas... A nosotros, señor Miguel, nos hu-

biera sido difícil penetrar más allá de Jampol. Skretuski es moreno como un valaco y puede tomársele fácilmente por un armenio; pero a ti, con esos bigotillos color de cebada, te hubieran descubierto en seguida. Disfrazarnos de labradores tampoco hubiera sido empresa de éxito... ¡Que Dios le bendiga! Nuestra presencia, la verdad, creo que hubiera sido contraproducente. Siento no poder contribuir en nada al hallazgo de la princesa, pero, de todos modos, le hemos hecho un gran servicio a Skretuski matando a Bogun, que, si estuviera vivo, no garantizaría yo la seguridad de nuestro querido compañero.

Volodiovski estaba muy descontento. Contaba con hacer un viaje lleno de aventuras, y ahora le esperaba una estancia larga y monótona en Zbaraz.

—¿No podríamos siquiera avanzar hacia Kaminéz?—preguntó.

—¿Y qué haremos allí? ¿De qué viviremos?—exclamó Zagloba.—Lo mismo me da pudrirme, esperando, en un sitio que en otro. No hay más remedio que esperar, esperar..., porque un viaje como el de Skretuski puede durar bastante tiempo... En el movimiento están la vida y la juventud—y Zagloba inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho;—el que se para se vuelve viejo. Pero ¡qué hemos de hacerle! ¡Que salga de sus apuros sin nuestro concurso!... Mañana mandaremos decir una misa solemne para que Dios le proteja. Lo importante es que le hemos librado de Bogun... Haz que desensillen el caballo, señor Miguel. Aguardaremos, si no queda otro remedio...

Y empezaron para los dos amigos largos y monótonos días de aburrimiento, de espera, que ni libaciones ni el juego de dados lograban amenizar... El tiempo parecía interminable... En tanto llegó el crudo invierno. La nieve cubríalo todo con su capa de una vara de espesor: las almenas del fuerte de Zbaraz y todo el panorama. Las aves y las bestias buscaban el calor de las gentes. Oíase sin cesar el graznido de los cuervos y las cornejas... Pasaron diciembre y enero y febrero... y de Skretuski nada se sabía...

Volodiovski, de vez en cuando, iba hacia Tarnopol en busca de aventuras; Zagloba se quedaba solo y malhumorado, repitiendo que iba haciéndose viejo de día en día...

CAPITULO XVI

Los comisionados enviados por la república para acordar un tratado con Kmielnizki llegaron por fin, tras grandísimas dificultades, a Novoselki, donde se detuvieron para esperar la respuesta del hetmán vencedor, a la sazón en Chegrin. Estaban tristes y preocupados, pues por todo el camino no habían hecho más que oir amenazas de muerte, y el viaje, como decimos, había sido en extremo difícil. Día y noche veíanse rodeados de turbas de campesinos rebeldes, ya completamente salvajes a causa de la guerra y de tantas matanzas, que pedían con siniestros rugidos la muerte de los comisionados. A cada momento encontraban bandas de yegüeros salvajes, sin la más *mínima idea del* derecho internacional, sedientas de sangre y botín. Aunque los comisionados llevaban una escolta de cien caballeros al mando de Brisovski, el propio Kmielnizki, sabedor de lo peligroso de este viaje, había mandado a su encuentro al coronel Dónez con cuatrocientos hombres. Pero todo este acompañamiento podría muy bien resultar insuficiente ante la salvaje muchedumbre, que aumentaba por momentos, cada vez más amenazadora. Cualquiera de la escolta o de la gente de servicio que se arriesgaba a apartarse del núcleo principal, aunque fuera por un instante, perecía sin dejar rastro. Semejaban un puñado de peregrinos rodeados de una manada de hambrientos lobos. De esta forma pasaron los días y las semanas. Al detenerse para pernoctar en Novoselki, los comisionados creyeron llegada su última hora. El convoy de dragones y los caballeros de la escolta de Dónez tuvieron que librar una verdadera batalla para defender las vidas de los comisionados, los cuales, más muertos que vivos, encomendaban sus almas al Señor. El carmelita Lentovski les dió la absolución uno a uno, mientras por las ventanas, mezclados con el silbar del

viento, se oían horribles alaridos, fragor de disparos, carcajadas infernales, chocar de guadañas, gritos de «¡mueran!» y rugidos de la multitud pidiendo que se le entregase la cabeza de Kisiel, el vaivoda, objeto principal de sus odios.

Fué una noche de invierno, terrible, interminable... Kisiel, sentado, inmóvil, apoyada la cabeza en una mano, esperaba la muerte. No la temía, pues estaba ya tan rendido, tan agotado a causa de los largos insomnios, que la hubiera aceptado gustoso como su salvación. Sin embargo, una terrible desesperación se había apoderado de su alma. Él, ruteno en cuerpo y alma, había tomado a su cargo, ante todos, la tarea de poner fin a aquella guerra inaudita. En todas partes, en el Senado, en la Dieta, habíase mostrado como el más decidido partidario de las negociaciones; había defendido la política del canciller y del primate; más que todos juntos había maldecido él al príncipe Jeremías, obrando con la más buena fe en interés de la república y de los cosacos, convencido, con todo el fervoroso ardor de su alma, de que las negociaciones y concesiones lo arreglarían todo. Pero ahora precisamente, cuando se disponía a cumplir la misión de entregar a Kmielnizki la bulava y de hacer ciertas concesiones a los cosacos, una terrible duda le invadía... Por sus propios ojos empezaba a percatarse de la infructuosidad de sus esfuerzos y no veía ante sí más que un insondable abismo.

—Pero, ¿será posible que sólo quieran sangre?—pensaba. —¿Lucharán por la libertad que autoriza el saqueo y el incendio, y no por la verdadera libertad?

Y se esforzaba en ahogar los lamentos que querían brotar de su noble pecho.

—¡La cabeza de Kisiel! ¡Muera Kisiel!—aullaba en tanto la multitud.

Y el gobernador de buena gana le hubiera ofrecido su cabeza, blanca y doblada por los pesares, en holocausto, si no hubiese creído todavía, en su postrera esperanza, que a todos aquellos cosacos y sus caudillos había que darles, por el contrario, algo más, algo que asegurase su libertad dentro de la república. ¡Ojalá les enseñara el porvenir a formular en tal sentido sus exigencias! Y cuando así reflexionaba, un misterioso rayo de esperanza parecía hender

aquellas tinieblas en que le envolvía la desesperación... El infortunado anciano trataba de persuadirse de que aquella muchedumbre era sólo la chusma, la plebe; de que aquéllos no eran todos los cosacos, no eran Kmielnizki y sus coroneles, las negociaciones con los cuales no habían empezado todavía...

Pero, ¿podrían ser duraderos los acuerdos que se firmaran, mientras medio millón de villanos estaba en armas? ¿No se desvanecerían a los primeros albores de la primavera, como la nieve que ahora cubría la estepa?

Y cruzaban de nuevo por su mente las palabras de Jarema:

«Sólo con los vencidos se puede ser clemente.»

Y su mente hundíase en las tinieblas, y él parecía desplomarse en el abismo que veía abrirse ante él.

Hacia media noche el fragor de la lucha pareció disminuir un poco. Silbaba el viento con redoblada furia, la nieve se arremolinaba en el patio; la multitud, visiblemente fatigada, empezaba a dispersarse, y la esperanza renacía en el corazón de los comisionados.

Adalberto Miaskovski, chambelán de Lvov, levantóse de su asiento y, acercándose a la ventana cubierta de nieve, dijo:

—Me parece que, con la ayuda de Dios, viviremos aún mañana.

—Es muy probable también que Kmielnizki mande más refuerzos—observó Smiarovski,—porque con la escolta que llevamos no iremos seguros.

Zielonski, copero real de Braslav, sonrióse amargamente.

—¿Quién diría—exclamó—que somos portadores de paz?

—Más de una vez he sido enviado como embajador a los tártaros—dijo el abanderado de Novgorod,—pero una embajada igual que ésta no la he visto nunca. La república, representada por nosotros, está saliendo peor parada que en Korsun y Pilavce. Yo opino que debíamos volvernos, pues considero inútil todo género de negociaciones...

—Sí, volvámonos — respondió como un eco Brozovski, castellano de Kiev,—y ya que no se puede hacer la paz, que continúe la guerra.

Kisiel clavó en él sus turbios ojos...

—¡Aguas Amarillas, Korsun, Pilavce!—repuso con voz ahogada, y calló...

Todos permanecieron silenciosos, menos Kulchiñski, el tesorero de Kiev, el cual comenzó a recitar en alta voz el rosario, mientras Kretovski, el montero real, cogiéndose la cabeza con ambas manos, repetía:

—¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos! ¡Señor, apiádate de nosotros!

En aquel mismo instante abrióse la puerta, y Brisovski, capitán de dragones del obispo de Posnania y comandante de la escolta, entró.

—Señor gobernador—dijo,—un cosaco pide audiencia a los señores comisionados.

—Bien—contestó Kisiel.—¿Se dispersó ya la multitud?

—Sí, después de prometer que mañana volvería para quemarnos...

—Muy bien. Que entre el cosaco.

Un momento después la puerta se abrió y en el umbral apareció un hombre alto, moreno y barbudo.

—¿Quién eres?—preguntó Kisiel.

—Juan Skretuski, lugarteniente de húsares del príncipe vaivoda ruteno.

Brozovski, Kulchiñski y Kretovski pusiéronse en pie. Habían servido todo el año anterior con el príncipe en Majnovka y Constantínov, y conocían a Skretuski perfectamente. Kretovski incluso era pariente suyo.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—exclamaron a un tiempo.—¿De modo que este señor es Skretuski?

—¿Cómo tú por aquí?—preguntó Kretovski abrazándole.

—He venido, como veis, disfrazado de aldeano—repuso Skretuski.

—Señor gobernador—gritó el castellano Brozovski,—tenéis ante vuestra presencia al más valiente caballero de la bandera del príncipe. El más famoso soldado de todo el ejército...

—¡Le saludo desde lo más sincero de mi corazón!—dijo Kisiel.—Ya veo que su valor debe ser grandísimo cuando ha arriesgado venir a nuestro lado, afrontando todos los peligros...

Y volviéndose a Skretuski, preguntóle:

—¿Qué es lo que deseas?

—¡Que me permitáis ir en vuestra compañía!

—¿Es que quieres meterte en las fauces del dragón?... Sin embargo, si esa es tu voluntad, no podemos oponernos...

Skretuski inclinóse silenciosamente. Kisiel le miraba estupefacto. El rostro aguerrido y severo del joven le conmovía por su expresión seria y dolorosa...

—Dime—preguntó el gobernador.—¿Qué motivo te arrastra y te atrae a meterte en este infierno donde nadie viene por su propia voluntad?

—La desgracia, Alteza...

—Permíteme la pregunta. ¿Perdiste acaso alguno de tus seres queridos y vienes en busca suya?

—Justamente.

—¿Hace mucho que lo perdiste?

—Por la última primavera...

—¡Cómo! ¿Y hasta ahora no te has decidido a buscarle?... Pero... ¡si casi ha transcurrido un año! ¿En qué has estado ocupado todo este tiempo?

—He combatido al enemigo, bajo las banderas del vaivoda ruteno.

—¿No quiso darte licencia señor tan generoso?

—Yo mismo la rehusé...

Kisiel miró de nuevo al joven caballero. Hubo un corto silencio, que rompió el castellano de Kiev.

—A todos nosotros—dijo,—los que hemos servido a la bandera del príncipe, nos es conocida la desgracia de este caballero, y a menudo hemos deplorado amargamente su triste destino. Durante la guerra ha preferido servir a la patria a cuidarse de sus propios intereses, y esto es cosa que le honra en extremo. ¡Raro ejemplo el suyo en estos tiempos tan corrompidos!

—Si tuvieran algún valor mis palabras cerca de Kmielnizki, no dudes que intervendría en favor tuyo—declaró Kisiel.

Skretuski volvió a inclinarse.

—Ahora retírate a descansar—añadió afablemente el vaivoda.—Debes estar tan cansado como todos nosotros, que no tenemos un instante de reposo.

—Le llevo conmigo a mi habitación; es pariente mío—dijo el castellano.

—También nosotros vamos a reposar. ¡Dios sabe si dormiremos la noche que viene!—murmuró Brozovski.

—O si dormiremos el sueño eterno—agregó el vaivoda.

Y penetró en su alcoba, donde un criado le esperaba a la puerta. Los demás se separaron. Kretovski llevó a Skretuski consigo a su alojamiento, poco distante. Un criado con una lamparilla encendida precedíales alumbrando.

—¡Qué noche más obscura!—murmuró el montero real. —¡Y qué ventisca! ¡Oh, amigo! ¡No te quiero contar el rato que hemos pasado! ¡Creí que había llegado el juicio final! El populacho casi nos ha puesto el cuchillo en la garganta. Brisovski estaba desesperado.

—Yo me hallaba entre la muchedumbre—respondió Skretuski.—Aguardan para mañana una nueva banda de facciosos que se han enterado de vuestra llegada. Es preciso partir mañana mismo. Iremos a Kiev, ¿no es cierto?

—Según... Depende de la respuesta de Kmielnizki, a quien ha ido a ver el príncipe Chetvertyñski... Este es mi alojamiento... Entra, señor Juan... Te lo ruego... He ordenado que nos calienten vino para entrar en calor antes de acostarnos...

Entraron en la sala, donde brillaba un gran fuego en la chimenea... El vino humeaba ya sobre la mesa. Skretuski cogió con ansia el jarro.

—Desde anoche—dijo—tengo la boca seca.

—Sí, estás horriblemente demacrado... Se advierte que el dolor y las fatigas han quebrantado tu salud. Pero cuéntame tus cuitas, ya sabes que estoy enterado de todo... ¿Esperas encontrar a la princesa por el campo cosaco?

—¡A ella o a la muerte!—respondió el lugarteniente.

—A la muerte quizá... ¿Y cómo supones que la princesita puede hallarse allí?

—Porque ya he indagado por todas partes.

—¿Por dónde?

—Del Dniéster a Jagorlik he caminado con unos mercaderes armenios, pues tenía indicios de que estaba oculta por aquellos parajes. He indagado por todas partes, y ahora

quiero ir a Kiev, porque dicen que Bogun la ha conducido allí.

Cuando Skretuski pronunció el nombre de Bogun, el montero real se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó.—¡Todavía no te he dado la noticia más importante! ¡Me han dicho que Bogun ha muerto!

Skretuski palideció.

—¡Muerto! ¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?—balbuceó.

—Aquel caballero que ya en otra ocasión salvó a la princesa y que se distinguió tanto en Constantínov. Ese mismo me lo ha dicho... Le encontré cuando se dirigía a Zamost. Nos encontramos en mitad del camino... Cuando le pregunté qué novedades había, me contestó que Bogun había muerto. «¿Quién le ha matado?, pregunté.—Yo mismo,» me respondió. Y con estas palabras nos separamos.

La llama que había iluminado de repente la mirada de Skretuski se apagó al punto.

—¡Bah!—exclamó.—¡Le gusta mucho bromear a ese caballero! No se le puede creer... ¡No! ¡No hubiera sido capaz de matar a Bogun!... ¡No, no!

—Pero, ¿tú no le has visto? Me dijo, si mal no recuerdo, que iba hacia Zamost en busca tuya...

—No me fué posible esperarle allí. Ahora estará seguramente en Zbaraz... Pero a mí me urgía reunirme con los comisionados y por eso no he vuelto a Zbaraz, y no le he visto. ¡Quizá fuera también un embuste lo que me contó de que había oído, siendo prisionero de Bogun, que la princesa estaba en las cercanías de Jampol, y de que Bogun le había dicho que pensaba llevársela a Kiev para desposarse allí con ella! Miente más que habla.

—Entonces ¿por qué vas a Kiev?

Skretuski calló. Durante un minuto sólo se oyó el lastimero silbido del viento.

—Si vive Bogun, es muy fácil que caigas en sus manos.

—Precisamente por eso voy a Kiev—respondió Skretuski con voz sorda:—¡por encontrarle!

—¿Para qué?

—Para que Dios decida entre nosotros.

—No querrá batirse contigo. Te hará encadenar, te matará, o te venderá a los tártaros.

—¡Sí, si no estuviera bajo el amparo de los comisionados!

—¡Quiera Dios que los embajadores mismos no dejen aquí la cabeza!... ¡Vaya un amparo!

—Al que la vida le pesa, la tierra le será leve.

—¡Por la misericordia de Dios, amigo Juan! No es lo malo morir, pues de la muerte nadie se escapa... Lo malo será que te vendan y te envíen a las galeras turcas.

—¿Acaso crees, señor montero real, que lo pasaría peor que aquí?

—Veo que te abandonas a la desesperación y no tienes fe en la misericordia divina.

—¡Te engañas, amigo! Digo solamente que no tengo suerte en el mundo, y esto nadie puede remediarlo... Pero, con todo esto, hace mucho tiempo que me he abandonado con toda confianza a la voluntad de Dios... No imploro, no lamento, ni reniego contra mi suerte, ni desespero... Solamente quiero cumplir con mi deber mientras no me falten fuerzas y mientras viva.

—¡Pero el dolor te mata como un veneno!...

—Dios me manda el dolor, el veneno... También, cuando quiera, me enviará el remedio.

—No tengo nada que objetar contra tal argumento—contestó el montero.—En Dios está nuestra única esperanza y la salvación de todos y de la república. El rey ha ido a Chenstojova: confiemos en que la Virgen le iluminará: si no..., estamos perdidos todos...

Siguió una larga pausa. Por las ventanas penetraba en la habitación el grito prolongado que los dragones lanzaban de vez en cuando: «¡Quién va!»

—Sí—añadió Kretovski al cabo de un rato.—Todos pertenecemos más bien al número de los muertos que al de los vivos... Los habitantes de toda la república han perdido la facultad, no ya de reir, sino de sonreir. No se oyen más que lamentos y gemidos, semejantes al aullido del viento en una chimenea... Yo también, antes de llegar aquí, esperaba, con los demás, que vendrían tiempos mejores, pero ahora veo cuán frágil era esta esperanza. La ruína, la guerra, el hambre, las matanzas... y nada más, nada más...

Skretuski callaba; el resplandor del fuego de la chimenea iluminaba su rostro enjuto y ascético. Por fin levantó la cabeza y dijo gravemente:

—¡Todo es vanidad inconstante y pasajera, que se desvanecerá sin dejar rastro!...

—¡Hablas como un fraile!

Skretuski no respondió. Sólo turbaba el silencio el aullido, cada vez más lastimero, del viento en la chimenea. •

CAPÍTULO XVII

Los comisionados pusiéronse en marcha al día siguiente, y con ellos Skretuski. El viaje fué penosísimo, pues en cada parada, en cada pueblecito que atravesaban, les amenazaba la muerte, y, lo que es quizá peor todavía, infames ultrajes, tanto más sensibles cuanto que ofendían la dignidad y autoridad de la república en las personas de sus representantes. Kisiel enfermó tan seriamente que tuvo que quedarse acostado en el trineo, y en todos los puntos donde pernoctaba la comitiva era transportado así al interior de las casas o de los hornos de pan. El chambelán de Lvov deshacíase en lágrimas al pensar en su propia ignominia y en la de su patria. También el capitán Brisovski enfermó, quebrantado por el insomnio y por la fatiga... Su puesto ocupólo Skretuski, avanzando al frente de aquel desgraciado cortejo, en medio de la aglomeración de multitud iracunda, oyendo insultos y amenazas, sosteniendo escaramuzas y batallas.

Al llegar a Bialogrod creyeron los comisionados que llegaba su hora suprema... La plebe quería matar al enfermo Brisovski y a Gñazdovski, y sólo la llegada del metropolitano, que iba a conferenciar con el vaivoda, pudo contener la carnicería inminente. Las autoridades de Kiev negaron absolutamente la entrada a los comisionados. El príncipe Chetvertyñski regresó el 11 de febrero sin traer respuesta ninguna de Kmielnizki, y los comisionados no sabían qué resolución tomar ni adónde dirigirse. Volver atrás era de todo punto imposible, pues pululaban por el país inmensas bandas de insurrectos que sólo esperaban saber la ruptura de las negociaciones para exterminar a los individuos de la embajada. El pueblo se mostraba a cada momento más desenfrenado... Cogía por la brida los caballos de los dragones, obstruyendo el camino... Lanzaba

piedras, pedazos de hielo y bolas de nieve contra el trineo del vaivoda... En Gvozdova Skretuski y Dónez se vieron obligados a librar una sangrienta batalla, en la cual dispersaron a la plebe insurrecta. Fueron enviados como nuevos emisarios cerca de Kmielnizki el portabandera de Novgorod y Smarovski a fin de proponer al caudillo que fuera a Kiev a negociar. Mientras esperaban la respuesta, los comisionados tenían que permanecer en Kvastov, mirando cruzados de brazos cómo la turbamulta mataba a los cautivos de ambos sexos y sin distinción de edades. Ahogaba a los desventurados en los boquetes abiertos en el hielo del río por los pescadores, les bañaba en agua helada, les pinchaba con las horcas o les desollaba vivos. Transcurrieron diez y ocho días horribles, espantosos... Por fin llegó la respuesta: Kmielnizki no quería ir a Kiev, sino que esperaba en Pereiáslav al vaivoda y a los comisionados.

Los pobres emisarios respiraron, creyendo que había terminado aquel martirio para siempre. Atravesando el Dniéper por Trípol, llegaron de noche a Voronkov, lugar distante sólo seis millas de Pereiáslav. Kmielnizki salió a su encuentro a media milla de la ciudad, para honrar así a los embajadores del rey... Pero ¡cuán cambiado estaba desde aquellos tiempos en que decía querer vengarse de supuestas ofensas!... *Quantum mutatus ab illo!*, dijo acertadamente el vaivoda Kisiel al referir el caso en su carta.

Avanzó con un destacamento de unos cincuenta caballeros, coroneles, *esauls*, con banda militar, con una bandera roja con *bunchuque*, como un príncipe soberano. El cortejo de los comisionados se detuvo, y el atamán acercóse galopando al trineo principal, ocupado por el vaivoda, permaneció algunos instantes en silencio, fijos los ojos en su venerable rostro, y quitándose, al fin, perezosamente el gorro de fieltro, le dijo:

—Saludo a todos los señores comisionados y a vos, vaivoda... Mucho mejor hubiera sido iniciar conmigo negociaciones cuando era más débil y no tenía exacto conocimiento de mis fuerzas... Pero, puesto que vuestro rey os envía hasta mí, os doy la más cordial bienvenida a mi territorio.

—¡Salud, atamán!—respondió Kisiel.—Su Majestad el

rey nos envía para dispensaros su real favor y hacer justicia.

—Me complace grandemente la gracia real. En cuanto a la justicia, yo la he hecho ya con esta espada sobre vuestras cabezas, y haré alguna más todavía si no obtengo satisfacciones...

—No hacéis muy cordial acogida, noble atamán de los zaporogos, a los enviados del rey que somos...

—No me gusta hablar a la intemperie—respondió ásperamente Kmielnizki;—para eso quizá se encuentre otra ocasión más propicia. Hacedme entrar en vuestro carruaje, Kisiel, porque quiero dispensaros el honor de ir en vuestra compañía.

Y, apeándose del caballo, se dispuso a subir al carruaje. Kisiel se corrió hacia la derecha, dejándole libre el lugar de la izquierda.

Kmielnizki arrugó el entrecejo.

—Me daréis la derecha—gritó.

—Soy senador de la república.

—¡Y a mí qué me importa que seáis senador! Potozki es el primer senador y hetmán de la Corona y lo tengo prisionero, como a otros varios... Mañana, si así me place, puedo hacerlos empalar...

Las pálidas mejillas de Kisiel tiñéronse de púrpura.

—¡Considerad que represento la persona del rey!

Kmielnizki frunció el entrecejo todavía más, pero se dominó y ocupó el asiento de la izquierda, murmurando entre dientes:

—Bueno. Él que sea rey en Varsovia y yo en Ucrania... Veo que no os he pisoteado aún bastante la nuca...

Kisiel, sin responder, alzó los ojos al cielo.

Presentía lo que le esperaba, y pensaba que si el camino hasta llegar a ver a Kmielnizki había sido un Gólgota, la estancia a su lado como enviado no lo iba a ser menos.

Los caballos galoparon en dirección a la ciudad, donde veinte cañones atronaban el espacio y todas las campanas repicaban. Como si temiera que los comisionados pensaran que aquel solemne repique era exclusivamente en su obsequio, le dijo al vaivoda.

—Así recibo yo, no sólo a vosotros, sino a todos los embajadores que se me envían.

Y decía verdad. Se le habían enviado embajadas lo mismo que si fuera un príncipe reinante. Al regresar de Zamost, bajo la impresión de las elecciones y de las derrotas que le causaron los lituanos, el caudillo no tenía tanto orgullo... Pero cuando la ciudad de Kiev le acogió con iluminaciones y banderas, cuando la Academia le saludó *támquam Móijsem, servatórem, salvatórem, liberatórem pópuli de servitute léchica et bono ómine Deodátum* (1); cuando, por último, fué llamado *illustrísimus princeps,* entonces *la bestia se despertó* (como dirían los cronistas contemporáneos). Sabedor de cuanta fuerza poseía, veía lo firme que era su situación, de lo que hasta entonces no se había dado cuenta.

Los embajadores extranjeros con su llegada daban a entender que reconocían el poder y la soberanía de Kmielnizki. La amistad constante de los tártaros pagados en su mayoría a fuerza de botín y con los infortunados cautivos, que el «caudillo del pueblo» mismo les consentía escoger, le aseguraba un inmenso apoyo contra cualquier enemigo. Por eso Kmielnizki, que en Zamost aún había reconocido la soberanía y la autoridad del rey, estaba ahora obcecado por el orgullo... Convencido de su fuerza, contaba con el desorden que reinaba en la república y con la insuficiencia de sus caudillos, y hubiera osado alzar la mano contra el mismo rey...

Ahora no soñaba ya su alma negra con los fueros de los cosacos y con la restitución de los antiguos privilegios de los zaporogos, ni con la justicia que a él se le debiera rendir, sino que aspiraba a formar un principado independiente, a investirse de una corona de príncipe y de un cetro.

Juzgábase ahora señor absoluto de Ucrania. Los zaporogos le eran adictos, pues jamás habían disfrutado tanto del saqueo y del crimen. Aquel pueblo, salvaje por naturaleza, acudía en tropel bajo sus banderas... Así como un campesino de Mazovia o de Polonia Magna arrastraba sin chistar aquel yugo de la superioridad y de la opresión, que

(1) Bogdan = Diosdado, dado por Dios. *(N. del T.)*.

abrumaba en toda Europa a los «descendientes de Cam,» el ucraniano, en cambio, había respirado, con los aires de la estepa, el amor a una libertad, tan independiente, salvaje e indómita como la estepa misma... ¡Cómo hubiera podido un hijo de Ucrania sudar detrás del arado de su amo, si su vista, lejos de encerrarse en los terrenos señoriales, perdíase en el vasto terreno de la estepa, cuyo único soberano era Dios!... Más allá de las cataratas, oía voces de Sich que le gritaban: «¡Deja al amo y ven a la libertad!...» Y el rudo tártaro le enseñaba el arte de la guerra, habituando sus ojos a la visión de incendios y asesinatos, habituando sus manos a empuñar armas... ¿No era, pues, preferible para él vivir en bravía libertad con Kmielnizki y «degollar a los señores,» que doblar su altivo espinazo ante la autoridad de un estaroste?

La plebe había ido, además, engrosando las huestes del atamán porque sabía que, de no hacerlo, caería en el cautiverio. En Estambul por diez flechas podía adquirirse un esclavo, y por un arco templado a fuego tres: tantos prisioneros había... La turbamulta apresaba gentes al azar, sin distinción... En una extraña canción de aquellos tiempos que siguió cantándose por varias generaciones, los oprimidos aludían así a aquel caudillo, llamado «Moisés de los zaporogos:» «¡Oh, ojalá el primer balazo le tocara a ese Kmiel!»

Y desaparecían ciudades, villas, aldeas. El país trocábase en un inmenso desierto, en una sola ruína, en una sola y tremenda herida que siglos enteros no bastarían para curar. Mas el caudillo y atamán no lo veía o no quería verlo, indiferente a todo cuanto tras él quedaba, gozando y medrando con el fuego y la sangre, ahogando a su propio país en su repugnante ambición.. ¡Y aquel atamán traía consigo ahora a Pereiáslav a los embajadores, entre el fragor de los cañones y el sonido de las campanas, como señor independiente, como un príncipe soberano!

Los comisionados, con la cabeza baja, entraron en el antro del león y vieron desvanecerse hasta su última esperanza. Skretuski, en tanto, cabalgando tras la segunda fila de trineos, miraba fijamente al grupo de jefes que habían llegado con Kmielnizki buscando entre ellos a Bogun. Después de las inútiles indagaciones hechas desde el Dniéster

a Jagorlik, Juan había resuelto buscar a Bogun y desafiarle a muerte. Estaba plenamente convencido el desgraciado caballero de que con ello se arriesgaba a que Bogun le hiciera desaparecer o le entregara a los tártaros. Pero le tenía en mejor concepto: conocía su loco y temerario valor, y estaba casi persuadido de que Bogun, si le hubieran dado a elegir, hubiera preferido batirse por la princesa. Con el corazón lacerado, empezó a idear un plan en virtud del cual Bogun se comprometiera bajo juramento a que, en caso de morir Juan, dejaría en libertad a Elena. De sí mismo ni siquiera se cuidaba. Aun suponiendo que Bogun le dijese: «Si muero, que no sea ni tuya ni mía...,» estaba pronto a consentir y a jurarlo, con tal de libertar a la joven. La vería gustoso tomar el velo de religiosa para pasar con tranquilidad el resto de sus días, y él buscaría el reposo primero en la guerra, y luego, si no perecía, se refugiaría bajo la cogulla de fraile, según lo hacían las almas afligidas. Este camino le parecía llano y sencillo y el único que le quedaba.

Salió, pues, de la región del Dniéster en busca de los comisionados, esperando encontrar a Bogun en el séquito de Kmielnizki o, si no, en Kiev, puesto que Zagloba le había dicho en Jarmolince que el caudillo pensaba ir allí a celebrar su boda a la luz de trescientas velas.

Pero en vano buscaba a Bogun entre los jefes. Encontró, sin embargo, entre ellos a muchos conocidos antiguos, como, por ejemplo, Diedsalo, a quien solía ver en Chegrin; Jasevski, enviado desde Sich a ver al príncipe; Jarosa, antiguo capitán del príncipe; Naokolopález, Grusha y algunos más, y decidió interrogarles.

—Si mal no recuerdo, somos antiguos amigos—dijo, acercándose a Jasevski.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡Nos hemos visto en Lubnie! ¡Sois uno de los guerreros del príncipe Jarema! Más de una vez nos hemos divertido y hemos bebido juntos. ¿Cómo está el príncipe?

—Bien, muy bien.

—No estará tan bien la primavera próxima... Con Kmielnizki no se ha encontrado todavía, pero no tardarán en llegar a las manos y entonces uno de ellos recibirá el golpe de muerte.

—Será lo que Dios disponga.

—¡Dios protege a Kmiel, nuestro padrecito!... Ya no volverá tu príncipe a su orilla tártara, a sus dominios del Trans-Dniéper... Kmielnizki acaudilla la flor de los bravos y en cambio vuestro príncipe ¿a quién lleva? Yo no niego que él sea un buen soldado, pero... Y vos ¿no servís ya a sus órdenes?

—Viajo con los comisionados.

—Muy bien... Pues me alegro mucho de volverme a encontrar por estos lugares a un antiguo amigo...

—Si es así, podéis prestarme un servicio que os agradeceré eternamente.

—¡Hablad!

—Escuchad... ¿Sabríais decirme dónde se encuentra Bogun, aquel atamán famoso que había servido antes en el regimiento de Pereiáslav, y que hoy sin duda ocupará entre vosotros un rango superior?...

—¡Silencio!—le gritó Jasevski en tono amenazador.—Dad gracias a que somos amigos y hemos bebido juntos, porque, si no, ya estaríais tendido sobre la nieve de un golpe de mi maza...

Skretuski le miró estupefacto, pero, como sabía dominarse en el acto, limitóse a apretar con la mano la bulava...

—¿Estáis loco?

—No, no estoy loco ni quiero amenazaros. Tened entendido que, según las órdenes de Kmielnizki, debemos matar a cualquiera de vosotros que haga la más mínima pregunta, aunque sea uno de los mismos comisionados. Si no os hubierais dirigido a mí, ya hubieseis perecido... Por eso os advierto, amistosamente, que tengáis prudencia...

—Es que la pregunta que hago sólo a mí me interesa...

—No importa... Es lo mismo... Kmielnizki nos dió esta orden a todos los coroneles y añadió: «Aunque pidiera alguno de ellos leña para el fuego o potasa, matadle...» Repetídselo a los vuestros...

—Os agradezco el buen consejo.

—A otro cualquiera que no fuerais vos le hubiera dado muerte en seguida, en vez de ponerle sobre aviso.

Callaron. El cortejo había llegado ya a las puertas de la ciudad. Ambos lados del camino estaban invadidos por la

plebe y por cosacos armados, los cuales sólo por respeto a la presencia de Kmielnizki no osaban injuriar a los comisionados ni lanzar puñados de nieve a los trineos... Sin embargo, miraban con aire sombrío y amenazador, cerraban los puños y apretaban las empuñaduras de sus sables...

Skretuski había ordenado a sus dragones que, formados de cuatro en cuatro y la cabeza erguida altivamente, avanzaran impávidos por la ancha vía, no parando la menor atención en las miradas amenazadoras de la multitud... Pensaba en la abnegación, la resignación cristiana y la sangre fría que necesitaba para poner en práctica lo que se había propuesto y no hundirse al primer paso en aquel inmenso mar de odio.

CAPITULO XVIII

Al día siguiente los comisionados celebraron largas deliberaciones para decidir si los regios presentes se habían de entregar a Kmielnizki en seguida, o esperar de parte del caudillo una demostración de sumisión y arrepentimiento. Se decidió, por fin, para captar su benevolencia con la benignidad del rey, entregarle los regalos...

El acto solemne de la presentación verificóse a la mañana siguiente. Desde el amanecer comenzaron a sonar a un tiempo los cañones y campanas de la ciudad. Kmielnizki aguardó a los comisionados delante de su residencia, donde aparecía rodeado de sus jefes e incalculable multitud de cosacos y plebeyos; quería hacer saber a toda su gente los honores de que el rey le colmaba. Sentado bajo la bandera cosaca y el estandarte de cola de caballo, lucía el rojo manto de brocado forrado de piel de marta cebellina. Con los brazos en jarras y los pies sobre un cojín de terciopelo recamado en oro, aguardaba a los reales embajadores. Un murmullo de lisonjera admiración y entusiástica alegría se elevaba de la multitud a la vista del poderoso caudillo, que para aquella turba, admiradora de la fuerza sobre todas las cosas, era como su personificación... Sólo así podía representarse la fantasía popular al héroe invencible, triunfador sobre los hetmanes, duques, nobles, sobre los lajes, en una palabra, hasta entonces considerados guerreros invencibles... Kmielnizki, en el último año de guerra, había envejecido un poco, pero aún no se encorvaba. Su figura hercúlea denotaba una energía capaz aún de arruinar y crear reinos; su faz ancha y angulosa, enrojecida por el abuso de las bebidas fuertes, denotaba una voluntad inquebrantable, un orgullo indominable y la temeraria seguridad inspirada por las victorias. La ira y el furor escondíanse tras de las arrugas que surcaban su frente, y se comprendía que,

cuando ésos se desencadenaban, el pueblo se inclinase ante su horrible soplo como un bosque ante el huracán. Sus ojos, ribeteados por una línea encarnada, centelleaban de impaciencia por la tardanza en la presentación de los regalos. De sus fosas nasales brotaban dos columnas de vapor, semejantes a las columnas de humo que brotan de las narices de Lucifer, y, entre aquella niebla que exhalaban sus propios pulmones, permanecía sentado, todo envuelto en púrpura, sombrío, altivo, en medio de sus jefes, rodeado por el vasto mar de la multitud.

Por fin apareció el cortejo de los comisionados, precedido de tambores, batiendo sus atabales, y de trompetas que, con sus infladas mejillas, lanzaban dolientes y prolongadas notas, cual si tocasen una marcha fúnebre dedicada a la gloria y a la grandeza de la república. En pos de la música caminaban el montero real Kretovski, que llevaba la bulava sobre un almohadón de terciopelo; Kulchiñski, tesorero de Kiev, con la bandera roja, en la que campeaban un águila y una inscripción, y detrás de ellos, aislado, el gobernador Kisiel, alto, descarnado, la barba blanca cubriéndole el pecho, el sufrimiento pintado en el rostro aristocrático, y la amargura más profunda en el alma. Los restantes comisionados seguían a mayor distancia. Cerraban el cortejo los dragones de Brisovski, bajo el mando de Skretuski.

Kisiel avanzaba lentamente... En aquel momento veía con claridad que, tras del manto agujereado de las negociaciones y tras del pretexto del perdón y la gracia que el rey concedía, asomaba la verdad, desnuda y monstruosa, verdad que los ciegos hubieran visto y los sordos oído, pues gritaban: «No eres tú, Kisiel, portador de la magnanimidad del soberano; por el contrario, eres quien va a solicitar gracia a cambio de una bandera y una bulava; vas a pie, a postrarte ante un caudillo de plebeyos rebeldes en nombre de toda la república, tú, senador y vaivoda.»

El alma se le desgarraba al señor de Brusilov, que se sentía en aquel momento tan impotente como un gusano y tan miserable como un átomo de polvo... Resonaban en sus oídos las palabras de Jarema: «Mejor morir que vivir esclavos de la plebe y de los paganos.» Y ¿qué era él, Kisiel, junto a aquel príncipe de Lubnie, que no se mostraba fren-

te a los rebeldes sino como un Júpiter de ceño fruncido, en medio del olor del azufre, las llamas de la guerra y el humo de la pólvora? ¿Qué era él? Bajo del peso de tales pensamientos el corazón del vaivoda se paralizaba; la sonrisa huía para siempre de sus labios, la alegría se alejaba para siempre de su corazón. Hubiera dado gustoso la vida por no avanzar un paso más; y, a pesar de todo, caminaba impulsado por su pasado lleno de esfuerzos y fatigas, por la lógica inexorable de sus actos anteriores.

Kmielnizki le aguardaba, en tanto, con los brazos en jarras, los labios desdeñosos y la frente arrugada.

Por fin los comisionados se detuvieron. Kisiel adelantóse hacia el pedestal... Tambores y trompetas dejaron de sonar, y el más profundo silencio reinó entre la multitud, solamente turbado por las ráfagas heladas de viento que batían la bandera roja de que era portador Kulchiñski.

Una voz brusca, estridente, rompió de pronto el silencio; voz imperiosa, que tronó con toda la fuerza de la desesperación, sin respetar a nada ni a nadie:

—¡Dragones de la escolta!... Atrás... Seguidme...

Era la voz de Skretuski.

Todas las miradas claváronse en él. El mismo Kmielnizki se incorporó un poco sobre su asiento para averiguar lo que ocurría: los comisionados se quedaron sin sangre en las venas... Skretuski, pálido, de pie sobre los estribos, erguido, con los ojos centelleantes, la espada desenvainada, medio vuelto hacia sus dragones, repitió con voz de trueno:

—¡Seguidme!

En medio del sepulcral silencio, los disciplinados dragones hicieron al punto volver grupas a sus caballos, cuyos cascos hirieron sonoramente el suelo helado, y el lugarteniente, a la cabeza, hizo con la espada una señal al escuadrón, que, caminando al paso, se volvió a la residencia de los comisionados.

La sorpresa y la confusión se pintaron en todos los semblantes, sin exceptuar el de Kmielnizki... En la voz de Skretuski y en su actitud había algo muy extraño... Nadie sabía si la inesperada partida de los dragones estaba en el programa del solemne ceremonial... Sólo Kisiel lo comprendió todo... ¡Oh! De sobra sabía él que las negociacio-

nes, la vida de los comisionados, los mismos dragones, pendían en aquel momento de un cabello. Y para no dar lugar a Kmielnizki a pensar en ello, subió al pedestal y empezó a hablar.

Comenzó su discurso ofreciendo en nombre del rey la gracia soberana para el caudillo, así como para la región entera de zaporogos; pero, de pronto, sus palabras fueron interrumpidas por otro nuevo e inesperado incidente, el cual mejoró la situación en el sentido de que apartó la atención general del acontecimiento anterior... El viejo coronel Diedalo, que estaba junto a Kmielnizki, alzó su bastón, blandiéndolo sobre el vaivoda, y empezó a gritar irritado:

–¿Qué es lo que estás diciendo, Kisiel? El rey... es otra cosa... Pero vosotros, reyezuelos, príncipes y nobiluchos, vosotros habéis cargado con muchos pecados vuestra conciencia... Y tú, Kisiel, tú, sangre de nuestra sangre, te separaste de nosotros para ponerte del lado de los lajes... ¡Basta de charla! Si algo necesitamos, lo sabremos conquistar con nuestra espada...

El vaivoda dirigió a Kmielnizki una mirada llena de indignación.

—¿Es esta la disciplina que guardan tus jefes, atamán? – le dijo.

—¡Silencio, Diedalo!—ordenó el atamán...

—¡Silencio! ¡Silencio! ¿Acaso estás ya borracho? ¿Tan temprano como es?—le gritaron otros jefes.—¡Anda! ¡Anda! Cállate, si no quieres que te arrastremos por los cabellos...

Diedalo quería continuar, pero fué agarrado por el pescuezo y arrojado del pedestal.

El vaivoda prosiguió su comenzado discurso en elegantes términos, haciéndole notar a Kmielnizki la importancia de la regia dádiva, pues se le confería con ella una autoridad legal que hasta entonces había ejercido como usurpador. El rey, que podía castigarle, prefería ser clemente con él en vista de la obediencia que le había demostrado en Zamost, y teniendo en cuenta que sus crímenes anteriores no los había cometido en la época de su reinado. Por consiguiente, era justo que Kmielnizki, tan culpable por sus acciones anteriores, mostrase ahora su gratitud por el favor y la indulgencia que el rey le dispensaba, poniendo

término al derramamiento de sangre, y, acallando a la plebe, se determinara a quedar de acuerdo con los comisionados para convenir un tratado.

Kmielnizki aceptó en silencio la bulava y la bandera y ordenó inmediatamente que ésta fuese desplegada sobre él. A la vista de la enseña, la multitud prorrumpió en tales rugidos de aplausos y vítores, que durante algunos momentos no fué posible oir nada.

Cierta satisfacción pintóse en el rostro de Kmielnizki, el cual, después de breve espacio, habló así:

—Doy las más humildes gracias por el alto favor que por vuestro conducto Su Majestad el rey me hace confiriéndome el mando de las fuerzas y absolviéndome de mis pasadas culpas... Yo siempre sostuve que el rey se aliaría conmigo contra vosotros, nobleza servil de duques y reyezuelos: y la prueba más evidente es la que me envía la señal de su aprobación, porque yo sabría doblar vuestras cervices con mi espada... Así lo haré si os mostráis en lo más mínimo desobedientes a mí o al rey.

Las últimas palabras las pronunció con voz estridente, injuriosa, arrugando el entrecejo como si su ira se fuera desencadenando... Los comisionados, ante el rumbo inesperado que tomó la respuesta del atamán, quedáronse mudos de terror. Entonces añadió Kisiel:

—El rey os ordena, atamán, que pongáis fin a tanto derramamiento de sangre, y que entablemos las negociaciones para llevar a cabo un acuerdo.

—No soy yo el que derrama sangre, sino la tropa lituana —contestó con aspereza el hetmán. — Me han asegurado que Radzivill ha destruído mis propiedades de Mozyr y Turov. Si esta noticia se confirma, les haré cortar la cabeza a todos mis prisioneros, que por cierto son muchos y nobles. Por ahora no estoy dispuesto a conferenciar... En estos momentos sería difícil constituir una comisión de negociaciones, porque no tengo aquí reunidos a mis soldados, a excepción de un puñado de jefes. Los demás están en sus cuarteles de invierno y sin ellos no puedo adoptar ninguna resolución. De lo demás sería inútil discutir por más tiempo aquí en el aire libre y con el frío que hace. Ya he recibido lo que teníais que entregarme... Todos lo han visto

y todos saben que soy atamán por el nombramiento que el rey me otorga... Ahora te vendrás conmigo a beber aguardiente y a almorzar, pues tengo mucha hambre.

Dicho esto, Kmielnizki se dirigió a su palacio, y tras él los comisionados y los jefes. En la amplia y espaciosa sala central estaba servido el banquete: la mesa casi se doblaba bajo del peso de la plata procedente del botín del atamán, entre la cual Kisiel quizá hubiera podido encontrar piezas de su propiedad, robadas en el saqueo del año anterior en Guscha.

Amontonábanse sobre la mesa verdaderas montañas de carne de cerdo, buey y *pilav* (1) tártaro, y un fuerte olor a vodka y aguardiente de mijo se extendía por todas partes. Kmielnizki ocupó su puesto, hizo sentarse a su derecha a Kisiel y a su izquierda al castellano Brozovski, y, llenándose el vaso de aguardiente, dijo:

—En Varsovia decís que yo sólo bebo sangre polaca, pero prefiero el aguardiente... ¡La sangre polaca la dejo para los perros!

Los jefes lanzaron sonoras carcajadas que hicieron retemblar las paredes de la sala.

Tal fué la «píldora» que sirvió Kmielnizki a los comisionados como aperitivo... Los enviados se la tragaron sin decir palabra, para no «irritar a la fiera,» como escribió más tarde el chambelán de Lvov.

La pálida frente de Kisiel se inundó de sudor...

Comenzó el banquete. Los jefes cogían con las manos los trozos de carne. A Kisiel y Brozovski les servía el mismo caudillo. Al principio reinó el silencio, pues sin duda ansiaban todos calmar el hambre. En medio de aquel silencio sólo se oía masticar y deglutir. Si alguien pronunciaba alguna palabra, quedaba sin respuesta. Después de devorar algunos trozos de carne y vaciadas bastantes copas de aguardiente de mijo, Kmielnizki, dirigiéndose de pronto al vaivoda, le preguntó:

—¿Quién es el comandante de vuestra escolta?

Kisiel se turbó visiblemente.

---

(1) Manjar fuertemente condimentado, a base de cereales y carne desmenuzada. *(N. del T.)*

—Juan Skretuski—respondió,—un noble caballero.

—Le conozco—dijo el atamán.—¿Y por qué no ha querido presenciar la ceremonia de la presentación de los regalos?

—Porque no forma parte de nuestro séquito como asistente, sino sólo para mayor seguridad nuestra... Tal es la orden que ha recibido.

—Y ¿quién le dió esa orden?

—Yo mismo. No he tenido por conveniente que los dragones presenciaran la ceremonia amenazándoos con su presencia...

—Yo había creído otra cosa, pues sé que ese soldado es orgulloso y no le gusta doblar la nuca...

—No les tememos a vuestros dragones nosotros — terció Jasevski.—En otros tiempos éstos eran la fuerza de los lajes, pero en los campos de Pilavce hemos visto que no eran ya los lajes de antes, los vencedores de los turcos, tártaros y teutones...

—No eran ya los nobles hijos de los Zamoiski, Zolkievski, Jodkiévich, Kmielez y Koniezpolski—interrumpióle Kmielnizki,—sino hijos de liebres y gallinas, muñecos armados de hierro... Tenían el alma en la lengua: apenas nos vieron, tomaron las de Villadiego... Y eso que aquel miércoles no había allí más que tres mil tártaros...

Los comisionados callaron, encontrando a cada momento un sabor más amargo a los manjares.

—Comed y bebed, os lo ruego humildemente—dijo Kmielnizki;—si no, me haréis pensar que vuestros aristocráticos estómagos no quieren admitir nuestros sencillos guisos cosacos...

—Si tienen la garganta estrecha, ya veremos el medio de ensanchársela—gritó Diedalo.

Los jefes y sus compañeros, medio borrachos, se abandonaron a la más estrepitosa hilaridad, pero callaron en cuanto Kmielnizki dirigió alrededor una mirada amenazadora.

Kisiel, enfermo, como hemos dicho, desde hacía algunos días, estaba más blanco que la nieve... Brozovski estaba tan encarnado que parecía que iba a brotar sangre de sus mejillas.

—¿Acaso hemos venido a un banquete o a ser ultrajados? —exclamó, sin poder contenerse más.

—Habéis venido para tratar—respondió Kmielnizki;—pero, en tanto, las tropas lituanas matan a los nuestros e incendian nuestras casas... Mozyr y Turov dícese que han sido destruídas, y si la cosa resulta ser cierta, mandaré cortar la cabeza a cuatrocientos prisioneros en presencia vuestra.

Brozovski, cuya furia estaba a punto de desbordarse, supo contenerse. ¡Era verdad! La vida de los prisioneros dependía del capricho del caudillo, de un solo guiño de sus ojos... En tales circunstancias era preciso soportarlo todo y procurar que se amansara, llevarle *ad mitiorem et saniorem mentem* (1), como dice el cronista...

Entendiéndolo también así, el padre Lentovski, de la orden de los carmelitas, hombre de una naturaleza pacífica y tímida, dijo quedamente:

—¡Dios es misericordioso! ¡Puede suceder que la noticia lituana concerniente a Turov y Mozyr no se confirme!

Apenas hubo concluído de pronunciar estas palabras, cuando Teodoro Vesniak, coronel circasiano, acercóse al carmelita, alzando su bulava para asestarle un golpe a la nuca... Por suerte no le pudo alcanzar por haberle detenido cuatro de los comensales.

—¡Alto con tu elocuencia, pope!—exclamó.—¡No te incumbe a ti el tacharme de embustero! ¡Sal fuera en seguida, y te enseñaré el respeto que se debe a los coroneles zaporogos!

Los demás comensales se levantaron para calmar al iracundo coronel y, viendo que perdían el tiempo, le arrojaron de la sala.

—¿Cuándo deseáis, noble atamán, que la comisión se reúna?—preguntó Kisiel, queriendo dar otro giro a la conversación.

Desgraciadamente también Kmielnizki estaba ya a medios pelos y su respuesta fué brusca y mordaz:

—Dejaremos para mañana las discusiones y los negocios... ¡Ahora estoy borracho! ¿Qué comisión es esta de que me hablas que no me da tiempo para comer ni beber? ¡Estoy ya harto de todo eso! ¡Prefiero la guerra!—y dió un

(1) «A un estado de ánimo más apacible y razonable.»

gran puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar las bandejas, jarros y platos.—Dentro de cuatro semanas a todos os pisotearé y os venderé al sultán de Turquía... El rey será rey para cortar la cabeza a los nobles, príncipes y duques... ¿Que comete un delito un príncipe? ¡Se le manda cortar la cabeza! ¿Un cosaco? ¡A degollarle! Vosotros me amenazáis con los suecos, pero los suecos no lograrán detenerme... ¡A mi lado tengo a Tugay-Bey, mi amigo, mi alma, el único halcón en el mundo dispuesto a hacer en seguida todo lo que yo quiera!

Kmielnizki, como les ocurre a todos los borrachos, pasó con rapidez de la ira al enternecimiento, tanto que la voz le temblaba de emoción y casi lloraba al dulce recuerdo de Tugay-Bey.

—¿Y vosotros querríais—añadió—que levantase mi espada contra los tártaros y los turcos? ¡No, de ningún modo! ¡Contra vosotros iré yo al frente de mis bravos compañeros! Ya he mandado aviso a todos los regimientos para que los bravos jinetes den pienso a sus caballos y estén preparados para ponerse en marcha, sin carros, sin cañones, pues todo eso lo encontrarán entre los lajes. A cualquiera de los cosacos que lleve un carro le haré cortar la cabeza, y yo mismo saldré sin carruaje, sin más equipaje quizá que una bolsa y unas alforjas... Así llegaré hasta el Vístula y allí gritaré: «¡A callar, lajes!...» Y si levantáis la voz, atravesaré el Vístula... ¡Basta ya de vuestra férula, de vuestros dragones!... ¡Reptiles malditos, falsos, hipócritas!

Se levantó bruscamente de su asiento, se tiró del cabello y empezó a patear, gritando que la guerra le era necesaria y que había recibido ya la bendición y el indulto para hacerla; que nada le importaban la comisión y los comisionados, y que ni siquiera concedía una tregua...

Por fin, dándose cuenta del terror de los comisionados y recordando que, si se marchaban en el acto, se reanudaría la guerra en lo más crudo del invierno, cuando los cosacos, que oponían débil resistencia en campo abierto, no podían atrincherarse, tranquilizóse un poco y volvió a sentarse... Inclinó la cabeza sobre el pecho, apoyó las manos en las rodillas y respiró con ronco silbido. Después cogió de nuevo su copa de vodka, y gritó:

—¡A la salud de Su Majestad el rey!

—¡A su salud y eterna gloria!—respondieron a coro los jefes.

—Anda, Kisiel, sacude ese mal humor—dijo el caudillo. —No tomes tan a pecho mis palabras... ¡Ya ves..., estoy borracho!... Las brujas me han dicho que la guerra era inevitable, pero yo esperaré hasta que vuelva a crecer la primera hierba y entonces reuniremos las comisiones y libertaré a los prisioneros... Según me han dicho, te encuentras enfermo... ¡También a tu salud!

—¡Gracias, atamán de los zaporogos!—respondió Kisiel. —Tengo presente que eres mi huésped...

Kmielnizki volvió a caer en una momentánea ternura, y, apoyando las manos en los hombros del vaivoda, acercó su ancho y arrebolado rostro a las pálidas y demacradas mejillas de Kisiel.

Otros coroneles, imitando su ejemplo, fueron acercándose con atrevida familiaridad a los comisionados, dándoles apretones de manos y palmadas en las espaldas, repitiendo las palabras del atamán: «¡Hasta la primera hierba!» Los comisionados estaban como sobre ascuas. El aliento aguardentoso de aquellos plebeyos abrasaba la faz de los nobles de alta alcurnia, para los que el contacto de aquellas sudorosas manos era tan insoportable como los ultrajes mismos. Tampoco faltaban amenazas en medio de aquellas manifestaciones de grosera cordialidad. Unos le decían al vaivoda: «¡Queremos degollar a los lajes, pero tú eres de los nuestros!» Otros gritaban :«¿Qué queréis vosotros, los nobles señores? Antes nos molíais a golpes, y ¿ahora imploráis clemencia?... ¡Mueran los «manos blancas!»

El atamán Vovk, que había sido en otros tiempos molinero en Nestevar, vociferaba:

—¡Yo he degollado a mi dueño y señor, el príncipe Chetvertiñski!

—¡Entregadnos a Jarema—gritó Jasevski, tambaleándose—y os perdonamos la vida!

El aire bochornoso y el calor en la estancia eran insoportables... La mesa cubierta de restos de carne, desperdicios de pan, manchas de vodka y aguamiel, ofrecía un aspecto repugnante... Por último entraron las agoreras, o

sea las brujas, en cuya compañía el atamán solía beber hasta muy entrada la noche, escuchando sus augurios: figuras extrañas, demacradas, lívidas, o, por el contrario, llenas de vigor y de juventud... Valíanse, para augurar, de cera, de granos de trigo candeal, de fuego, de espuma, de grasa humana. No tardaron en entregarse las más jóvenes y los coroneles a retozos y cuchicheos... Kisiel por poco se desmaya...

—Gracias, atamán, por el banquete—dijo con voz débil. —¡Quedad con Dios!

—Mañana iré a comer en tu compañía, Kisiel—repuso Kmielnizki.—Ahora, que Dios os acompañe. Donez, con sus bravos, os escoltará para que el populacho no os moleste.

Haciendo una inclinación, los comisionados retiráronse. Donez les esperaba, en efecto, al frente de su escolta, ante el portal.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuraba Kisiel, escondiendo el rostro entre las manos.

La comitiva dirigióse silenciosamente al alojamiento de los comisionados.

Pero éstos ya no estaban alojados juntos. Kmielnizki les había destinado alojamiento en diversos puntos de la ciudad para evitar que pudieran reunirse con facilidad y conferenciar.

El vaivoda Kisiel, rendido, sin poder apenas tenerse en pie, no bien llegó a su aposento, se dejó caer en el lecho y no quiso ver a nadie hasta el día siguiente. Poco antes del mediodía hizo llamar a Skretuski.

—¿Qué habéis hecho?—le preguntó.—¿Qué habéis hecho? ¡En gran riesgo habéis colocado vuestra vida y la nuestra!

—*Mea culpa,* Alteza—contestó el guerrero;—pero lo hice dominado por tal *delirium,* que cien vidas hubiera preferido perder antes que presenciar aquello.

—Kmielnizki se dió cuenta de vuestra verdadera intención... A duras penas conseguí amansar *efferatam bestiam* (1), tratando de explicar vuestro proceder... Pero hoy debe venir a mi casa y de seguro os interrogará. Responded que seguisteis mis órdenes al llevaros los soldados.

(1) «Bestia enfurecida.»

—Brisovski volverá hoy a tomar el mando de la escolta, pues ya va sintiéndose mejor.

—Lo celebro... Vos sois demasiado joven e inflexible de nuca, sobre todo para los tiempos que atravesamos. Vuestra conducta no es reprensible, pero se ve que sois joven y vuestro corazón no sabe soportar los dolores.

—Al dolor estoy acostumbrado, Alteza, pero a la ignominia no puedo acostumbrarme...

El vaivoda gimió débilmente, como un enfermo a quien se le toca la herida. Una sonrisa triste y resignada se dibujó en sus labios y murmuró:

—El oir hablar así es para mí ya el pan cotidiano. Antes lo regaba con amargas lágrimas, pero ahora ya faltan lágrimas a mis ojos...

El corazón de Skretuski se llenó de piedad ante aquel pobre anciano en cuya faz de mártir se pintaba un hondo sufrimiento físico y moral.

—Alteza—dijo el lugarteniente.—A Dios pongo por testigo de que, al decir lo que he dicho, sólo he pensado en la abominabilidad de estos tiempos, en los que los senadores y los altos dignatarios del rey tienen que prosternarse ante esa chusma, merecedora de morir en el palo.

—¡Que Dios os bendiga! Sois joven y honrado... Comprendo que no habréis tenido, al hablar así, la intención de ofenderme. Pero lo que vos habéis dicho lo dice también vuestro príncipe, y con él, el ejército, la nobleza, la Dieta, media república, y toda esa carga de odios y desprecios pesa sobre mi frente.

—A la patria le sirve cada uno según su leal saber y entender, y sólo Dios es el llamado a juzgar las intenciones... En cuanto al príncipe Jarema, sirve a la patria con su energía y sus riquezas...

—Por eso le circunda la gloria y camina resplandeciente como los rayos del sol. A mí, en cambio, ¿qué es lo que me aguarda? ¡Oh, y qué bien dices que sólo Dios es el llamado a juzgar nuestras intenciones honradas!.¡El concederá, por lo menos, la paz eterna a todos los que sucumbieron al peso de su dolor!

El lugarteniente calló y Kisiel alzó los ojos al cielo en muda plegaria. Luego continuó:

—Soy ruteno en cuerpo y alma. Las mogilas de los príncipes Sviatoldich están en esa tierra: por eso la amo y amo a las gentes que en ella han nacido. Yo he visto con mis propios ojos los excesos de ambas partes, conozco la desmesurada arrogancia de los zaporogos, pero también conozco el orgullo insoportable de los que querían subyugar a esa nación guerrera. ¿Qué debía hacer yo, siendo ruteno y siendo al mismo tiempo un hijo fiel y senador de esta república? Me agregué al coro que predicaba *pax vobiscum*, porque así me lo mandaban mi sangre y mi corazón, porque así pensaban y sentían el difunto rey, padre de todos nosotros, el canciller, el primate y otros tantos; porque entendía que la guerra fratricida significaba el exterminio de tirios y troyanos. Quise trabajar hasta el último día de mi vida, hasta mi postrer aliento, en pro de la concordia, y cuando la sangre comenzó a correr, me dije: «Yo voy a ser el ángel de la reconciliación.» Y me esforcé y aún me estoy esforzando, desafiando el dolor, el martirio, la ignominia, la desesperación, que es de todas las torturas que padezco la más horrenda. Ahora, ¡vive Dios!, no sé si ha llegado demasiado temprano el príncipe con su espada, o yo demasiado tarde con mi ramo de oliva: lo cierto es que veo estrellarse mis esfuerzos y que las energías y los ánimos van abandonándome; que estoy golpeando inútilmente mi blanca cabeza contra un muro invulnerable, y, un pie ya en el sepulcro, diviso ante mí sólo una vasta obscuridad y la ruína, la ruína general.

—¡Dios nuestro Señor nos salvará!

—¡Ojalá quiera Dios mandar un rayo de su misericordia antes de que yo sucumba, para que no muera en la desesperación! Si tal hace, le bendeciré por todos mis dolores, por la cruz que he llevado durante mi vida, por las maldiciones del populacho que pide mi cabeza, por las invectivas de las Dietas que me tachan de traidor, por la pérdida de mi fortuna, por la ignominia en que vivo, por el amargo premio que de uno y otro bando recibo.

Y Kisiel elevó al cielo sus manos descarnadas, y dos gruesas lágrimas, quizás las últimas que derramó, rodaron por sus mejillas.

Skretuski no pudo contenerse más. Se arrojó a los pies

del noble anciano, le cogió una mano, y con voz trémula de emoción exclamó:

—Soy soldado y sigo mi camino; pero ante el mérito y el dolor siempre me prosterno.

Y aquel noble y bravo caballero de los húsares de Visnoviezki acercó sus labios a la mano de aquel ruteno a quien meses antes, con otros, había llamado traidor.

Kisiel, colocando ambas manos sobre su cabeza, díjole con voz queda:

—¡Hijo mío! ¡Que Dios te consuele, te guíe y te bendiga como yo te bendigo!

El círculo vicioso en que se movían las negociaciones siguió girando. Kmielnizki se presentó con bastante retraso y de pésimo humor. Empezó por declarar que todo lo que había dicho la víspera referente a la suspensión de hostilidades hasta las Fiestas Verdes (1) y a la liberación de los cautivos lo había dicho en estado de embriaguez, y que ahora veía que trataban de burlarse de él.

Kisiel intentó calmarle, haciéndole nuevas proposiciones, aceptando sus razones; pero sus palabras, como escribió el chambelán de Lvov, eran *surdo tyranno fabula dicta* (2).

La actitud del atamán era tan grosera, que los comisionados añoraban al Kmielnizki de la noche anterior. Al señor Pozovski dió un golpe con la *bulava* sólo por haber tardado en presentársele, y eso que ese noble, muy abrumado por la enfermedad, ya casi estaba en los brazos de la muerte.

Ni las amables palabras ni la persuasión lograban reducirle. Sólo cuando bebió aguardiente y exquisito hidromiel de Guscha se puso de mejor humor. Pero los asuntos políticos ni siquiera volvió a recordarlos, limitándose a decir:

—Si tenemos que beber, bebamos; la discusión y la política la dejaremos para mañana, y, si no, me voy.

Hacia las tres de la madrugada se empeñó en entrar en la habitación del vaivoda, a lo que éste se opuso bajo varios pretextos, pues había encerrado allí a Skretuski, temeroso

(1) Pentecostés. (*N. del T.*)

(2) «Cuentos narrados a un tirano que se hace el sordo.»

de que el encuentro de este imponderable guerrero con Kmielnizki provocara alguna escena desagradable y acaso de fatales consecuencias para el noble caballero. Pero Kmielnizki, obstinado en su propósito, penetró en la estancia seguido de Kisiel, y su sorpresa fué grandísima al encontrarse con el lugarteniente, a quien saludó con una inclinación de cabeza y le dijo, tendiéndole amistosamente la mano:

—¡Eh, Skretuski!, ¿por qué no bebes con nosotros?

—No me encuentro bien, atamán—respondió el caballero, inclinándose ante él.

—Ayer te fuiste y me aguaste la fiesta.

—Cumplía las órdenes recibidas—terció Kisiel.

—¡Déjate de excusas, vaivoda! Yo le conozco, y por lo mismo que le conozco, me consta que se fué porque no quería ser testigo del homenaje que me tributabais. ¡Oh!, ¡oh! ¡Vaya si conozco a este pájaro! Pero lo que a él le perdono a otro no se lo perdonaría, pues es mi entrañable amigo y le quiero bien.

Kisiel, asombrado, abría desmesuradamente los ojos. El atamán volvióse de pronto a Skretuski.

—¿Y sabes por qué te quiero?

Skretuski movió negativamente la cabeza.

—¿Creerás acaso que es por haberme librado del lazo cerca de Omelnik, cuando yo, un hombre errabundo, era perseguido como una bestia? ¡Pues andas equivocado! Yo entonces te di un anillo que llevaba en el engarce polvo de la tumba de Nuestro Señor y que tú, alma cornuda, no me mostraste cuando caíste en mis manos... Pero, sin eso, te dejé en libertad: así es que te pagué en la misma moneda... No, no es por esto por lo que te quiero bien. Tú me prestaste otro servicio, por el que te estoy agradecido y te considero amigo del alma.

Skretuski miró estupefacto a Kmielnizki.

—¡Mira cómo se asombra!—exclamó el atamán como si hablara con una cuarta persona.—Pues has de saber que me enteré en Chegrin, cuando llegué con Tugay-Bey de Bazavluk. Pregunté allí por todas partes dónde se encontraba mi enemigo Chaplinski, a quien no logré encontrar..., y entonces fué cuando me refirieron cómo le habías tratado des-

pués de nuestro primer encuentro: le cogiste por los calzones y le tiraste contra la puerta como a un perro, ¿verdad?

—Sí.

—E hiciste muy bien, te portaste como un valiente... Yo sabré encontrarle...; me importa más que todas estas negociaciones y comisiones...: sabré encontrarle todavía y jugaré con él a mis anchas... ¡Buena lección le diste!

Y volviéndose hacia Kisiel, tornó a referir la hazaña.

—Le agarró por los calzones, le levantó como si fuera una paja, y golpeándole la cabeza contra la puerta, le tiró a la calle.

Kmielnizki se echó a reir de tan buena gana, que sus carcajadas resonaron en el comedor.

—Tú, Kisiel, ordena que nos sirvan aguardiente. Quiero beber a la salud de este bravo y valiente caballero, mi amigo cordialísimo.

El vaivoda abrió la puerta y llamó al mozo, que acudió en el acto con tres vasos de aguamiel de Guscha.

Kmielnizki chocó su vaso con los del vaivoda y Skretuski, y lo vació de un trago...

De pronto su rostro se serenó y su corazón se inundó de alegría.

—¡Pídeme lo que quieras!—dijo, volviéndose hacia el lugarteniente.

El rostro pálido de Skretuski se puso rojo como la grana. Siguió un minuto de silencio.

—No temas—añadió el atamán.—Mi palabra no es humo. Lo que te plazca me lo pides, con tal que no me pidas cosas que le incumban a Kisiel.

Aun embriagado, siempre era Kmielnizki dueño de sus actos.

—Si me es lícito valerme de vuestra benevolencia, atamán, sólo os pediría justicia... Uno de vuestros coroneles me ha ofendido...

—¡Se le cortará la cabeza! — interrumpióle Kmielnizki irritado...

—No es eso lo que yo os pido... Ordenadle que se bata conmigo...

—¡Se le cortará la cabeza!—repitió el atamán.—¿Quién es ese coronel?

—¡Bogun!

Kmielnizki pestañeó fuertemente, como para coordinar sus recuerdos, y se dió una palmada en la frente.

—¿Bogun? ¿Has dicho Bogun?... ¡Si ha muerto! El mismo rey me escribió que fué muerto en un duelo.

Skretuski se asombró... Zagloba había dicho la verdad.

—¿Y en qué te ofendió Bogun?—preguntó el atamán.

El rostro del lugarteniente se enrojeció aún más. Temía hablar de la princesita; tenía miedo de que el atamán, medio borracho, dijera alguna grosería imperdonable de la noble doncella.

Pero Kisiel le sacó del apuro.

—Es un asunto serio...—dijo.—Me lo ha referido el castellano Brozovski. Bogun raptó, digno atamán, a la prometida de este noble caballero, y a la hora presente no sabe dónde la tiene oculta.

—Búscala, pues—repuso Kmielnizki.

—La busqué más allá del Dniéper, donde tenía entendido que estaba oculta, pero no la encontré. He sabido, sin embargo, que intentaba llevarla a Kiev para desposarse allí con ella... Concededme, atamán, el permiso para ir a Kiev a ver si allí la encuentro... Es lo único que os pido...

—Tú eres mi amigo... Tú triunfaste sobre Chaplinski... Yo te daré el permiso para ir a Kiev y buscar por todos los lugares y rincones que pudieras hallarla... Y además daré una orden terminante para que allí donde se encuentre te sea entregada... También te daré un salvoconducto y una carta para el metropolitano a fin de que te ayude en tus pesquisas en los conventos de monjas.... ¡Mi palabra no es humo!

Y el atamán abrió la puerta y llamó a Vyjovski, ordenándole que extendiera en seguida la orden y la carta. Aunque eran ya las cuatro de la madrugada, Charnota tuvo que ir por los sellos oficiales del atamán... Diedalo trajo el salvoconducto y Donez recibió orden de acompañar a Skretuski con doscientos caballeros hasta Kiev y después hasta las primeras avanzadas de los polacos.

Al día siguiente Skretuski abandonaba Pereiáslav.

CAPITULO XIX

Si Zagloba se aburría ya en Zbaraz, mucho más se aburría Volodiovski, que añoraba la guerra y las aventuras. Aunque de vez en cuando salían de Zbaraz algunas banderas para rechazar a las partidas de merodeadores que vivaqueaban junto al Zbruch, aquello era una pequeña guerra, meras exploraciones militares que el frío y el crudo invierno hacían dificultosas, que ocasionaban muchas fatigas, pero que daban poca gloria. El señor Miguel incitaba diariamente a Zagloba a acudir en socorro de Skretuski, del que hacía largo tiempo que no tenían noticias.

—Seguramente se habrá encontrado allí en duros trances y tal vez haya perdido la vida—decía el menudo caballero. —Debemos partir a toda costa, aunque hubiéramos de perecer con él.

Zagloba no se oponía, puesto que él mismo opinaba que se iba desmoralizando en Zbaraz por completo, y se asombraba de que aún no hubieran empezado a nacerle setas por el cuerpo; pero retrasaba la partida en la esperanza de que, de un momento a otro, llegarían noticias sobre Skretuski.

—Skretuski es valiente, pero prudente—respondía.—Esperemos aún un par de días, tal vez llegue una carta por la que veamos que nuestra expedición sería completamente inútil.

Volodiovski comprendía la razón de estos argumentos y se armaba de paciencia, pero el tiempo se deslizaba cada vez con más lentitud y las esperadas noticias no llegaban. Hacia fines de diciembre el frío interrumpió hasta las escaramuzas; la región se tranquilizó. El único entretenimiento lo constituían las noticias políticas que frecuentemente repercutían sobre los grisáceos muros de Zbaraz.

Se hablaba de la coronación, de las Cortes y de si el prín-

cipe Jeremías sería o no encargado del mando supremo, que le correspondía antes que a cualquier otro héroe guerrero. La gente se indignaba, pues, contra los que afirmaban que, puesto que el asunto se inclinaba hacia las negociaciones con Kmielnizki, sólo Kisiel podía ser elevado a ese rango. Con este motivo, Volodiovski había tenido ya varios duelos y Zagloba había tomado varias borracheras y corría el peligro de convertirse en un borrachín de profesión, pues no sólo se entregaba a desenfrenadas orgías en compañía de los oficiales y la nobleza, sino que no se avergonzaba de frecuentar las casas de los burgueses, de asistir a sus bautizos y bodas, donde se recreaba especialmente atiborrándose de aguamiel de renombrada marca de Zbaraz.

Volodiovski le reprendía y le decía que era impropio de un caballero frecuentar el trato de gentes de tan bajo rango, con lo que ponía en evidencia a toda la nobleza. Zagloba le contestaba que las leyes eran las únicas culpables de aquello, puesto que permitían a la baja estofa criarse en tan finos pañales y alcanzar tal grado de bienestar, lo que, en realidad, sólo era una prerrogativa de la nobleza, y profetizaba que de tal blandura de las leyes no podía salir nada bueno; pero seguía haciendo de las suyas. Y en el fondo no podía reprochársele su manera de obrar, en aquellos tristes días de invierno, en medio de aquella incertidumbre y aquel aburrimiento.

Las banderas del príncipe, cada vez más numerosas, se iban reconcentrando en Zbaraz, por lo que se auguraba que la guerra comenzaría en la próxima primavera. Los ánimos iban levantándose cada vez más. Entre otros, llegó también Longinos con la bandera de húsares de Skretuski y con las noticias de que el príncipe Jeremías había caído en desgracia en la corte y de la muerte de Tiskiévich, el vaivoda de Kiev. Según la opinión general, al decir de Longinos, sería Kisiel quien sucedería a Jeremías en el cargo; también se tuvo noticia, por el lituano, de la grave enfermedad del señor Lasch, el guardián de la Corona, en Cracovia.

En lo concerniente a la guerra, el señor Longinos había oído decir al mismo príncipe que sólo sería declarada en

el caso de la más absoluta necesidad, pues los comisionados, provistos de las correspondientes instrucciones, habían partido a entrevistarse con Kmielnizki, dispuestos a hacer las más amplias concesiones a los cosacos.

Esta relación del señor Longinos fué acogida con gran furor por parte de los guerreros de Visnoviezki, y Zagloba propuso protestar de ello ante la corte y formar una confederación, pues no quería ver reducidos a la nada sus éxitos electorales en Constantínov.

Entre estos relatos y la general incertidumbre transcurrió todo el mes de febrero. Ya había transcurrido casi la mitad del mes de marzo sin recibirse noticia alguna sobre Skretuski.

Volodiovski acosaba con más insistencia a Zagloba para emprender la partida.

—No sólo a la princesa, sino también a Skretuski, estamos obligados a buscar—decía.

Demostróse, por último, que Zagloba había tenido razón al demorar el viaje día por día, pues hacia fines de marzo llegó el cosaco Zacar con una carta dirigida al señor Volodiovski, desde Kiev. El señor Miguel hizo llamar a Zagloba inmediatamente, y luego de encerrarse con el mensajero en una habitación retirada, rompió los lacres y leyó lo que sigue:

«A lo largo del Dniéster, hasta Jagorlik, no he encontrado rastro alguno. Con la idea de que podría estar oculta en Kiev, me uní a los comisarios, con los cuales llegué hasta Pereiáslav. Después de haber recibido inesperadamente una carta de autorización de Kmielnizki, llegué hasta Kiev y busqué por todas partes, ayudado por el propio metropolitano. Aquí hay una multitud de los nuestros escondidos entre los habitantes y en los conventos, pero por miedo no se dejan ver del populacho, lo que hace las investigaciones más difíciles. El Señor no sólo me ha conducido y protegido, sino que también ha inspirado a Kmielnizki simpatía hacia mí; y tengo la esperanza de que seguirá protegiéndome y se apiadará de mí. Ruego al padre Mujoviezki se sirva decir una misa mayor, en la que vosotros rezaréis por mi salvación.—SKRETUSKI.»

—¡Alabado sea el Dios Eterno!—exclamó Volodiovski.

—Hay una postdata—dijo Zagloba, que miraba por encima del hombro del menudo caballero.

—¡Es verdad!—profirió el señor Miguel, y siguió leyendo: «El portador de esta carta es esaul del campamento de Mirgorod, y me trató muy bien cuando estuve prisionero en Sich; también me ha ayudado en esta ocasión en Kiev, habiéndose encargado ahora de llevaros esta carta, con peligro de su vida. Tómale bajo tu protección, Miguel, y que no le falte nada.»

—¡He aquí un cosaco honrado, el único que yo conozco! —gritó Zagloba, ofreciendo su mano a Zacar.

El viejo la apretó sin el menor signo de sumisión.

—¡Puedes contar ciertamente con una recompensa!—dijo el menudo caballero.

—¡Pan Skretuski es un halcón!—repuso el cosaco.—Le tengo cariño. No me he encargado de esta misión por dinero.

—Tus sentimientos caballerescos ya los quisieran para sí algunos nobles—comentó el grueso hidalgo.—¡Ya se ve que no todos sois bestias, no todos! Pero esto es cosa aparte. ¿De modo que Pan Skretuski está en Kiev?

—Sí, señor.

—¿Y en seguridad? Pues, según tengo entendido, el pueblo se entrega allí al asesinato y a la rapiña.

—Está alojado en casa del capitán Donez. No le sucederá mal alguno, pues nuestro padrecito Kmielnizki ha encargado a Donez que le trate como a las niñas de sus ojos.

—Suceden una barbaridad de milagros. ¿De dónde le habrá venido a Kmielnizki esta estima por Skretuski?

—Hace mucho tiempo que le tiene simpatía.

—¿Y te ha dicho Skretuski lo que buscaba en Kiev?

—¿Cómo no había de decírmelo siendo su amigo? Yo buscaba unas veces con él y otras solo, de modo que tenía que decirme lo que debía buscar.

—¿Y hasta ahora no habéis encontrado nada?

—¡Nada! Los lajes que se encuentran allí escondidos no saben una palabra unos de otros, de modo que no es fácil encontrarla. Vos sólo habéis oído que el populacho hace horrores allí, pero yo lo he visto; no sólo asesinan a los lajes, sino también a aquellos que los ocultan, tanto frailes

como monjas. En el convento de las monjas de San Nicolás el Bueno había doce mujeres lajes, que en unión de las monjas fueron ahumadas en sus celdas. Casi todos los días el populacho se divierte en cazarlos por las calles, arrojándolos después al Dniéper. ¡Ah, cuántos han sido ahogados ya allí!

—Entonces tal vez haya perecido...

—Tal vez.

—¡No puede ser!—terció Volodiovski.—Si Bogun la ha llevado allí, la habrá puesto en lugar seguro.

—¿Dónde estaría más segura que en un convento?

—Pero en los conventos no es fácil buscarla.

—¡Uf!—dijo Zagloba.—¿De modo que tú crees que habrá muerto?

—No lo sé.

—Se ve que Skretuski está muy animado—advirtió Zagloba.—Dios le ha puesto duras pruebas, pero le protege también. ¿Y tú, Zacar, cuánto tiempo hace que saliste de Kiev?

—Hace mucho tiempo, señor. Abandoné Kiev cuando los comisionados atravesaban la ciudad en su viaje de regreso. Una multitud de lajes, pobres infortunados, quiso huir con ellos y atravesó los campos nevados, las estepas, los bosques, con dirección a Bialogrod, pero los cosacos les persiguieron y los mataron. Muchos se quedaron escondidos, muchos fueron asesinados y muchos fueron rescatados por Pan Kisiel mientras le quedó un cuarto en el bolsillo.

—¡Oh, almas de perro! ¿Y tú partiste con los comisionados?

—Con los comisarios llegué hasta Guscha, desde allí fuí con ellos a Ostrog, después continué solo el viaje.

—Seguramente serás un antiguo conocido de Skretuski.

—Le conocí en Sich y le cuidé mientras estuvo herido. Allí aprendí a quererle como a un hijo. Soy viejo y no tengo a nadie a quien querer.

Zagloba llamó a un mozo, hizo traer aguamiel y carne, y se sentaron a cenar. Zacar comió con gran apetito, pues estaba hambriento y fatigado, y humedecía frecuentemente su bigote gris en el obscuro líquido, y se relamía después de cada trago.

—Exquisito aguamiel—murmuraba.

—Es mejor que la sangre que bebéis vosotros—decía Zagloba.—Pero estoy pensando que, como eres una buena persona y amigo de Pan Skretuski, no volverás a unirte a los rebeldes, sino que te quedarás con nosotros. Ya verás, no lo pasarás mal.

Zacar levantó la cabeza.

—He traído la carta y me vuelvo, soy un cosaco. Con los cosacos debo fraternizar, no con los lajes.

—¿Y lucharás contra nosotros?

—¡Naturalmente! Soy un cosaco de Sich. Hemos elegido al padrecito Kmielnizki por hetmán, y ahora el rey le ha mandado la bulava de mando y la bandera.

—¿Veis, Pan Miguel?—profirió el grueso hidalgo—¿No os he dicho que teníamos que protestar?

—¿De qué campamento eres?

—Del de Mirgorod, pero ya no existe.

—¿Qué ha sido de él?

—Los húsares de Pan Charnezki lo aniquilaron cuando lo de Aguas Amarillas. Ahora estoy con los que sobrevivieron, bajo las órdenes de Donez. Pan Charnezki, nuestro prisionero, es un bravo soldado. Los comisionados han rogado que sea puesto en libertad.

—También nosotros tenemos prisioneros vuestros.

—Así debe de ser. En Kiev se dice que nuestro mejor guerrero está prisionero de los lajes, por más que otros dicen que ha muerto.

—¿De quién hablas?

—¡Oh, del famoso atamán Bogun!

—Bogun ha sido mortalmente herido en duelo.

—¿Y quién le ha matado?

—¡Este caballero!—contestó Zagloba, señalando a Volodiovski.

A Zacar, que acababa de llevarse a la boca el segundo cuartillo de aguamiel, se le salieron los ojos de las órbitas, su cara se congestionó... El viejo cosaco arrojó la bebida por la nariz y prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Este laj ha matado a Bogun?—preguntó, retorciéndose de risa.

—¡Por Satanás!—gritó Volodiovski, arrugando la frente. —Este mensajero se permite demasiado.

—No os encolericéis, Pan Miguel—intervino Zagloba. —Como se ve, es un buen hombre, sólo que no sabe portarse debidamente con las personas, pues, al fin, es un cosaco. Por otra parte, es para vos un gran prestigio que, a pesar de vuestro aspecto insignificante, hayáis realizado ya tantas hazañas durante vuestra vida. Tenéis un cuerpecillo diminuto, pero un alma grande. Sabéis que yo mismo os miraba asombrado después del duelo, a pesar de haberlo presenciado con mis propios ojos, pues casi me parecía imposible que un tapón...

—¡Basta!—gruñó Volodiovski.

—No soy vuestro padre, de modo que no tengo la culpa. Pero ya quisiera yo tener un hijo como vos, y estoy dispuesto a adoptaros dejándoos todos mis bienes, pues no es nada vergonzoso ser grande en cuerpo pequeño. Tampoco el príncipe es mucho mayor que vos, y, sin embargo, ni el mismo Alejandro el Grande sería digno de ser su caballerizo.

—Pero lo que más rabia me da es que de la carta de Skretuski no se desprende resultado alguno—dijo Volodiovski un tanto calmado.—Gracias a Dios que no ha dejado él mismo su vida en el Dniéster, pero hasta ahora no ha encontrado a la princesa. ¿Y quién nos asegura que la encontrará?

—¡Es verdad! Pero si Dios le ha librado ya de Bogun por nuestras manos, y le ha conducido felizmente a través de tantos peligros y dificultades; si ha llenado hasta el empedernido corazón de Kmielnizki de un extraño afecto hacia él, no hay motivo para desesperar. Si en todo esto no veis la mano de la Providencia, es porque vuestra inteligencia es menos aguda que vuestro sable. Lo que no es extraño, pues un hombre no puede poseer al mismo tiempo todas las perfecciones.

—Sólo veo una cosa—refunfuñó Volodiovski—y es que nosotros no tenemos nada que hacer allí y que tendremos que seguir inactivos aquí hasta que acabemos de pudrirnos.

—Antes me pudriré yo que vos, pues soy más viejo y ya sabéis que los rábanos se vuelven madera y el tocino rancio con el tiempo. Demos gracias a Dios de que todas nuestras zozobras parece que no han de ser eternas. No poco

sufro yo a causa de la princesa, en todo caso más que vos y no mucho menos que Skretuski, pues ella es como mi hijita y yo no podría amar tanto a una propia como a ella. Hasta hay quien dice que se parece a mí como un huevo a otro, y no me veríais alegre si no abrigara la esperanza de que todo acabará bien. Mañana empezaré a redactar un epitalamio, pues escribo versos muy hermosos, aunque en los últimos tiempos he echado algo en olvido a Apolo por Marte.

—¡A qué hablar ahora de Marte!—contestó Volodiovski. —¡El demonio se lleve a ese traidor de Kisiel, a todos los comisionados y sus negociaciones! En primavera habrá paz, tan cierto como dos y dos son cuatro. Pan Longinos, que ha hablado con el príncipe, afirma lo mismo.

—Pan Longinos entiende tanto de asuntos públicos como la cabra de pimienta. En la corte no se habrá ocupado de otra cosa que de rondar a aquella cogujada, acechándola como un galgo a la perdiz. Me alegraré de que se la birlen. Pero a lo que íbamos. No digo que Kisiel no sea un traidor, esto lo sabe toda la república, pero creo que en lo referente a las negociaciones nadie puede ver claro el resultado... ¿Y qué se dice entre vosotros, Zacar? ¿Habrá paz o guerra?

—Hasta la primera hierba habrá paz. Pero en la primavera muerte y condenación, o para nosotros o para los lajes.

—Consolaos, Pan Miguel, yo también he oído que el populacho se prepara a batir el cobre.

—Será una guerra como nunca la ha habido—dijo Zacar. —Se asegura entre nosotros que también vendrán el sultán turco y el kan con todas sus hordas; además, nuestro amigo Tugay-Bey está cerca de la frontera y no piensa en volver tan pronto a su casa.

—Consolaos, Pan Miguel—replicó Zagloba.—Existe la profecía de un nuevo rey cuyo reinado transcurrirá en continua guerra, y es, por tanto, probable que durante mucho tiempo no envainemos el sable. Nosotros estamos destinados a desgastarnos en la guerra, como la escoba en el barrer continuo. Es el destino del soldado. Si combatimos juntos, os aseguro que seréis testigo de proezas estupendas y tendréis ocasión de ver cómo luchábamos en otros tiempos mejores. ¡Dios mío! Los hombres ya no son los mismos

de antes: vos mismo no lo sois, Pan Miguel, a pesar de ser un soldado valeroso y de haber matado a Bogun.

—Lo que decís es verdad, señor—dijo Zacar:—hoy los hombres no son ya como antes...

Y, clavando una mirada escudriñadora en Volodiovski, añadió, sacudiendo la cabeza:

—Pero que este laj haya matado a Bogun, ¡no! ¡no!, no puede ser.

CAPÍTULO XX

Después de unos días de descanso el anciano Zacar volvió a Kiev. Los comisionados regresaban sin grandes esperanzas de reconciliación, y no sólo sin esperanzas, sino casi por completo desilusionados. Sólo habían conseguido que el armisticio se prolongara hasta las Fiestas Verdes rutenas, y que entonces se constituyera una nueva comisión dotada de plenos poderes para tratar de las negociaciones. Pero como las condiciones y pretensiones de Kmielnizki eran muy exageradas, nadie creía que la república pudiera aceptarlas. Por ambas partes comenzaron, pues, los aprestos de guerra con febril apresuramiento. Kmielnizki asediaba constantemente con mensajes al kan a fin de inducirle a que acudiera en su ayuda al frente de todas sus tropas; envió también a Estambul emisarios para que se avistaran con el embajador del rey, Biechiñski, que desde algún tiempo allí moraba. Esperábase en la república, de un momento a otro, el llamamiento general a las filas. Ya había noticias de algunos nuevos nombramientos de jefes militares: del copero real Ostrorog, de Lanskoronski y de Firley, y de que el príncipe Jeremías había sido completamente eliminado de la intervención en los asuntos militares, y desde entonces podía defender su patria contando sólo con sus propias tropas. No sólo los soldados del príncipe, no sólo la nobleza rutena, sino hasta los partidarios de los antiguos regimentarios censuraban tal desatención, afirmando acertadamente que si el sacrificio de Visnoviezki, mientras había esperanza de llevar a buen término las negociaciones, tenía sus razones políticas, su alejamiento en caso de guerra era un error inmenso e imperdonable, porque sólo él era capaz de medir sus fuerzas con Kmielnizki y de vencer al famoso caudillo de los rebeldes. El príncipe se trasladó a Zbaraz para reunir allí el mayor número de fuerzas y

estar dispuesto a todo evento si se rompían las hostilidades.

Se había convenido el armisticio, pero a cada momento se veía su insuficiencia. Kmielnizki, realmente, mandó decapitar a algunos de sus jefes que contraviniendo el tratado habían osado atacar algunos castillos y escuadrones, pero no podía dominar a la masa del populacho y a las numerosas bandas nómadas, las cuales ignoraban el armisticio o fingían ignorarlo, o hasta no comprendían del todo el significado de dicha palabra. Hacían sin cesar irrupciones dentro de las fronteras aseguradas por el convenio, violando de este modo todas las promesas de Kmielnizki. Por otra parte, las tropas privadas y las fuerzas cuartanas, empeñadas en la persecución de los facciosos, franqueaban en muchos sitios el Pripet y Horin en el distrito de Kiev, internándose muy adentro en el vaivodato de Bráslav, donde, al ser atacados por los cosacos, reñían con éstos verdaderas batallas, que a veces llegaban a convertirse en enconadas y sangrientas luchas. De aquí las continuas quejas, por parte de los polacos como por parte de los cosacos, por la violación del acuerdo, el cual, en realidad, ni unos ni otros podían mantener. La suspensión de las hostilidades, por tanto, estaba en vigor sólo en cuanto el mismo Kmielnizki, por una parte, y el rey por otra, con los hetmanes, no emprendían formales campañas; pero la guerra ardía ya en realidad antes que el núcleo de las fuerzas principales emprendiera el avance guerrero...

Entre tanto, los primeros rayos del cálido sol primaveral volvían a inundar las aldeas incendiadas, los lugarejos, las villas y castillos, bañando con su luz las crueles matanzas.

Las bandas facciosas avanzaban en sus incursiones hasta Zbaraz, desde Bar, Kmielnik y Majnovka, degollando, pillando e incendiando cuanto hallaban a su paso... El príncipe Jeremías combatíalas por medio de sus coroneles, sin tomar parte personalmente en tales escaramuzas, no queriendo salir al campo hasta poder hacerlo al frente de una división entera cuando los hetmanes emprendieran el avance.

Al hacer avanzar las vanguardias ordenó que respondieran a la sangre con la sangre, extendiendo el fuego hasta

desquitarse del saqueo y de las matanzas enemigas. Mandaba una de ellas Longinos Podbipienta, quien desbarató varias partidas en las cercanías de la Isla Negra; pero este caballero era temible sólo en la batalla, y a los prisioneros, aunque los hubiera cogido con las armas en la mano, los trataba con demasiada clemencia, por lo cual su jefe dejó de enviarle contra los rebeldes. En estas expediciones se distinguía entre todos Volodiovski, el cual, en cuanto al manejo de la partesana, tenía quizás sólo a Viérsul por rival. Ninguno tan rápido en el ataque como él, ninguno tan experto para cortar inesperadamente el paso al enemigo y caer sobre él después en fiero ataque, haciéndole huir a la desbandada, cogiéndole vivo o muerto, decapitando y ahorcando a los facinerosos. No tardó en infundir temor general, haciéndose merecedor de las simpatías y favor del príncipe. Desde mediados de marzo a mitad de abril Volodiovski dió fin a siete partidas nómadas de las que cada una era tres veces más numerosa que las fuerzas que él mandaba. No daba nunca muestras de cansancio, y la visión de la sangre parecía enardecerle. El menudo caballero, o más bien el menudo demonio, trataba de animar a Zagloba a que le acompañara en tales expediciones, pero el valiente hidalgo se hacía el lerdo y explicaba así su inacción:

—Yo soy demasiado barrigudo, Pan Miguel, para exponerme a tales traqueteos y sacudidas... Y además cada cual tiene su especialidad. Atacar con los húsares las masas enemigas a la clara luz del día, destrozando campamentos, ganar banderas al enemigo..., ése es mi fuerte. Dios me ha mandado al mundo con aptitudes para eso. Pero correr durante la noche por vericuetos detrás de partidas nómadas, esa empresa la dejo para ti, porque eres más fino que un fideo y puedes escabullirte fácilmente por donde quieras. Yo soy un guerrero de vieja cepa y, como el león, prefiero devorar a rastrear por los arbustos como un sabueso... Además, a la hora de ordeñar las vacas por la noche, tengo que meterme en la cama...

Así, pues, Volodiovski iba solo y solo también triunfaba; pero una vez partió a fines de abril y volvió a mediados de mayo, triste y cabizbajo como si hubiera sufrido una derrota y perdido gentes inútilmente... Así al menos les pareció a

todos, aunque no era acertada esta opinión. Súpose que en esa larga y fatigosa expedición había penetrado hasta más allá de Ostrog, cerca de Golovnia, batiendo allí no una banda enemiga formada, como tantas otras, por el populacho, sino un destacamento zaporogo de varios centenares de hombres, matando a la mitad de ellos y haciendo prisioneros a los restantes. Era, pues, tanto más singular la profunda tristeza que nublaba su rostro siempre tan jovial. Muchos quisieron conocer al punto la causa, pero Volodiovski no contestaba a pregunta alguna. Apenas se apeó de su caballo, visitó al príncipe en compañía de dos caballeros desconocidos que le acompañaban y sostuvo con él una larga conversación. Después, y con los mismos caballeros, fué en busca de Zagloba sin detenerse un instante en el camino, a pesar de que los curiosos hasta osaban tirarle de las mangas.

Zagloba miró con cierto asombro a aquellos dos gigantes, a los que jamás había visto, aunque sus uniformes con lacitos de oro en los hombros indicaban que pertenecían a las tropas lituanas.

—Cerrad la puerta—dijo Volodiovski—y ordenad que no entre nadie. Tenemos que conferenciar sobre asuntos gravísimos.

Zagloba dió la orden y después se puso a observar ansioso a los visitantes. A juzgar por su gesto, no debían de traerle muy buenas noticias.

—Estos señores—dijo Volodiovski, señalando con la mano a los jóvenes recién llegados—son los príncipes de Kurcévich, Jorge y Andrés.

—¡Los primos de Elena!—exclamó Zagloba.

Los caballeros se inclinaron, contestando ambos a la vez:

—Sí, de la difunta Elena.

El rubicundo rostro de Zagloba tornóse en un momento lívido. Agitó los brazos como alcanzado por un balazo, y se quedó con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas.

—¿Cómo?

—Hay noticias—respondió Volodiovski con voz sepulcral—de que la princesa Elena ha muerto asesinada en el monasterio de San Nicolás el Bueno en Kiev.

—Las turbas del populacho han hecho morir asfixiadas

en su celda a doce vírgenes y unas cuantas monjas, en cuyo número hallábase también nuestra hermana—añadió Jorge.

El lívido rostro de Zagloba tomó un color tan encendido que los príncipes y el oficial creyeron que iba a darle un ataque de apoplejía; sus párpados cayeron lentamente sobre sus ojos, y escondiendo la faz entre las manos, prorrumpió en gemidos desgarradores.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!

—He aquí tus parientes y amigos que nos habíamos juntado para acudir en tu auxilio, noble doncella—dijo el joven caballero con voz interrumpida por los suspiros.—Pero hemos llegado tarde... Nada valen ahora nuestro buen deseo, nuestra temeridad ni la fuerza de estas espadas. ¡Ya has entrado en otro mundo, que es mejor que este valle de vanidades; ya te hallas en la corte de la Reina de los Cielos!

—¡Oh, hermana mía!...—exclamó el hercúleo Jorge, en un arrebato de dolor.—¡Perdónanos los pecados que hemos cometido!... Estamos dispuestos a verter ríos de sangre por cada gota de la tuya.

—¡Y que Dios sea testigo de nuestras palabras!—añadió Andrés.

Los dos caballeros alzaron las manos al cielo en señal de juramento... Zagloba dió algunos pasos hacia su lecho, tambaleándose como un hombre ebrio, y cayó de hinojos ante una imagen.

Momentos después resonó la campana del castillo tocando a mediodía, pero con aire tan lúgubre que parecía doblar a muertos.

—Ya no es de este mundo... ¡Muerta!—repitió Volodiovski.—Los ángeles se la han llevado al cielo y ya tan sólo nos es dable llorar y suspirar por ella.

Los sollozos sacudían el voluminoso cuerpo de Zagloba, que vibraba convulsivamente. Los demás seguían uniendo sus lamentos al toque de las campanas...

Por fin Zagloba se calmó. Hubiérase creído que se había dormido arrodillado; pero al cabo de un rato se levantó y fué a ocupar su camastro. Parecía otro hombre: enrojecidos los ojos e inyectados de sangre, inclinada la cabeza, el labio inferior caído, su rostro expresaba una impasibilidad y un decaimiento que nunca antes había sentido... Se hu-

biera dicho que aquel Zagloba de otros tiempos, robusto, jovial, charlatán, valeroso, había muerto y había cedido su puesto a un viejo decrépito, abrumado por el peso de los años...

En aquel momento, y a pesar de las protestas del ordenanza encargado de guardar la puerta, penetró Podbipienta en la estancia y los lamentos y llantos se renovaron. El lituano recordó la residencia de Razlogi, su primer encuentro con la princesa: habló de su virginal y dulce belleza... Pero no olvidó que había otro hombre más desventurado que todos ellos: el prometido de la joven, Skretuski, por el cual preguntó al menudo caballero.

—Skretuski—repuso Volodiovski—se ha quedado en Korez con el príncipe Korizki, donde se ha alojado al volver de Kiev: allí yace enfermo, casi en la inconsciencia...

—¿Y no es preciso que vayamos a buscarle?—preguntó el lituano.

—Sería un viaje inútil. El doctor del príncipe garantiza la curación. Están con él Sujodolski, coronel del príncipe Dominico y gran amigo de Skretuski, y además nuestro anciano Zachvilijovski. Los dos le cuidan solícitos. Nada le faltará. En cuanto a su estado de semi-inconsciencia, lo mejor para él será que se prolongue indefinidamente.

—¡Dios omnipotente!—exclamó el lituano.—Pero ¿vos le habéis visto?

—Sí, le he visto, pero, si no me hubieran dicho que era él, jamás le hubiera reconocido: tanto le han consumido la enfermedad y el dolor...

—¿Y él os ha reconocido?

—Sí, por más que no ha despegado los labios; se ha limitado a saludarme con una sonrisa. Me impresionó tanto su postración, que tuve que salir en seguida del aposento... El príncipe Korizki quiere venir a Zbaraz con sus milicias; Zachvilijovski le acompañará y Sujodolski ha jurado tomar también parte en la expedición, aunque hubiera órdenes contrarias del príncipe Dominico. Conducirán aquí a Skretuski si el dolor no acaba antes con él...

—Pero, ¿por quién sabéis la noticia de la muerte de la princesa?—continuó preguntando Longinos.—¿Acaso estos caballeros la han traído?

Y señaló a los príncipes.

—No. Ellos se enteraron de todo por casualidad en Korez, adonde llegaron con refuerzos de parte del vaivoda de Vilna, y ahora han venido conmigo porque traían también misivas del vaivoda para nuestro príncipe... La guerra es inevitable y los comisionados ya pueden dar su misión por fracasada...

—Eso ya lo sabíamos... Pero decid, decid, ¿cómo supisteis que la princesa había muerto?

—Me lo dijo Basilio, quien lo había oído de labios del mismo Skretuski. Kmielnizki autorizó a Skretuski para que hiciera pesquisas en Kiev y al mismo metropolitano le dió orden de ayudarle en ellas; ante todo registraron todos los conventos, pues cuantos se han salvado de los nuestros escóndense en los monasterios... Todos creían, por lo tanto, que Bogun había depositado a la princesa en algún monasterio. La buscaron por todas partes, abrigando las mejores esperanzas, por más que supieron que la plebe había asfixiado a doce jóvenes doncellas que se hallaban en San Nicolás el Bueno. El mismo metropolitano sostenía que seguramente habrían respetado a la prometida de Bogun; pero la realidad demostró lo contrario...

—¿Estaba, pues, en el monasterio de San Nicolás el Bueno?

—¡Sí! Skretuski encontró escondido en un monasterio a Joaquín Jerlich, y, como que a todos cuantos encontraba les pedía noticias de la joven, le preguntó también a él por la princesa. Jerlich respondió que cuantas jóvenes había allí habían sido raptadas por los cosacos y que en el monasterio de San Nicolás se habían quedado doce doncellas que habían sido luego asfixiadas en los incendios; entre éstas se hallaba la hermana de los príncipes de Kurcévich. Skretuski, sabiendo que Pan Jerlich era fugitivo, no le creyó y volvió en seguida al monasterio de San Nicolás el Bueno para hacer nuevas indagaciones. Desgraciadamente, las monjas, tres de las cuales habían sido asfixiadas en la misma celda, ignoraban el nombre de las jóvenes asfixiadas; pero, al escuchar el retrato que de la princesa hizo Skretuski, respondieron que, en efecto, aquella de quien hablaba era una de las víctimas del populacho. Skretuski salió

medio loco del convento y cayó en seguida gravemente enfermo...

—Lo extraño es que aún esté vivo.

—Y seguramente hubiese muerto a no ser por aquel anciano cosaco que le cuidó en Sich y más tarde nos trajo sus misivas a Zbaraz. Al regresar a Kiev volvió a reunirse con él para continuar buscando a la princesa. Después le transportó a Korez y le dejó en manos de Zachvilijovski.

—¡Que Dios le dispense su protección, puesto que nunca podrá consolarse!...—exclamó Longinos.

Volodiovski calló... Un silencio sepulcral volvió a reinar entre todos los presentes... Los príncipes, apoyados en los codos, permanecían inmóviles, fruncido el entrecejo. Podbipienta alzaba los ojos al cielo, y Zagloba, fijas las vidriosas pupilas en la pared opuesta, parecía profundamente ensimismado.

—Vuelve en ti—le gritó Volodiovski, sacudiéndole el hombro.—¿En qué piensas? En nada, ¿eh?... Se acabaron tus artimañas...

—Lo sé—contestó Zagloba con voz débil—y pienso tan sólo en que ya soy muy viejo y no tengo nada que hacer en este mundo...

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

Páginas

CATÁLOGO DE LAS OBRAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORA DE MONTANER Y SIMÓN

I. – HISTORIA UNIVERSAL

de G. Oncken. Nueva edición con un discurso preliminar de Rafael Altamira. Cuarenta y seis volúmenes elegantemente encuadernados y profusamente ilustrados. – Al contado, 500 pesetas. A plazos, 550. Primer plazo, ptas. 44, y los restantes 23 a 22 pesetas mensuales.

Fuera de la serie

NUESTRO SIGLO, por von Leixner, trad. de Menéndez Pelayo. Un volumen, 15 pesetas.

HISTORIA DE LA GUERRA DE 1914, por el general D. Carlos Banús. Un volumen, 12 pesetas.

II. – HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

de Lafuente, continuada por Juan Valera. Más de 6,000 grabados. *A. Edición de lujo.* – Seis magníficos tomos en folio. Al contado, 400 pesetas. A plazos, 450. Primer plazo, pesetas 42, y los restantes 24 a pesetas 17 mensuales. – *B. Edición económica.* – Veinticinco lujosos tomos. Al contado, 200 ptas. A plazos, 225. Primer plazo, ptas. 22,50, y los 15 restantes a ptas. 13,50 mensuales.

Fuera de la serie

HISTORIA DE FELIPE II, de H. Fornerón. Un tomo con ilustraciones, encuadernado en piel, 20 pesetas.

HISTORIA CRÍTICA DE LA REGENCIA DE DOÑA MARÍA CRISTINA, por Gabriel Maura Gamazo. Tomo I, 6 pesetas.

III. – HISTORIA NATURAL

ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinard. – **ZOOLOGÍA**, por el doctor Claus. – **BOTÁNICA**, por D. Odón de Buen. – **MINERALOGÍA**, por

el Dr. G. Tschermak. – **GEOLOGÍA**, por A. Geikie. Lujosa edición, ilustrada con miles de grabados; 13 tomos ricamente encuadernados. La obra completa, al contado, 125 pesetas. A plazos, 140 pesetas. Primer plazo, 16,50 pesetas; los 13 restantes a 9,50 mensuales.

IV. – DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

por N. Fernández Cuesta, reconocido por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario español más completo. Cuatro tomos encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales, a 7,50 pesetas cada uno.

V. – DICCIONARIO DE DICCIONARIOS

castellano, latín, portugués, francés, italiano, catalán, inglés, alemán, por el Dr. Arturo Masriera, con la colaboración de L. C. Viada y Lluch y E. Massaguer. Cuatro volúmenes de 800 páginas cada uno. Al contado, 100 pesetas. A plazos, 120. Primer plazo, pesetas 15,50; los 11 restantes a 9,50 pesetas mensuales.

VI. – COSTUMBRES DEL UNIVERSO

Espléndida edición con riquísimos grabados. Dos grandes tomos bellamente encuadernados. Al contado, 110 pesetas. A plazos, 125. Primer plazo, pesetas 17; los doce restantes a pesetas 9 mensuales.

VII. – HISTORIA DE LAS CRUZADAS

de Michaud, ilustrada con cien grandes composiciones de Gustavo Doré. Dos tomos casi folio ricamente encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales a pesetas 7,50.

VIII. – FABULAS DE LAFONTAINE

Traducción de Teodoro Llorente; láminas y dibujos de Gustavo Doré. Un tomo casi folio ricamente encuadernado. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 50. Primer plazo, pesetas 12,50, y los 5 restantes a 7,50 pesetas mensuales.

IX. – HISTORIA GENERAL DEL TRAJE

ilustrada por Hottenroth con 240 bellísimas cromolitografías. Dos grandes volúmenes ricamente encuadernados. Al contado, 90 pesetas. A plazos, 100. Primer plazo, pesetas 12, y los 11 restantes a pesetas 8 mensuales.

X. – OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Comprende las siguientes creaciones:

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, reproducción en facsímil de la edición impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. – Dos tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 34,50.

LA DIVINA COMEDIA, ilustrada con 110 composiciones de Flaxman. Un tomo de 600 páginas, en couché, ricamente encuadernado. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

LAS MIL Y UNA NOCHES. Edición de gran lujo con láminas en colores y en negro. Dos tomos ricamente encuadernados. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 52,50.

FÁBULAS DE ESOPO. Lujosa edición, profusamente ilustrada. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

Precio de la colección completa: al contado, 115 pesetas. A plazos, 133. Primer plazo, ptas. 25; los doce restantes a 9 ptas. mensuales.

Por separado

La Divina Comedia. Primer plazo, pesetas 9; y los dos restantes a 7 pesetas mensuales. – Las Mil y una Noches. Primer plazo, 12,50 pesetas, y los cinco restantes a 8 pesetas mensuales.

XI. - OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS

Edición de lujo ilustrada con dibujos de Pellicer y Apeles Mestres. Dos tomos encuadernados con planchas alegóricas. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 35. Primer plazo, pesetas 12,50, y los tres restantes a 7,50 pesetas mensuales.

XII. – BIBLIOTECA DE GEOGRAFIA PINTORESCA

Constituída por los siguientes volúmenes bellamente encuadernados:

EL HOMBRE Y EL ANIMAL, de A. Mangin, profusamente ilustrada. Al contado, 13 pesetas. A plazos, 15.

LAS RAZAS HUMANAS, de F. Ratzel. Dos abultados tomos. Al contado, 35 pesetas. A plazos, 40.

AMÉRICA PINTORESCA. Viajes de los más famosos exploradores modernos. Magníficas ilustraciones. Al contado, 25 ptas. A plazos, 28.

ÁFRICA PINTORESCA. Región de los GRANDES LAGOS, por V. Giraud, y EL CONGO, por M. Westermarck. Al contado, 15 pesetas. A plazos, 17.

Precio de la colección completa: al contado, 88 ptas. A plazos, 100. Primer plazo, ptas. 15, y los diez restantes a ptas. 8,50 mensuales.

XIII. – EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

Famosa novela de E. Pérez Escrich, en 4 tomos encuadernados. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 46. Primer plazo, pesetas 11, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

XIV. – BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Serie primera

Contiene las obras que constituyen las Bibliotecas histórica, de las grandes creaciones literarias, de biografías íntimas, novelas contemporáneas hispánicas y extranjeras, obras poéticas, viajes, obras cervánticas, morales y de ciencia recreativa. Véase secciones XVI a XXIII. Ochenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 720 pesetas. A plazos, 850. Al contado, cada volumen, pesetas 10. Toda la serie a plazos: primer plazo, 44 pesetas, y los veintiséis restantes a 31 pesetas mensuales.

XV. – BIBLIOTECA DE SALON

Constituída por 40 volúmenes escogidos, a gusto del cliente, de las bibliotecas de biografías íntimas, novelas contemporáneas, obras poéticas, de viajes y cervánticas, que se indican en los lotes XVI a XXIII. Cuarenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 360 pesetas. A plazos, 430. Al contado, cada volumen, 10 pesetas. A plazos: primer plazo, pesetas 34, y los veintidós restantes a pesetas 18 mensuales.

XVI. – BIBLIOTECA HISTÓRICA

Constituída por las siguientes obras ricamente ilustradas:

HISTORIA DE LOS GRIEGOS, de V. Duruy. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA DE LAS CREENCIAS, de F. Nicolay. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS, de F. de Pabanó. Al contado, 10 pesetas. A plazos, 12.

LA CIVILIZACIÓN DE LA INDIA, de G. Le Bon. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 24.

HISTORIA DE AMÉRICA, por José Coroleu. Cuatro tomos. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 48.

La Biblioteca completa. Al contado, 130 pesetas. A plazos, 156. Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVII. – LAS GRANDES CREACIONES LITERARIAS

Colección constituída por las siguientes obras ilustradas:

LA VIDA NUEVA, de Dante, traducción de L. C. Viada y Lluch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS LUSIADAS, de Camoens, traducción de Luís de Tapia. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FAUSTO, de Goethe, traducción de T. Llorente. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ROBINSON CRUSOE, de Daniel de Foe. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS POÉTICAS DE HEINE, versión de J. P. Rivas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

GIL BLAS DE SANTILLANA, de Lesage, traducción del P. Isla, 2 tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

PABLO Y VIRGINIA, de B. de Saint-Pierre. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CALENDAL, de Federico Mistral. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CARMEN, de Próspero Merimée. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SCHILLER. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

JOCELYN, de A. de Lamartine. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 130 pesetas; a plazos, 156. – Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVIII. – BIBLIOTECA DE BIOGRAFÍAS ÍNTIMAS

Constituída por los siguientes volúmenes:

OLIVERIO CRÓMVELL; su vida y su carácter. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ABRAHAM LINCOLN, íntimo. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

TOMÁS A. EDISSON. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NAPOLEÓN II (L'Aiglon). – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ISABEL II, íntima. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – Seis plazos mensuales de 10 pesetas cada uno.

XIX. – LA NOVELA CONTEMPORANEA ILUSTRADA

Constituída por las siguientes novelas escogidas:

A. – Autores hispánicos

DEUDA DEL CORAZÓN, de José de Selgas, dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

SI YO FUERA RICO, por Luís Mariano de Larra. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL CALVARIO, por Francisco Acebal. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

DON PERFECTO, novela argentina de C. M. Ocantos. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, de Martz. Zubiría (Hugo Wast). – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOLEDAD, de Víctor Catalá. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOR CLEMENCIA, de E. Pérez Escrich. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS, de Carlos Frontaura. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL ÍDOLO, de E. García Ladevese. – Al contado, 10 pesetas, a plazos, 12.

PARA ELLAS, de Adela S. Cantos de Escobar. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. – Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

B. – Obras poéticas

ECOS DE LAS MONTAÑAS, de J. Zorrilla, ilustraciones de Doré. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS ESCOGIDAS, de Ventura de la Vega, dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

CANTARES LITERARIOS Y POPULARES, por Melchor de Palau – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. – Primer plazo, pesetas 13, y los cinco restantes a pesetas 7 mensuales.

C. – Autores extranjeros

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, de Maeterlinch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA ABUELA, de Eugenia Marlitt. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SEGUNDA ESPOSA, de Eugenia Marlitt. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL VUELO DE UN ÁGUILA, de Ethel M. Dell. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

EL HOMBRE FANTASMA, de G. de Teramon. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NOVELAS CORTAS, de E. de Amicis. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VALENTINA, de E. C. Price. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LUZ Y SOMBRAS, de Bulwer Lytton. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

COLOMBA, de P. Merimée. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FRANCISCO EL EXPÓSITO, de J. Sand. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Y EL AMOR DISPONE, de Matilde Alanic. – Al contado, 10 pesetas: a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. – Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

XX. – BIBLIOTECA DE VIAJES

Constituída por los siguientes volúmenes, profusamente ilustrados:

EN EL CORAZÓN DE ASIA. A través del Tíbet, por Sven Hedin. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS, por E. Aubin. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CHINA. Dos años en la ciudad prohibida, por la princesa Der Ling. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SOCIEDAD JAPONESA, por A. Bellessort. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA VIDA EN LA AMÉRICA DEL NORTE, por P. de Roussiers. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – El primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXI. – OBRAS CERVANTICAS

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES, por M. S. Oliver. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS MUJERES DE CERVANTES, por J. Sánchez Rojas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, por J. Montalvo. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los tres volúmenes: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. – Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a 7 pesetas mensuales.

XXII. – OBRAS MORALES

LIBRO DE ORO DE LA VIDA, por L. C. Viada y Lluch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PECADOS CAPITALES, por L C. Viada y Lluch. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VIDA DE LA VIRGEN, por la Ven. Sor María de Agreda. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA MUJER Y EL TRABAJO, por Oliva Schreiner. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MODO DE SER FELIZ EN EL MATRIMONIO, trad. de J. P. Rivas. – Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los cinco volúmenes: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. – Primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXIII. – CIENCIA RECREATIVA

Obras profusamente ilustradas

ASTRONOMÍA POPULAR. Descripción general del cielo. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

LA ATMÓSFERA. Grandes fenómenos de la naturaleza, por Flammarión. Dos tomos. – Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

Los cuatro volúmenes: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. – Primer plazo, 13 pesetas, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

IMPORTANTE. – Pueden formarse, a gusto del cliente, lotes especiales de 6 a 10 volúmenes, a escoger entre los de las secciones XVI a XXIII. Al contado, a razón de 10 pesetas volumen. A plazos, a razón de 12 pesetas volumen.

De 6 a 20 volúmenes pagaderos a plazos mensuales de 12 pesetas. De 21 a 40 volúmenes, pagaderos a plazos mensuales de 18 pesetas.

Pueden también adquirirse sueltas las obras expresadas en este Catálogo, por los precios al contado y a plazos que se indican. En este caso, la distribución de los plazos se establecerá de común acuerdo entre el agente y el comprador.

OBRAS NUEVAS

DICCIONARIO DE MEDICINA PRÁCTICA

publicado en inglés bajo la dirección de los doctores SIR MALCOM MORRIS, FEDERICO LANGMEAD y GORDON M. HOLMES. – Versión española revisada y anotada por los doctores D. J. M. BELLIDO y D. SANTIAGO PI SUÑER, catedráticos de Medicina, con un prólogo del doctor D. AUGUSTO PI SUÑER, catedrático de la Facultad de Barcelona.

Dos voluminosos tomos ilustrados con gran número de láminas en negro y en tricromía, además de los grabados intercalados en el texto.

NARRACIONES MITOLÓGICAS

POR PAOLA FUMAGALLI

ILUSTRACIONES DE A. MORONI. – CROMOTIPIAS DE R. CAPMANY

UN TOMO 7,50 PESETAS